

# El instante en que se encienden las farolas

EMPAR FERNÁNDEZ



«Como la lluvia en Barcelona, el inspector Tedesco es una rareza: un investigador pausado, reflexivo, metódico, un personaje que nos acompañará incluso después de cerrar las últimas páginas de esta novela.»

— Rosa Ribas —

# El instante en que se encienden las farolas

EMPAR FERNÁNDEZ



9

«Como la lluvia en Barcelona, el inspector Tedesco es una rareza: un investigador pausado, reflexivo, metódico, un personaje que nos acompañará incluso después de cerrar las últimas páginas de esta novela.»

— Rosa Ribas —



*Empar Fernández (Barcelona) es autora de novelas que abordan la historia europea contemporánea (Mentiras capitales, Hotel Lutecia, Irina, La epidemia de la primavera —finalista del Premio Espartaco de Novela Histórica—), de obras de divulgación histórica de carácter local, de ensayos humorísticos y de numerosas novelas de género negro escritas en solitario (Sin causa aparente, La mujer que no bajó del avión, La última llamada y Maldita verdad —Premio Tenerife Noir, Cubelles Noir y finalista del premio Hammet—) o a cuatro manos junto a Pablo Bonell (Las cosas de la muerte, Mala sangre, Un mal día para morir y Líbranos del mal).*

*También ha escrito la novela juvenil Som uns pringats. En 2022 publicó Será nuestro secreto (Alrevés) y recibió el Memorial Antonio Lozano del Festival Granada Noir por el empeño en evidenciar la desigualdad y la injusticia social presente en toda su obra, y en julio de 2024, el Premio Hammett de la Semana Negra de Gijón a la mejor novela negra publicada en 2023 por El miedo en el cuerpo, la segunda entrega de la serie protagonizada por el inspector Mauricio Tedesco e igualmente publicada por Alrevés.*

*Su última publicación hasta la fecha es, en 2024, Contra el dolor.*



«Cuando el inspector sale a la calle Villarroel, la lluvia arrecia de nuevo sobre la ciudad, en contra de las predicciones de los entendidos, y las farolas se encienden una tras otra con la llegada del atardecer. Siempre ha pensado que es aquel, el momento en que se encienden las farolas, un instante que encierra algo de magia, casi un hechizo. Y no es Tedesco un hombre fácil de encandilar».

Un accidente de tráfico, un semáforo en rojo que alguien no ha respetado, un coche que se da a la fuga, una mujer herida sin nombre en un hospital; un inmigrante que hace su ronda esa misma noche de tormenta resistiéndose a perder la poca dignidad que le queda, rebuscando en la basura, bajo la lluvia, algo que vender para sobrevivir.

Al día siguiente, un hombre aparece muerto dentro de un camión de basura, la mujer sin nombre recupera poco a poco su identidad y el inspector Tedesco deberá averiguar la verdad oculta tras esos dos sucesos: qué mató al hombre sin nombre; qué intención criminal late tras lo que parece un fortuito accidente de tráfico y, sobre todo, cómo avanzar cuando las pistas hablan más con su corazón que con su razón.

De nuevo, Empar Fernández, ganadora del Premio Hammett de la Semana Negra de Gijón a la mejor novela negra escrita en español en 2023, nos sobrecoge con una trama precisa y emociones contenidas que apelan a nuestra conciencia y a una realidad social que no por cotidiana es menos trascendente.



El instante en que  
se encienden las farolas

,



El instante en que  
se encienden las farolas

EMPAR FERNÁNDEZ

  
ALREVÉS  
BARCELONA-2025



Primera edición: marzo de 2025

*Para Josep Forment, siempre con nosotros*

Publicado por:

EDITORIAL ALREVÉS, S.L.

C/ Torrent de l'Olla, 119, Local

08012 Barcelona

info@alreveseditorial.com

[www.alreveseditorial.com](http://www.alreveseditorial.com)

© de la presente edición, 2025, Editorial Alrevés, S.L.

ISBN: 978-84-10455-18-4

Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y

siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Esperar que la vida te trate bien porque eres buena persona es como esperar que un tigre no te ataque porque eres vegetariano.

Bruce Lee

*(Extraído de Malas decisiones, de Susana Hernández)*

Un héroe es todo aquel que hace lo que puede.

Romain Rolland



**MARTES**

## NADEEM

El silencio es un comensal más, un invitado incómodo. Una presencia junto a la mesa a la que nadie ha puesto plato, ni vaso ni cuchillo. Se han sentado uno frente a otro y todavía no han cruzado ni unas palabras. Nada. Se han limitado a cenar frugalmente con el televisor encendido y la vista fija en la pantalla para evitar mirarse. Un vaso de agua, otro de vino, sopa y algo de queso y pan. No es mucho, pero ha sido todo. Y Nadeem acaba ingiriéndolo casi por la fuerza.

En este país dicen de él que no es un hombre de vida. A Nadeem a veces las palabras lo confunden. Cuando por fin cree entender el significado de una de ellas, de golpe y porrazo ya no significa lo mismo que ayer o que anteayer. Tarda semanas en comprender que se refieren a su constitución delicada y a su habitual falta de apetito.

En la pantalla, el experto vaticina con aire risueño que las lluvias arreciarán en las próximas horas e informa de que varias provincias se encuentran en alerta por riesgo de inundaciones y crecidas. La sequía pertinaz convierte en deseables los aguaceros más intensos. La previsión es clara incluso para un extranjero como él. Los dibujos de nubes oscuras y llorosas, de relámpagos quebrándose sobre cerros y valles y de paraguas abiertos no dejan margen a dudas ni a especulaciones. Una noche de perros para alguien como Nadeem. Y, con toda probabilidad, un día siguiente no mucho mejor.

En el patio de luces, las gotas, todavía escasas, golpean el voladizo de uralita y a Nadeem el retumbo le recuerda el de un tambor en la lejanía. Tuvo un tambor cuando era un crío. No recuerda de dónde lo sacó, ni siquiera sabe si le pertenecía. Probablemente, no. No recuerda haber tenido nada propio. Nunca. Pero Nadeem, ya un hombre adulto, evoca la imagen y el sonido de aquel tambor de lata que se sujetaba al cuello con una cuerda como si lo tuviera delante. A punto está de llevarse la mano a la parte posterior del cuello, justo

bajo la nuca, allí donde la cuerda le rozaba y dejaba una franja enrojecida, casi una llaga. Es lo que tiene la infancia, así lo ha sabido siempre Nadeem, que no se desvanece nunca. Y una infancia de privaciones en un poblado al sur de Karachi, en el distrito de Mirpur Khas, perdura en la memoria hasta el fin de los días.

Ha oído repetir a su abuelo, con el índice en alto y la actitud del que dicta sentencia, que un hombre no puede saltar nunca fuera de su propia sombra. Y así ha ocurrido en su caso. Lo ha intentado, ha empleado en ello todas sus fuerzas, ha respirado muy hondo, ha encontrado valor, ha arriesgado cuanto estaba en su mano arriesgar, ha tomado impulso y...

Sencillamente, no se puede.

Cuando se levanta para abandonar la mesa ha cenado muy poco, como casi siempre, y con una desgana evidente. Evita sin disimulos la mirada que pretende retenerlo y, en silencio, se echa sobre los hombros un viejo impermeable azul oscuro varias tallas mayor de lo que le corresponde a un cuerpo escuálido como el suyo. Espera en vano que no haya súplicas, ni consejos, ni recriminaciones; pero las cosas no siempre suceden como uno espera. Nadeem también sabe eso.

—No vayas, Nadeem. No es necesario.

La voz rompe el silencio. Siempre lo hace.

No contesta. No puede. No quiere reconocer que nada desea más que quedarse en el comedor de aquella casa, que ya es un poco la suya, compartiendo sofá y una manta ligera sobre las rodillas. Permanecer allí, lejos de la lluvia y olvidando la propia penuria en las imágenes no siempre descifrables del televisor. Intentando no recordar que hace semanas que, forzado por las escasas ventas y un alquiler elevado, ha cerrado el pequeño comercio de frutas y verduras en el que había enterrado el dinero y las esperanzas de toda su familia. Haciendo todo lo posible por relegar a un rincón de

la memoria tantas promesas hechas, tantas deudas contraídas y tanta miseria.

Pero no puede ser, él no es así, no se conforma con la caridad de una cama caliente y un plato en la mesa aunque le sean ofrecidos de todo corazón por una de las personas que más lo ama en este mundo. Al menos así lo cree Nadeem.

No puede hacerlo. Su naufragio es el de todos los suyos, así lo entiende él, no hay otra manera. Por eso no puede quedarse esa noche, ni la siguiente, ni la próxima.

Nadeem no replica. Sigue adelante con la mirada baja y los pasos decididos en dirección a la puerta del piso.

—Nos arreglaremos. Yo te daré el dinero, tenemos más que suficiente, pero no vayas. Esta noche, no. Lloverá más, acaban de decirlo. Nadeem. Tú lo sabes. Quédate esta noche, por favor. Solo esta noche. Mañana quizás no llueva tanto y podrás... —implora la voz.

El silencio por toda respuesta. No hay otra. Nadeem piensa en su poblado, lejano y pobre, y en los largos días pasados esperando a que la tierra absorba tanta agua como, en ocasiones, traen los monzones. Agua que llega hasta las rodillas, que entra en las habitaciones, que inunda las calles..., agua por todas partes. Viento, piernas desnudas, ropa mojada y desalojo del agua a cubos. Días enteros pasados bajo una lona, arrimados unos a otros y alargando todo lo posible el pan y las legumbres.

No ha visto nada, piensa. Ninguno de ellos ha visto nada ni sabe lo que es aguardar durante horas la retirada del agua para volver a entrar en una casa en la que apenas queda algo aprovechable. Una casucha devastada de la que nunca desaparecerá la humedad.

La lluvia en la ciudad no debería asustar a nadie. Siempre hay un techo, pisos altos, paraguas, impermeables..., piensa Nadeem, y

siente una cierta extraña forma de desdén hacia los que se exclaman por casi nada.

—¿No me has oído? ¿Qué crees que vas a encontrar esta noche, Nadeem? ¿Un tesoro?

No levanta la cabeza. Ni lo mira. No quiere flaquear ni dejarse convencer. Coge el cajón de formica rescatado de una mesa de cocina que deja siempre junto a la puerta de entrada para que no estorbe, una barra metálica casi tan alta como él que tiempo atrás sostuvo airoosamente una cortina en algún lugar, un paraguas y un palo grueso. Mete todo ello en un carrito de la compra color granate que días atrás encontró en las inmediaciones de un contenedor y abre la puerta.

—No vayas, Nadeem. Yo te ayudaré. Lo que tengo también es tuyo. Ya lo sabes. Te lo he dicho mil veces. Mil veces. Lo mío es tuyo. No salgas esta noche. No lo necesitas. Yo puedo...

La voz no se da por vencida. Nadeem se sube la capucha del impermeable, pero no consigue cerrarlo. Tiempo atrás, no recuerda cuándo, la cremallera quedó a medio camino de ninguna parte. Un problema más no importa. Encogido sobre sí mismo y empujando el maltrecho carrito, sale al rellano.

—Por favor...

En la voz, que desde el interior del piso suplica que se quede, Nadeem adivina las lágrimas.

Hasta el piso en la primera planta, hasta esa voz, llega el golpear de la puerta del edificio al cerrarse sobre un fondo sonoro de antiguos tambores infantiles.

No quedan súplicas. Solo lágrimas.

## PERE

Alertados por los vecinos, los bomberos han llegado pocos minutos después de que un coche colisionara con el taxi en el que la mujer regresaba a casa. El vehículo había volcado sobre la acera a pocas calles de su domicilio. Apenas un par de travesías la separaban de su piso cuando el choque alteró sus planes.

Tardan más de media hora en excarcelarla de entre los restos retorcidos del vehículo. Más de media hora sin que nadie pueda detener la sangre que escapa de las numerosas heridas es mucho tiempo. Demasiado.

Por el taxista no han podido hacer nada. Tras la feroz colisión el hombre ha perdido el control, ha chocado contra el bordillo y el vehículo se ha subido a la acera para acabar inclinándose violentamente y cayendo sobre el lateral izquierdo, el del conductor. La mala fortuna ha querido que, a la altura del cristal del taxista, una papelería instalada muchos años atrás cerca del bordillo quedara incrustada en el vehículo y golpeará fatalmente la cabeza de Pere Andreu, el desafortunado conductor por horas.

El taxi ni siquiera le pertenecía. El vehículo rodaba las veinticuatro horas y Pere se encargaba del turno de noche. El que no quiere nadie.

Un mal golpe, un golpe feroz, una herida profunda en la sien y otras en el cuello causadas por los cristales rotos. A simple vista la herida en el temporal resultaba incompatible con la vida, como lo era la pérdida de sangre.

Pere Andreu, el taxista que la ha recogido en la terminal, expira en absoluto silencio dentro del vehículo poco después del impacto. Instantes antes de que el equipo de la ambulancia pueda asistirlo.

## DESCONOCIDA

La pasajera, de unos treinta años de edad, ha quedado apresada en un taxi negro y amarillo yema de huevo cuyo modelo resulta ya casi irreconocible. Es tanto el dolor que no se atreve ni a moverse. No intenta desasirse del cinturón ni liberar las piernas ni los brazos. No puede.

Los vecinos que han bajado a la calle intentan alentarla desde el exterior. Le aseguran que la asistencia médica está a punto de llegar y que no tardarán en sacarla de allí a pesar de que el vehículo parece haberse replegado sobre sí mismo y sobre la pasajera. Mientras tanto, el agua se cuele en el automóvil terriblemente deformado por el golpe y empapa su ropa y sus pies y encharca el interior de su bolso.

Dolor, miedo y frío.

—No tardarán nada, no te preocupes. Ya verás como todo queda en nada. Ya lo verás. Un susto y poco más —repite una mujer que ha bajado a la calle al oír el estrépito de hierros y que decide tutearla dadas las circunstancias.

La vecina le habla desde el vacío que queda donde antes hubo un cristal trasero. De pie sobre la acera, calada hasta los huesos y con la voz rota por las lágrimas, la desconocida ha alargado la mano a través de los cristales rotos hasta llegar a rozarla. Le acaricia el cabello mojado y trata de detener la sangre de una brecha a la altura de la sien. Le promete que no se moverá de allí hasta que esté en buenas manos. Y no lo hace. Se ha identificado como enfermera y la accidentada quiere creerla con todas sus fuerzas.

«No será nada, yo sé de qué van estas cosas, lo he visto muchas veces. Un par de puntos y... El susto y poco más...», se repite la mujer herida mientras le agradece internamente a la vecina que siga hablando, que intente convencerla de que todo se arreglará a pesar del intenso dolor y del miedo todavía más extremo.

—Llegarán enseguida, te sacarán de aquí muy pronto. No será nada. Yo sé de qué va todo esto, te lo aseguro —sigue afirmando la mujer con convencimiento mientras un fragmento de cristal le araña el antebrazo—. Lo he visto mil veces. Tú, tranquila.

Pero no es así, tardan mucho en sacarla de entre hierros, plásticos y cristales. Espera una eternidad. Bajo el aguacero los bomberos la liberan con dificultad de los restos de la carrocería entre los que ha quedado atrapada, cortan el cinturón de seguridad y tiran de ella hacia afuera.

Duele, duele mucho. Todo es miedo, dolor y lluvia. En la ambulancia, de camino al hospital, la mujer recibe los primeros auxilios. Sigue consciente durante unos minutos. Los ojos abiertos, el cuerpo entero puro dolor. El sanitario quiere saber a quién pueden avisar, un familiar, la pareja, algún buen amigo. La mujer le asegura que no quiere que avisen a nadie.

—Ya habrá tiempo —añade—. Habrá tiempo. No quiero que se asusten. Yo misma... En cuanto pueda, yo misma...

El muchacho que la monitoriza y le venda la cabeza y el brazo izquierdo para detener la hemorragia mientras el vehículo atraviesa la ciudad no parece tan seguro. A veces el tiempo se escapa y los segundos cuentan, pero no se atreve a decir lo que piensa. Tampoco deja de insistir.

—Pero necesitamos saber a quién podemos... Necesitarás compañía, es mejor que avisemos a alguien. Necesitarás tus cosas... Y tampoco sé cómo te llamas. ¿Cómo debo llamarte?

La mujer cierra los ojos, baja la guardia y se desvanece. Ha perdido mucha sangre. El joven que la atiende comprueba que sigue respirando regularmente y que sus constantes no son preocupantes. Poco después la accidentada gime por el dolor, inclina la cabeza hacia el hombro fracturado, abre los ojos un instante y se agita levemente en la camilla mientras el chico, perseverante y bien adiestrado, sigue hablando. Pregunta. Como ha hecho la vecina minutos antes, ha decidido tutearla. Pretende mantenerla consciente a toda costa. En ocasiones es importante que el accidentado no abandone el estado de vigilia antes de alcanzar el servicio de urgencias. Sobran los remilgos.

—Si me dices cómo te llamas será más fácil, piensa que tenemos la obligación de... —No sirve de mucho, la mujer se desvanece de nuevo.

Habría querido poder llamarla por su nombre, reclamar su atención, pero el bolso de la desconocida y todas sus pertenencias han quedado atrapados en el taxi destrozado por el golpe. Por el momento la joven todavía carece de nombre.

Sobre el techo del vehículo la lluvia arrecia y en las calles no queda un alma. La ciudad entera parece completamente vacía. Una ciudad fantasmal abandonada a una lluvia despiadada. El interior de la ambulancia es un infierno de ruido. El conductor ha conectado la sirena y las gotas golpean la carrocería como flechas diminutas y parecen hacerlo desde todas las direcciones posibles, como si se hallaran en un cerco. Al chico le recuerda a las imágenes de los indios asediando una caravana. Sigue preguntando. La edad, el nombre, la profesión...

Sigue intentándolo mientras le sujeta la mano del brazo que aparentemente no le duele, sabe que es lo que debe hacer. En casos como aquel el procedimiento está claro, cuando ya no puede hacer más debe seguir preguntando y manteniendo el contacto con la piel de la accidentada. Pero resulta inútil. La mujer ya no vuelve a

recuperar la consciencia durante el trayecto hasta las urgencias del Hospital Clínic.

## **TEDESCO**

Sobre el toldo tendido del súper cercano a la comisaría el inspector advierte las primeras gotas. Sebastián, el propietario, saca de su interior las cajas vacías que su hijo carga en un camión. Siempre ha cerrado tarde, pero con la crisis no tiene hora. Ni descanso. No es la primera vez, ni será la última, que le dan las diez con la persiana subida. Hay clientes que regresan a casa y compran cuatro cosas antes de dar la jornada por acabada. No puede dejar escapar la ocasión de vender un tetrabrik de caldo preparado, un pack de cervezas o la barra de pan que saca de un horno muy pequeño y que vende caliente y muy blanda, casi elástica, por unos céntimos. Para mantener una familia numerosa, y sin más ingresos que los que Sebastián Estrada obtiene del pequeño comercio de barrio, toda venta resulta poca.

Las primeras gotas siempre son grandes y pesadas. No las hay mayores. Las gotas que abren camino y sientan precedente. Gotas maduras, sentenciosas... Mauricio Tedesco sonrío, la lluvia le eleva el ánimo. No tiene paraguas ni falta que le hace. Como cada noche ha esperado hasta el último momento. Siempre aguarda a que el personal de comisaría que ha salido a cenar esté de regreso. Se limita a distraer el tiempo ojeando un informe o tomando cuatro notas perfectamente aplazables y se adjudica, por voluntad propia, el segundo turno, el menos concurrido.

Siente hambre, siempre la siente. Un pozo sin fondo. De buen grado se regalaría una cena como Dios manda en un restaurante no muy alejado de la comisaría cuya propietaria, Leonor, tiene talento y

carece de prisa, pero, con el aguacero en puertas, decide no alejarse y entra en el local más cercano, que no el mejor.

Una cafetería inaugurada en los noventa que ha reconvertido el fondo del local en un restaurante casero. Dada la vecindad con la comisaría de Les Corts, el propietario espera sobrevivir a las sucesivas crisis sirviendo comidas a los agentes de Policía no demasiado exigentes. Sirve platos abundantes y profundamente aburridos. Si la especialidad solicitada incluye alguna salsa, siempre es la misma, y acompaña igual a un trozo de bacalao que a un pollo guisado o a unas manitas de cerdo.

Tedesco corre el riesgo de compartir mantel con alguno de sus colegas de los que se dedican a hablar en todo momento y ocasión. Con excusa o sin ella. Hablan de cualquier cosa tanto si el interlocutor muestra algún interés como si hace lo humanamente posible por desentenderse del monólogo y del monologuista. Y todo ello con el zumbido del televisor como fondo sonoro.

Al inspector la conversación trivial, la que va de un lugar común al siguiente, le resulta insoportable; por eso acostumbra a rehuir la compañía. Por eso y porque con el paso de los años Mauricio Tedesco, inspector de la comisaría de los Mossos d'Esquadra de Les Corts, se está convirtiendo en un personaje huraño, casi cavernario. Un hombre de pocas palabras y menos amigos. Marina dice de él que es como un lobo estepario.

¡Estepario!

Un pobre animal doméstico, sin dientes, sin ambición y sin estepa, piensa él. Eso es lo que es. Un lobo que no deja de añorar a su pareja desaparecida y de velar día y noche por su camada. Una camada corta, una sola hija, Marina. También Tedesco habría querido aullar como los lobos y conjurar así la soledad y la nostalgia. No sabe cómo lograrlo. Hay cosas que no se aprenden.

Un plato de sopa sin sabor ni substancia que se ha perdido de inmediato en su estómago, dos ásperos trozos de lomo con patatas fritas de las que tanto le recuerdan a una esponja, y un flan en su envase de plástico. Eso es todo y le sabe a casi nada. El inspector Tedesco remata el refrigerio con un café corto, el quinto café del día, que le abrasa la garganta y lo reconcilia con la noche de tormenta.

En la pantalla, imágenes de inundaciones en el litoral causadas horas antes por el mismo frente de borrascas que acaba de alcanzar la ciudad. Imágenes captadas por móviles sostenidos con manos temblorosas y salpicadas de gritos. Coches arrastrados por el agua y filmados entre voces de alarma, sótanos anegados, comercios empantanados y gente retirando agua y fango con cubos, escobas y palas. Filmaciones de baja calidad de campos encharcados y calles con un palmo de agua, de mujeres de rostro grave y de niños sonrientes por la novedad.

Tedesco lo ha visto otras veces, los niños a menudo sonríen ante la adversidad siempre que sea novedosa. También el policía, que no recuerda haber sido un niño risueño ni consigue evocar momentos de euforia o de especial alegría acontecidos durante su niñez, conserva memoria fiel de los imprevistos. Un imprevisto es una ocasión especial, sorprendente, digna de ser vivida. Una nevada leve sobre la ciudad, el frío extremo de algún invierno que congela las tuberías y suspende el abastecimiento de agua corriente, los días de expectación tras la muerte de Franco, un corte de luz que trastoca el día a día. Bastaba con que se fuera la luz y su madre llenara el piso de velas para que los días, que tanto se parecían unos a otros, se convirtieran en especiales. Una inundación pertenece a ese tipo de cosas que, a ojos de un niño, añaden interés a la rutina.

En la barra, lo de casi siempre: la Liga de fútbol, los sueldos indecentes de algunos ejecutivos hijos de puta, el inútil del presidente del Gobierno de turno y el enésimo escándalo protagonizado por un dirigente sin escrúpulos. Apenas se habla de las elecciones que se celebrarán en pocas semanas; no parecen

interesar a los parroquianos ni poco ni mucho ni nada. Tampoco a Tedesco.

Cuando el joven camarero que se retira de la mesa caminando hacia atrás sin dejar de mirar la pantalla lanza un silbido que consigue sobresaltarlo, Tedesco decide que ya tiene bastante.

Se levanta, se acerca a la barra y abona la cuenta. Antes de dirigirse a comisaría el policía decide aprovechar unos minutos para fumar un cigarrillo acodado en la mesa alta que el propietario del local situó en el umbral con objeto de contentar a los fumadores. La prohibición, como el hambre, aguzó el ingenio. Una mesa elevada, un cenicero y un par de taburetes dispuestos casi bajo el dintel bastan para retener a los clientes que se empecinan en seguir fumando.

Es el único cigarrillo del día y decide quemarlo contemplando cómo la lluvia se acumula sobre la acera y hace sonar el metal de las carrocerías. Tedesco, que ama la lluvia en todas y cada una de sus manifestaciones, decide quedarse unos minutos acodado a la diminuta mesa elevada al resguardo de una cornisa.

Sonríe.

## **NADEEM**

Nadie lo ve salir. Así lo decidieron ambos días atrás. De mutuo acuerdo. Nadeem baja las escaleras pisando silenciosamente y alzando el carrito vacío para que no haga ruido al salvar los escalones. Como un furtivo. Como lo que siempre ha sido. Ni el menor ruido. Es mejor, mucho mejor, que los vecinos continúen ignorando que gana unos euros escarbando en los contenedores con una barra de metal. También él lo prefiere así. No necesita ni más

caridad ni más humillaciones. Por eso no deposita el carrito en el suelo hasta haber doblado la esquina y por eso tira de él y se aleja del barrio casi a la carrera.

Así lo han pactado. Lo más lejos posible.

Bajo un paraguas medio roto se resguarda como puede de una lluvia que llega de frente y arrecia a cada paso. Inclinado hacia adelante y avanzando contra la cortina de agua, Nadeem se siente uno de los seres más desgraciados del planeta. Pura escoria. Un bueno para nada. Un inútil. Si los suyos supieran lo que está siendo su vida, si conocieran sus secretos, no volverían a dirigirle la palabra. Su madre no soportaría el dolor.

El joven sigue andando. Se aleja tres calles, cuatro, cinco... Necesita reunir unos euros, los suficientes para mantener el engaño, para salvar la cara. Para salvar la honra. Para dejar de sentir ganas de morir.

Junto a los bordillos, regueros de agua se alejan veloces en dirección al mar y se pierden muy pronto en los embornales. Nadie en las aceras y ni un alma en la calzada. Solo algunos coches muy de tarde en tarde levantan un alboroto de agua.

Mala noche. Mala vida.

Seis, siete... Está a punto de llegar. Siempre escoge los mismos contenedores. Los mejores son los que están junto a farmacias, ferreterías y obras en curso. Siempre encuentra cartón limpio, incluso plegado, y algún resto ya caduco de algún lampista, un grifo, un rollo de alambre... Se le alegra el corazón si en la zona que frecuenta hay una reforma en marcha o si algún vecino emprende una mudanza. Muebles descartados, cachivaches de todo tipo, trozos de tubería, de cable, ventiladores, radiadores viejos, zapatos...

Hay otros como él, muchos, Nadeem diría que cada vez más, pero han aprendido a respetar el lugar de cada uno. Cuestión de

repartirse el territorio. Un pacto no escrito. Nadie ha buscado en sus contenedores y está casi seguro de que ninguno de los muchos necesitados que circulan por las calles pasará detrás de él. ¿De qué serviría? Las prostitutas tienen sus esquinas, los miserables como Nadeem tienen sus contenedores.

Ignora qué es lo que haría si otro se apropiara de lo que lleva semanas siendo suyo. No es hombre de llegar a las manos, ni tan siquiera de intimidar con la palabra. Mejor no tener ocasión de averiguarlo. Saldría perdiendo y no soportaría más deshonra.

Nadeem ha estudiado el recorrido del camión de la basura y siempre anda unos minutos por delante. Pocos. Los justos para que ningún vecino arrime al contenedor algo valioso que vaya a parar directamente al camión, donde ya no será útil para nadie.

Rebuscar siempre en los mismos contenedores es una forma de convencerse de que lo que hace es algo parecido a un trabajo, a una ocupación. Como el que se dirige diariamente a un despacho, o se instala al pie de una fresadora o junto a un mostrador. Una rutina, lo más parecido a un empleo. Lástima que carezca de horario, de sueldo, de comisiones y del reconocimiento que merece el peor de los trabajos.

Llora mientras sigue avanzando. Llora y tiembla de frío y de agua. No importa. Nadie se da cuenta. La gente no se detiene a mirar a los que son como él. Prefieren no ver y siguen su camino con la vista al frente. Siempre es así, también en su país. Los pobres estorban en todas partes, afean las calles. Aunque en su país, piensa Nadeem, algunas calles son verdaderas ruinas, puros vertederos, y es verdaderamente difícil que puedan empeorar. Y, digan lo que digan las leyendas de las viejas del poblado, la suerte no siempre acompaña al que va tras ella. Nadeem no ha hecho otra cosa que perseguir una suerte que siempre ha sido esquiva.

Se detiene unos instantes, intenta ajustar la cremallera del impermeable. No lo consigue y de tanto tirar acaba por romperse por completo. Se queda con la diminuta pestaña entre los dedos.

## **RAFIQ**

Rafiq, el compatriota del «Moga», todavía no ha cerrado, y desde el umbral del diminuto súper le indica que se acerque. Junta los dedos y se los lleva a los labios con una sonrisa, le está invitando a una taza de té muy caliente. Es un lenguaje universal.

Nadeem no lo piensa dos veces. Cruza. Solo él sabe que muy a menudo Rafiq duerme en la trastienda. Por eso nunca tiene prisa. Prefiere dormir solo en una colchoneta tendida entre cajas de fruta, cartones y botellas que caminar hasta el piso que comparte con ocho compatriotas que se las ven y se las desean para abrirse camino en la ciudad. La trastienda es un espacio para estar solo. Su espacio. No tiene otro.

Nadeem deja el carrito en el umbral, está vacío y mojado. Solo acarrea el cajón de formica, la barra de metal que utiliza para remover los desechos y el palo grueso que interpone entre el cuerpo y la tapa del contenedor para tener ambas manos libres. No arriesga nada. Nadie intentará llevárselo. Apoya el maltrecho paraguas en el carrito y, casi por cortesía, se sacude el agua antes de entrar. A modo de silla Rafiq le ofrece un cajón de fruta que sitúa verticalmente en el suelo.

—Siéntate.

Rafiq señala el rastro de agua que los clientes que acaban de salir han dejado en el diminuto comercio.

—Un poco más no importa, no importa, Nadeem. De verdad. Mañana será otro día. Y será mejor.

Nadeem duda, pero acaba sentándose en el cajón junto al pequeño mostrador.

—Mañana será otro día, no te preocupes —insiste Rafiq—. ¿Tienes frío?

El recién llegado asiente. No puede negarlo. ¿De qué serviría? Tiembla. Rafiq no pregunta por las lágrimas que Nadeem intenta apartar con la bocamanga. No es necesario. Hace ver que no repara en ellas. En silencio, vierte el té en un vasito estrecho y largo en el que aguardan unas hojas de menta fresca. Nadeem lo sujeta unos instantes entre sus manos. Es agradable el calor en las palmas.

Hablan poco. Casi nada.

Rafiq advierte que el impermeable no cierra y que Nadeem, agarrando el vaso todavía caliente, no deja de temblar. Se levanta y saca de la trastienda una estufa diminuta con dos resistencias que pasan del gris al anaranjado rabioso en pocos segundos. La acerca a los pies del amigo, que se inclina en dirección a la fuente de calor. Nadeem parece doblarse sobre sí mismo. Se siente confortado. Podría pasar la noche entera junto a la estufa en compañía de uno de los pocos amigos que no han regresado a su país derrotados por la miseria.

—Mala noche, Nadeem.

El aludido asiente y se frota las manos junto a la estufa.

—Quizás deberías quedarte aquí. Mañana puedes empezar antes, puedes recuperar el tiempo. No creo que encuentres nada de valor en una noche como esta.

Nadeem no responde, ha clavado la vista en el metal incandescente como el que contempla cómo danzan las llamas de un fuego real, vivo.

Rafiq no insiste. Entiende que salir noche tras noche es para el amigo una especie de redención, casi un castigo. Una forma como cualquier otra de purgar el fracaso. Una expiación.

Pocos minutos después, Nadeem se pone en pie, deja el vasito sobre el pequeño mostrador y, aunque no sirva de nada, se cruza el impermeable sobre el pecho y maldice su suerte en voz muy baja.

Mala noche y mala vida, piensa Rafiq, que le indica a su amigo que espere un momento. De nuevo se pierde en la atestada trastienda. Nadeem puede oír cómo cambia algunas cosas de sitio. Está buscando algo.

En la calle, la lluvia no ha menguado y la carrocería de los coches aparcados brilla a la luz de las farolas. Todos parecen nuevos, como acabados de estrenar.

## **DESCONOCIDA**

El joven y atribulado sanitario que la acompaña durante el trayecto se encarga de los trámites de ingreso mientras un camillero empuja a la accidentada hacia el servicio de urgencias. No puede facilitar ni su nombre ni sus apellidos. Aunque no ha dejado de intentarlo, no ha conseguido saber nada.

A falta de otros datos, la enfermera que la atiende escribió:

Sexo: Mujer

Nombre y apellidos: X

DNI: 000000000X

Ha perdido mucha sangre, tanta que cuando llega a la UCI la joven rubia está tan pálida que médicos y enfermeras se apresuran a atenderla lo antes posible. La lividez extrema no es una buena señal. No parece nada demasiado grave ni temen por su vida, pero su rostro macilento aconseja actuar con la mayor urgencia. Sin demoras.

La desnudan completamente y la cubren con una sábana blanca.

El primer diagnóstico habla de un par de fracturas, de cortes y de magulladuras por todo el cuerpo y de una ligera conmoción cerebral. El equipo que la evalúa a su llegada al Hospital Clínic ordena algunas pruebas diagnósticas que permitan descartar afectaciones que hayan podido pasar desapercibidas durante el examen preliminar. Un órgano desgarrado, una hemorragia interna que pueda pasar inadvertida, una conmoción mayor de lo que cabe esperar, la posibilidad de un coágulo...

Un accidente brutal siempre puede acarrear sorpresas. Algunas resultan fatales.

La mujer sigue inconsciente mientras se suceden los desplazamientos de un lugar a otro del centro hospitalario. Sin sospecharlo, atraviesa salas, pasillos, vestíbulos y estrechos corredores en una camilla ruidosa empujada por un joven que calza zuecos de plástico y no deja de tararear una tonada imposible. De la UCI en la que ha sido evaluada, y en la que se han efectuado las primeras curas, a un box cercano en el que esperará hasta que puedan continuar las pruebas programadas.

El doctor responsable de su seguimiento ha decidido mantenerla ligeramente sedada tras valorar la intensidad del dolor que la accidentada puede experimentar. Así seguirá durante unas horas, quizás un par de días, hasta conocer con exactitud el alcance de las lesiones y sus posibles consecuencias. Por eso la joven no advierte su desnudez, ni el pinchazo que precede al suero, ni el traqueteo de la camilla rodante ni las corrientes de aire que barren los desiertos pasillos del centro hospitalario.

Las primeras pruebas no son concluyentes, pero parecen indicar que las lesiones no revisten especial gravedad. El diagnóstico que el doctor acredita en su informe habla de fractura de clavícula y de un par de costillas que afectan levemente un pulmón, nada importante. De profusión de heridas menores en cara, cuello y manos, de un corte en el brazo izquierdo que han cosido de inmediato y que ha dejado de sangrar y de otro por encima de la sien que también ha necesitado sutura. Aunque no lo hace constar, este último es el que más le preocupa.

La conmoción de la paciente sigue inquietándolo. Un golpe así puede tener secuelas difícilmente previsibles. Su localización ha obligado a la enfermera a cortar y rasurar parte del cabello. La mujer, probablemente muy guapa, presenta un aspecto alarmante.

No es de extrañar que, a pesar de la sedación, X, que viste ahora una camisola de papel de color azul, no deje de gemir.

—¿De verdad que no sabemos nada? —insiste el doctor antes de dejar el box—. ¿Ni su nombre, ni su edad? Debe de tener pareja, familia... ¿Nada?

—No, por el momento no. Sus cosas se quedaron en el lugar del accidente. Debe de haber un bolso en alguna parte. Por lo que ha dicho el chico de la ambulancia, el taxi quedó destrozado. Siniestro total. Ella estaba consciente cuando la sacaron de allí, pero no dio más datos. Dice el chico que no quiso decir su nombre —le explica

una enfermera mientras gradúa la salida del suero en el que ha inyectado una nueva dosis de analgésico—. Además, iba en un taxi, es decir, que la matrícula no servirá para localizarla. La Policía ha asegurado que nos informarán en cuanto sepan alguna cosa.

—Avisad a la familia en cuanto podáis. No está grave ni tiene mal pronóstico, pero... No sé... Si fuera mi hija, yo querría saberlo, eso seguro. Ha perdido mucha sangre y tardará días en recuperarse.

La enfermera se limita a asentir y a desearle buenas noches.

Ausente y terriblemente pálida, la mujer descansa en el box. Tiene los ojos cerrados, el gesto relajado y el pelo todavía mojado por la lluvia. De tarde en tarde hace un movimiento leve, corrige una postura dolorosa, insinúa un gemido o recompone la posición de una mano. En todos sus movimientos se advierte la sombra del dolor.

## **TEDESCO**

Tedesco ha cerrado la puerta de la cafetería para dejar atrás el ruido del televisor. Desde el umbral contempla cómo llueve con rabia sobre la ciudad de calles vacías y cómo, junto a los bordillos, el agua se apresura como si discurriera por una acequia. Sebastián, el propietario del supermercado al que ha saludado minutos antes, ha echado la persiana y se ha marchado sin retirar el toldo en cuyo centro el agua ya se embalsa. Algo más allá, en la esquina, una mujer con un paraguas verde espera medio resguardada en un portal. Golpea el suelo con el talón como si quisiera proporcionar algo de calor a sus pies, parece impaciente.

La mesa elevada situada en tierra de nadie, ni dentro ni fuera del establecimiento, queda exactamente a la altura de su codo. El policía observa la calle apoyado en el cristal, muy cerca de la puerta. Se ha

acodado en la mesa y ha fijado la mirada en el telón de agua que anega la ciudad. El agua salpica sus zapatos al impactar contra la acera y salir propulsada en forma de gotas diminutas. Tedesco busca el paquete de cigarrillos que acostumbra a guardar en el bolsillo de la americana. El inspector no es un fumador habitual, solo prende un cigarrillo en ocasiones especiales y nunca más de uno al día. Y un día de aguacero tras largos meses de sequía es una ocasión muy especial para un hombre como él que venera la lluvia.

Por no tener, Tedesco no tiene más aficiones que la lectura de novelas negras. Novelas sobre papel, nada de series de televisión. Novelas de polis, de maderos, historias de guripas que, demasiado a menudo, le hacen sonrojar por disparatadas, pero que consiguen alejar transitoriamente sus cavilaciones. Anda ahora entre los hielos árticos siguiendo a uno de los autores nórdicos que, como muchos otros antes, han dejado ya de acaparar atención y ventas. Cuestión de modas. Los escritores nórdicos, especialistas en hielo, niebla y soledad extrema, están consiguiendo que aprecie también el frío de las proximidades del Círculo Polar.

No empatiza con sus casos, que demasiado a menudo se le antojan de una crueldad excesiva, como de efecto especial. Casos que bien poco tienen que ver con su realidad de poli en ejercicio y que han sido pensados para impresionar al lector. Sin embargo, le entretienen y le permiten apreciar la importancia del paisaje, de la escasa densidad de población y de un clima casi hostil en la vida de los protagonistas. Él mismo es la mejor prueba de que la temperatura elevada, la lluvia o las largas temporadas de sequía acaban por condicionar el temperamento y la conducta. Tedesco no es la misma persona a una temperatura aceptable, por debajo de los veinte grados y bajo un chaparrón contundente, que a treinta y ocho y con un bochorno insostenible. Es incapaz de apreciar la belleza de un cielo sin nubes y el calor, por encima de los veinte y pocos grados, le agría irremediabilmente el carácter.

Siempre ha sido así, desde que conserva memoria.

Muy de vez en cuando, Tedesco siente el extraño y poderoso deseo de llevarse a los labios un cigarrillo y de fumarlo a solas, siempre a solas. Un lobo estepario, casi un ogro. Eso dicen de él en la comisaría y no piensa contrariarlos. Proyecta una imagen que lo ayuda a conservar las distancias. Por ese motivo siempre lleva en el bolsillo de la americana un paquete de rubio que en alguna ocasión ha confundido con el móvil, y que se ha acercado a la oreja para regocijo de los agentes que contemplaban la escena. No le habría sorprendido que cruzaran apuestas al respecto.

Enciende el cigarrillo y se demora en la primera calada, la mejor. Por encima del umbral de la cafetería, un balcón protege al policía de la lluvia. A su alrededor, un escándalo de gotas sobre coches, toldos y aceras. Algunas calles más allá, en el despacho policial, sobre su mesa, tres atestados por concluir y la aburrida revisión de las diligencias del alunizaje contra una joyería. Nada que no pueda esperar. Bien puede permitirse unos minutos mientras quema un cigarrillo y contempla cómo desaparece el humo atravesado por las gotas.

Ama la lluvia desde que era un crío, y podía pasar horas contemplando el aguacero tras los cristales de una ventana o asomado al lavadero del piso de su familia materna en el Poble-sec que daba a un gran patio interior de manzana.

«Como una vieja, Mauricio, a veces me preocupas, hijo, eres como una vieja», le repetía su madre, a la que le extrañaba que su hijo no se sintiera nunca contrariado por el aguacero que le impedía salir a chutar el balón en un descampado encaramado a Montjuïc.

El crío se ensimismaba fácilmente y, todavía más fácilmente, imaginaba dónde podría andar Franco Tedesco, el padre desaparecido del que no conservaba recuerdo alguno. Un aviador italiano enviado por Mussolini a combatir con el bando Nacional y que no regresó a su país acabada la guerra ni en los años inmediatamente posteriores.

Mauricio no llegó a conocer a su padre. Franco Tedesco había experimentado una súbita e intensa añoranza de su Ferrara natal cuando, bien entrado ya en la cincuentena, y años después de contraer matrimonio con la madre de Mauricio, esta le anunció que esperaban un hijo. No se lo pensó dos veces. Abandonó esposa e hijo en ciernes, dejó su empleo en un taller mecánico y regresó a Italia de la noche a la mañana. Tardó en esfumarse lo que le costó reunir el dinero para pagar los billetes de tren. Tras la guerra, nunca había vuelto a pisar un avión.

Un día estaba sentado a la mesa del comedor fumando un cigarrillo y apurando una copa de anís o durmiendo bien amarrado a la cintura de Rosaura, y al día siguiente de él solo quedaba un vacío infinito. El vacío y la amargura que nunca abandonaría el ánimo de su esposa, una mujer que había dejado de ser soltera, que no tenía marido y que tampoco era viuda. Una mujer resentida.

Nunca escribió una carta, no hubo ninguna llamada ni volvieron a tener noticias suyas. Por eso, durante toda su infancia, Mauricio, que llevaba el apellido paterno y, por puro despecho, el nombre de su abuelo materno, le inventó una mirada, unos andares, una forma de hablar...

Una vida entera.

Para que el crío dejara de pensar en un malnacido que no iba a volver, su madre, Rosaura, insistía en afirmar que Mauricio era un hijo póstumo. Que con toda probabilidad el padre había muerto antes incluso de llegar a Ferrara. Así lo deseaba y así debía ser. Rosaura Serra pasó años enteros intentando dejar de pensar en Franco Tedesco y maldiciendo su estampa. Por eso afirmaba a quien quisiera oírlo que para ella el padre de su hijo había muerto.

—Muerto y enterrado. Un cabrón menos.

Un hijo póstumo.

Mauricio no sabía qué pensar y, como ocurre casi siempre, no conseguía hacer otra cosa. Constantemente. Llegó a imaginarse una familia entera en Ferrara, la ciudad de la que procedía Franco Tedesco. Un padre, todavía vivo, unos hermanos y hermanas muy pequeños, abuelos, tíos... Una familia a la que imaginaba feliz y que tan diferente resultaba de la que, fallecido muchos años atrás el abuelo Mauricio, formaba junto a Rosaura, su madre, y Jacinta, su abuela.

Solo superada la adolescencia, dejó Mauricio Tedesco de cavilar a todas horas. Encontró cierta paz a fuerza de repetirse una y mil veces que si su padre había formado parte de los escuadrones fascistas que habían bombardeado ferozmente Barcelona durante meses, probablemente era mucho mejor no haberlo conocido. Era un argumento simple, falto de matices, maniqueo, burdo, un mal consuelo, pero una triste evidencia a la que recurrir cuando el abandono se hacía insoportable. El clavo ardiendo.

Todavía ahora, con casi sesenta años, se lo repite a sí mismo de vez en cuando.

Mejor no haberlo conocido.

## **NADEEM**

El retumbo de un trueno se cuela en la tienda todavía abierta. Nadeem se sobresalta. El aguacero no remite. Rafiq sale de la trastienda con el rostro grave mientras Nadeem, en el umbral, organiza sus cosas para abandonar el local. El joven tendero lleva un bulto en las manos y mueve la cabeza de un lado a otro.

—Esta noche no habrá nada en ninguna parte, Nadeem. Con esta lluvia la gente no sale de sus casas para tirar nada. No vale la pena.

No le falta razón. Basta con mirar hacia la calle para comprobar que no hay paseantes ociosos ni vecinos que sujeten la correa de sus perros. El que no está ya en su casa se apresura a llegar cuanto antes. El aguacero ha vaciado completamente las aceras.

Nadeem se encoge de hombros. No abandonará.

—Coge esto. Te tapará mucho mejor, lo usan para atravesar montañas, lo he visto. El impermeable está roto. ¿No lo ves? No podrás cerrarlo. No vale nada, déjalo aquí, ya no sirve para nada.

Nadeem se dirige a la puerta. No quiere aceptar nada. Rafiq es un amigo, uno de los pocos que tiene en la ciudad, y ya se siente en deuda con él por su té y por su hospitalidad. No puede aceptar nada más. Los favores se devuelven y él no está en condiciones de ayudar a nadie. Ni tan siquiera una taza de té.

—Te estás mojando, Nadeem. Enfermarás. Hazme caso, coge esto y pónelo. No me debes nada. No es mío. Alguien lo dejó aquí y no ha vuelto. Piensa que si enfermas no serás útil para nadie. Ni aquí ni allá. No quiero meterme en tu vida, ya me conoces. No pregunto. Lo que hagas me parece bien. Y, además, siempre puedes devolvérmelo. Cógelo.

Rafiq hace una pausa. Toma aliento y coraje.

—No sé dónde pasas las noches ni quiero saberlo, son tus asuntos y no me meto, ya lo sabes. Hagas lo que hagas es tu vida, no tienes que darme explicaciones. Tú tampoco me las pedirías, estoy seguro, pero no puedes andar así en una noche como esta.

Y Nadeem, sin fuerzas para seguir negándose, obedece. Se quita el impermeable y se viste con una enorme capa de plástico transparente de color azul cielo que le llega más allá de las rodillas. Alza los brazos y los mueve arriba y abajo. Se siente como el aprendiz de un murciélago. Sonríe.

—Si no tienes dónde dormir... —le grita Rafiq con las manos en los bolsillos mientras Nadeem se aleja.

Con una señal de la mano, Nadeem contesta que no debe preocuparse.

No encuentra nada que pueda aprovechar en los tres primeros contenedores. En el cuarto, una muñeca vieja, una mochila escolar y una sartén sin mango. Empapado y tembloroso, se aleja en dirección a la próxima esquina. Un acceso de tos y una secuencia de escalofríos hacen aletear la capa de plástico.

Cubierta la cabeza con la capucha, tiene el aspecto ligeramente fantasmal de una gigantesca mariposa nocturna. La capelina, de un celeste muy pálido, que un viajero de paso olvidó meses atrás en la tienda de Rafiq, hace un ruido molesto, como un rumor sordo e inquietante, cuando el joven paquistaní recupera el carro o al mover los brazos al caminar. Un cuerpo espectral convertido en una especie de larva gigante, ruidosa y casi transparente.

Como una aparición.

La esquina no está lejos, pero, molesto por el frío y la tos, a Nadeem la distancia se le antoja infinita.

No espera encontrar nada. No ignora que Rafiq está en lo cierto. Solo sabe que debe hacerlo, que debe intentarlo.

## **DESCONOCIDA**

Visto el resultado de las pruebas, el equipo médico considera definitivo el diagnóstico. Tras un último examen el camillero de los zuecos de goma la conduce de nuevo hasta uno de los boxes vacíos

de la Unidad de Cuidados Intensivos. No le ha dirigido la palabra. Tampoco la joven accidentada ha formulado preguntas. Permanece con los ojos cerrados y los brazos estirados a ambos lados del cuerpo.

El camillero la aparca en un box junto a un puñado de tubos y de cables antes de desaparecer. Ni por un momento ha dejado de tararear algo que solo él puede reconocer. La mujer abre los ojos y comprueba que una enfermera conecta algunos de ellos y que inserta otra vez el suero en la vía. El doctor responsable ha considerado que su estado puede evolucionar negativamente en cualquier momento y que todavía no resulta conveniente llevarla a planta. Los vuelve a cerrar antes de que la enfermera advierta que está despierta y le dirija la palabra.

*Monitorizada, sedada de nuevo, medicada por vía intravenosa y alimentándose mediante suero, X descansa completamente ajena a la lluvia. Numerosas heridas permanecen ocultas bajo vendas y gasas. No siente dolor. Sigue, más allá del espacio y del tiempo, cubierta con una leve camisola de papel, una especie de gasa algo rígida de color azul ligada al cuello y a la espalda mediante lazadas. Brazos y piernas completamente estirados, el rostro adormecido y la mente en un enmarañado stand by.*

Han pasado unas horas y la Policía todavía no ha facilitado más datos. Continúa siendo X, la mujer desconocida a la que los bomberos han rescatado del interior de un taxi destrozado.

Con el cambio de turno, una enfermera entra en el box y tapa a la accidentada con una sábana que sube hasta el arranque de su cuello. Siente lástima por el rubio cabello rasurado que tardará meses en crecer.

X mueve la cabeza levemente y la inclina hacia su hombro fracturado. Tensa los labios. Aparece en su rostro la sombra del

dolor. Balbucea unas palabras de agradecimiento. Sigue estando muy pálida.

La enfermera le retira parte del pelo que le tapa la mejilla y susurra:

—Andaré por aquí. Si necesitas alguna cosa... —Siempre habla a los enfermos, tanto si están conscientes como si no. Nunca sale de una habitación sin despedirse o entrar en ella sin un jovial «buenos días».

Como es de esperar, X no responde.

## **TEDESCO**

Tedesco aplasta la colilla en el cenicero, se sube las solapas de la americana y, en un par de zancadas, llega a comisaría. En la entrada, junto al mostrador de Atención Ciudadana, Lidia Sampedro señala la sala de espera completamente desierta. Ni los carteristas ponen el pie en la calle en una noche así. Buena señal.

—Hoy no hay mucho movimiento por aquí, inspector. Ya ve. Ni una denuncia. Es una noche tranquila. —Lidia separa las manos y señala las sillas vacías—. Ni gente, ni llamadas... Un aburrimiento.

Es la agente con la que prefiere trabajar. Una de las pocas personas de la comisaría con las que cruza algunas palabras sin mediar obligación ni cortesía.

—No mientas al Diablo, Lidia. No mientas al Diablo —contesta Tedesco, llevándose el índice a los labios.

El inspector retira con un par de manotazos las gotas que perlan los hombros de su americana y sacude la cabeza enérgicamente para

expulsar el agua de su cabello encanecido.

—No lo haré —promete la chica, con un gesto desenfadado, cruzando los índices junto a sus labios—. Lo prometo.

Las gafas doradas, cuyas lentes tienen la forma exacta de la pantalla de un televisor, y que el inspector lleva usando desde hace casi una década, resbalan por su nariz mojada y a punto están de caer. El policía las hace remontar nariz arriba con un gesto que repite muy a menudo. De hecho, cuando los agentes se refieren al inspector Tedesco sin molestarse en nombrarlo o lo hacen a sus espaldas, se llevan un dedo a la nariz en un movimiento ascendente, desde la punta hasta el puente. Un sobreentendido, el equivalente a mentar al inspector en su ausencia o, mejor aún, en su proximidad y con alevosía. Irremediablemente, las gafas volverán a descender por la pendiente pronunciada de su nariz. También sin remedio alguno, el inspector volverá a empujarlas hasta el puente con la intención de mantenerlas en su lugar durante unos minutos.

Mil veces Marina le ha repetido que en las ópticas ajustan patillas, varillas, puente... Mil veces, tanto ella como Romeu, le han señalado que aquellas gafas resultaban anticuadas ya en el momento en el que las escogió, que es hora de renovarlas y de volver a graduarlas. Mil veces se ha desentendido Mauricio Tedesco del asunto.

Lidia Sampetro se cruza de brazos y sonríe. Tedesco le resulta simpático a pesar de que es un hombre con fama de adusto y poco inclinado a hablar por hablar. Han tenido ocasión de colaborar en algunos casos y ambos saben que se entienden bien, casi sin palabras. También ella prefiere trabajar a las órdenes del inspector Tedesco a pesar de su fama de hombre huraño.

En la comisaría de Les Corts, para referirse a Lidia Sampetro, que peina cola de caballo, la señal es una mano agitándose a la altura de su nuca. Un lenguaje clandestino es una forma como cualquier otra de matar el tiempo libre.

Con las gafas en su sitio y unas gotas de lluvia menos en su cabello y sobre sus hombros, el policía se aleja en dirección a su mesa.

No está mal tener una noche tranquila, piensa.

Nada mal.

## **NADEEM**

Nadeem alcanza la esquina con el cielo entero desplomándose sobre su cabeza. Aparca el viejo carrito y sitúa el cajón de formica al pie del contenedor. Se sube a él y fuerza la tapa. La sostiene levantada para interponer un palo muy grueso que la mantiene en alto y le permite liberar así ambas manos para rebuscar mejor. Es la única manera. No hay otra.

Tose y su cuerpo entero se convulsiona. La capa de plástico hace el ruido del celofán entre las manos de un niño. Tuerce el gesto, intentará no volver a toser. Prefiere el silencio igual que prefiere el anonimato y la invisibilidad. No es difícil ser invisible. A Nadeem le basta con ser pobre y tener la piel del color del cuero viejo.

Saca la barra metálica del carrito y, desde lo alto del cajón, respira hondo y mete medio cuerpo en el primer contenedor. Lleva semanas procediendo de la misma manera. Durante los primeros segundos trabaja conteniendo la respiración hasta que la falta de aire lo obliga a inspirar. Y lo hace entonces muy poco a poco para evitar en lo posible los efluvios malolientes que desprenden las bolsas y que impregnan ya las paredes de metal del depósito de basura.

Desde la distancia, la imagen resulta alarmante, se diría que el contenedor, una gran boca de metal, lo está engullendo hasta hacerlo desaparecer.

Remueve bolsas, las aparta, saca algunas de ellas que piensa que contienen algo más que desperdicios. Las abre con ayuda de la barra metálica. Nada. Las lágrimas regresan a sus ojos. Afortunadamente, nadie puede verlo. Es invisible.

Odia hacer lo que hace. Siempre pensó que había nacido para atender a la gente tras un mostrador. Es de natural amable, se interesa por la vida de los demás, tiene buen talante y siempre ha sido un vendedor servicial. A su llegada aprendió muy pronto lo esencial para entenderse con los que se aventuraban en su pequeño y atestado local. Saludaba, deseaba un buen día y despedía a todos y a cada uno con una sonrisa de dientes muy blancos. Habría sido feliz sirviendo a los compradores. Sin embargo, el destino tenía otros planes para él.

Se apodera de una lata metálica de pintura. Quizás pueda sacar algo. Los chatarreros no hacen ascos a casi nada y, en definitiva, metal es metal.

Continúa buscando. Con ayuda de la barra agujerea alguna bolsa como el que empitona un toro. La intención es localizar un cuerpo sólido, duro, algo de valor. No lo hay.

Con un suspiro quita el palo, baja la tapa, retira el cajón y tira del carrito hasta el siguiente contenedor. Rafiq tenía razón. Todos la tenían. No encontrará nada esa noche y bien poco las siguientes. Cada vez son más los que persiguen los desechos aprovechables. Tantos que, a veces, Nadeem siente miedo. Intuye que no todos aceptarán las rutinas ni los itinerarios establecidos a fuerza de noches y de bolsas de basura. Pronto algunos dejarán de renunciar al contenido del contenedor que lleva noches registrando.

Las malditas crisis sucesivas han llenado la ciudad de competidores. Gente como él que rivaliza por las migajas a cambio de unos euros, tan pocos que no llegan para nada. Desde luego, no llegan para un techo, ni para ropa, ni para... Gente de cualquier origen, edad y

condición que se echa a la calle con el anochecer y busca entre los desperdicios para tener algo que llevarse a la boca.

Meses atrás, los que hurgaban eran hombres no muy mayores de piel muy oscura, gente que había llegado en el peor momento esperando encontrar una salida a la miseria. Últimamente, Nadeem ha visto también a alguna mujer joven, sola o en compañía de niños, y a algún viejo, gente sin futuro que ha nacido aquí y que malvive rebuscando entre la basura.

Hay vecinos que dejan ropa en buen estado y zapatos que alguien podría aprovechar en bolsas junto a los contenedores. Si el primero en llegar no siente ningún interés, las camisas que pasaron de moda, los pantalones que quedaron pequeños y las deportivas usadas y medio rotas quedan desparramados sobre la acera. En las mejores noches abandonan los restos de los muebles que acababan de substituir, los enseres de cocina, las lámparas, cojines, algún colchón.

No es una de esas noches.

## **DESCONOCIDA**

X mueve un brazo, lo separa ligeramente del cuerpo e intenta rectificar su posición en la cama de hospital. Sin pretenderlo, se destapa y emite un gemido, casi un sollozo. Alguien próximo a su cama habría podido afirmar que pronuncia alguna palabra, quizás un nombre indescifrable. No es así. Continúa sedada y ausente.

Instantes después, trata de girar hasta situarse sobre su costado. Necesita sentir la almohada en su mejilla como cuando duerme en su propia cama. Siempre de lado, siempre sobre el mismo lado. A su espalda, uno de los aparatos a los que se halla conectada emite un

pitido, una especie de alerta. No abre los ojos. Cada movimiento genera un dolor nuevo.

La enfermera se acerca poco después, mira el monitor y comprueba que las constantes se han normalizado. Falsa alarma. Un gesto, un aumento leve del ritmo cardíaco quizás debido al dolor, a la inquietud, a un cambio en la postura... Cualquier cosa. Se inclina sobre la accidentada y le retira el pelo que le tapa la frente.

—Te pondrás bien, no es nada grave —le asegura más por costumbre que por convicción—. En unos días estarás fuera de aquí.

X inclina la cabeza. Sigue con los ojos cerrados. De sus labios se desprende una queja, también una invocación. X susurra: «Mamá». Y lo hace varias veces, como el niño sobrecogido por una pesadilla que espera que su madre se acerque, lo tranquilice y lo despierte a fuerza de besos. Quizás que le permita dormir abrazado a ella en la cama grande.

—No eres de mucha ayuda, ¿sabes? Hasta donde yo sé, quien más quien menos tiene una madre. ¿Dime cómo te llamas? Puedo encontrarla, haré que venga y que te acompañe. Tu madre, tu padre, tu novio... Solo dime un número de teléfono, una dirección —insiste.

La joven, con los ojos obstinadamente cerrados y el rictus tenso, no deja de gemir ni de agitarse. Cualquier movimiento, por leve que sea, incrementa el dolor. No menciona ningún nombre ni sale de sus labios un número de móvil. La enfermera se da por vencida. La vida de la accidentada no corre peligro. Bien pueden esperar unas horas a que llegue la información de la Policía. Acomoda el embozo, le desea buenas noches, apaga la luz y se retira.

X se queda sola en la penumbra de un box en el que los aparatos zumban muy levemente como una maraña de insectos.

## TEDESCO

A diferencia de otros colegas que acostumbran a repetirlo hasta el aburrimiento, Tedesco no detesta los lunes, ni la lluvia ni el trabajo que ha elegido por voluntad propia y del que lleva viviendo desde hace más de treinta años. Si algo le disgusta es la inactividad. En la comisaría el inspector siempre ha sido el perro verde, el verso suelto. Sin embargo, es de justicia admitir que daría lo que ni tiene ni tendrá por no verse obligado a abandonar la comisaría cerca ya de la medianoche y con la que está cayendo. Un chaparrón en toda regla, un diluvio. Por una vez, y sin que el hecho pueda sentar precedente, Mauricio Tedesco prefiere contemplar el aguacero desde el desangelado resguardo del despacho policial.

Ha llegado a la conclusión de que lo peor de envejecer es que se pierde fuelle. Eso y esa soledad no deseada que le acompaña en todo momento.

El mes de noviembre discurre extraordinariamente lluvioso tras un verano y un inicio de otoño cálidos y muy secos que al policía le han parecido sencillamente inacabables. Eternos. Como los prados, los embalses o los bosques, Tedesco necesita la lluvia para sentirse bien. Un chaparrón contundente tiene el sorprendente efecto de levantarle el ánimo.

Lo dicho, el perro verde.

Le habría gustado hablar con su hija, comprobar que anda a cubierto y que está bien, pero es tarde y no quiere molestar. La última vez que habló con ella, hace de ello tres o cuatro días, estaba en Viena trabajando como intérprete para una empresa en un congreso internacional de microinformática. El inspector ignora en qué consiste la microinformática y prefiere no preguntar. Es de los que tiene un pie en el abismo de la brecha digital.

Si no recuerda mal, Marina había previsto regresar el martes, pero Tedesco no sabe mucho más, solo que probablemente llegará al día siguiente. Le habría gustado ir a recogerla e invitarla a comer, o a cenar. Un café, un paseo, una caña en una terraza, cualquier cosa. Quizás mañana consiga hablar con ella y concretar un rato en su compañía. Nada en el mundo le gustaría más.

Tras la muerte de su esposa, Fina Mercader, cada vez más a menudo Tedesco siente la necesidad de cruzar unas palabras con Marina para comprobar que está bien, a salvo. Como les ocurre a tantos policías, la idea del mundo que se ha formado con el paso de los años y de los delitos es la de un lugar peligroso y abarrotado de rincones oscuros. Un sitio en el que toda precaución resulta poca. Receloso y poco optimista respecto a la condición humana, demasiado a menudo considera este mundo un lugar básicamente hostil.

Cosas de poli, asegura Marina cuando Tedesco le explica detalles del lado oscuro. Marina es así; una mujer joven, confiada y generosa. Cosas de padre, piensa el inspector cerca ya de la medianoche, intentando apartar de su mente a su adorada hija y a los centenares de peligros que podrían acecharla y regresando la mirada al atestado que intenta concluir mientras la lluvia se derrama sobre la ciudad. Se propone adelantar trabajo, pero las cosas raramente salen como uno espera.

## **NADEEM**

Desesperanzado y maldiciendo su suerte, continúa con el cuerpo vencido en el interior de un contenedor. Pinchando, escarbando, persiguiendo algo de cierto valor entre los desechos que no son más que eso, puros desechos. Huele mal, muy mal, y Nadeem siente arcadas de puro asco. Revisa todos los contenedores, incluso aquellos en los que no debería encontrar nada útil. Sabe que la

gente no siempre respeta las normas y más de una vez ha encontrado una lámpara, un cazo o una sartén junto a los restos orgánicos. El olor de la basura se ha enganchado a las paredes metálicas como un barniz. Por todas partes quedan restos adheridos y en el aire, que intenta no respirar, el familiar olor a descomposición.

A punto está ya de darse por vencido, de sacar el cuerpo de la enorme boca del contenedor y de respirar la brisa húmeda y casi limpia de la noche. Está muy cerca ya de abandonar.

Una noche más, un fracaso más.

A su espalda, caminando sin ruido, completamente inadvertido por Nadeem, una persona se sitúa bajo uno de los balcones del edificio cercano y contempla durante unos instantes su triste afán de pordiosero, su locura. Ha reconocido al hombre y ha identificado su ruinoso carrito, su palo, su barra de metal y su cajón de formica. Segundos después decide acercarse sigilosamente. Tras permanecer unos instantes bajo la lluvia observando cómo Nadeem, protegido por una capa transparente y con los brazos distantes del cuerpo, casi como un gran murciélago, insiste en su trajinar de bolsas azules y grises, se sitúa justo a su espalda. Tan cerca está que puede tocarlo.

Todavía dentro del contenedor, Nadeem tose una, dos, tres veces. La capa de plástico se agita en torno a su cuerpo.

El desconocido se protege bajo un paraguas negro. Le basta con acercarse un par de pasos, adelantar el brazo libre y empujar con todas sus fuerzas la espalda de Nadeem para derribarlo, para hacerlo caer. No ha podido sujetarse ni pedir ayuda. Sin palabras, sin retirar siquiera el paraguas. Un empujón fuerte, decidido. Una lección que el desdichado tardará en olvidar.

El golpe desequilibra a Nadeem, que, desprevenido, seguía hurgando en el fondo. Sin poder agarrarse al borde ni a la tapa por encima de su cabeza, cae hacia adelante. No puede evitar golpear

con la pierna el palo que mantiene abiertas las fauces del contenedor. La tapa se cierra sobre el hombre con un retumbo de losa sepulcral. Un grito de puro terror queda atrapado en su interior, ahogado entre las bolsas de plástico y los restos orgánicos. Un grito que no escucha nadie, ni en la calle, completamente desierta, ni en los pisos cercanos.

No hay más gritos.

Nadeem no vuelve a suplicar auxilio. Solo queda el miedo, mucho miedo.

Todo el miedo.

La persona que acaba de empujar a Nadeem suspira, recoge el palo, lo arroja a una papelería a unas cuantas manzanas de distancia antes de continuar hasta alcanzar su propia casa. Pasa ante la tienda de Rafiq, que se dispone a cerrar.

El tendero ha decidido dormir en el diminuto súper como tantas otras noches. No tiene ganas de volver a casa, ni de mojarse, ni de explicar sus penas a otros que andan igual o peor que él. Se tumbará en un jergón, cerrará los ojos y, con suerte, conseguirá dormir unas horas sin dejar de escuchar el ronroneo de la cámara frigorífica.

Mentalmente, Rafiq se despide de Nadeem, que no tardará en pasar de camino a casa, dondequiera que esté su casa. Espera que no regrese con las manos vacías.



**MIÉRCOLES**

## DESCONOCIDA

X continúa durmiendo cuando el doctor, tras echar una ojeada a los monitores y comprobar que sigue estable, abandona el box y se acerca al mostrador de la planta. Le pregunta a una auxiliar muy joven cuya cara no le resulta familiar por Carme Pons, la enfermera jefe. La chica, una recién llegada, se levanta y se apresura a llamarla.

Carme Pons es una mujer de cincuenta y muchos a la que los doctores jóvenes aprenden a respetar de inmediato, los veteranos nunca han dejado de hacerlo. En su caso la experiencia acumulada es un tesoro. Nadie recuerda haberla visto sin la bata y sin los zapatos bajos de enfermera. Tampoco nadie la ha oído hablar de su familia. Al parecer, no tiene pareja, ni hijos, ni hermanos... Tampoco se le conocen amigos. Es una mujer competente y extremadamente reservada. No se le escapa nada. Los ojos oscuros e inquietos, los dientes algo adelantados, el cabello cano bien sujeto con horquillas, las manos siempre en movimiento y en la cabeza erguida todos los datos que un ser humano puede retener.

De un cuartito diminuto en el que las enfermeras pasan algunos ratos, sale Carme Pons con el semblante grave, bolsas oscuras bajo los ojos y cara de necesitar urgentemente un soplo de aire libre. En las manos, una taza de té humeante.

—¿Sabemos algo?

El doctor acaba el turno a medianoche y prefiere dejar el asunto algo más atado. Considera que notificar a la familia lo sucedido es una prioridad. No puede evitar pensar que si se tratase de su propia hija desearía saber lo ocurrido cuanto antes.

—¿De la chica rubia del accidente? —inquire la enfermera jefe, comprobando un impreso.

—Sí —responde el doctor con cierto cansancio en la voz, mientras con el faldón de su bata intenta limpiar sus gafas. Tiene los ojos cansados y la mirada lánguida del que ya no puede prescindir de sus lentes.

Carme Pons escoge una de las carpetas bajo el mostrador, la abre y carraspea antes de proseguir.

—Sí, algo más sí que sabemos, doctor. La Policía llamó hace unos minutos, yo misma atendí la llamada.

El doctor se coloca de nuevo las gafas y guiña los ojos. No parece satisfecho con el resultado de su esfuerzo. Una especie de bruma sigue enturbiando su mirada. Resopla.

—Por la documentación que han podido rescatar de su bolso dicen que se llama Marina Tedesco Mercader, que tiene treinta y un años y que todo hace pensar que vive sola en el barrio de Les Corts, frente a la Maternidad. Muy cerca de donde ocurrió el accidente. Al parecer, llegaba a casa procedente del aeropuerto. Su maleta también se quedó en el maletero del taxi.

—Marina Tedesco... —repite el doctor sin dejar de guiñar un ojo para localizar la nube adherida al cristal.

—Muy cerca del Camp Nou —añade Carme Pons con una leve sonrisa, es bien sabido que el doctor es un culé apasionado y tiene asiento propio en el estadio—. Si quiere...

La enfermera le tiende una toallita húmeda y le acerca un paquete de pañuelos de papel.

—¿Nada más? —pregunta el doctor, quitándose de nuevo las gafas y frotándolas con la toallita.

—Por el momento, no. La Policía ha recuperado su móvil, si la chica no habla intentarán recuperar algún dato y contactar con alguien. Pero hemos avanzado algo, ya podemos dejar de llamarla X, ahora ya debemos llamarla Marina.

El doctor corresponde con una sonrisa de compromiso. Antes de marcharse habría querido explicarle a algún pariente cercano el alcance de las lesiones, la recuperación esperada, el tratamiento... Si no lo hace, tiene la sensación de que deja el trabajo a medias.

La enfermera jefe cierra la carpeta, eleva la vista y le ofrece un té o un café que el médico rechaza.

—Gracias, Carme, pero si tomo otro café no dormiré hasta el día del Juicio Final. Me voy dentro de nada. No puedo más. Estoy muerto.

—Sí, yo también estoy hecha polvo, pero sigue lloviendo a cántaros y una no sabe si es mejor salir o quedarse.

## **TEDESCO**

Lidia Sampedro aparece en el umbral y pide permiso para entrar en el despacho del inspector, aunque es bien sabido que no le hace ninguna falta. Es de las pocas personas —se podrían contar con los dedos de una mano— que siempre es bien recibida.

—Lo siento, tengo un aviso, inspector. Acaban de encontrar un cadáver.

Tedesco levanta la mirada sin conseguir evitar un gesto de contrariedad. Pasada la medianoche y una cortina de agua, se avecina una salida a contrapelo. Y si el cadáver ha sido localizado al aire libre, el asunto puede empeorar. Gruñe.

La agente prosigue:

—Un caso raro, por lo menos yo no he visto nunca nada parecido. El empleado que manipula el camión de la basura se ha dado cuenta al volcar el contenedor. Al caer en el camión la carga, ha hecho más ruido de lo habitual y el hombre se ha alarmado. Afortunadamente, ha podido parar el mecanismo antes de que se confundiera con el resto de la basura.

El inspector frunce el ceño. No se pierde una palabra de cuanto explica la agente. ¡El camión de la basura!

—El pobre se ha acercado y se ha llevado un susto de muerte. Cuando ha llamado, casi no podía ni explicarse. Es el cadáver de un hombre.

Tedesco resopla y lee la nota que Lidia le tiende.

El inspector recuerda perfectamente el lugar, no muy lejos de comisaría, en el que ha sido encontrado el cuerpo. Podría asegurar incluso a qué altura se sitúan los contenedores. Tiene buena memoria y conoce el distrito palmo a palmo. En la nota no se recogen más detalles. Cuando se trata de un cuerpo sin vida, los primeros contactos siempre acostumbran a ser escuetos. Generalmente, el informante, conmocionado por el espanto, apenas acierta a explicar los hechos y a proporcionar su propio nombre y su localización.

—¿Nada más?

—Nada, inspector. Ya sé que está muy visto, pero le aseguro que al hombre que ha llamado casi no le salían las palabras, y eso que, según me ha dicho, entre pitos y flautas han pasado casi veinte minutos desde que vio el cadáver hasta que consiguió serenarse y localizar un móvil con batería. ¡Veinte minutos!

—Lo que sabemos no es mucho.

Lidia susurra un:

—Lo siento. —Y se encoge de hombros.

A Mauricio Tedesco no le queda nada claro qué es lo que Lidia lamenta, si la falta de información o el anuncio de un nuevo caso en una noche inclemente que se presentaba tranquila. Quizás ambas cosas.

Asiente frunciendo los labios y quitándole importancia. Ambos saben que toca salir largando viruta hacia el lugar de los hechos a pesar del aguacero y de que la noche lo complica todo extraordinariamente. También él lo siente. Y mucho. Con los primeros fríos y la que está cayendo, Tedesco no tiene el cuerpo para salidas intempestivas.

—No importa —contesta Tedesco en franca contradicción con su gesto de desaliento, mientras tira de la americana colgada del perchero y comprueba que lleva en el bolsillo el móvil, la cartera y la acreditación.

Importa y mucho, pero un policía sabe mejor que nadie que la adversidad cabe encajarla como viene. De hecho, el policía no conoce otra cosa. Una adversidad detrás de otra. En ocasiones atropellándose, robándose espacios, solapándose. Va con el sueldo.

Lidia Sampedro es una de las mejores agentes de la comisaría de Les Corts. Delgada y aparentemente frágil, sus compañeros dicen de ella que parece una gimnasta rítmica. Y así es. De constitución delicada, de cabello y ojos castaños y con el pelo recogido en una cola de caballo que sujeta muy alta, como las gimnastas o las bailarinas clásicas, Lidia no parece una agente de Policía.

Sus compañeros no acostumbran a reconocer que es una de las personas más sagaces e intuitivas que han pasado por la comisaría. Una de las mejores con las que Tedesco se ha cruzado en su vida profesional. Lista, rápida y perspicaz. Por si todo ello fuera poco,

conoce con exactitud el protocolo policial y obra en consecuencia. Sin demoras y sin necesidad de instrucciones. Es bien sabido que la agente Sampedro vale su peso en oro.

—Necesitará un paraguas, inspector. Creo que hay alguno en el armario de la entrada. La gente se los deja en la sala de espera y...

El inspector asiente. Lidia tiene razón, como casi siempre. Por mucho que la lluvia le resulte anímicamente beneficiosa, empaparse junto a un camión de la basura mientras espera la llegada del forense y el posterior levantamiento del cadáver no entra en sus planes más inmediatos.

—¿Está avisado el forense? —pregunta a la agente para entrar en materia, mientras echa a andar en dirección a la entrada.

—Sí, creo que Velázquez está en camino, no tardará. Ya sabe cómo es.

Tedesco sabe. Vuelve a emitir algo que recuerda a un ronquido apagado.

—El coche ya está esperando. Conduce Diego.

Diego Cuesta es un agente corpulento que se ha especializado en apretar el acelerador con motivo o sin él. Lidia lo sabe. Tedesco también. Esa es la razón de su comentario.

—Gracias, Lidia. ¿Estás ocupada?

La agente niega y baja la mirada. Su cola del color de la miel hace una filigrana en el aire. Simpatizan.

—Cuento contigo.

Cuando el inspector pone el pie en la calle desierta, un escalofrío le recorre la espalda desde las doloridas cervicales hasta la rabadilla.

La cortina de agua es densa y apenas permite distinguir algo a pocos pasos. El sonido destemplado de un claxon le alerta de la posición del vehículo policial y renueva el estremecimiento.

—¡Mierda!

Tedesco maldice su suerte, baja la cabeza y echa a correr unos metros mientras intenta abrir el paraguas color escarlata que Lidia acaba de ofrecerle. Les separan pocas calles del lugar del aciago descubrimiento y en mejores circunstancias habría apretado el paso y se habría plantado en pocos minutos en el lugar de los hechos. Sin embargo, la tromba de agua que cae al bies para empeorar las cosas es de las que no perdonan.

Consigue abrir el paraguas solo a medias y no logra impedir que la lluvia cale las perneras de sus pantalones ni que decenas de gotas diminutas salpiquen sus gafas.

—Diego, se trata de un cadáver, recuerda, ya está muerto, nadie espera que lleguemos nosotros con un desfibrilador ni que le hagamos un boca a boca a vida o muerte —advierte Tedesco, sacudiendo el cabello mojado, mientras entra en el vehículo y ocupa el asiento justo detrás del conductor—. ¿Has entendido?

—Entendido —responde el agente, arrojando el cigarrillo encendido por la ventanilla con un resoplido.

Lidia Sampedro alcanza corriendo el vehículo policial. A Diego se le alegra el semblante. En comisaría nadie ignora que anda más que medio enamorado de la resuelta agente.

Esta vez no habrá acelerones, ni frenazos en el último momento ni el centelleante girofaro azul en el techo del vehículo policial. Lo supo en cuanto vio la silueta del inspector en la entrada de comisaría tratando de abrir el paraguas. El inspector no es amigo de los espectáculos gratuitos de luz y sonido a los que algunos policías son tan aficionados.

Tedesco impulsa las gafas nariz arriba con el índice. Si en condiciones normales siempre tienden a resbalar y aproximarse a la punta de su nariz, bajo la lluvia es un verdadero suplicio. La misma nariz prominente y en pendiente acusada que en palabras de su madre era lo único que le recordaba al embaucador de su padre, Franco Tedesco.

Las gotas golpean furiosamente el techo del vehículo y los limpiaparabrisas apenas consiguen despejar el cristal delantero durante unos instantes. La visibilidad es penosa, como el humor del agente al volante que se inclina hacia adelante para tratar de reconocer la calzada a pesar del aguacero.

—Vaya noche de perros. Hace media hora casi no llovía, había parado, cuatro gotas y para de contar, y justo cuando toca salir... ¡Manda cojones! —Cuesta resopla mientras pasa la manga del uniforme por el interior del cristal empañado.

Justo cuando toca salir...

A punto está Tedesco de darle la razón, pero no lo hace, no es hombre que acostumbre a traicionarse a sí mismo.

No conscientemente.

No en público.

Pocos minutos más tarde, y tras una sarta de maldiciones apenas veladas, Diego Cuesta aparca el vehículo a pocos metros de otro coche policial y del camión de la basura.

Dos agentes empapados se resguardan bajo una cornisa y el conductor del camión y su acompañante permanecen en la cabina del vehículo. Decir que el escenario es desolador sería ser benévolo. Uno de ellos, el que instantes más tarde se identificará como Ramón Aguado, el mismo que advirtió la caída del cuerpo en la caja del vehículo, se rodea a sí mismo con los brazos y tiritita. Tiene la vista

clavada en el cristal de la cabina por el que el agua resbala sin interrupción, parece ensimismado, quizás intenta no pensar.

Tedesco observa que, sin duda, el hombre que obstinadamente fija la mirada en el cristal delantero no puede ver nada más allá del agua.

## **VELÁZQUEZ**

El inspector baja del coche y trata de abrir el paraguas. No lo logra inmediatamente. Mientras lo intenta, el agua consigue calar su americana y velar completamente las gafas, que, a medio camino entre el puente de su nariz y el abismo, le dan un aire algo nostálgico, como de época. Así las llama Marina, las gafas de época. Según su hija, las gafas son lo único en su apariencia que desmiente su evidente condición de madero. A menudo su hija utiliza esa palabra, madero. Lo hace para irritarle y él aparenta siempre cierto enfado. No es así. No le importa lo más mínimo.

Poli, pasma, guripa, madero... ¿Qué más da? Ni el hábito hace al monje, ni el apelativo al policía.

Siente frío, un frío intenso agravado por la humedad que alcanza su nuca y el nacimiento de su cuello. Se acerca al camión y abre la puerta del conductor.

—Soy el inspector Tedesco. Me encargo de este caso. Necesito hablar con ustedes.

Y sus palabras son órdenes. El conductor baja seguido de su compañero y, de un par de saltos, ambos se refugian junto a los agentes bajo la marquesina de un comercio. Los dos llevan calzado

muy grueso, guantes y chalecos reflectantes que molestan a la vista, pero solo uno de ellos, Ramón Aguado, tiembla visiblemente.

Mientras acaban las escuetas identificaciones, Dionisio Velázquez, el forense, se acerca con cara de pocos amigos y de infinidad de enemigos. Una legión. Es un hombre agrio y malcarado por naturaleza y se jacta a menudo de que sus «clientes» nunca han presentado una queja. A su entender, el mal chiste sigue teniendo gracia.

—¡Me cago en la puta, Tedesco! Siempre me toca a mí. Y a usted, a usted también, usted es de los que pringan. Como yo, como estos —añade, señalando a los agentes—. Esta puta ciudad es una puta ciénaga. Aquí uno no puede parar ni bajo el diluvio universal. ¡Hay que joderse!

El agua ha empapado su pelo y corre ya camisa abajo hasta alcanzar su cintura. No tiene paraguas, ni americana ni un sencillo impermeable. Tampoco parece necesitarlos. El agua sube desde los bajos de sus pantalones casi hasta la rodilla, como si hubiera llegado caminando.

Tedesco se aproxima y lo cobija bajo el llamativo paraguas. No hay palabra alguna de agradecimiento, no forman parte de su vocabulario.

—Quite, hombre, quite. Que me siento una princesa Disney.

El inspector ignora su comentario y lamenta no poder ignorar también su presencia.

—Ustedes dirán —apremia—. ¿O piensan quedarse mirando toda la noche?

Uno de los dos agentes que fueron los primeros en llegar señala la gran abertura por la que los contenedores arrojan su carga a la caja del camión; parece algo amedrentado. El grupo entero se moviliza y

se aproxima a excepción de los empleados municipales. Han visto mucho más de lo que querían ver. Ramón Aguado gira la cabeza, ni por un momento piensa revivirlo.

Tedesco se inclina ligeramente. Las lumbares protestan. Siempre lo hacen. Con un dedo sujetando sus gafas para no tener que recuperarlas removiendo entre la basura, el policía puede distinguir un cuerpo tendido boca abajo.

—¡Joder! Vaya final. —Velázquez abre su maletín.

El cadáver, completamente desmadejado y envuelto en una capa de plástico transparente de color azul muy pálido, casi blanca, destaca entre las bolsas de las sobras domésticas.

El rostro girado hacia la cabina del camión y las manos en desorden a la altura del pecho. Apparentemente se trata del cadáver de un hombre de constitución delgada que calza unas deportivas sin marca visible, viste unos pantalones tejanos y una prenda blanca que recuerda a una camisola larga por sus aberturas laterales y porque le llega casi hasta las rodillas. En vida, el muerto se resguardaba del agua con una capelina de las que se usan en las travesías de montaña. El cadáver tiene el pelo lacio y muy negro, la piel grisácea y las lunas de las uñas visibles intensamente blancas.

El agua se acumula ya a su alrededor y se encharca entre los desperdicios. Las bolsas negras parecen casi de charol.

A simple vista, el policía no aprecia signos de violencia.

—¡Hay que joderse! ¿No había peor lugar?

Velázquez, cada vez más mojado y de peor humor, se limita a ponerse los guantes azules de látex que le dan la apariencia de un mago aficionado. Mojado de arriba abajo y en mangas de camisa, se encarama al vehículo sin dejar de maldecir su suerte. Separa

algunas de las bolsas de basura para completar la inspección ocular y examina uno de los brazos del cadáver.

Rezonga, resopla y dice:

—Desde luego, este tipo no es caucásico. Por otra parte, todavía no se aprecia rigidez, no hace mucho que ha muerto. Sin moverlo no puedo decir mucho más.

—¿Alguna idea sobre...?

—Ideas, muchas, Tedesco. Como usted, muchas ideas. Todas y alguna más. Algunas malas, otras peores, pero si me pregunta por datos útiles, por constataciones... Por ahora, ninguna. Ya sabe cómo va. Hay que joderse. Ideas, dice...

Y continúa renegando mientras pone pie a tierra.

El policía ni replica ni considera oportuno insistir. No lo es. Sin abrir la boca, sigue sosteniendo el paraguas sobre ambas cabezas.

—Aquí no hay mucho más que ver, Tedesco. Cuando levanten el cadáver y nos lo manden podré decirle algo más, pero no me venga con prisas, que nos conocemos.

En eso no anda errado. Se conocen desde hace años, por eso Tedesco no abre la boca ni para despedirse de él. Sabe que el forense lo prefiere así, y, si ha de ser sincero, al policía, huraño por naturaleza y trayectoria vital, ya le parece bien.

Velázquez se desprende de los guantes, que tira al contenedor, se revuelve como haría un perro empapado y se dispone a regresar al coche que le espera estacionado en un vado.

En cuanto el juez autorice el levantamiento del cadáver podrán alejarse del escenario. Ni la oscuridad ni la lluvia torrencial facilitan las cosas.

## **AGUADO**

Tedesco se acerca a Ramón Aguado.

—¿Podría explicarme cómo ocurrió?

—¿Cómo ocurrió qué? ¿No creerá que yo lo maté? A mí no me venga con esas, que no sé ni quién es. Yo no...

Aguado da un paso hacia atrás como si estuviera a punto de echar a correr. O a llorar.

—No, hombre, no. No se preocupe. Me gustaría saber cómo descubrió usted el cuerpo.

—Ellos ya lo saben —contesta a media voz con el semblante grave del que daría cualquier cosa por olvidar lo vivido. Aguado se refiere a los agentes que han llegado en primer lugar.

—Deberá usted repetirlo. Aquí y en comisaría. Es el procedimiento. También tendrá que firmar una declaración. Eso no quiere decir que sea usted sospechoso, se lo aseguro.

No hay suspiro de alivio, tampoco recupera Aguado su posición original. Bajo la marquesina de un comercio y sobre un sonoro fondo de agua, describe de nuevo el ruido que ha escuchado al levantar el contenedor y dejar caer la carga en el camión.

—Nada hace tanto ruido. Las bolsas caen sin mucho ruido. Si la gente no separa el metal o el cristal puede que... Pero no algo así... No ese tipo de ruido de algo grande y pesado. Por eso bajé el contenedor enseguida, creo que no acabó ni de vaciarse. Me acerqué y fue entonces cuando lo vi. No toqué nada. Nada. Ya sé

que no se debe tocar nada. Solo me acerqué, miré y lo vi. Y llamé a mi compañero porque no podía ni creerlo.

—Entiendo. —Tedesco lo anima a seguir.

—Me asusté, eso sí, me asusté mucho. Entendí que estaba muerto. No se movía, no... No sé por qué, pero tuve ganas de salir corriendo. Si no llega a ser por Eliseo...

El inspector cabecea. Es una reacción frecuente. La gente se asusta, se paraliza y algunas personas hasta experimentan una extraña forma de culpabilidad.

Más allá de la marquesina el agua no da tregua.

—No creo que fuera el golpe. Ya había bolsas, no era el primer contenedor. Espero que no... Con la caída... Pero yo no... En todo caso es mi obligación, es lo que hago cada noche. Siempre igual. Yo hice lo que tenía que hacer, no podía saber que... Cayó desde muy alto, pero yo no podía saber que...

El hombre sigue asustado, tan asustado que no consigue acabar sus frases. Le tiemblan las manos y se balancea apoyando el peso del cuerpo primero sobre un pie, luego sobre el otro. Su compañero, Eliseo Martín, el conductor, a su lado, asiente.

—No se preocupe, Ramón. Seguro que no fue el golpe.

—Olvidé el móvil en casa, no suele pasarme, no sé dónde tengo la cabeza... —Ramón Aguado cree necesario justificarse. No lo es.

—No se preocupe. Entiendo.

—Siempre lo llevo conmigo al salir de casa, pero hoy, con las prisas... Y el suyo... Él sí lo llevaba, pero no tenía batería —dice, señalando con un gesto al conductor del camión, que no abre la

boca, pero continúa asintiendo—. Como si lo hubiéramos hecho a propósito, pero puedo jurarle que...

Con un gesto, el policía le asegura que no precisa juramentos.

—Nos acercamos a pie a un badulaque, ¿sabe?

Tedesco no sabe.

*—Sí, uno de esos supermercados de pakis que cierran muy tarde. Mis críos siempre lo llaman así porque ven Los Simpson. Está a dos manzanas de aquí. O a tres... No sé... El tío es un buen hombre, amable, buena gente, siempre paramos allí si necesitamos algo.*

—Tres manzanas —concreta el conductor.

—El dueño ya casi cerraba, no sé si nos entendió, creo que sí, nadie espera que le vengán con un muerto, pero nos dejó llamar. Y eso es todo. No sé qué más puedo decirle. No... No tocamos nada. Ni él ni yo. Así cayó y así se quedó, como lo ven. Ni Eliseo ni yo, comisario, no tocamos nada.

—Le creo. No tiene por qué preocuparse. ¿En qué contenedor estaba el cuerpo?

El policía no se molesta en corregir al atribulado empleado. No solo no es comisario sino que, por su edad y por su falta de ambición, no lo será nunca. Ni ganas. Espera no pasar de inspector, pero no es la primera vez ni será la última que se dirigen a él como a un comisario. La gente acostumbra a llamar comisario a todos los policías por encima de los cuarenta y tantos. Tedesco recuerda las palabras de Ignasi Romeu que afirma a los cuatro vientos que, en ese sentido y en algún otro, las series de televisión han hecho mucho daño.

El hombre señala uno de los tres contenedores de los que el ayuntamiento destina a los residuos no reciclables. Justo el que está

frente al camión. Entre los dos últimos alguien ha abandonado un carrito de la compra viejo y completamente mojado que contiene una lata vacía de pintura. Junto al contenedor señalado, Tedesco advierte un cajón de formica.

Se aproxima.

Aguado no se ha movido.

—Si han dejado ustedes sus datos, pueden irse. Y vayan tranquilos. Nosotros nos encargaremos del vehículo e informaremos a la empresa. Les disculparemos, no se preocupen. No han hecho ustedes nada malo.

Ramón Aguado suspira visiblemente aliviado.

—Les llamaremos si necesitamos más información. En todo caso tendrán que pasar en algún momento para que les tomen declaración, pero no se alarmen, solo es un trámite.

Ninguno de los dos se mueve de inmediato. Aguado es el último en retirarse y lo hace de espaldas, como el sirviente se alejaría de su señor en un castillo. Dejar el camión allí, cargado y con las llaves puestas, no les parece una buena idea, pero ninguno de ellos se atreve a contrariar al policía.

Recogen sus cosas de la cabina y desaparecen bajo la lluvia con los chalecos reflectantes sobre las cabezas. Ambos caminan deprisa.

A Tedesco el cajón blanco de formica le parece fuera de lugar, pero la gente abandona cosas bien curiosas. Un solo cajón girado del revés, como un pequeño escalón a ninguna parte. Quizás los últimos restos de un mueble desechado, piensa.

Superada ya la medianoche, continúa lloviendo a mares sobre la ciudad y apenas quedan luces en los pisos. Solo un puñado de vecinos observa la escena apartando las cortinas. Nadie baja a la

calle ni requiere información. Afortunadamente, la prensa tampoco ha aparecido. No hay periodistas, ni micros ni fotografías conseguidas casi a traición de los pies, las manos o de un pedazo desnudo del cadáver.

Presionando sobre la barra inferior, el policía levanta la tapa. Está casi vacío, solo quedan restos dispersos y un par de bolsas rasgadas. Sucio, maloliente y casi vacío. Ordenará que busquen en el interior huellas que con toda seguridad no lograrán encontrar.

Junto al bordillo, el agua escapa en dirección a la alcantarilla. Inútil pensar en encontrar huellas en la tapa. La lluvia no perdona. De poder hacerlo, la mayoría pertenecerán a vecinos de la zona que utilizan habitualmente el contenedor. Mal asunto. Con la lluvia tampoco conseguirán detectar el rastro de un pie sobre la barra. Todo esfuerzo será inútil. Por una vez el inspector aborrece el agua sobre la ciudad. Una lluvia pertinaz y cómplice de anonimato.

No hay un buen lugar para morir, pero un contenedor es uno de los peores, piensa Mauricio Tedesco justo antes de comprobar que acaban de llegar los de la Científica. Se dirige al responsable, da un par de órdenes y pide que registren al fallecido. Necesita saber si lleva documentación encima. Siempre facilita las cosas conocer el nombre y los apellidos de un cadáver.

Tras tomar las primeras instantáneas, uno de los agentes comprueba que el muerto no lleva ni dinero ni identificación. Y tampoco ni un maldito euro.

Tedesco suspira. A primera vista, el caso no parece fácil.

—Lidia, Diego, nos vamos.

Diego hace sonar en el aire las llaves del vehículo como haría un bebé con un sonajero mientras Mauricio Tedesco echa una última mirada al cajón blanco que continúa junto al contenedor y que un agente fotografía desde diversos ángulos.

—Ese cajón...

Es Lidia la que se pregunta por la presencia del cajón de una mesa junto al contenedor.

## **TEDESCO**

Avanzada la madrugada, da por acabada su jornada laboral. Ha dejado de llover y, antes de alcanzar la puerta de su piso, Mauricio Tedesco cae en la cuenta de que ha olvidado el llamativo paraguas en el coche policial. Curiosa y volátil condición la de los paraguas. Ha olvidado decenas de ellos en los lugares más extraños. Dejan de ser útiles cuando la lluvia cesa, para Tedesco dejan de existir. Fina, su mujer, se ocupaba de reponer los que él andaba extraviando. Años atrás, antes de su muerte, siempre había en casa algún paraguas. Siempre. En el presente, a Tedesco no le serviría de nada poner el piso entero patas arriba.

Son tantas y tan importantes las cosas que perdió el día que Fina expiró tras una larga y angustiosa enfermedad que el duelo parece no acabar nunca. Tantas y tan importantes... Entre otras muchas, el policía ha dejado de encontrar su rostro, sus brazos, su voz... al llegar a casa completamente empapado en una noche de tormenta. Ya no se atreve a imaginar que quizás incluso la encontrará leyendo y que se apresurará a buscar una toalla, a ofrecerle algo caliente y a animarle a ponerse cuanto antes el pijama. No se atreve a recordar cuando, con el corazón helado, se cobijaba junto a ella bajo las mantas.

Tantas.

El sonido de la cerradura parece amplificarse de madrugada en el piso vacío. Un verdadero estruendo. Hace frío cuando alcanza el

salón y decide desnudarse cuanto antes y arrojar al cesto la ropa mojada. Se secará el pelo e intentará dormir unas horas. Quizás tomará una pastilla para invocar el sueño. Últimamente duerme poco y mal y, tras la experiencia del camión de la basura, Tedesco intuye que le costará Dios y ayuda vencer un insomnio que amenaza ya con devenir un problema crónico.

Se acerca al teléfono con la esperanza de encontrar un mensaje de Marina. No lo hay. No es extraño, sin embargo le inquieta el silencio prolongado de su hija. Marina nunca deja pasar muchos días sin dar señales de vida. Un «Buenos días, papá» casi al vuelo, un «Hasta mañana» o, mejor todavía, un alegre «Nos vemos dentro de un rato».

El inspector habría dado cualquier cosa por escuchar la voz de su hija en el contestador deseándole buenas noches o emplazándolo para comer juntos al día siguiente en el restaurante de siempre, El Reboost. Cualquier cosa por compartir, sobre el mismo mantel de cuadros rojos y blancos, los platos de siempre con la sonrisa de siempre. Cualquier cosa.

Tedesco, que adora lo que él llama su oficio, no sirve para otra cosa ni tiene más aspiración que la de seguir investigando. Como muchos policías, experimenta cierta inclinación por el lado oscuro, cierto afán por explorar lo más sórdido de la condición humana. Fina decía de él que bajo sus gafas anticuadas y su apariencia «casi venerable» se escondía un sátiro, un hombre morbosos con tendencias criminales afortunadamente controladas. Bromeaba.

Muerta la mujer que lo ha acompañado durante la mayor parte de su vida, su oficio de poli es cuanto le queda. Su oficio y, de tarde en tarde, la compañía de su hija Marina. No tiene más amigos que el inspector retirado Ignasi Romeu, un policía jubilado que daría lo que no tiene por continuar en activo, ni más aficiones que las novelas de polis que lee con la distancia que utilizaría para adentrarse en la pura y dura ciencia ficción.

Su piso, vacío y en desorden, se le antoja territorio casi hostil y decide intentar dormir de inmediato, lo antes posible. Se despoja de las prendas mojadas y busca un pijama que no está bajo la almohada como era de esperar. No recuerda dónde lo dejó. Se siente solo e inútil y, en ropa interior y temblando por el frío y la humedad, se mete entre las sábanas y se arropa como puede con las mantas medio caídas. Recuerda la pastilla que facilita las cosas. Valora la posibilidad de levantarse y buscarla en el lavabo.

No lo hace.

Se consuela pensando que Ángela, su asistente, llegará al día siguiente a media mañana. Ángela adecentará el piso y combatirá con mano diestra el desgobierno imperante. El desorden acentúa en el policía la intensa sensación de abandono que se apodera de él cada vez con mayor frecuencia.

Pasa horas recordando alternativamente el cadáver del desconocido que se halla ya en el Instituto de Medicina Legal a la espera de que le sea practicada la autopsia y la ausencia de noticias de Marina cuya voz le hace tanta falta. Recuerda el cajón de formica blanca al pie del contenedor, las bolsas de basura brillando en torno al cuerpo envuelto en la capa transparente, el carrito de la compra abandonado, el rostro del fallecido ladeado y medio oculto por la basura, las manos de palmas claras y lunas sorprendentemente blancas...

Desvelado, triste y sin la menor esperanza de dormir unas horas, el policía no encuentra fuerzas para levantarse e ingerir una pastilla.

Una y otra vez rememora los mismos detalles que no le llevan a ninguna parte. Un informe preliminar de la Científica estará ya en su mesa a media mañana, cuatro cosas, pocas, pero la urgencia por conocer algún detalle le mantiene inquieto y desvelado durante la mayor parte de la noche. Exactamente las mismas horas que pasa temblando y cavilando bajo las mantas sin llegar a ninguna parte.

A veces, Tedesco, como tantos otros, como casi todos, experimenta el deseo imperioso y recurrente de gobernar el tiempo, de hacerlo avanzar hasta la consecución de nuevas pistas o retroceder hasta un pasado añorado y no tan lejano que vivió en compañía de Fina. El deseo es tan vivo, tan real, como la ausencia de la esposa, como la añoranza de su piel tibia, de su voz, de su consuelo.

Y, con el deseo, la maldita impotencia y la improbable resignación.

## **MARINA**

Con las primeras luces, el personal de enfermería se despliega por toda la planta. Levantan persianas, comprueban goteros, acercan cuñas, revisan temperaturas y saludan a enfermos y a acompañantes. La actividad se multiplica y no queda box que las enfermeras no visiten. Judit Vallés es la enfermera que se incorpora con el cambio de turno y la responsable de supervisar la cama de cuidados intensivos en la que se recupera Marina Tedesco.

—Buenos días —saluda en voz alta y casi jovial al entrar, al tiempo que enciende luces y comprueba que la accidentada no tiene compañía.

Marina se agita levemente en la cama de hospital. La sedación está dejando de hacer efecto y siente dolor. Un dolor generalizado y especialmente intenso en el hombro.

—Buenos días —insiste Judit—, ¿qué tal estás?

No hay respuesta, solo algo que recuerda a un lamento muy débil.

—Podemos llamar a alguien. Necesitarás tus cosas y es mejor que alguien sepa que estás aquí.

Marina parpadea varias veces y, con esfuerzo y tras mover la cabeza a derecha e izquierda, consigue abrir los ojos y fijarlos en el rostro de la enfermera. Siente el pensamiento turbio, confuso y entreverado de imágenes terribles. Sigue muy pálida bajo la luz blanca e inclemente del box de hospital. Tarda unos instantes en recordar lo sucedido. Evoca el coche que no se detuvo, que se acercó a toda velocidad y que se les echó encima, rememora el grito previo del taxista, el golpe, los cristales que saltaron por todas partes, el corazón enloquecido...

Recuerda que el joven taxista enmudeció tras la colisión. También que sintió dolor, un dolor agudo, lacerante, que la sangre alcanzaba sus mejillas, su cuello, las manos... Y que el corazón parecía a punto de quebrar la barrera de las costillas para escapar de su pecho. Rememora, como en una pesadilla, la voz de la mujer a su espalda. Una voz calmada, casi irreal, una voz que no corresponde a ningún rostro y que le asegura que muy pronto será atendida, que no debe asustarse, que todo se arreglará. Recuerda la lluvia...

El dolor. ¡Tanto dolor!

Se alarma y se lleva una mano a la cabeza.

—No te preocupes, Marina. Todo irá bien —le asegura Judit Vallés mientras anota las constantes y le toma la temperatura—. Te recuperarás.

A Marina no le resulta fácil hablar. Se siente aturdida, le duele la cabeza, la mandíbula, el brazo, las costillas y la cadera y, por si fuera poco, la mente parece no responderle como tiene por costumbre. Sigue durante unos instantes con los ojos muy abiertos intentando dominar el espanto. La atormenta el lado izquierdo de la cabeza por encima de la mejilla. Muy lentamente levanta el brazo libre en el que no hay tubos ni cánulas y lo acerca a la sien. El roce provoca más dolor y más miedo. Comprende que no hay cabello, solo vendas y una herida profunda que palpita al menor contacto.

—Tranquila, el cabello crece, no es problema.

Marina permanece unos instantes paralizada por el miedo y con el brazo suspendido a la altura de los ojos intensamente azules. Ojos azules e inquietos que recuerdan a los de su padre.

—Es mejor que no lo toques. Es aparatoso, ya lo sé, y te duele, pero no hay afectación importante. No te preocupes. Te recuperarás. Nada grave. Solo necesitas tiempo.

La respiración de la accidentada se acelera y el corazón se encabrita de nuevo en el pecho. No sabe qué pensar. Apenas consigue gobernar su mente. Con las yemas de los dedos roza sus párpados, su nariz, la boca entreabierta... Sigue comprobando brazos y piernas, mueve los miembros y concluye con cierto alivio que puede controlar su cuerpo, que todo parece responder.

La enfermera se sitúa junto a la cabecera. Substituye una de las bolsas de suero que cuelga casi completamente vacía, corrige la colocación de las sábanas y le acerca a los labios un vasito diminuto con una píldora roja y blanca y otro algo mayor que ha llenado de agua.

—Es para el dolor. Te recuperarás, ya lo verás. —Pone la píldora entre los labios de Marina y le aproxima el vaso con agua—. Cuestión de unas semanas, las pruebas confirman que no hay nada irreparable. En cierta manera, y por lo poco que sé, has tenido mucha suerte.

Marina recuerda al taxista, que no llegó a pronunciar una sola palabra tras la colisión. No pregunta por él, comprende que ha muerto.

—Debes decirnos a quién podemos avisar, Marina. Por el momento solo sabemos tu nombre y tu dirección, no han podido localizar otros datos. Si quieres, podemos llamar a tus padres, a algún hermano, a tu marido, a tu novio..., a quien prefieras. Tú mandas.

Marina cierra los ojos unos instantes y no responde. La cabeza le duele y le cuesta pensar, pero necesita hacerlo. Su padre es su única familia cercana, pero si lo llaman desde el hospital diciéndole que su hija ha tenido un accidente, el policía recibiría un susto de muerte. Necesita pensar. Está Mario, pero no sabe si... Es todo muy reciente, muy... ¿Qué pensará si pide que lo avisen a él? Puede creer lo que no es. Lo que no es todavía.

Está Marta. Marta...

—Si quieres, vuelvo dentro de unos minutos y hablamos —propone la enfermera.

Marina asiente.

## **TEDESCO**

Harto de dar vueltas a las mismas cosas, el inspector pone pie en tierra a las siete de la mañana, con el alba. Faltan un par de horas para que deba regresar a comisaría, pero no puede continuar girando inútilmente en torno a sí mismo, no está hecho para la rotación. Se volverá loco. No es la primera vez que piensa en ello.

Se ducha sin prisas con agua muy caliente, pero no consigue dejar de sentir frío y un cansancio extremo. En ocasiones así, su abuela, una atea confesa y orgullosa, que de haber podido se habría unido a los quemaconventos, decía que «no estaba muy católica». El policía se afeita con detenimiento frente al espejo del baño y busca ropa de invierno en el armario. Algo encontrará. Necesita dejar correr el tiempo antes de llamar a su hija. Quizás ha trasnochado y, tanto si lo ha hecho como si no, las siete y cuarenta de la mañana es una hora excesivamente temprana. Decide aguardar hasta las nueve. Por mucho que lo intente, tampoco conseguirá esperar mucho más.

Encuentra una camisa clara y un jersey azul no muy grueso de cuello en pico que lleva utilizando varias temporadas y al que Marina se refiere pomposamente como al «uniforme de invierno». Sonríe en la soledad de su piso al recordarlo mientras comprueba que, o bien la prenda ha encogido ligeramente, o él ha aumentado de volumen de un año para otro.

Sigue sintiendo frío. Saca de un cajón una bufanda gris y se la enrolla, sin gracia ninguna, en torno al cuello. Mejor así. Marina se reiría de él si pudiera verlo, piensa.

Carraspea, tose un par de veces y, tras empujar las gafas nariz arriba, piensa en lo peor. Inclinado a la hipocondría, piensa en un resfriado de consecuencias imprevisibles, en el Covid que ya superó en una ocasión tras casi diez días de sentirse morir o en una neumonía fatal.

La postración. El horror.

Desde que vive solo se han acentuado todos y cada uno de sus temores y una afección común se le antoja una grave complicación, la antesala necesaria de la decrepitud, el preludio de la desaparición. Ha dejado de ser un hipocondríaco moderado para vivir acobardado por los imprevistos.

Se prepara un café soluble y demasiado áspero y retiene la taza entre las manos durante unos momentos. Detesta el café soluble, pero le falta el ánimo para poner una cafetera. Aborrece servir una única taza que le recuerda que está solo, que vive solo. Que Fina no volverá.

El calor en las palmas resulta agradable, vivificante. El primer café de una larga serie diaria que el médico le desaconseja periódicamente con una contundencia que consigue amargarle un poco más la vida. Hace tiempo que Tedesco se ha convencido de la necesidad de cambiar de médico. Si no lo ha hecho antes es, como tantas otras cosas, por puro abandono.

Enciende el televisor y aguarda las noticias locales, quizás los reporteros hayan averiguado alguna cosa que la Policía todavía no sabe. No sería la primera vez, tampoco la última. Por el momento no hay referencia alguna al cadáver del contenedor. Mejor, piensa. Mucho mejor. No aparecen en la pantalla ni imágenes de camiones de la basura, ni reportajes a pie de calle con la cámara clavada en el contenedor en cuestión, ni inútiles e insidiosas preguntas a los vecinos.

Un respiro.

Como les sucede a muchos policías veteranos, las relaciones del inspector con la prensa no son exactamente cordiales. Piensa en ellos como en una de las siete plagas, la de langostas para ser exactos. Prefiere que periodistas y reporteros se mantengan alejados de sus casos y que no metan las narices en sus asuntos. Demasiadas veces una información a destiempo le ha acarreado problemas.

El parte meteorológico presagia nuevas precipitaciones, pero de poca intensidad. Solo algún chubasco aislado.

## **MARINA**

Tal y como ha asegurado, Judit entra de nuevo poco después. Marina apenas se ha movido. A pocos metros, en algún cubículo cercano, alguien, una mujer, se lamenta y grita de dolor o de duelo. En ocasiones es difícil comprender la razón de un grito.

La enfermera se acerca al lecho con una bandeja que deposita sobre una mesa alta y rodante. Sonríe. Apparentemente ignora lo que ocurre algo más allá. Es su oficio. Parece impermeable a lo que ocurre a pocos pasos, como si no advirtiera el dolor en la voz

desgarrada de la mujer. Ha necesitado muchos años para conseguir parecer inmune.

—¿Has pensado a quién quieres avisar? No quiero agobiarte, pero tenemos que resolver este tema. Estamos obligados a ponernos en contacto con los familiares lo antes posible. En un caso como el tuyo, un accidente grave, es el procedimiento. Si no avisamos nosotros, tarde o temprano se encargará la Policía. Y si no quieres que se preocupen, sería mejor que...

La enfermera cruza las manos sobre el vientre, hay determinación en su mirada, parece decidida a no moverse de allí si no es con un nombre y un teléfono.

—Es el procedimiento.

Marina conoce bien el término, su padre lo emplea a menudo y no siempre con respeto. El maldito, el condenado, el puto procedimiento de los cojones.

—Creo que es mejor llamar a Marta. Es una amiga. Una buena amiga, ella se encargará de todo y avisará a mi padre.

El dolor sobre la sien y en el inicio de la mandíbula se incrementa al hablar y las palabras nacen torpes de entre los labios.

—Pero quizás tu familia... —apunta la enfermera.

—Marta se ocupará de todo.

—¿Marta...?

—Marta Silva. Ella avisará a mi padre, se conocen. Creo que será mejor así. No se alarmará tanto si es ella la que le explica...

—Si quieres, tú misma puedes... —sugiere la enfermera—. Han traído tu bolso y creo que el móvil funciona.

Marina cabecea ligeramente.

Asiente.

Un dolor agudo asalta sus cervicales y no puede reprimir un lamento apagado cuando intenta incorporarse. La enfermera sale un instante y cierra la puerta del cubículo. Sabe que la primera noticia es difícil de dar y que requiere privacidad.

Marina deja de oír la voz de la mujer que grita.

## **ROMEU**

Pasan unos minutos de las ocho de la mañana cuando por fin baja a la calle para su segundo café y para una ojeada rápida a la prensa. Sigue lloviendo, pero tal y como han vaticinado desde la televisión autonómica, es una lluvia suave y silenciosa. De no ser por las gafas autodeslizantes y por sus cristales permanentemente empañados, sería una verdadera caricia en los párpados. De la acera sube el olor a humedad y en las alcantarillas se atropellan las últimas hojas caídas. El otoño lo ha llenado todo de hojas que amarillean.

En el bar París, a pocos pasos del edificio en el que Mauricio Tedesco lleva viviendo más de media vida, el inspector retirado Ignasi Romeu permanece acodado a la barra desde primera hora. Mira la pantalla y espera. Alto, muy delgado y algo encorvado, Romeu conserva, a sus casi setenta años, un cabello espeso y completamente blanco. De un blanco algo azulado que, a bote pronto, le recuerda la capelina que cubría al cadáver. La semejanza le da que pensar.

—Hola, Mauricio. Ya pensaba que no bajabas —lo saluda el expolicía—. Tienes cara de gripe intestinal. ¿Mala noche?

Tedesco asiente y le indica al camarero que espera un café de los de verdad. Ni soluble, ni descafeinado ni echado a perder por el azúcar.

Tiene Romeu los ojos grises y un poco demasiado próximos, la frente despejada y la barbilla apuntada. Su nariz aguileña cambia de aspecto al reír, el extremo se inclina hacia abajo como consecuencia de una risa franca y algo estrepitosa. Fue su instructor durante unos meses y a Tedesco le consta que es un hombre astuto que no consigue acostumbrarse a la inactividad. Tampoco ignora que es mordaz hasta el delirio. El sarcasmo es como su olor corporal, personal e intransferible.

Romeu aguarda a Tedesco en el París sin faltar un solo día. Llegando andando desde su casa a unos veinte minutos de distancia. El primer ejercicio del día, casi el único. Anhela oír de sus labios el relato de algún caso en su primera fase, los pormenores del curso tortuoso de una investigación especialmente complicada, el planteamiento de un nuevo enigma por resolver o el colofón sorprendente de una investigación. Espera también poder aportar alguna idea, alcanzar alguna conclusión o reparar en algún detalle que ha pasado inadvertido.

Antes de retirarse, Romeu aprendió a navegar por internet y las muchas horas dedicadas a indagar, pantalla mediante, han hecho del exinspector de Policía un verdadero experto. Colaborar casi furtivamente con Tedesco es su particular manera de continuar en ejercicio. No conoce otra. No la hay. Una manera solapada y probablemente ilegal, pero a ninguno de los dos les preocupa transgredir la confidencialidad de un caso acodados en la barra del París.

Romeu desdeña, abierta y públicamente, las novelas de crímenes, y se mofa con saña de los detectives que las protagonizan. Cuando se encuentra con Tedesco, acostumbra a referirse a ellas como «a esos cuentos chinos que te ha dado por leer últimamente».

—¡Joder, Mauricio! No tienes un buen día, ¿verdad? No sé si echar a correr en busca de un médico o de un confesor.

Tedesco contempla a su amigo por encima de las gafas y arruga el gesto.

—No muy bueno, Ignasi, la verdad. No me encuentro muy bien. Creo que me ronda alguna cosa.

El inspector tose un par de veces y se lleva la mano a los labios con el rostro compungido y las gafas en difícil equilibrio en la punta de la nariz.

—¿Has cogido frío? —pregunta el expolicía al reparar en la bufanda que ciñe el cuello de su amigo.

—Algo así.

El camarero le acerca la taza de café solo y humeante y Tedesco la retiene unos instantes entre las manos.

—Gracias, Manu.

—¿Alguna novedad? —quiere saber Romeu.

—Hummm.

Tedesco alarga el brazo y se apodera del diario que Romeu acaba de dejar sobre la barra. El expolicía interpreta correctamente el gesto y entiende que debe esperar. Y lo hace. No tiene prisa, tampoco otras obligaciones. Con la mirada gris fija en la pantalla del televisor en el que se repiten las imágenes de la tromba de agua caída sobre la ciudad y sus alrededores, aguarda pacientemente. Tedesco acabará por hablar. Siempre es así.

El inspector ojea el diario desde la primera a la última página. Busca alguna referencia al hallazgo del cadáver. Puede imaginar los

titulares.

No la encuentra, no la hay. Esperaba que así fuera. Para un policía veterano como Tedesco, la falta de noticias en prensa siempre es una buena noticia. Sabe por experiencia que, aunque las redacciones de los diarios han ganado en agilidad, los sucesos que se conocen cerca de la madrugada difícilmente aparecen en la edición en papel de los diarios del día siguiente. En todo caso, unas líneas dictadas a toda prisa, una nota muy breve, apenas nada. No hay tiempo para más antes de cerrar la edición. En cierta manera es un día ganado.

Cierra el diario y lo aparta. Aun así, no mejora ni su humor ni su estado de ánimo. Tras un par de sorbos a un café corto y contundente, Tedesco le habla a Romeu del cadáver en el camión de la basura.

—Interesante. Es la primera vez que alguien se libra del cadáver de un adulto tirándolo directamente a un contenedor como si fuera el hueso de un jamón o un yogur caducado. Es lo que tiene esta vida, que siempre te quedan cosas por ver. Por eso no quiero morirme, Mauricio, por lo que me perdería.

Tedesco apura los restos del café y se despide del amigo. Aunque no entra de servicio hasta algo más tarde, necesita leer el informe preliminar. Le dictó las notas a Iván y es probable que tengan ya alguna cosa de la Científica. Piensa caminar un buen trecho.

—Te acompaño —se ofrece Romeu—. Esto que ves no es una prótesis, algunos lo llaman paraguas.

Caminan en silencio. De tarde en tarde, Ignasi Romeu formula alguna pregunta que el inspector contesta si conoce la respuesta. Durante unos segundos, y a instancias de su amigo, Tedesco recuerda la capelina azulada y la apariencia casi espectral del cadáver.

## MARTA

Con el corazón en un puño, Marta Silva deja a su hijo en la escuela. Siente cierto apuro al avisar a la responsable de la agencia de viajes en la que trabaja de que llegará algo más tarde.

—Lo siento, Roser. Puedo recuperarlo el sábado. Es un imprevisto y te aseguro que no puedo...

—Hablamos cuando vuelvas —la interrumpe Roser Armengol, que no disimula su mal talante.

*Las palabras de la directora de la agencia, que suenan a amenaza, siguen vivas en su mente cuando detiene al primer taxi que consigue avistar. Hablaremos cuando llegues. En pocos minutos, Marta se planta en el Hospital Clínic y, en menos todavía, en la planta en la que Martina se recupera. Con la ayuda de Judit Vallés localiza el box en el que dormita con la guardia baja y el dolor controlado gracias a los fármacos.*

De pie en el umbral, no puede evitar llevarse una mano hasta la boca para reprimir una exclamación. No sabe qué esperaba encontrar, pero la venda en la cabeza, los cables, las máquinas junto a la cama y el rostro terriblemente pálido de Marina la espantan.

La enfermera la tranquiliza y le asegura que su amiga está fuera de peligro. A juzgar por lo que puede contemplar, a Marta le cuesta creerlo, pero así es.

—Se pondrá bien —le promete la enfermera con convicción y en voz baja—. Su amiga necesita descansar y no hay mejor manera que un rato de sueño aunque sea a destiempo.

Blanca como las sábanas que la cubren, con casi medio cráneo rasurado y vendado, conectada a un par de máquinas por cables y tubos y con los ojos cerrados por la sedación, la apariencia de Marina resulta, como poco, preocupante.

Sin hacer ruido, se acerca hasta la cama y acaricia la mano libre de la amiga. Observa las vendas. No puede ni imaginar las heridas que ocultan. Examina la palidez de su rostro y de su escote.

Marina abre los ojos y la reconoce.

—Gracias.

—Aseguran que te pondrás bien, Marina. Me lo acaban de decir, pero no sé... Me has dicho que has tenido un accidente, pero no... No imaginaba que... —balbucea.

—Eso dicen. Dicen que me pondré bien —repite Marina, mirando a la enfermera que la atiende y que asiente sin recelos—. Ya te explicaré, Marta. Habrá tiempo. Me duele la cabeza, el brazo..., pero dicen que no es grave... Dicen que no es grave —repite Marina en un intento por convencerse a sí misma mientras se lleva la mano a la herida cercana a la sien.

Marta Silva permanece de pie junto a su amiga sosteniendo su mano, no consigue dejar de mirarla. Pasados unos instantes, cuelga el bolso en la silla junto a la cabecera y se sienta con un gran suspiro. Judit Vallés abandona el box tras aconsejar a Marina que no dude en pedir analgésicos si siente dolor y rogar a la visitante que contacte con la familia y que lo haga cuanto antes.

—Quiero que avises a mi padre, Marta. Que hables tú con él, no quiero que lo llame una enfermera ni un policía. Ya sabes cómo es, se alarmará, puede que se asuste mucho si llaman desde el hospital. No quiero que...

—No te preocupes, lo llamo y espero aquí a que venga. Yo lo tranquilizaré antes de... —le asevera Marta, sujetando todavía la mano entre las suyas—. Antes de que te vea con esa pinta.

—Gracias. Pero espera unas horas, llama esta tarde, no quiero que me vea así, quiero estar algo mejor. No sé, menos adormilada, más presentable. Él solo me tiene a mí. Puede que se altere demasiado y prefiero... Solo faltaría que de la impresión...

—Entiendo, Marina, no te preocupes, sé cómo es y haré lo que pueda.

Marta recupera el bolso y saca de un pequeño neceser todo lo necesario para devolver algo de color a las mejillas y a los labios de Marina, y una pizca de intensidad a su mirada.

Marina sonríe.

—Gracias.

*Hablaremos cuando llegues. Las palabras de la directora de la agencia de viajes siguen clavadas en su mente cuando se despide de Marina y sale al pasillo. No será fácil hacerse perdonar el renuncio.*

## **TEDESCO**

Apenas faltan unos minutos para las nueve de la mañana cuando Tedesco se separa de Ignasi Romeu en la puerta de la comisaría.

—Nos vemos mañana —se despide el expolicía, que no piensa por nada del mundo renunciar a sus encuentros diarios con Tedesco—. Y ten cuidado ahí adentro —añade, señalando la comisaría de Les Corts y parodiando una serie de policías que la televisión pública

había emitido muchos años atrás. Una de las pocas que Romeu consideraba aceptable.

El inspector se limita a asentir y espera a que Romeu se aleje y desaparezca al doblar una esquina. Hay cosas que prefiere hacer solo. Ha llegado el momento de intentar hablar con Marina. Se aleja unos metros de la entrada, saca el móvil del bolsillo y, en su breve lista de contactos, busca a su hija y llama. La detestada, y ya familiar, voz con la que mantiene una relación manifiesta de odio-odio, le informa que el móvil de Marina se encuentra apagado o fuera de cobertura.

Tedesco necesita una explicación y no tarda en encontrar una que resulta conveniente y tranquilizadora. Probablemente, Marina regrese en avión, quizás esté volando en ese mismo momento y no tarde en llegar a El Prat. Decide insistir al cabo de un par de horas cuando, con toda seguridad, Marina habrá aterrizado ya.

Suspira, guarda el aparato en el bolsillo y entra en comisaría.

En Atención Ciudadana, el agente Gerard Font, que saluda a Tedesco con un «buenos días», media sonrisa y un levantamiento de cejas, toma nota de la denuncia de una mujer que grita y hace aspavientos frente al mostrador. El inspector la recuerda, la ha visto en alguna otra ocasión intentando denunciar a una de sus vecinas. El contencioso es largo, perverso y tiene mil y una formas de manifestarse.

*Font anota cuatro cosas en un impreso con cara de hastío. Poco podrá hacer la Policía si el hijo adolescente de la vecina desafina durante sus prácticas de piano, si a su madre se le ha caído una pinza al patio comunitario o si el olor del caldo de gallina le resulta particularmente ofensivo. Peccata minuta.*

Los Mossos han visitado el domicilio en otras ocasiones, han hablado con la vecina y con su marido y han comprobado que no hay conducta delictiva ni merecedora de sanción. Tedesco en persona se

presentó hace unos meses en el edificio a requerimiento de la mujer denunciante por un motivo tan peregrino que no acertaba a recordarlo. La denunciada se echó a llorar cuando el policía apareció en el umbral de su piso. Afirmó entre lágrimas que no podía más, que todo tenía un límite y que si lo que pretendía la denunciante era que se marcharan, estaba a punto de conseguirlo.

—Se saldrá con la suya. ¿Sabe? Me jode. Mucho. Pero todo tiene un límite y se saldrá con la suya. Quiere este piso para su hija y es amiga de la propietaria. Quiere tenerla cerca, controlarla, quiere criar a los nietos. Y no parará hasta que lo consiga. La hija no quiere darse cuenta, es una inútil y todo le va bien. La compadezco. En cuanto nos vayamos se plantan aquí —le confió la denunciada, retirando las lágrimas que apuntaban en sus ojos—, y yo ya no puedo más. No puedo más.

—Es una mala persona y no da puntada sin hilo. Ha llegado a tirar basura en el rellano, la ha fotografiado y ha dicho que la había tirado mi mujer por pura desidia. Es mala gente. De lo peor —sentenció el marido con los puños apretados y los ojos en llamas. En voz baja añadió un par de apelativos poco amables que Tedesco aparentó no haber oído.

El inspector pensó que ninguno de los dos mentía.

Gerard iba a necesitar paciencia y buenas palabras para lidiar con alguien así. La mujer es insistente, correosa, y no se conforma con etéreas promesas de futuras actuaciones policiales.

—Si no piensan ustedes venir, dígamelo ahora, dígamelo y lléveme a hablar con su jefe —clama la mujer cuando Tedesco, casi al trote para no ser visto ni interceptado por el desafortunado agente, se interna pasillo adelante en dirección a su mesa—. Quiero hablar con el comisario. ¿Me oye? Estoy harta de tanto inútil.

A su espalda, Font resopla ostensiblemente. También el aguante del agente, como el de la vecina denunciada, como el del propio

inspector que intenta pasar desapercibido, tiene un límite.

No necesita saber cómo acaba el asunto. Aprieta el paso y encuentra junto al teléfono de su despacho las notas preliminares referentes al hallazgo del cadáver que Iván ha redactado siguiendo sus instrucciones. No le sirven de mucho. El mosso ha incorporado a sus indicaciones algunos datos facilitados por la Científica que, a primera vista, no resultan especialmente relevantes. El cuerpo se hallaba indocumentado cuando fue localizado y correspondía a un hombre de unos treinta y pocos años, de 1,68 metros de estatura, complexión delgada, ojos y cabello oscuros y origen probablemente asiático (paquistaní, hindú, ceilandés...).

No hay en el cadáver señales de violencia: ni balas en el cuerpo, ni heridas de arma blanca ni arañazos o cardenales que permitan pensar en una agresión. Resulta imposible concretar las causas de la muerte y solo la autopsia, que será practicada durante las próximas horas, permitirá alcanzar alguna conclusión. Junto al cadáver, en el camión, nada que destacar.

Acompañando a sus notas, Iván ha dejado varias fotografías del fallecido y del escenario de su muerte. Tedesco las contempla sin prisas y las guarda en el bolsillo, las fotografías siempre son de utilidad.

El policía se deja caer en la silla del despacho, apoya la barbilla en su puño cerrado y piensa que faltan casi dos horas para el momento que se ha fijado para volver a llamar a Marina. Dos horas es demasiado tiempo para dedicarlo a esperar.

## **MARINA**

Un agente de uniforme se cruza en el pasillo del hospital con Marta Silva, que busca el móvil en el interior de su bolso. Es un hombre joven, alto y muy delgado, al que la ropa parece descansar directamente sobre la osamenta como si colgara de una percha.

Marta necesita tranquilizar a Roser y asegurarle que se incorpora ya al trabajo. No están las cosas en el sector como para ir tonteando con el empleo, y menos con un hijo pequeño y un padre ausente que no pasa la pensión y sin más ingresos que el propio sueldo. Si es necesario recuperará el tiempo perdido en otro momento. Así piensa volver a prometerlo, a jurarlo si acaso.

Marca el número y, ocultando el aparato en la palma de la mano y rogando porque a ningún sanitario se le ocurra atravesar el pasillo, Marta intenta quedar bien. Habla de un problema de salud de su madre y lo hace arrimada a una pared y en voz muy baja, puesto que una señal advierte de que está prohibida la presencia de móviles en la Unidad de Cuidados Intensivos.

Está convencida de que, si se organiza, apenas serán dos o tres horas. Aprovechará el descanso de mediodía para hablar con Mauricio Tedesco y acompañarlo al hospital. La agencia cierra de dos a cinco, tendrá tiempo de sobras. Visitará de nuevo a Marina y tranquilizará a su padre. Recuerda perfectamente al policía. Siempre le pareció un buen hombre.

A pocos pasos, el mosso, que conoce la identidad de la accidentada, pregunta a una enfermera por Marina Tedesco. Aclara que se trata de la mujer ingresada tras el accidente del día anterior. Antes de entrar en el box indicado pide permiso.

—¿Puedo pasar? —pregunta el agente en voz baja. En el pasillo cercano, el traquetear de una camilla le impide seguir hablando.

Marina asiente. No espera a nadie hasta las primeras horas de la tarde, y menos a un mosso. Al reconocer el uniforme de la Policía Autonómica piensa inmediatamente en un enviado de su padre. Se

alarma. Necesita prepararse, es preciso convencer a Mauricio de que apenas es nada aunque ella se sienta como si un tractor acabara de pasarle por encima. Marta ha prometido llamar al inspector a mediodía y estar presente cuando llegue al hospital para ayudarlo a amortiguar el susto. Lo ha prometido. Marta cumple lo que promete.

No tarda en entender.

—Necesito hablar con usted. Como comprenderá, es nuestro deber investigar cómo se produjo el accidente y por el momento no tenemos otro testigo. Tengo que levantar un atestado y...

—¿El taxista? —pregunta Marina, aunque sospecha la respuesta—. ¿Han podido hablar con él?

—No. Murió casi en el acto. No pudieron hacer nada.

En el pasillo, la voz de un hombre reclama a gritos la presencia de una enfermera y de un camillero. A pocos metros, Marta sigue tratando de encarrilar la situación:

—Estoy llegando, Roser. No tardo nada —miente.

—Cambio de planes. Te quiero en el paseo de Gràcia en treinta minutos, ni uno más, en La Pedrera. Los rusos te esperarán allí. ¿Me oyes? —El tono de la directora es amenazador—. Y espero que justifiques lo de hoy con algo más que una excusa.

—De acuerdo. Voy para allá —asegura antes de cerrar los ojos y cortar la comunicación con un gran suspiro. Por fortuna, no está lejos.

En la habitación, Marina permanece en silencio.

—¿Puedo? —pregunta el agente, señalando la silla junto al lecho de hospital—. Solo será un momento.

Marina asiente con un gesto y, al hacerlo, el dolor de cabeza se agudiza y la obliga a gemir. Si tuviera algo clavado en el cráneo no le dolería tanto, piensa, y aprieta cuanto puede los dientes y respira muy, muy lentamente.

El hombre toma asiento como lo haría un muñeco articulado y saca una libretita y un bolígrafo del bolsillo posterior del pantalón. Marina observa que sus rodillas parecen a punto de traspasar la tela del uniforme.

Marta asoma un instante.

—Vuelvo a mediodía —promete antes de echar a correr para encontrarse con los rusos, que la esperan para desprenderse alegremente de unos miles de rublos.

Marina asiente y el agente de Policía recupera la palabra.

—Estamos intentando localizar al conductor del otro vehículo. Es posible que se saltara el semáforo. Piense que, de noche y con la lluvia, no hay testigos. No sabemos casi nada. Un conductor que circulaba detrás de él nos ha informado de que iba muy rápido y de que no se detuvo, pero no nos ha podido decir mucho más. Cuando bajaron los primeros vecinos, el coche estaba vacío y el conductor había desaparecido. Hemos comprobado que había sido robado unas horas antes. Cuando nos pusimos en contacto con el propietario, todavía no lo había echado en falta.

—Pregunte, aunque no sé si seré de gran ayuda. Creo que el taxista gritó algo y cuando me di cuenta ya lo teníamos encima. Chocó por la derecha. Recuerdo que el taxista gritó y...

Marina se interrumpe, hablar no es una buena idea. Se fatiga y el dolor aumenta. Se lleva la mano a la herida de la cabeza. Duele y palpita como si tuviera vida propia. En el pecho, las costillas fracturadas apenas le permiten respirar.

—No tenemos prisa. No se preocupe. Si quiere, yo pregunto y usted contesta lo que pueda.

—Creo que el taxista gritó porque el coche apareció de pronto. Es posible que se saltara el semáforo. El taxista lo tenía en verde. Eso seguro —prosigue Marina, recordando sus palabras casi de repente.

*¡Capullo!*

Vuelve a entrever el coche plateado que se abalanza sobre ellos sin pisar freno. Recuerda el brinco brutal del corazón al entender, en una fracción de segundo, que el choque es inevitable. Recuerda el ruido del impacto, un golpe feroz, monstruoso. A muerte. Recuerda también haberse tensado y haberse sujetado a las paredes del vehículo para resistir un golpe que adivinó fatal. El esfuerzo no sirvió de nada. Marina revive cómo el taxi volcó sobre la acera.

Y aunque ahora puede recordar una cosa tras otra y consigue evocar, mal que bien, la secuencia de los hechos, en realidad todo ocurrió en un instante.

Responde como puede a las preguntas del joven y trata de reproducir la secuencia de lo sucedido. No habla del dolor, ni del miedo, ni de la lluvia ni de la mujer que le aseguraba que no era nada, que pronto estaría bien. Tampoco le habla de su padre, inspector de los Mossos en activo.

## **TEDESCO**

A pesar de que ha dejado de llover y de que a media mañana las calles se han llenado de paseantes, el policía comprueba que no sirve de mucho que los agentes enseñen la foto del cadáver a todo el que transita por los alrededores. Nadie recuerda su rostro ni

puede concretar si lo había visto antes en alguna ocasión. Probablemente sí, pero no consiguen asegurar nada. Un hombre que viste terno gris, camisa blanca y corbata azul cielo responde sin reparos que no puede decir ni que sí ni que no, que a él todos le parecen iguales y que no diferencia uno de otro.

—Se parecen tanto todos.

Minutos más tarde, al ser interpelada por Iván Cabrera, una señora muy mayor, una anciana de andar encorvado que se apoya en un bastón, quiere saber:

—¿Este es el del contenedor? ¿El que encontraron tieso?

—No puedo facilitarle esa información —responde Iván con la paciencia infinita que le caracteriza—, pero si pudiera usted recordar...

Resulta evidente que, aunque los medios no han propagado la noticia y que cerca ya de la medianoche no había un alma en la calle, el hecho es conocido y comentado en el vecindario. Siempre es así.

La mujer, que con ayuda de la laca a discreción ha modelado su cabello blanquísimo como si se tratara de una burbuja en torno a su cabeza, contesta:

—No lo conozco, pero su cara me suena, seguro que lo he visto, seguro, siempre andan por aquí. Aquí mismo. —Y señala la esquina con el bastón—. No dejan nada por revolver. Ensucian la calle. Lo dejan todo... ¿Qué creen que van a encontrar? ¿Oro? ¿Petróleo?

Tedesco, que no anda lejos, se aproxima, quizás la mujer acabe por decir alguna cosa que valga la pena.

—Se llevan cualquier cosa, cualquier cosa: trapos, cartones, zapatos... Aunque no valga para nada. Algunos sacan todo lo que

pillan y lo dejan tirado por todas partes. ¿No les han enseñado nada? Vienen aquí a...

Tedesco se adelanta, le tiende la mano y se apresura a despedirla agradeciéndole su ayuda. En el rostro de la mujer, un leve mohín de desprecio. El policía no necesita más opiniones particulares, contaminan la perspectiva y no ayudan a nada ni a nadie.

La mujer, contrariada por la interrupción, se aleja muy despacio y cruza la calle lentamente sin perder de vista los coches. Las palabras de la anciana, su primer pensamiento, no han sido en vano. A Tedesco también se le ha pasado por la cabeza. Ha pensado en ello y en muchas otras cosas. Es una posibilidad real que el fallecido se dedicase a rebuscar en los contenedores. Hay evidencias que apuntan en ese sentido.

Los que no tienen nada, aquí y en todas partes, se buscan la vida como pueden; chatarra, cartón, alguna cosa aprovechable... No es de extrañar, en las ciudades es el pan nuestro de cada día. Hurgar en los contenedores es ya casi una profesión. El inspector no ignora que esa circunstancia dificulta las cosas. A menudo los que así sobreviven carecen de domicilio fijo, no tienen parientes o andan a salto de mata. Un día duermen en un cajero, al siguiente en una boca de metro, o en una nave industrial abandonada o envueltos en cartones al resguardo de los soportales de una plaza.

Difíciles de identificar. Perfectamente anónimos. Invisibles.

—El cajón... —Iván señala con la mirada el lugar en el que las fotografías de la Científica muestran el cajón junto al contenedor.

No dice más. También él es hombre de pocas palabras y sabe que basta con una mirada para que el inspector comprenda.

Tedesco asiente. Recuerda que el fallecido era un hombre no muy alto que bien podía utilizar el cajón para acceder más fácilmente al interior del contenedor.

Mientras el mosso continúa indagando sin éxito y un puñado de agentes prosigue las ingratas pesquisas de puerta en puerta en los edificios más cercanos al escenario, el inspector decide hablar con el propietario del súper que permitió telefonear a Ramón Aguado la noche anterior. Espera que corrobore lo declarado por el empleado de la recogida de basuras y que confirme así la hora aproximada en la que se produjo el hallazgo. Aunque sabe que se trata de una posibilidad remota, quizás el fallecido sea un compatriota y pueda facilitar alguna pista que permita identificarlo.

Si no recuerda mal, el negocio se encuentra cerca, a dos o tres manzanas. Localizarlo no puede ser difícil. Se equivoca.

## **RAFIQ**

El policía echa a andar en la dirección que apuntó Aguado de madrugada. La calle, una cuesta muy leve, se ha animado cuando la lluvia ha decidido conceder una tregua. Han aparecido sobre las aceras mujeres con cestos y carritos, comerciales que entran y salen de las tiendas, y jubilados ociosos con ganas de sol y asfalto.

El inspector repara en tres comercios que pueden coincidir con el que visitaron los empleados de la recogida de basuras. Rafiq, un pakistaní joven y de buen trato, regenta el segundo de ellos.

Rafiq es alto, delgado y tiene muy buen porte. Sus manos son grandes y de dedos estrechos y largos, y sus ojos penetrantes como puntas de flecha. El lugar es diminuto y el mostrador sorprendentemente bajo. Los productos se hacinan en los expositores que cubren todos los espacios posibles y buena parte de los improbables. Junto a la puerta de la trastienda funciona un horno del tamaño de un microondas grande en el que Rafiq cuece pan desde primera hora de la mañana.

El policía le muestra una foto del cadáver que cayó del contenedor.

—Sí, sé quién es, claro que sé quién es. Es Nadeem. Estuvo aquí anoche conmigo —responde Rafiq, que reconoce sin dificultad el rostro de ojos definitivamente cerrados—. Pero...

Acaba de advertir el cuello y el arranque escuálido y desnudo de los hombros de Nadeem, la tez pálida, las cejas espesas y oscuras..., todo ello sobre el fondo metálico de una de las mesas del Instituto de Medicina Legal. Queda petrificado al comprender; aun así, pregunta:

—¿Qué le ha pasado? ¿Qué ha pasado con Nadeem? ¿Está muerto?

—¿Nadeem qué más? ¿Recuerda su apellido? —insiste el inspector.

Rafiq niega sin separar la mirada de la fotografía en la que su amigo aparece manifiesta e irremisiblemente muerto. No conoce su apellido. De hecho, apenas sabe nada de él.

—¿Estuvo aquí ayer? ¿A qué hora? —quiere saber Tedesco.

—Siempre venía a la misma hora, entre las diez y cuarto y las diez y media. Los camiones pasan poco antes de las once. Nadeem les llevaba algo de ventaja. Poca, la justa. Ayer hacía mala noche y le dije que entrara. Iba empapado. Tomó un té aquí mismo, se sentó ahí, en ese cajón. No hay mucho espacio. Ya lo ve —añade, señalando un estrecho cerco muy cerca de sus pies.

—¿Lavó usted el vaso que utilizó?

—Sí, he fregado el suelo y he lavado lo que quedaba por aquí. Estaba muy sucio, por la lluvia. Agua y pisadas por todas partes.

—Si no conocemos su apellido será difícil identificarlo. No llevaba documentación. Y encontrar sus huellas aquí será verdaderamente complicado, en una tienda todo el mundo... —comenta Tedesco sin

poder evitar el rastro de la decepción en sus palabras. No necesita continuar.

Rafiq asiente.

El joven permanece en silencio. Pensativo, afligido. Ha cruzado las manos sobre el vientre y ha fijado la vista en las deportivas que calza.

—¿Qué puede decirme de él?

Antes de que el tendero pueda contestar, una mujer que acaba de entrar pide una barra de pan y una cerveza grande. Rafiq mira al inspector, que con un gesto le indica que la atienda. No tiene prisa, ninguna prisa, por el momento no hay otros cabos de los que poder tirar. Rafiq se pone unos guantes gruesos, abre el horno y saca la bandeja en la que el pan se hornea. Una vaharada de aire caliente alcanza a Tedesco, que no anda lejos. El inspector da un paso atrás.

Rafiq escoge una de las barras que, a juicio del policía, todavía está algo cruda, y en una funda de papel la entrega a la mujer que espera. La clienta se despide llamándolo por su nombre y dedicándole una sonrisa.

Cuando de nuevo se quedan solos, Tedesco insiste.

—¿Qué sabe de él? De Nadeem.

—Sé de dónde procedía, sé que vino de un pueblo al sur de Karachi, pero no sé si llegó a decirme el nombre. Vino con un primo suyo, Hamed, pero no lo conozco, no ha pasado por aquí. Llegaron hace un par de años con el dinero que habían reunido ambas familias y montaron una frutería. Frutas, verduras, leche y algunas conservas. Lo que podían. Compartían con dos más un piso de dos habitaciones. Creo que en Nou Barris, era lo más barato que habían encontrado. Él hablaba del Turó, pero no sabía decir...

Tedesco recuerda el barrio, lo conoce bien. Un puñado de calles con nombres geográficos que se encaraman a una loma y que se hicieron tristemente célebres cuando una mujer perdió la vida al fallarle el suelo bajo los pies y caer desde el comedor de su casa hasta el nivel de la calle. La aluminosis degrada las estructuras sin remedio y los pisos «enfermos» requieren una reparación urgente. Los vecinos que pudieron permitírselo abandonaron el barrio y los pisos bajaron de precio de un día para otro. Durante unos años no hubo en la ciudad viviendas más baratas. El vecindario cambió drásticamente en poco tiempo y ahora el barrio, que ha cambiado mucho en unas décadas, sigue alojando a decenas de familias inmigrantes con escasos recursos y, demasiado a menudo, fallidas esperanzas de prosperidad.

—No les fue bien, el alquiler del local era alto y no ganaban mucho. Pocos meses después de que abrieran la tienda, instalaron un negocio parecido muy cerca, pero era una franquicia. Era más grande, más potente, tenía mejor calidad y precios más baratos. Al final solo vendían alguna cosa los días de fiesta. Tuvieron muy mala suerte. No podían saberlo. Eso pasa. Lo perdieron todo en un par de meses. Todo.

Tedesco deduce que Rafiq debe de llevar muchos años aquí, habla la lengua con corrección y sin acento remoto. Quizás llegó durante su adolescencia. Viste al modo occidental: vaqueros, sudadera y deportivas, no la camisola larga que usaba Nadeem. Tampoco se dirige al policía con la amabilidad, casi excesiva, que emplean a menudo sus compatriotas recién llegados.

—Aquí nada es fácil. Yo sobrevivo como puedo, esto no me pertenece, no crea, es de un tío mío, él puso el dinero. Yo saco para darle una parte, ir tirando y enviar algo a mi familia si las cosas van bien. Algunos meses no me alcanza para casi nada. Suerte del pan. La gente siempre quiere pan.

—¿Seguía viviendo en Nou Barris? —lo interrumpe el policía, que no precisa más detalles sobre los comercios que pasan dificultades.

—Creo que no, no pudieron pagar el alquiler y tuvieron que dejar el piso, el local... Lo perdieron todo. Tenían lo puesto. Nada más.

—¿Dónde dormía?

—No quiso decírmelo, no sé dónde dormía. Quizás mentía para no reconocer que no tenía techo... La verdad es que no lo sé. Solo una vez se refirió a la casa de un amigo, pero no sé de qué amigo, no dijo nada más. No sé si era alguien de aquí o si... No lo sé, creo que se avergonzaba de no haber podido... No sé, pero imagino que no debe de estar muy lejos de aquí, llegaba cada noche andando con el carrito. No puede estar lejos.

Es una deducción lógica, razonable, aunque no sirve de mucho. En cinco minutos a la redonda pueden alojarse muchos miles de personas.

—¿Y a qué se dedicó su primo?

—No lo sé, Nadeem no quería hablar. Por lo poco que dijo, creo que a nada bueno. Pero no sé nada con certeza, solo es lo que creo. Nadeem era muy reservado, muy buena persona, pero hablaba poco y casi nunca de su vida privada. No era como...

*Antes de que acabe la frase suena el móvil que Rafiq guarda junto a la caja registradora. El tono le recuerda a Tedesco Las mil y una noches. Rafiq mira al inspector. Sin palabras pide permiso al policía para atender la llamada. Tedesco, que sigue sin tener datos de verdadera utilidad y por lo tanto anda sin premura, le indica que puede responder. El policía no logra evitar pensar en Marina, llamará dentro de un rato. Espera que haya llegado ya.*

En su lengua natal de giros veloces como espadas cortando el aire, Rafiq parece otro. Más decidido, contundente, algo malhumorado.

Cuando varios minutos más tarde da por acabada la conversación y coloca de nuevo el móvil en su lugar, regresa el tendero atento y bien dispuesto.

—Sé que buscaba objetos en los contenedores para vender, pero lo sé porque pasaba por aquí con el cajón y el carrito. A veces entraba, otras veces, no. Nunca si yo no lo invitaba. Era muy educado, muy amable. Sé que necesitaba enviar dinero a casa, tenía madre y hermanos. Si le salía algo, descargaba un camión, limpiaba un local... Lo cogía todo, hacía todo lo que le salía, todo. No decía que no a nada. Si me enteraba de algo, se lo decía. Creo que en su casa no sabían que las cosas no le iban bien, por eso necesitaba sacar dinero de donde fuera.

—¿Observó algo ayer por la noche? ¿Si tenía miedo, si estaba más inquieto de lo normal...? Cualquier cosa.

—Estaba triste, callado..., pero era lo normal. Él era así, no era una persona alegre, y razones no le faltaban. Además, llovía mucho, ya le dije que parecía empapado. En algún momento me pareció que lloraba, que ya lloraba al entrar aquí, pero iba tan mojado que no le podría asegurar...

—¿No le comentó nada?

—No, nada. Intenté convencerlo de que no se fuera. En una noche como la de ayer la gente no baja sus trastos a la calle. No había nadie en ninguna parte. Desierto, todo desierto. No encontraría nada, era seguro, pero no pude convencerlo. No habló mucho, tomó el té, estuvo aquí unos minutos, se secó un poco y...

—Entiendo. Muchas gracias, y si recuerda alguna cosa... soy el inspector Tedesco de la comisaría de Les Corts.

Rafiq asiente.

—Si no encontramos a algún familiar o a algún amigo que nos proporcione más datos, quizás tenga usted que identificar el cadáver.

—Si yo solo sé que se llamaba Nadeem. —Y al hablar se encoge de hombros—. No sé mucho más. Además, tendría que cerrar esto. A mi tío no le... No sabe usted cómo...

—Quizás no sea necesario. No se preocupe —lo tranquiliza el policía—. Haremos lo posible por identificar a Nadeem.

Rafiq no parece contento. No lo está. Probablemente se arrepiente de haber colaborado con un policía, piensa el inspector, que lleva media vida comprobando, en vivo y en riguroso directo, la reticencia de la ciudadanía de cualquier edad, origen y condición a mantener trato con las fuerzas del orden. Es creencia universalmente extendida que la Policía siempre acarrea problemas. Ni Rafiq ni su severo tío tienen por qué ver las cosas de otra manera.

Rafiq adelanta su mano y el policía la estrecha.

Nadeem. Un tipo discreto y con mala suerte. El inspector no ha sacado mucho más, quizás nunca llegue a saber mucho más.

Tedesco se aleja en dirección a la esquina en la que hallaron el cadáver. Apenas ha caminado unos metros cuando oye a alguien que grita:

—¡Inspector...! Un momento.

Reconoce la voz de Rafiq antes de girarse y comprobar que, efectivamente, se trata del tendero pakistaní que agita algo en el aire sosteniéndolo con la punta de los dedos, como si quemase.

—Inspector... —repite Rafiq de nuevo mientras avanza en dirección al policía.

Tedesco vuelve sobre sus pasos sin apresurarse. Se siente escéptico por edad, experiencia y naturaleza. Han pasado los años en los que habría echado a correr por cualquier cosa. Según se aproxima reconoce una prenda de ropa azul oscuro con una caída especial, una pieza casi rígida.

—Esto era de Nadeem, quizás aquí estén sus huellas.

De cerca comprueba que la prenda que Rafiq le tiende es un impermeable azul oscuro.

—Lo dejó aquí ayer, era suyo —continúa mientras lo sostiene con las yemas del pulgar y del índice—. Llegó empapado, completamente mojado, la cremallera está rota, no cerraba.

Rafiq agita la prenda en el aire.

—Pensé que se pondría enfermo y le di una capa de plástico que se dejó un cliente sobre el mostrador hace meses y no volvió a buscarla. Por aquí pasan algunos turistas que pasean por el barrio o que suben caminando hasta la Diagonal. La capa era grande, muy grande, y podía cubrirlo completamente. Era mucho mejor. No quería, Nadeem nunca aceptaba nada, solo un té. Casi tuve que obligarlo. Iba tan mojado...

—¿De qué color era?

—¿La capa? —Sin esperar a que el inspector responda, prosigue—: De un azul muy claro, casi blanco. Transparentaba —responde Rafiq, echando una ojeada hacia atrás y comprobando que nadie entra en el pequeño comercio del que es el único responsable.

Tedesco evoca sin dificultad la capa que envolvía el cadáver casi por completo y que por unos momentos le recordó al recubrimiento de una larva.

Rafiq le entrega el impermeable, que, según puede comprobar el inspector, tiene la cremallera rota. Tedesco lo sujeta también con dos dedos. No es cuestión de arruinar las huellas, si es que las hay de alguien a quien relacionar con Nadeem. Y aunque en las películas reconstruyen huellas a partir de unas cuantas circunvoluciones parciales de las yemas de los dedos, adivinan la trayectoria de un sujeto por el polvo de sus zapatos o el lugar en el que compró la pieza de fruta analizando el contenido de su estómago, en la realidad el asunto es mucho más complicado. Por otra parte, parece más que probable que las huellas de Nadeem no consten en ninguno de los archivos de los que el policía puede disponer. Mal asunto.

—Gracias, Rafiq, puede sernos útil. Y si recuerda algo más..., por favor, llámeme.

Rafiq echa a correr en dirección al súper. Si a su tío le da por aparecer y encuentra el negocio vacío, puede despedirse del empleo.

## **MARINA**

Judit Vallés entra en el box precediendo a un doctor al que Marina no reconoce. La enfermera camina muy erguida, como lo haría un escolta. El doctor no es el mismo que la ha atendido de madrugada y que ha redactado el informe sobre su estado. En el pasillo, un par de personas conversan en voz demasiado alta y un teléfono suena sin que nadie atienda la llamada. Por suerte, cuando se cierra la puerta los sonidos se apagan.

El recién llegado es un joven pelirrojo que no ha conseguido superar el acné de la pubertad. Saluda y la mira a través de una gafas enormes de montura color pistacho. Calza zuecos de plástico del mismo color. Durante unos instantes revisa los datos que constan en el informe de la paciente.

—¿Cómo se encuentra, Marina? —quiere saber.

—Me duele —responde la accidentada, cerrando los ojos y llevándose la mano a la herida, que no ha dejado de latir—. Y tengo sueño.

—No me extraña, tiene usted una herida profunda, es lógico que duela, pero no es de esperar que se complique. El registro dice que las fracturas no han dañado ningún órgano y que en principio la situación está controlada. Debe usted tener paciencia, se recuperará. Las costillas soldarán, pero son lesiones dolorosas, tendrá que tener usted mucha paciencia.

Marina cierra los ojos. Es quizás el único movimiento que no agrava el dolor.

—Durante las primeras horas es mejor que descanse, recibe usted medicación y no es extraño que sienta sueño. Si nota usted algún cambio o detectamos fiebre alta, repetiremos pruebas. Si no es así, si no hay complicaciones, es cuestión de esperar.

—¿Cuándo podré irme a casa? —pregunta Marina con un hilo de voz.

Hablar duele.

—No quiera correr tanto. Voy a ordenar que la trasladen a planta, allí estará más tranquila. Además, necesitamos liberar el box, nunca se sabe. Allí estará usted mejor y podrá recibir visitas. Y si todo va bien, dentro de un par de días, quizás tres, o alguno más, todo depende de la evolución, podrá continuar la recuperación en su casa.

—Pero...

El joven sigue hablando sin levantar la vista del papel. Aparenta no haberla oído, quizás prefiere seguir con su rutina.

—La vendrán a buscar enseguida y hoy mismo comerá ya alguna cosa. Lo de las costillas es un asunto doloroso, lo sé, y es mejor que se haga a la idea. Recuerde: largo y doloroso. Cuando regrese a casa necesitará alguien que la atienda. ¿Tiene usted a alguien que pueda ayudarla?

Marina asiente. Piensa en su padre. Haría cualquier cosa. También piensa en Mario, pero preferiría no necesitar su ayuda para algo así. Es todo tan reciente...

El joven doctor toma unas notas y firma el control.

—Descanse. Nos veremos mañana.

## **MARTA**

Marta acaba de salir del hotel en el paseo de Gràcia tras despedir a los rusos cargados de bolsas y prometerles graciosamente lo imposible. Se dirige al Clínico a buen paso mientras marca el número de Mauricio Tedesco que Marina le ha facilitado. Llegará antes que él, podrá tranquilizarlo, acompañarlo, explicarle que no hay motivo para...

—¿Sí? —La voz del inspector suena alterada, apremiante, como si al contestar la llamada temiera lo peor—. ¿Con quién hablo? —insiste.

Marta responde sin dejar de caminar.

—Soy Marta Silva. Soy amiga de...

—Eres amiga de Marina. Ya lo sé. Eres Marta Silva.

Marta recuerda que el policía tiene una memoria portentosa, que no olvida nada y que es un hombre astuto.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué me llamas tú? ¿Dónde coño está mi hija? —quiere saber.

Mientras le grita Tedesco al aparato, incapaz de permanecer sentado, se ha levantado de su silla y dejado atrás el despacho policial. Corre pasillo adelante, se dirige a la calle y todavía no sabe el porqué.

—Señor Tedesco, no debe usted... Marina está bien. Quiero decir que no está muy mal, que...

Marta se detiene en mitad de la acera antes de cruzar el paseo. No ha encontrado las palabras justas y lo sabe. Falta de tacto. Imperdonable. «No está muy mal». ¿A quién se le ocurre...? Maldita imbécil. Hay cosas que es mejor no hablar al trote. Debe centrarse, procurar que el policía no se ponga nervioso, intentar amortiguar el golpe. Eso es lo que le ha suplicado Marina, lo que Marta le ha prometido.

—¿Dónde está Marina? ¿Qué quiere decir que no está muy mal? ¿Quieres explicarte de una vez...?

Tedesco no consigue reprimir ni el miedo ni la impaciencia que se apoderan ya de cada una de sus células vivas. Varado en la entrada de la comisaría le grita de nuevo al aparato, baja la cabeza y la acerca a la pared para conseguir mejor audición. No puede escapársele nada. Las gafas resbalan nariz abajo y las impulsa con un gesto brusco que hace crujir sus cervicales. Desde la distancia, Lidia Sampedro observa al policía.

Tedesco lleva horas esperando noticias, ha llamado muchas veces y siempre sin respuesta, ha ingerido ya cuatro cafés y tiene el estómago como una jodida hormigonera. Y, por si fuera poco, le fallan las piernas y se teme lo peor.

«No está muy mal».

—Marina ha tenido un accidente, pero... —continúa Marta, que se ha detenido en un portal.

—¿Un accidente? ¿Qué accidente?

La voz de Marta apenas consigue superar el ruido de los coches que atraviesan el Eixample en todas las direcciones posibles. Tedesco siente ganas de vomitar y se inclina visiblemente sobre sí mismo mientras se lleva una mano al estómago como para intentar contener sus embestidas. El policía experimenta un miedo devastador, un terror paralizante que se evidencia en su rostro angustiado y en su extraño recogimiento al arrimo de la pared.

Lidia se aproxima unos pasos.

—¿Qué accidente?! —grita de nuevo.

No consigue distinguir la voz de Marta.

—¿De qué accidente estás hablando?

A su llegada a comisaría, Iván Cabrera se cruza con el policía. El mosso interroga a Lidia con la mirada. La agente se encoge de hombros. El inspector ni tan siquiera los ve.

*¡Marina!*

—Un accidente de coche, pero se pondrá bien. No es grave. Ha tenido suerte. Si quiere, yo puedo...

El ruido del tráfico le impide escuchar al inspector cuyas palabras le llegan a ráfagas. Marta, de pie en el umbral de un edificio desconocido y mirando hacia su interior, también grita.

—No es grave, se pondrá bien.

—¿Dónde está? —quiere saber Tedesco.

—En el Hospital Clínic, en uno de los boxes de la UCI, creo que en el número siete. Pero, por favor, no se preocupe. El informe es bueno y se pondrá bien, se lo aseguro, puede estar tranquilo. Han dicho que es cuestión de tiempo. Yo voy hacia allí, si quiere...

Tedesco no cuelga, tampoco se despide de Marta ni le agradece la llamada. Se limita a enderezarse con el previsible dolor lumbar y a guardar el móvil en el bolsillo. Con el corazón desbocado, ordena:

—Lidia, un coche. ¡Ya!

El Hospital Clínic no está lejos. Unos minutos. Muy pocos en coche policial y si la circulación lo permite.

En Atención Ciudadana, Diego Cuesta hace lo que puede para tranquilizar a la anciana mujer china de proporciones diminutas y voz muy aguda a la que acaban de robar el bolso por el atávico método del tirón. Solo su rostro sobrepasa el mostrador, pero sus manos y sus gritos parecen alcanzar hasta el último rincón del desierto vestíbulo policial. El agente contempla perplejo el rostro desencajado del inspector y su carrera en dirección a la rampa del aparcamiento policial.

En la calle Aribau, Marta guarda el móvil y apresura el paso. Comprende demasiado tarde que el policía intentará llegar cuanto antes junto a su hija. Ignora cuánto puede tardar. Se maldice mil veces, quizás ha calculado mal. Debería haber llamado unos minutos más tarde.

—¿Nombre? Su nombre... —insiste Cuesta, señalando a la mujer asiática a la altura del pecho sin perder de vista al inspector.

Tedesco, con el estómago en la tráquea y el corazón encabritado, aguarda la aparición del vehículo policial. Siente arcadas. El miedo y la náusea siempre fueron para el policía una misma cosa. El coche policial se acerca casi de inmediato con Lidia al volante.

—Gracias, Lidia. Al Clínico. Lo antes posible.

—No tardaremos nada —promete la joven uniformada, que arranca el vehículo al tiempo que enciende sirena y girofaro. Por una vez el inspector no ordena que cese el espectáculo gratuito de luz y sonido.

Tedesco deja descansar las manos sobre los muslos, pero saltan y se contraen involuntariamente como si tuvieran vida propia. Las esconde en los bolsillos de la americana e intenta, con poco éxito, controlar el ritmo de su respiración.

*¿Un accidente?*

Marta espera la aparición de la luz verde para cruzar corriendo la calle Muntaner, que a la hora de comer es un verdadero caos de coches, de gente y de ruido.

## **TEDESCO**

Desde el cruce, Marta distingue a Mauricio Tedesco bajando de un coche de Policía que acaba de detenerse frente al hospital y echando a correr en dirección a la entrada de Urgencias. Maldita sea, piensa, y aprieta el paso. No podrá alcanzarlo, pero si el inspector se demora localizando el box quizás esté a tiempo de... Intenta no pensar en nada mientras cruza la calle a la carrera con el semáforo cambiando ya a rojo.

El inspector ha visitado el Hospital Clínic con anterioridad en muchas ocasiones, recuerda con toda precisión la localización de la UCI y el horario de visitas. Se dirige hacia allí sin titubear y con la respiración desacompasada. Siente el miedo hecho una piedra en el estómago. Deposita su DNI frente a la enfermera que controla las entradas y salidas y que no aparta la vista de la pantalla del ordenador. Tedesco

no espera. No puede. Necesita ver a Marina cuanto antes. Echa a andar sin esperar la autorización.

—No puede usted... Su hija... —La enfermera acaba de leer el apellido del visitante y trata de retenerlo.

En pocos segundos el policía alcanza el box número siete y se ve obligado a apoyarse en una pared para no caer a plomo en el umbral al comprobar que está completamente vacío.

La luz apagada, la cama impoluta y con las sábanas estiradas, los aparatos desconectados y nada sobre la diminuta mesita de hospital. Marina no está allí y por la cabeza del policía atraviesan en estampida los peores pensamientos. Se ahoga.

Cuando Marta, sin resuello, llega a su altura, el policía respira con mucho esfuerzo y retira con el dorso de la mano el sudor que perla su frente. Está pálido como si fuera a desmayarse en cualquier momento y no acierta a hablar. Tiene la mano libre a la altura del estómago, como si lo sujetara para que no se desprendiera. Es tan penoso su aspecto que, sin pensarlo dos veces, Marta sujeta su antebrazo para impedir que se desplome.

—¿Necesita alguna cosa?

El policía la reconoce inmediatamente y con un gesto le indica que está bien. No es así. Nunca antes ha experimentado tanta angustia.

Marta retira la mano, pero se mantiene muy cerca. Tedesco parece a punto de derrumbarse. No hay nada peor que el miedo.

—Marina está bien. Tranquilícese. Quizás la han llevado ya a planta o le estén haciendo alguna prueba. Quédese aquí, no se mueva, Mauricio, voy a preguntar.

El policía asiente. Una prueba diagnóstica es una posibilidad. También que Marina ocupe ya una cama en una habitación. Son

posibilidades reales. Las únicas que se atreve a contemplar. Se aferra mentalmente a ambas ideas como dicen que hacen los desesperados al clavo ardiendo.

Intenta creer en una prueba diagnóstica. Casi lo consigue. Instinto de supervivencia.

Marta se acerca al mostrador de enfermería, tampoco ella sabe qué pensar. Judit Vallés saca pastillas de colores de sus envases y las distribuye en vasitos de plástico en los que inscribe el número de cada box con un rotulador grueso.

—Por favor, ¿podría decirme dónde está Marina Tedesco? Esta mañana estuve aquí, con ella, hace unas horas, en el box número siete. Un accidente de tráfico. No he recibido ningún mensaje y no sé... Está aquí su padre y está muy asustado.

Judit levanta la vista y observa a Marta Silva durante unos instantes. Recuerda su melena cobriza, sus enormes pendientes de cuentas negras, su bolso enorme, sus tacones altos tan poco frecuentes en un hospital y su móvil medio disimulado en la palma de la mano. También recuerda a la accidentada que durante horas se había negado a facilitar su filiación.

—Sí, un momento. La enferma está estable y ha pasado a planta. La han trasladado.

Impulsándose en la silla rodante hasta alcanzar el teclado del ordenador, Judit teclea durante unos segundos y añade:

—Está en...

Y le anota el número de la habitación en un papel diminuto que le tiende mientras le indica que debe subir las terceras escaleras que encontrará si sigue pasillo adelante hasta el segundo piso.

—Podría explicárselo, pero será mejor que cuando suba las escaleras y llegue a la planta pregunte, en este hospital no hay nada fácil. El ascensor está un poco más lejos.

—Gracias, muchas gracias.

Marta Silva se acerca al policía y le indica que la siga. Tedesco, demasiado asustado para oponer resistencia, obedece sin preguntar.

—Todo bien. La han llevado a una habitación. Eso es buena señal, Mauricio. Muy buena. Está estable y se recupera.

Tedesco sigue a la mujer joven a la que conoce desde que era una niña. Sigue respirando con dificultad y la náusea parece haberse instalado definitivamente en algún lugar de sus tripas. Necesita ver a su hija. No hace preguntas. Ya habrá tiempo.

A buen paso, atraviesan corredores, suben y bajan escaleras y se ven obligados a detenerse en un par de ocasiones para preguntar la dirección a seguir. El Hospital Clínic es un edificio enorme distribuido en infinidad de espacios por el que el aire circula en forma de corrientes de intensidad y temperatura variable.

Se cruzan en su deambular con personal sanitario de paso decidido. Todos ellos parecen encontrarse a sus anchas en su tránsito de un sitio a otro. Tedesco, por el contrario, no imagina lugar más hostil que un hospital. Y ninguno peor que ese hospital, el mismo en el que pasó días enteros cuando Fina falleció pocos años atrás. Una comisaría le resulta infinitamente más acogedora que cualquiera de los hospitales que conoce.

Marina comparte habitación con un joven que yace silencioso y exhausto con la cabeza vendada, los ojos cerrados y la pierna sujeta mediante cables a una percha metálica. También ella ha cerrado los ojos y, con los brazos estirados a lo largo del cuerpo, descansa la cabeza sobre la almohada. Mauricio Tedesco nunca olvidará esa imagen.

—¿Marina? —susurra Marta, que se ha aproximado a la cama.

Marina abre los ojos y ensaya una sonrisa.

Marta saluda a la accidentada.

—Está aquí. Tu padre está aquí.

El inspector no puede evitar un gesto de espanto al comprobar el aparatoso vendaje que cubre la mayor parte de su cabeza. Un vendaje en el que se intuye un rastro de sangre.

Marina intenta corresponder forzando una mueca de normalidad y de alivio. Tedesco hace un esfuerzo supremo para no abalanzarse sobre ella y abrazarla estrechamente hasta decir basta. No lo hace, se aproxima a su hija con el gesto grave y las lágrimas a flor de ojos. Comprueba al avanzar que las piernas responden con la torpeza del barro fresco y que sus manos siguen temblando al alejarse del cuerpo.

—Siéntate, papá, y tranquilízate. No debes preocuparte. Dicen que en unas semanas estaré bien. Completamente bien.

El inspector obedece, se acerca todavía más y se sienta junto a la cabecera. Le cuesta creer que Marina, el cráneo medio rasurado y la cabeza aparatosamente vendada, con heridas y cortes por todas partes y un gesto de dolor que no consigue disimular, se restablecerá en pocas semanas.

Marta permanece de pie en el umbral abrazando el bolso como si estuviera vivo. Quizás sea preferible dejarlos solos, piensa, pero no se atreve a moverse.

Marina le indica con un gesto que puede irse.

Marta asiente e inicia la retirada. Puede descartar ir a casa y descansar un rato, no queda tiempo. Sin embargo, todavía podrá

comer algo en algún sitio antes de volver a sentarse unos minutos frente a la pantalla del ordenador y acabar de cerrar el complicado asunto de los caprichosos y adinerados turistas rusos.

## **MARINA**

Con la mano de Marina entre las suyas, el policía intenta tranquilizarse, recuperar el control y, sobre todo, no agobiar a su hija a preguntas. Sabe que no debe hacerlo, pero no lo consigue. Es una batalla perdida. No hay reproches, no le recrimina no haber sido avisado de inmediato. Puede comprender las razones de Marina, están en su naturaleza. Ella es así. Pero no tarda en querer saber qué ha pasado, cómo y cuándo sucedió y quién es el maldito responsable.

Marina, a la que el dolor obliga a detenerse en medio de una frase y a intercalar leves gemidos entre una palabra y la siguiente, responde como puede, pero sabe bien poco. No recuerda mucho más de lo que le ha explicado al mosso que la ha interrogado unas horas antes. El color del coche, el grito del taxista, el semáforo que el conductor no respetó, el golpe brutal, el vehículo volcado sobre la acera, la lluvia... Le habla de la papelera metálica que ha atravesado el cristal, de la terrible espera, del dolor, de la mujer que le sujetaba la mano... Del taxista que no responde y que muere casi en el acto en el asiento delantero. Poco más. Apenas nada.

El inspector no necesita anotar, no olvidará ni una palabra. Retendrá sin dificultad hasta la última coma. Conocer los hechos lo tranquiliza y comprender que su hija no padece lesión alguna de carácter irreversible contribuye a serenarlo. Poco a poco se destensa el nudo de su estómago, deja de sudar como si hubiera finalizado una maratón y las piernas recuperan la solidez habitual. El ritmo del corazón sigue irremediablemente alterado.

—Cuestión de tiempo, papá, la herida cicatrizará, las costillas soldarán y yo dejaré de parecer un adefesio. El doctor me lo ha asegurado. Me ha dicho que me recuperaré. Seguro que no ibas a querer a una hija con esta pinta tan horrible.

Marina intenta bromear, sonreír. Cualquier movimiento de su rostro tira dolorosamente de la herida y parece originar un zumbido en su cabeza.

Tedesco, que considera que su hija nunca, nunca, nunca parecerá un adefesio, no dice nada. No imagina en el mundo nada que pueda hacer que deje de adorar a Marina. Nada.

Marina cierra los ojos de nuevo y susurra:

—No quería que te asustaras.

No es fácil encontrar las palabras y, una vez en los labios, todavía resulta más difícil hacerlas despegar. El policía no sabe qué decir y calla. Solo tiene preguntas. Muchas. Pero Marina no puede contestarlas.

—Unas semanas y volveré a hacer vida normal, papá. Cuando pienso en el pobre taxista... Creo que he tenido suerte. Que hemos tenido suerte. Si la papelera hubiera estado un metro más atrás...

Tedesco asiente. En eso está totalmente de acuerdo. Ambos han tenido suerte. También él, desde luego. No puede imaginar su vida sin Marina. El policía no quiere ni puede pensar en un mal mayor. No lo hay.

El inspector abandona la habitación a media tarde tras haberle asegurado que volverá y pasará la noche junto a ella. De nada sirve que su hija repita mil veces que no es necesario, que estará bien y que, si necesita algo, llamará a una enfermera utilizando el botón que tiene al alcance de la mano. Exhausta por el dolor y el esfuerzo, pronto deja de intentarlo.

Cuando el inspector sale a la calle Villarroel, la lluvia arrecia de nuevo sobre la ciudad, en contra de las predicciones de los entendidos, y las farolas se encienden una tras otra con la llegada del atardecer. Siempre ha pensado que es aquel, el momento en que se encienden las farolas, un instante que encierra algo de magia, casi un hechizo. Y no es Tedesco un hombre fácil de encandilar, pero le encanta asistir a ese leve soplo de irrealidad que interpreta como una línea roja, una frontera evanescente en el transitar entre el día y la noche.

Fina decía de él que era un enamorado del crepúsculo, puesto que era la hora que escogía siempre para salir a pasear y contemplar así cómo se oscurecía paulatinamente el cielo y se abalanzaba la noche sobre las calles. Del crepúsculo y de la lluvia. En esta ocasión, sin embargo, ni hay tiempo ni le acompaña el ánimo para disfrutar de la feliz coincidencia. Tras una primera constatación, el policía echa a correr bajo el aguacero hasta alcanzar la boca de metro.

Ni el horno está para bollos ni su mente para la lírica.

En unos minutos estará sentado en su despacho y reclamando a la comisaría correspondiente el atestado del accidente del que Marina ha salido tan malparada. Quizás tenga que dar explicaciones que prefiere no dar, pero si presiona, podrá tener pronto las primeras diligencias a través del fax.

Hablará con Lidia. La agente sabe moverse más allá de los circuitos reglamentarios. Lo ha hecho otras veces. Bastará con que afirme con aplomo que el accidente podría estar ligado a un caso en curso.

Las investigaciones referentes a los accidentes de tráfico no siempre dan resultados satisfactorios. Si el coche es robado, como podría ser en esta ocasión, y el ladrón un poco hábil ocultando sus huellas, resulta muy difícil dar con él. Un imposible. Pero Tedesco está dispuesto a llegar hasta el final y no importa si el caso ha sido asignado a otra comisaría.

Por lo menos a él no le importa lo más mínimo.

Una nimiedad.

Cuando se aproxima a la comisaría, que tanto recuerda a una gran pecera, continúa lloviendo sobre la ciudad y la noche se cierra lentamente sobre las cabezas de los paseantes.

## **TEDESCO**

En la comisaría, y atendiendo a la ciudadanía, que en días de lluvia mengua significativamente, Lidia Sampedro y Sergi Hurtado.

—¿Tienes un momento?

Lidia, asignada a la función de asistir e informar a los vecinos, intercambia una mirada de complicidad con su compañero. Con la sala de espera casi completamente desierta y nadie esperando junto al mostrador, Hurtado bien puede prescindir de su colaboración. Por lo poco que Tedesco recuerda de él, no solo es uno de los agentes mejor plantados de la plantilla, también uno de los que tiene buena disposición y mejor talante. No es de los que se incomodan por cualquier cosa.

—No te preocupes, si te necesito te llamo —le susurra el agente a Lidia, que se alegra de abandonar el mostrador y con él la inactividad casi total. No pone reparos, no los tiene.

La agente sigue al inspector pasillo adelante con la cola balanceándose al ritmo de sus pasos frente a su nuca.

—Dile a Iván que venga.

Un par de minutos transcurren mientras el inspector se desprende de la americana húmeda y la cuelga en una percha que pende de un clavo detrás de la puerta, se atusa el pelo mojado y en desorden, hace remontar las gafas nariz arriba con el índice y organiza sus pensamientos.

—Sentaos —ordena el inspector mientras comprueba la pantalla del móvil y se deja caer con un suspiro en la silla rodante. Antes de hablar, levanta la mirada—. ¿Alguna novedad?

Con la eficiencia que es ya su sello personal, Lidia informa en pocas palabras y añade:

—El intendente ha preguntado por usted, pero no he podido decirle nada. No ha dicho por qué le buscaba. No parecía nada urgente —comenta con cierta complicidad.

—¿Algo más? —inquire.

A Lidia le sorprende el semblante tenso del inspector. No tarda en advertir su mirada afilada, sus puños cerrados sobre la mesa y los nudillos que blanquean. Intuye que no se trata de un intercambio rutinario de información. Continúa:

—Acaban de traer los efectos personales del muerto del camión de basura. Nada que permita identificarlo. Ni móvil, ni documentación... Nada. Buscarán huellas en la capelina, pero tampoco será fácil. Con tanta lluvia... Creo que no tardarán en empezar con la autopsia. Los resultados no se demorarán.

—¿Iván?

—Por el momento nada nuevo. No hemos conseguido datos que ayuden a identificarlo. Los vecinos no vieron nada.

Hace una pausa. Se diría que reflexiona, que valora si debe proseguir o no. Intercala un silencio del que no puede prescindir.

Iván es un hombre pausado, casi parsimonioso, de una calma inalterable. Precisa de los silencios para funcionar.

—Creo que quizás ya lo ha pensado usted, pero es posible que el muerto se dedicase a buscar entre la basura. El cajón, la barra metálica, el carrito... No será fácil...

—Tienes razón. No será fácil. Y sí lo he pensado. Y también la tienes al suponer que rebuscaba en el contenedor. Me lo ha confirmado el propietario de un súper por el que pasó la noche anterior. Después te doy los detalles para que los incluyas en el informe y un impermeable que el fallecido dejó en esa tienda, pero tampoco creo que encuentren nada. Se lo quitó porque estaba empapado y la cremallera no funcionaba. El chico del súper le prestó la capelina.

Iván asiente. En su rostro, un gesto muy leve, apenas una insinuación de complacencia. Nada le satisface más que acertar en una suposición.

Dado que el caso no parece haber avanzado mucho y que hasta no tener más datos es muy poco el margen de maniobra, Tedesco cambia de tercio.

—Necesito que me ayudéis. Es importante. Iván, quiero que averigües qué comisaría está llevando el asunto del accidente de tráfico que acabó ayer con la vida de un taxista en este cruce.

Le alarga un papel con el lugar exacto.

—Un conductor se saltó un semáforo y se abalanzó sobre el taxi que llevaba a una pasajera. Parece ser que ni frenó. No sé bien en qué esquina. Creo que el vehículo había sido robado, quizás iba colocado, no se sabe mucho más. Estos son los pocos datos que conozco.

Iván asiente. No será difícil.

—Lidia, cuando sepas quién lo lleva, quiero que trates de conseguir toda la información que tengan sobre ese accidente. Y quiero hablar con los agentes que se personaron en el lugar de los hechos, quiero saber qué recuerdan, con quién hablaron... Todo. Si es necesario di que sospechamos que está vinculado con un caso que tenemos entre manos. Tú misma. Y si puedes conseguir que nos lo traspasen, mucho mejor.

Lidia se levanta para marcharse mientras Iván inicia la maniobra para ponerse en pie. A la agente su parsimonia le resulta exasperante.

—Y por el momento esto tiene que quedar entre nosotros. Ya os explicaré. Como comprenderéis, el caso no nos corresponde y alguien se puede sentir incómodo. A mí no me importa, si hay problemas, los asumiré.

El inspector hace trampa. Gana tiempo. No piensa explicar mucho más. Sabe que en cuanto los agentes recuperen el atestado deducirán que la pasajera no es otra que su hija, Marina Tedesco.

Lidia asiente, no precisa más explicaciones. Tampoco Iván.

—Necesito toda la información que podáis conseguir. Cuando averigüéis quién es el responsable del caso, quiero hablar con él.

Antes de alejarse para acatar las órdenes del inspector, la agente señala un papel con un par de anotaciones que ella misma ha dejado sobre la mesa del policía, junto al teléfono.

—Inspector, lo olvidaba. Ha llamado un hombre, ha dicho que quería hablar con usted. Me dio su nombre, Rafiq, y un teléfono, un móvil. Creo que se trata de algo relacionado con el muerto del camión de basura. No quiso explicar más, dijo que usted recordaría, que habían hablado... Quería hablar con usted, con usted y con nadie más.

*iRafiq!*

Cuando le tendió su número de móvil no confiaba que el hombre, que parecía reticente a pasar por comisaría, diera nuevas señales de vida. Quizás pueda proporcionarle alguna pista.

Lidia se retira seguida por Iván y el inspector marca el número anotado. Dos tonos más tarde reconoce la voz de Rafiq.

## **RAFIQ**

El fondo sonoro de una voz femenina acompañada por un instrumento de cuerda es lo primero que el inspector advierte cuando Rafiq acepta su llamada.

—Soy Mauricio Tedesco, el inspector. Creo que tiene algo que decirme.

—Sí, si puede esperar usted un momento... No tardo nada. Solo un momento.

Tedesco reconoce el sonido de abertura de una caja registradora, la voz de Rafiq, que, con toda cortesía, entrega el cambio a una clienta y esta le corresponde con un «Gracias, Rafiq, hasta mañana». La melodía se interrumpe, la voz de la mujer desaparece y es un hombre el que explica algo en una lengua incomprensible. El hombre parece enojado. La voz también desaparece.

Tedesco comprende que Rafiq ha bajado el volumen, quizás ha apagado el aparato.

—¿Señor?

—Sí, sigo aquí. Usted dirá.

—Bien, yo no puedo decir mucho, señor, solo que ha venido un hombre, un hombre de aquí, un hombre que preguntaba por Nadeem, quería encontrarlo. Vino hace un par de horas, todavía no eran las cuatro. Lo sé por el programa de la radio. Tuve que apagarla porque el hombre insistió en hablar conmigo, me pidió que hiciera memoria, que intentara recordar. Dijo que era muy importante.

—¿Preguntando por Nadeem?

—Sí, dijo que era su amigo. ¡Un amigo de Nadeem! No sé, no me pareció verdad. Nosotros no tenemos amigos aquí, quiero decir gente de aquí. Nosotros somos nuestros amigos. Es muy raro que... Además, Nadeem nunca.... No era muy lógico. Me enseñó una foto, Nadeem estaba en un parque, junto a un árbol. Era él, estoy seguro. Eso sí. El hombre quería convencerme de que era su amigo, pero yo no le dije nada. No...

—¿Algo más?

—El hombre no sabía que Nadeem había muerto. Creo que no hablaba claro, creo que había algo que no... Pero he pensado que no podía ser su asesino. Si no lo sabía, no podía...

Rafiq no acaba la frase. No es necesario. Su silencio dura unos instantes. Tedesco intenta asimilar la información.

—El hombre preguntó en otras tiendas, ¿sabe? Me asomé a la calle cuando salió de aquí y lo vi. Entró en la cafetería y preguntó por Nadeem. El camarero me explicó que preguntó a los empleados y a los clientes y que les enseñó la fotografía. Tenía mucho interés. Demasiado. Es muy extraño. Creo que ninguno de ellos dijo nada, no sabían nada.

—Entiendo, Rafiq. —Tedesco puede comprender perfectamente las reticencias del joven y su manifiesta desconfianza.

De hecho, al policía la experiencia le ha demostrado que, en la ciudad, algunas comunidades apenas se mezclan. Unos y otros compran, venden, se saludan, conviven, comparten servicios... Pero intimar y hacer amigos autóctonos no resulta nada fácil para un inmigrado. Rafiq no miente. La dificultad es casi insalvable si la persona en cuestión es pobre como una rata y rebusca en un contenedor. La tendencia natural es la de frecuentar a los compatriotas.

Rafiq lo sabe, Tedesco también.

—¿No le dijo nada?

—Nada, señor. Nada. No me fiaba de él. Dije que no sabía nada de ningún Nadeem que buscara en los contenedores. Que no había visto nunca al hombre de la foto. Yo no saber, yo no ver, yo no conocer —añade, parodiando la forma de hablar que a menudo se atribuye a los extranjeros.

Tedesco sonríe. Rafiq es un hombre inteligente.

—¿Le dio su nombre?

—No.

Tedesco puede oír cómo un cliente entra en el local y Rafiq lo saluda sin desprenderse del teléfono móvil.

—¿Puede explicarme cómo era? ¿Cómo vestía?

—Llevaba traje y corbata, como si trabajara en una oficina, y era mayor que Nadeem, mayor que yo. Casi como mi tío, casi cincuenta o algo así. El traje era oscuro, un buen traje, creo que gris, pero no estoy muy seguro, y la corbata era casi negra.

—Entiendo. ¿Era alto, bajo, gordo, moreno...?

—No sé, me pareció normal, usted más alto. El pelo un poco blanco, no era gordo ni muy alto. No llevaba gafas. Normal. No sé qué decirle. No llamaba la atención. Normal —insiste el joven tendero.

Según asegura, no había nada en su apariencia que llamara la atención. Lástima, piensa el inspector. En ocasiones un detalle es un tesoro. El de Nadeem es un caso difícil. Muy difícil. En palabras de los mossos más jóvenes, un marrón, uno de esos casos que raramente se cierran. Quizás el responsable de lo que le pasó se encuentre en su entorno inmediato, es posible, pero ¿cómo localizar a las personas que Nadeem frecuentaba sin conocer nada más?

Durante unos instantes, Tedesco, a la expectativa, solo puede escuchar algún ruido procedente del pequeño comercio. Rafiq no parece dispuesto a añadir nueva información.

—¿Sabe? No puedo decir muy bien cómo era —continúa Rafiq, que, tal y como Tedesco puede comprobar, es un hombre al que no le incomodan los silencios—. No recuerdo nada especial, ya le he dicho que no era ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado, que no llevaba gafas ni tenía una nariz que llamara la atención. No sé, completamente normal. Pero sí puedo decirle algo, aunque puede parecerle una tontería, seguro que..., pero se lo diré de todas maneras.

—He oído muchas tonterías, Rafiq. No vendrá de una.

Nuevamente un silencio breve.

—Al entrar, antes de que me preguntara por Nadeem, casi me asusté, me recordó mucho a alguien.

Menos da una piedra, piensa el policía. Y dice:

—¿A quién le recordó, Rafiq? Quizás eso nos ayude de alguna manera. Nunca se sabe.

—Me recordó a un presidente de los Estados Unidos.

—¿A Biden? —pregunta sorprendido el policía.

—No, no. A uno anterior.

—¿Trump?

—No. Antes.

—¿Obama? —prosigue el policía, algo perplejo—. ¿Sabe que es negro?

Nunca hubiera pensado en alguien de raza negra por suaves que fueran sus rasgos y desleído el color de su piel.

—No, no, perdone. No quería decir eso —responde el tendero con una carcajada—. Quería decir que se parecía a un presidente anterior, a uno que mandaba cuando yo era un crío. A Bush. A George Bush hijo.

## **LIDIA**

Desde el umbral, Lidia pide permiso para entrar. Tedesco, con un gesto de su mano libre, le indica que puede pasar y sentarse. La agente deja una carpeta sobre la mesa mientras el policía, al teléfono, le pregunta a alguien en voz baja si siente mucho dolor y si ha conseguido comer algo.

Lidia, disimulando la curiosidad, espera a que la conversación acabe. No es difícil deducir que está relacionada con el accidente sobre el que el inspector ha pedido información. Le ha echado una ojeada a la documentación y, aunque no puede tener la seguridad, le parece más que probable que la víctima sea la hija del inspector.

Tedesco se despide asegurando que tardará poco en llegar. Tiene el ceño levemente fruncido y la expresión grave, salta a la vista que algo no va bien. Nada bien.

—Aquí está todo lo que tienen hasta el momento, inspector. Lo llevan en la comisaría de Sants-Montjuïc. Me han enviado las notas y las fotografías escaneadas. No han puesto dificultades. Si necesita los originales, están en la comisaría y puede...

—Quizás no sea necesario.

—Cuando notificaron el accidente, se personó el inspector Ribalta, que hacía el turno de noche. Sus notas son exhaustivas, ya lo verá, pero si quiere hablar con él creo que no habrá problema. Se ha puesto al teléfono y yo diría que se conocen. No le ha extrañado mi llamada.

También Tedesco recuerda al inspector Ribalta, es un buen policía, un policía de su generación, quizás algo más joven, pocos años, de los que no tardarán mucho en cumplir los sesenta. De Ribalta dicen que es algo temerario, demasiado imprudente, pero que conserva el buen hacer aprendido con el tiempo. Un madero con las mejores intenciones que lleva más de mil casos a las espaldas. Y no todos bien cerrados. Pero Tedesco sabe que la impotencia y la frustración también van con el oficio. Ha tenido suerte; si está en su mano, Ribalta tiene por costumbre llegar hasta el final. No es hombre que acostumbre a dejar cabos sueltos.

—Tienen huellas. En el volante, en el salpicadero..., por todas partes. Pero al ser un coche robado poco antes todavía no saben si conseguirán identificar alguna que no pertenezca al propietario o a sus acompañantes. Dependerá de que el ladrón tomara o no precauciones. Si encuentran alguna coincidencia con algún habitual, Ribalta nos informará inmediatamente, y si está en los archivos lo sabremos muy pronto. Me ha asegurado que nos pasará la información.

—Gracias, Lidia. ¿Sabes si hay alguna filmación? Ya sabes, la cámara de un cajero automático, la de una joyería..., algunos negocios tienen cámaras. A veces hay suerte y...

—Lo he preguntado, inspector. Creen que por la hora en la que tuvo lugar el accidente, y por la proximidad, la cámara de un cajero pudo haber captado al hombre que salió huyendo del coche si pasó junto a una sucursal, pero no es seguro, no hay testigos que puedan orientarnos. La filmación les acaba de llegar y todavía la están analizando. Me ha asegurado Ribalta que mañana nos la pueden pasar y nos la harán llegar. Creo que facilitará lo que usted le pida. Se ha puesto inmediatamente al teléfono, ha sido muy amable. Al parecer, no tiene inconveniente.

—Muchas gracias, Lidia. Eres un sol.

La agente hace ademán de ponerse en pie.

—Creo que eso es todo. Mañana llegaré a media mañana y quizás vuelva a necesitarte. Si el intendente pregunta por mí le dices que estoy con el asunto del camión de basura. Que estoy pateando el barrio, que ando por ahí preguntando... Lo que quieras. Improvisa.

Se interrumpe Tedesco unos instantes mientras Lidia se aproxima a la puerta.

—¡Ah, Lidia! Y si es necesario y te va bien pídele al intendente un cambio de turno, me gustaría que pudieras ayudarme. Dile que andamos con lo del contenedor, es un asunto sucio en todos los aspectos, un marrón para la comisaría. No te negará nada, y si lo hace hablaré con él, aunque preferiría hacerlo cuando las cosas estén algo más adelantadas.

La agente asiente, el inspector es un buen hombre y un buen jefe y siempre le permite opinar, proponer, pisar la calle. Le gustaría que confiara en ella, que le hablase de su interés en el caso, de su hija accidentada. Sospecha que no lo hará. Demasiadas reservas.

—También me iría bien contar con Iván.

—Hablaré con él. No creo que tenga problema —añade. Todo el mundo en comisaría sabe que Iván carece de compromisos.

Antes de retirarse, Lidia, firme frente a la mesa, se arma de valor y enfrenta con sus ojos, enormes y castaños, la mirada del policía.

—¿Puedo hacerle una pregunta, inspector?

Tedesco puede imaginar sin el menor esfuerzo de qué se trata. Es lógico, no podía tardar en llegar. Era cuestión de tiempo. Quizás sea mejor así.

—Es mi hija, Lidia. La mujer accidentada en el taxi es mi única hija, Marina. El taxista murió en el acto, y Marina está ingresada en el Clínico y con el tiempo se recuperará, pero las lesiones son importantes.

—Entiendo, no se preocupe —contesta Lidia, dispuesta a retirarse—. Ya sabe que puede contar con...

Tedesco asiente con un gesto algo brusco. El cabello, blanco y ya ralo que peina largo, más por desidia que por coquetería, le oculta un ojo y la lente correspondiente. Profiere algo parecido a un gruñido leve. Le incomoda descubrir su intimidad.

—Preferiría que no hablastes de esto con nadie en comisaría, Lidia. Iván no lo comentará. Ya lo conoces. Ribalta debe de haber llegado a la misma conclusión que tú, que se trata de mi hija, por eso todo han sido facilidades. Quiero seguir el caso de cerca, tan de cerca como me sea posible, y no me gusta dar explicaciones. A mí también me conoces. Con el intendente ya hablaré cuando encuentre un rato. No me preocupa, entenderá, pero no quiero ni preguntas ni intromisiones. Y si insiste, ya sabes...

—Improviso.

Lidia se retira con una sonrisa de complicidad.

Tedesco abre la carpeta, las terribles fotografías de la colisión quedan a la vista. Antes de fijar la mirada, un escalofrío le recorre la espalda. El impacto fue tan brutal que el taxi, casi completamente subido a la acera, había volcado sobre el lado del conductor a pocos metros de un quiosco de prensa y sobre una papelería. La puerta delantera correspondiente al copiloto y buena parte del lateral no son más que un amasijo de hierros pintados de negro y amarillo.

En un plano cercano, la cabeza del taxista, descansa casi sobre la papelería de hierro que ha irrumpido fatalmente en el habitáculo. El brazo derecho sobre las piernas, los ojos cerrados, el cuerpo vencido. Sangre sobre sus brazos, en sus muslos... Muerto. Un monigote trágico y bañado en sangre sentado frente a un volante.

Tedesco cierra los ojos. Espera unos instantes antes de continuar. No sabe qué es lo que puede encontrar. Siente miedo.

Por fortuna, Marina ya había sido conducida al hospital cuando fueron capturadas las imágenes. Mejor así. Si hubiera visto a su hija atrapada en el taxi, con las heridas abiertas y cubierta de sangre, el policía habría tardado demasiado en apartar la espantosa imagen de su mente.

En el asiento trasero, salpicado de cristales y de sangre, el inspector distingue el bolso de Marina. Un bolso enorme y negro que su hija lleva a menudo. También uno de sus zapatos y una chaqueta gris sobre el asiento que el policía reconoce de inmediato.

Junto al vehículo, sobre la acera reluciente por el agua, piernas, brazos e incluso algún rostro de los vecinos que oyeron el impacto. Quizás Marina pueda reconocer a la mujer que no dejó de hablarle ni de prometerle que pronto la atenderían y que todo acabaría bien. A Tedesco le gustaría poder agradecerle su ayuda.

*Muy cerca del taxi, casi empotrado en él, un coche grande y plateado con el morro completamente hundido, los airbags delanteros destacando como grandes globos en la oscuridad, la puerta del conductor abierta y las luces todavía encendidas. Un coche completamente vacío cuya matrícula resulta perfectamente visible en la fotografía.*

Un Audi de gama alta, un modelo reciente, un buen coche, caro, algo ostentoso a juicio del policía. El plateado objeto del deseo de algunos. No de Tedesco, que ambiciona muy pocas cosas materiales. Su propietario, que, como el inspector, es especialmente hábil olvidando paraguas en cualquier parte, había encontrado aparcamiento cerca de casa y no se molestó en guardarlo en el parking que distaba dos manzanas.

No con la que estaba cayendo.

## **TEDESCO**

En la calle, la lluvia persiste, pero es ahora un chispear leve que muy pronto deja una pátina de brillo sobre la americana oscura del policía. Hace años que en la ciudad no llueve durante tantos días seguidos. Y lo que para algunos es una maldición, para Tedesco es un consuelo. Ha decidido hacer a pie una parte del trayecto. Necesita sobreponerse al miedo y despejar la mente.

Recuerda, mientras camina, el paraguas rojo hemoglobina que Lidia le había confiado la noche anterior. Pensó que era del color de la sangre coagulada. Ignora su paradero. Quizás lo dejó en el coche policial, en casa, en comisaría, en el hospital... Puede estar en cualquier parte. Tiene un problema con esos objetos caprichosos, y durante largos períodos completamente inútiles, que son los paraguas.

No quiere encontrarse con el intendente y necesita caminar y pensar. Por eso ha abandonado discretamente la comisaría tras saludar a Lidia con un leve alzamiento de cejas. La agente le ha correspondido con un apenas insinuado «Hasta mañana».

Según Tedesco ha podido comprobar tras muchos años de experiencia policial, no hay mejor manera de cavilar que cruzar calles, pisar aceras y atravesar plazas. Además, dado que casi está en ayunas, entrará en algún sitio en el que ingerir alguna cosa antes de disponerse a pasar la noche junto a Marina en una butaca de hospital.

Cuando pocos minutos después la lluvia arrecia sobre el asfalto, el policía entra en una cafetería. Pide un bocadillo de jamón y una caña y fija la vista en la pantalla del televisor. Y aunque muy poco, apenas nada, sabe Tedesco de macroeconomía, comprende que las cifras que comenta el presentador son aceptables. Se diría que las finanzas del país, que parecían a punto de colapsar por la pandemia, siguen el camino de la recuperación. De hecho, comprende bien poco lo que afirman los expertos, pero puede deducirlo por el contexto. Pura cháchara. Nada de lo dicho le inspira la menor confianza en el futuro. Que se lo expliquen a Nadeem, piensa. A veces cree que el planeta entero, empezando por los que se aferran al volante, ha perdido el rumbo, como si no quedaran a bordo cartas de navegar. Nunca fue un hombre optimista.

Entre un mordisco y el siguiente de un bocadillo en el que el jamón, transparente e insípido, es un rastro apenas visible, Tedesco conoce un nuevo caso de corrupción relacionado con adjudicaciones amañadas de obras públicas así como la imputación de cargos por abusos a menores a dos miembros de una orden religiosa dedicada a la docencia. Nada nuevo.

Con el café humeante, el policía contempla cómo Anders Breivik, «el asesino de Oslo», autor de la explosión en el centro de la ciudad y de los posteriores disparos en la isla de Utoya, el mismo hombre que

acabó con la vida de setenta y siete personas y ocasionó un dolor inimaginable a sus allegados, sonrío a los medios con sorprendente sangre fría, se encara con los supervivientes de la matanza y desafía al tribunal y a la opinión pública. Son imágenes de archivo, pero no por ello resultan menos perturbadoras, menos escalofriantes. Perverso, malvado, quizás completamente loco y, sin la menor duda, digno de pasar a los anales del crimen. Es complicado, casi imposible, sostener una opinión al respecto. Probablemente se trate de un enfermo. Así prefiere creerlo. Mejor pensar que no está en su sano juicio. Otra posibilidad resulta pavorosa. También, y desde el propio y algo enmarañado discernimiento del inspector, es sumamente difícil no desearle a Breivik la muerte en las peores circunstancias.

Tedesco apura el café y piensa que la arrogante sonrisa de Breivik es de las que hiela la sangre y que su proximidad debe de resultar verdaderamente terrorífica. El tipo es el envilecido y orgulloso protagonista de una pesadilla que dejó a padres sin hijos, a esposos sin pareja y a amantes sin esperanza de amor. Una misión, afirmaba Breivik en sus declaraciones. Así lo sigue creyendo. Una misión heroica. Siempre aparece algún tarado suelto con el dolor y la muerte por misión, piensa Tedesco con un disgusto tan antiguo y real como su propio oficio.

No hay en el noticiario una sola buena noticia en la que airear la angustia. El policía decide que ha llegado el momento de salir de allí. Paga y se aleja con una única idea en la cabeza. También él, como Breivik, tiene una misión personal e intransferible, conseguir que el ladrón descerebrado que empotró su coche contra el taxi y que, al parecer, ni tan siquiera frenó ni se detuvo a auxiliar a las víctimas, acabe con sus huesos en la cárcel.

Cuando el policía llega al Hospital Clínic y se dirige a la planta en la que Marina se recupera, deja un leve rastro de agua en los pasillos. Encuentra a su hija dormitando con la cabeza recostada sobre el lado no herido. Descansar la ayudará a superar los días que se

avercinan. Todavía se encuentra conectada a tubos que le administran la medicación y a aparatos que informan sobre sus constantes. En la cama de al lado, el joven yace con la pierna en alto y el rostro vuelto hacia la ventana. No tiene visitas. Tampoco parece esperarlas.

La accidentada abre los ojos unos instantes y reconoce a su padre, que se lleva un dedo a los labios para indicarle que no debe despertarse. Marina ensaya una sonrisa fugaz que acaba en un rictus de dolor. Continúa muy pálida y al inspector su abatimiento no le tranquiliza.

Marina suspira y de nuevo cierra los ojos. Tedesco permanece unos instantes de pie junto a la cama contemplando su rostro hasta que decide despojarse de la americana húmeda, dejarla en el brazo de la butaca y secarse el cabello con una toalla. Se asoma al lavabo casi vacío. Piensa que Marina necesitará sus cosas y que por la mañana, antes de ir a comisaría, podrá ir a buscarlas.

Algo más reconfortado, se acerca a la ventana, es una costumbre. Necesita echar un vistazo al exterior, situarse respecto al mundo, tomar las medidas a la habitación y a sus alrededores, controlar el entorno como el bombero que, sin pretenderlo, registra mentalmente las salidas de emergencia o el gánster que espera anticiparse a la irrupción de un rival.

En la calle, los charcos devuelven la luz de las farolas y miles de gotas brillan sobre los coches aparcados. La gente se apresura en dirección a la boca de metro más cercana. Los paraguas, grandes círculos de colores, insinúan una danza torpe sobre las aceras. La lluvia, la bendita lluvia, le sirve de consuelo en circunstancias difíciles. En su memoria siempre ha sido así.

En el edificio de enfrente, las luces encendidas indican que muchos de los vecinos han llegado ya a sus casas, y la luminiscencia azulada que puede advertir en algún interior, que algunos de ellos han

encendido el televisor. Es un bloque de persianas a media asta y de cortinas echadas. No le extraña, quizás sus habitantes prefieran no contemplar durante la cena el enorme hospital que se alza a pocos pasos y que sin duda les recuerda la frágil condición humana.

Se sienta Tedesco junto a la cabecera y acaricia la mano de Marina, que yace adormilada por la medicación con los brazos a lo largo del cuerpo. También él necesita descansar, pero ni la situación ni la rígida butaca de piel falsa en la que intenta encontrar acomodo lo ayudarán a atrapar el sueño. No quiere engañarse, se enfrenta a otra noche en blanco. Blancas paredes, blancas sábanas, batas blancas, horas en blanco. Por otra parte, en los pasillos, junto al mostrador de la enfermería, en la cercana sala de espera... decenas de ruidos lo mantendrán en vela.

En la habitación contigua, alguien, con toda seguridad una mujer, se queja casi a gritos y expectora ruidosamente. El inspector puede oír cómo su acompañante intenta tranquilizarla, sisea y le ruega inútilmente que deje de gritar. Le promete en vano que pronto vendrá una enfermera y que le inyectará alguna cosa. Así lo asegura su acompañante, «alguna cosa que te ayudará».

Es un hecho, las horas serán largas y la esperanza de pasarlas durmiendo se desvanece por momentos.

Marina despierta y, casi en un susurró, le explica que el chico de las lesiones múltiples que ocupa la cama de al lado se llama Víctor y ha tenido un accidente de moto. Marina le informa en voz baja que la moto ha quedado destrozada, igual que su pierna derecha. Es hijo de viuda y la madre trabaja limpiando en varios sitios y pasa por el hospital cuando puede, entre una casa particular y la siguiente, o entre las oficinas de primera hora de la mañana y el despacho del dentista. Aprovecha cada oportunidad para echarle unos rapapolvos de impresión que acaban siempre en un desolado llanto materno. Se diría que la mujer se reprende a sí misma por la conducta del chaval. El miedo tiene muchas formas de manifestarse.

Víctor, por su parte, se ha especializado en parecer ausente. Se atrinchera. Quizás consigue evadirse metafísicamente hablando.

—Lleva horas sin moverse. Sé que sigue vivo porque a menudo suspira —añade. Marina intenta sonreír, pero no lo consigue.

En el pasillo, una bandeja se estampa con estrépito contra el suelo. Tedesco se asoma. La enfermera se disculpa mientras recoge los vasitos con la medicación. El policía recuerda la hospitalización de Fina, los largos días y las interminables noches, y siempre, siempre, siempre, el ruido que, procedente de todas partes, llega hasta la habitación. Ruido y dolor ajeno que se sumaba al dolor que ambos sentían ante una enfermedad contra la que quedaba muy poco por hacer. Los peores días de su vida transcurrieron en otra planta, en otro pasillo, en una habitación muy parecida a la que ocupa Marina.

En un hospital no hay lugar para el silencio. No lo hubo entonces, cuando Fina agonizaba, tampoco ahora.

Y no debe esperarlo.

## **MÍRIAM**

Míriam enciende sin preámbulos la luz que Tedesco ha apagado al anochecer para respetar el descanso de los accidentados y el propio. Es la enfermera responsable del seguimiento durante la noche de los pacientes que ocupan aquella habitación que alberga dos camas. Tedesco, con los ojos cerrados, escucha la lluvia. Son casi las once de la noche.

La joven saluda al policía con un «buenas noches» sin bajar la voz y le pregunta si necesita algo. Tedesco siente ganas de rogarle que hable más bajo, pero no lo hace. Se limita a sugerir que una

almohada o un cojín en el que descansar la cabeza para pasar la noche no le irían mal.

Miriam Castro, así se llama la enfermera del turno de noche, ayuda al chico a tomar la medicación. Víctor protesta en un murmullo, pero obedece y de nuevo da la espalda a los presentes. La joven lo informa de que próximamente será trasladado a otra planta.

Víctor ni se inmuta. Tedesco, tampoco.

Otros enfermos ocuparán la habitación. No todos se recuperarán. Durante un tiempo, quizás unos años, la enfermera seguirá siendo la misma joven de cabello lacio, ojos castaños y nariz respingona cuya figura de anchas caderas ha silueteado, en el umbral, la luz del pasillo.

La enfermera deja un vasito blanco con dos píldoras sobre la mesa plegable que le corresponde a Marina y le indica al policía que trate de dárselas seis horas más tarde. Tedesco asiente. Alzándose sobre las puntas de los pies, saca una almohada del armario en la que puede leerse en letras azules: Hospital Clínic. El policía le da las gracias.

En la habitación de al lado, la enferma continúa quejándose y su acompañante sigue intentando calmarla con vanas promesas de futura, y casi inmediata, ausencia de dolor. Miriam sacude la cabeza y señala con un gesto la pared que separa ambas habitaciones.

—Dentro de un momento se sentirá mejor y dejará usted de oírla, las pastillas hacen pequeños milagros.

Pequeños milagros. Miriam Castro tiene razón. Incapaz la ciencia de obrar grandes milagros, a menudo consigue prodigios menores; pero prodigios al fin y al cabo. La enfermera le recuerda a Rafiq por su lucidez algo descarnada y por el haz de lo real que ambos aplican para iluminar las cosas, todas las cosas. Ambos poseen esa virtud.

Miriam despierta a Marina, quien debe ingerir la medicación prescrita en pos de la ausencia de dolor, ese pequeño milagro. Con los ojos entornados, la paciente traga con esfuerzo, como si todo, absolutamente todo, desencadenase una punzada. Marina advierte la mano de su padre en la suya y le sonríe.

La enfermera le indica a Tedesco que salga de la habitación un momento. El inspector obedece y piensa en buscar una máquina de café, pero se impone la cordura y la intuición de la adversidad. No hace faltar complicar más la noche con una dosis extra aunque el policía se jacte ante Romeu de que la cafeína no tiene sobre sus horas de sueño el menor efecto. Ambos saben que miente. Tampoco le quedan fuerzas para iniciar un errático deambular por los pasillos y salas de espera de un centro hospitalario extraordinariamente grande y complejo. Poco amigo de pedir ayuda, Tedesco no tarda en desestimar la posibilidad.

Se resigna y espera de pie en el pasillo frente a un ventanal mientras la lluvia empapa las calles y los ciudadanos se baten ya en retirada.

—Dormirá. Los dos dormirán —le asegura la enfermera al policía al abandonar la habitación.

Se refiere a Víctor y a Marina, pero Tedesco tarda en comprender.

—Seguro que por la mañana estará algo mejor. También usted debería dormir.

El acompañante de la enferma de la habitación colindante espera la llegada de Miriam manifiestamente impaciente. También él permanece de pie en el pasillo con el gesto de cansancio, las manos en los bolsillos y la puerta entreabierto para no perder de vista a la enferma. Probablemente no encuentra ni las palabras ni la convicción para seguir animando a la mujer que gime entre las sábanas.

—Salga un rato, pasee. No se preocupe. Descanse. Usted también lo necesita. La medicación le hará efecto muy pronto.

El hombre, abrumado y con la cabeza baja, comprueba que tiene monedas y un paquete de tabaco en el bolsillo del pantalón. Le asegura a la mujer que no tardará nada y obedece a la enfermera con un suspiro. La mujer sigue quejándose amargamente.

Por un momento el policía piensa en seguirlo.

No lo hace.



**JUEVES**

## MARINA

Cuando Marina abre los ojos, hace horas que Mauricio Tedesco espía ya las primeras luces a través de las rendijas de la persiana. De hecho, solo recuerda haber dormido a ratos y casi en una especie de duermevela. No esperaba mucho más. Si en circunstancias normales le resulta difícil, la incomodidad de la butaca de hospital, los ruidos casi constantes y las muchas cavilaciones no han sido de gran ayuda.

Poco después de las siete de la mañana, se ha puesto definitivamente en pie y ha salido al encuentro de Judit Vallés, la enfermera recién incorporada al turno de mañana que iniciaba la ronda pasando de una habitación a la siguiente. Le ha rogado que no hiciera ruido para no despertar a su hija y le ha asegurado que él mismo ayudaría a Marina con el desayuno y la medicación.

—Pero si tarda debe usted despertarla, tiene que tomar las pastillas antes de las nueve. Es importante respetar el horario —le advierte con el tono que emplearía para dirigirse a un niño.

Tedesco asiente sin protestar. Lo hará. El chico que ocupa todavía la cama de al lado sigue durmiendo, apenas se ha movido en toda la noche. Tampoco se ha quejado, lo que, a juzgar por su aparatosa apariencia, es un pequeño milagro.

Poco después de las ocho de la mañana, Marina sacude la cabeza y abre los ojos. Primero tímidamente, como si temiera que también los párpados dolieran al separarse, después con convicción. No parece tan pálida, sus ojos no se le antojan a Tedesco tan apagados y quiere creer que de su gesto, casi distendido por el descanso, no aflora tanto dolor. Sonríe.

—Buenos días.

El inspector enciende la luz de la habitación y aleja así la penumbra de las primeras horas.

—¿Has pasado la noche aquí?

Tedesco cabecea, es una de sus maneras de señalar la evidencia. Tras varios intentos fallidos que hacen reír a Marina, el inspector la incorpora en el lecho utilizando los botones de la cama articulada. A Marina todo le sigue doliendo, es un hecho. La cabeza herida, las costillas, los brazos lastimados, las piernas golpeadas..., pero parece algo más animosa y hace cuanto puede por acabar el vaso de leche y la tostada y por tragar a continuación las dos pastillas prescritas.

—Estoy mejor, papá. De verdad. Puedes irte a casa. Descansa un poco. Te conozco y sé que no habrás pegado ojo.

Exhausta tras el parlamento más largo formulado en muchas horas, Marina gira la cabeza y cierra los ojos. Suspira.

—Estaré bien, papá —le asegura—. Además, puedo llamar a la enfermera si necesito ayuda. Tú ve tranquilo. No te preocupes. — Parece dispuesta a volver a dormir.

Cerca de las nueve, cuando la enfermera ha retirado ya la bandeja del desayuno, aparece Marta Silva con bolso, tacones y móvil en la mano. Carga con una enorme bolsa roja de papel rígido de las que a veces entregan con las compras de cierto valor.

—Hola, Mauricio. Hola, Marina. He pasado por tu casa y he traído todo lo que me pediste. Aquí está. ¡Ah! Y he comprado un par de cosas que puedes necesitar.

Dicho y hecho. Marta coloca sobre los pies de la cama, en batería, un pijama y una bata a juego color melocotón, ropa interior, un neceser del tamaño de una maleta pequeña, un par de libros, pantalones de chándal, un jersey fino y un ordenador diminuto.

—Creo que está todo.

El policía tuerce el gesto, pero calla. No entiende por qué Marta dispone de una llave del piso de Marina y él, su padre, no la tiene. Se siente contrariado, es él el que debe cuidar a su hija, es su voluntad, su deber y su deseo más intenso. Es su familiar más cercano, su padre, el que podía haberle traído cuanto necesitara. Así lo ve él, pero la prudencia aconseja no hablar más de la cuenta. Se traga la indignación y calla.

—Puedo quedarme un rato. Tengo media hora, mi madre se encarga de Daniel. Te peino y te maquillo un poco, te verás mejor. Además, sabes que hago maravillas —propone Marta, rebuscando en su propio bolso.

—¿Podrás hacer crecer el pelo? —sonríe Marina, señalando su cabeza parcialmente rasurada.

—Maravillas, sí, Marina. Los milagros todavía se me resisten. Pero todo llegará. Todo llegará.

Marina ríe, tuerce el gesto y se lleva una mano a la altura de las costillas fracturadas como para impedir que el dolor se agrave.

*—Ufffff... —gime, y exhala un suspiro—. Mejor dejamos el cambio de look para otro día, Marta, pero quédate un poco, me animarás.*

Mauricio Tedesco experimenta algo lejanamente parecido al recelo. Sin abrir la boca, el policía interpreta que ha llegado la hora de marcharse. Recoge la americana, se despide de su hija con un «Hasta luego, Marina» y se dispone a salir.

—¿Papá?

No necesita más. El policía se acerca a la cabecera. Marina le indica que se aproxime. Tedesco se inclina.

—Te quiero mucho —susurra Marina, acariciando la mano del inspector, que se apoya en la cama.

Tedesco la besa en la frente. Los problemas se disipan, la irritación desaparece.

*¡Adorada Marina!*

—¿Volverás?

—No creo que estés en condiciones de impedírmelo.

## **ROMEU**

El día ha amanecido encapotado, completamente gris, como de cemento Portland, pero las aceras se han secado y la gente ocupa las calles con aparente desahogo. Tedesco calcula que lleva unas cuantas horas sin llover y, a buen paso, se dirige a la estación de metro más cercana al hospital. Mientras libra una dura batalla con la máquina expendedora de las nuevas tarjetas que, según su criterio, emite mensajes contradictorios y se niega a aceptar sus monedas, suena el móvil.

Abstraído como está tratando de resolver los problemas de incomunicación derivados de la relación hombre mayor-máquina, el policía se sobresalta, da un respingo evidente y echa mano al bolsillo para enmudecer el aparato y atender la llamada. Las gafas del siglo pasado resbalan hasta la punta de su nariz con el único y manifiesto propósito de complicarle la vida. No puede existir otro. Tedesco habría agradecido infinitamente disponer de una tercera, incluso de una cuarta mano, pero no es así.

Dejando la compleja operación a medias y con un puñado de monedas rechazadas en la bandeja inferior, el policía hace lo que procede hacer en primer lugar: remonta sus gafas. En la pantalla del móvil, un nombre: Romeu.

Un nuevo sobresalto. El expolicía no acostumbra a llamarlo. Nunca, bajo ningún concepto. No tienen ese tipo de amistad. Se encuentran siempre en la cafetería. Siempre. Nunca antes han hablado utilizando el móvil. Piensa de inmediato en nuevos problemas y en renovadas complicaciones. Pertenece al tipo de personas que detestan intensamente las sorpresas y acostumbran a anticipar la tragedia a la menor oportunidad. Pesimistas, las llaman.

—¿Ignasi? ¿Qué pasa?

—¿Mauricio? ¿Eres tú?

—Claro que soy yo, me acabas de llamar. ¿Quién esperas que sea, el presidente de los Estados Unidos? —Constata que no ha olvidado el comentario de Rafiq, pero no se detiene a pensar—. ¿Ocurre algo? ¿Dónde estás? —pregunta el comisario mientras rebusca en el bolsillo del pantalón monedas que substituyan a las escupidas por la máquina.

—En el París. Esperándote. ¿Dónde voy a estar? ¿En el Empire State? ¿En el Pentágono? ¿En el Golden Gate? ¿En Atapuerca? Ya te he dicho que ves demasiadas películas. Como no has bajado a...

—Pero... —acierta a decir confundido.

—Como no aparecías y ayer estabas como estabas... He pensado que algo no iba bien, por eso...

—¡Ah! Ya.

—¿Y tú dónde estás? —Romeu no se resigna.

—No te preocupes, Ignasi. Luego te explico. O mañana. Ahora no puedo. No sé todavía... No he dormido en casa y voy a comisaría, hay un par de asuntos que quiero...

—¿Seguro que no ocurre nada? No pareces tú.

El inspector, ignorando que su amigo no puede verlo, no responde, niega moviendo la cabeza de derecha a izquierda, pero a buen entendedor..., y Romeu lo es.

—De acuerdo, entonces te dejo.

Tedesco reconoce la decepción en su tono. Añade:

—Intentaré pasar por casa antes del mediodía. Si quieres nos vemos en el París para el café... Quiero preguntarte un par de cosas.

—Claro, Colombo, claro.

Tedesco sonrío a su pesar. Romeu dice de él que le recuerda al desastrado policía televisivo. Ambos comparten una misma fijación por los detalles aparentemente intrascendentes. Aquellas cosas en las que no repara nadie más y que acaban siendo la clave del enigma.

—Si no estoy en el París, sube a casa y te cuento. Quiero explicarte un par de cosas. Quizás puedas...

—De acuerdo, Mauricio. Nos vemos —responde Romeu, algo más animado, antes de interrumpir la conversación, pagar lo consumido y emprender la caminata en dirección a su casa. La perspectiva de una tarde ocupada supone, para un jubilado vivaz como Romeu, casi un regalo.

**TEDESCO**

Antes de entrar en la enorme pecera compartimentada que es la comisaría de Les Corts, Tedesco compra un par de periódicos, los de mayor tirada. Necesita saber si la prensa da cuenta del fortuito descubrimiento del cadáver de Nadeem que había ido a parar a un camión de basura como si se tratara de las sobras o de un alimento caducado. Y, si es así, en qué términos lo hace. En alguna ocasión los periodistas han conseguido averiguar detalles cruciales y lo han hecho antes que la Policía. No es plato de gusto, desde luego, y el intendente ni olvida ni perdona. Como no puede ser de otra manera, cuando algo así ocurre, a Tedesco le sienta como una patada en la boca del estómago. Al intendente todavía peor.

El policía entra en una cafetería cercana. Es saludado por un par de agentes acodados a la barra y corresponde al gesto casi de refilón, por puro compromiso. No sabe hablar por hablar. La fama de hombre algo huraño le precede. No le importa, nunca le ha importado. De hecho, lleva años consolidándola. Ninguno de los policías hace el menor intento por entablar conversación. Mejor así. El inspector busca una mesa libre, se sienta y, sin más formalidades, baja la vista y recorre las páginas de ambos diarios. Uno detrás de otro.

La proximidad de unas nuevas elecciones los hace insufribles a ojos del policía. La crisis siempre en el horizonte, la inflación como fantasma que recorre Europa, el incremento previsible de las hipotecas, la violencia de género, las guerras en curso; todo, absolutamente todo, cede espacio en los diarios al parloteo archiconocido y archiprevisible de los políticos. Sin apenas darse cuenta, el inspector hace una mueca de aversión y sacude la cabeza enérgicamente como si negara ante un interlocutor sentado a pocos palmos. En la barra, uno de los agentes alerta al otro con el codo, hace el gesto de remontar las gafas nariz arriba y ambos disimulan unas risas. Un loco inofensivo, un demente de andar por casa, parecen creer.

El camarero que atiende la barra le sirve, como en muchas otras ocasiones, un café corto que deja en la única esquina libre de la mesa. La capacidad de concentración del veterano policía es extraordinaria. No importa el televisor encendido, ni el sonsonete de la máquina tragaperras, ni el zumbir de la cafetera ni la discusión que a pocos palmos mantienen un par de adictos al deporte nacional. Un policía cargado de años y de desesperanza, un café corto y un par de periódicos, eso es todo. El resto del mundo bien puede desvanecerse. El inspector Tedesco no reparará en ello.

En uno de los periódicos descubre, con una desagradable y dolorosa pirueta de su estómago, una fotografía del accidente en el que Marina resultó malherida. Una imagen sobrecogedora como lo son tan a menudo las de los accidentes de tráfico. Marina ya no se encuentra en el interior del taxi y en el texto solo se la identifica por las iniciales, M. T. Por fortuna, el cuerpo del taxista, P. A., también ha sido ya retirado. El otro apenas dedica unas líneas a la colisión y se abstiene de ilustrar lo ocurrido con imágenes. Ninguno de ellos parece tener ninguna pista sobre el responsable del siniestro. Tedesco suspira profundamente para regocijo de los agentes, que, sin perderlo de vista, inician ya la retirada. Deja la taza sobre el platito con alarmante ruido de loza y cierra los ojos un instante.

No tarda en encontrar, en ambos diarios, una nota breve y muy similar referente al hallazgo del cadáver de Nadeem. Unas líneas en un lateral sin más datos que el sexo, la edad aproximada y la posible ascendencia asiática del fallecido. Ni edad, ni iniciales, ni dato alguno que facilite su identificación. Podría haber sido peor. Andan perdidos, pero no mucho más que la Policía.

Bien mirado, y no hay otra manera de hacerlo, sino mirar bien, el inspector solo tiene un nombre, Nadeem, y cuatro datos sobre su temperamento: reservado, triste, austero y extremadamente responsable. No es mal perfil. Probablemente habrían simpatizado, piensa el policía antes de acercarse a la barra, pagar el café y abandonar el local. También sabe que tiene un amigo en alguna

parte, un amigo que se interesa por él y que se parece a George Bush Jr.

Insinúa una sonrisa triste mientras camina abstraído hasta la comisaría y saluda con una elevación de cejas al agente que se encuentra junto a la puerta. Ha conseguido que su gestualidad, breve, casi esquiva, suplante a las palabras de cortesía. Atendiendo a la ciudadanía, Clara Carmona, otra de las mejores agentes de las que disponen. Tedesco entra con la mirada fija en el pasillo, no quiere encontrarse con el comisario. Ninguna de las explicaciones que pueda darle satisfará su curiosidad. Clara abandona el mostrador y le sale al paso. En voz baja alerta al policía de que un hombre lo está esperando, un hombre que quiere hablar con él.

—Creo que se trata del cadáver del paquistaní en el camión de basura —le susurra Clara.

El visitante no debe de andar lejos, supone Tedesco, que responde también bajando la voz.

—Gracias, Clara, dame diez minutos para situarme y hazlo pasar —le indica el policía, que necesita apaciguar su estómago todavía soliviantado por la espantosa imagen de los vehículos siniestrados—. ¡Ah, Clara! ¿Ha llegado Lidia?

—No, no ha llegado todavía, pero figura en este turno. Seguro que no tardará.

—Que pasen Lidia y Cabrera por mi despacho en cuanto lleguen. Necesito hablar con ellos.

Tedesco echa a andar con una mano en el abdomen como un penoso Napoleón de pega. Hay quien habla de vuelcos del corazón ante situaciones impactantes, Tedesco puede afirmar que padece verdaderos revolcones de estómago acompañados de náuseas y de un malestar generalizado que se prolonga unos minutos. En

ocasiones una mañana entera, o una tarde. Algo así como el síndrome del estómago contorsionista.

El inspector se libera de la americana, se sienta frente a su mesa, se quita las gafas y, descansando la cabeza sobre las manos, permanece unos minutos en silencio esperando a que su abdomen se asiente definitivamente. Cuestión de tiempo, como la recuperación de Marina. La piel del rostro le araña las palmas y recuerda que ha pasado la noche en el hospital y no se ha afeitado. La barba apunta cerrada y completamente blanca; igual que el cabello que Tedesco peina desde hace unos años algo más largo de lo que en él era habitual porque distancia las visitas a la peluquería tanto como puede. Las rehúye como tantas otras cosas. No ha conseguido encontrar un peluquero que no trate de darle conversación, como si la charla estuviera incluida en el precio. Barba de viejo, cabello y aspecto de patriarca bíblico. Y ni patriarca ni bíblico. Solo un hombre que se acerca a la vejez. Apenas un añoso lobo estepario.

Cabecea para alejar las cavilaciones. Necesita centrarse en su trabajo. Por fortuna, no hay nadie en las proximidades que se mofe de su gestualidad innecesaria.

En una comisaría, el silencio equivale a la ausencia de ruidos más o menos cercanos. El silencio no existe, como en un hospital. En el pasillo, Diego Cuesta plantea en voz alta curiosas, y algo disparatadas, medidas económicas para superar una nueva crisis. Con este maldito asunto sucede ya como con el fútbol, que todos y cada uno acaban siendo ministros de Economía y presuntos magos de las finanzas. En un país sumido en unas elevadas cifras de inflación, escandalizado por unos sueldos de los altos directivos de las empresas que hacen sonrojar y por las más ruines corruptelas organizadas, afloran a diario centenares, miles de expertos contables y de sagaces estrategias de las macrofinanzas. Hay quien propone planes de austeridad que alarmarían a un monje trapense y quien

aboga por potenciar el consumo desaforado para incrementar así la producción y el empleo. Y ninguno de ellos anda exento de razón.

Tedesco le ha dado mil vueltas al asunto y todavía no sabe qué pensar, por eso ha decidido no opinar. Y, a poder ser, dejar de pensar.

En ello está, intentando abstraerse con la cabeza baja y los ojos cerrados, cuando Clara aparece en el umbral.

—¿Se encuentra mal, inspector?

—No, no, Clara. Estoy bien, pero he dormido poco, estoy cansado, solo eso —se disculpa mientras recupera las gafas, las encarama de nuevo a su nariz y se aparta el cabello que le cae desmayado y largo sobre la frente.

—Ha llamado Lidia, está en Sants-Montjuïc, está esperando a alguien y dice que tiene para una hora o más.

Tedesco asiente, las gafas descienden unos milímetros y el policía se lleva el índice al puente para remontarlas. Quizás si decide renovarlas pueda encontrar un modelo menos sensible a la fuerza de la gravedad. Pensará en ello. Siente cierto cosquilleo molesto a la altura de la garganta. Carraspea. Solo le falta un catarro, una gripe o un simple constipado para acabar de enmarañarlo todo un poco más. Poco dado a los exabruptos, maldice interiormente su suerte.

Clara no se ha movido del umbral.

—¿Le hago pasar?

Tedesco recuerda al hombre que espera para hablar con él.

—Desde luego, Clara, que pase.

La agente se retira y el policía saca del cajón un bolígrafo y un par de hojas en blanco. Normalmente no anota mucho, tiene una confianza ciega en una memoria prodigiosa que a pesar de los años no da señales de flaquear; pero prefiere tener un bolígrafo a mano. Si no apunta datos relevantes, al menos puede dibujar sobre el papel curvas imposibles o recalcar una apreciación con un redoble de capuchón sobre la mesa.

## **MANEL**

Nueva contracción estomacal cuando el policía levanta la cabeza. La sensibilidad de sus tripas es una verdadera tortura y amenaza con convertirse en una maldición.

El hombre que acaba de materializarse en la puerta y pide permiso para pasar posee un parecido extraordinario con el expresidente de los Estados Unidos. Un parecido difuso, pero sorprendente. Se hace difícil poder concretar si se trata de sus ojos pequeños, oscuros y algo demasiado juntos, de su frente estrecha, de sus labios casi inexistentes, de la forma de su cráneo... Pero, tal y como Rafiq afirmó, la semejanza es evidente, mucho más que una leve retirada.

Vestido con traje y corbata, a nadie le habría sorprendido ver ondear la bandera estadounidense a su espalda mientras permanece plantado ante un atril e intenta hilvanar con esfuerzo las frases de un discurso o leer un libro infantil en posición invertida.

—Pase, siéntese —le indica Tedesco, y el hombre así lo hace—. Usted dirá qué le trae por comisaría.

—Verá, tenía una pregunta, una pregunta algo difícil.

—Puede usted empezar por decirme su nombre.

—Manel Cases Jurado.

—Bien, Manel Cases. Pregunte lo que quiera, si está en mi mano...

—Se trata de un amigo, un buen amigo que ha desaparecido. Nadie sabe nada de él.

—¿Su amigo es pakistaní?

Manel Cases asiente con la vista baja. Lo ha visto otras veces, pero a Tedesco le habría gustado comprender por qué humilla la mirada. Es gato viejo y tiene sus sospechas y la casi total seguridad de que no tardarán en concretarse.

—Y usted ha oído que han encontrado un cadáver en un camión de basura. ¿Me equivoco?

—No, no lo hace. Acierta usted. He estado preguntando por todas partes y solo he sacado eso, que han encontrado el cadáver de un hombre, pero que no han podido identificarlo.

Cases está cada vez más angustiado y habla en voz muy baja, sin apenas mirar al policía.

—He pensado que podía tratarse de Nadeem. Como no regresó...

El hombre hace un gesto con su mano derecha y comprueba que si la alza en el aire la mano tiembla visiblemente. De inmediato la recoge y la atrapa con la izquierda obligándola a descansar sobre el regazo. Desprende angustia como otros emanan simpatía, desidia o apatía.

—Él no era un hombre que... Nadeem no se habría marchado sin...

—¿Nadeem...? ¿Su amigo se llama Nadeem? —inquieta el policía, que reconoce al vuelo el momento de conocer algún detalle.

—Nadeem Saleem Rajput.

El policía no confía en su memoria en esta ocasión y anota como puede la filiación del desaparecido. Manel Cases señala y corrige los errores cometidos e indica la manera correcta de hacerlo.

—Saleem Rajput —repite el inspector a media voz—. ¿Y su amigo se dedicaba a...?

—Nadeem había invertido todo el dinero de que disponía en un comercio que no funcionó. Yo compraba allí la fruta, la verdura, la leche... Estaba muy cerca de mi casa, justo al lado. Él era un hombre muy amable, muy educado y con muchas ganas de aprender, era extremadamente cortés, en pocos meses se hizo entender. Me pareció una buena persona. Nos hicimos amigos. Luego él se arruinó y yo le ofrecí una habitación. Era eso o pedir dinero y regresar a su país. Nadeem no soportaba la idea de regresar. Llevaba meses...

Cases se interrumpe, es evidente que le resulta difícil proseguir. Cae en la cuenta de que ha empleado el pasado para referirse a Nadeem. Su presentimiento es casi una certeza. Se estira una y otra vez las mangas de la americana gris oscuro como otros hacen remontar sus gafas, repiquetea en la mesa con un bolígrafo o tamborilean con las yemas de los dedos.

—Llevaba meses recogiendo cobre, plomo, hierro y todo lo que encontraba en los contenedores. Se dedicaba a buscar chatarra, los habrá visto usted. Hay otros que también lo hacen.

Tedesco asiente. No pregunta. El hombre parece dispuesto a seguir hablando.

—Hay quien paga algo, una miseria, pero para el que no tiene nada... Siempre hacía el mismo camino. Siempre los mismos contenedores. El mismo camino, el mismo tiempo... Tenía un recorrido fijo. De hecho, lo hacía porque ya nadie le disputaba aquellos contenedores, como si se los hubieran repartido. No sé si me entiende.

Tedesco asiente. Tiene preguntas, pero prefiere no interrumpir.

—Siempre volvía a la misma hora. Por eso me extrañó que... —Ha seguido empleando el pasado verbal.

El inspector sigue mirando a Manel Cases sin despegar los labios. Nadeem Saleem Rajput, repite mentalmente. El tiempo le ha enseñado a administrar los silencios con sabiduría. Cosas del oficio.

—Yo intenté convencerle de que mi sueldo daría para todo, también para enviar algo a su casa. No era mucho, pero no lo aceptó nunca. No quería ni hablar de coger mi dinero. Era un hombre orgulloso. No sé cómo explicarlo, él era así, tenía su dignidad. Otro en su lugar...

Por el tono que emplea al pronunciar las últimas palabras el policía comprende que Cases ha reunido un puñado de malos recuerdos.

—Nadeem solo aceptaba una cama y el plato en la mesa, nunca quiso un euro, nunca me pidió nada.

—¿Cuándo desapareció?

—Hace dos noches —responde Cases, y su voz apenas supera el cuello de su camisa. No es necesario—. Insistí mucho, le dije que no saliera esa noche. Llovía y no iba a escampar. Además, él era un hombre de constitución delicada. Por una noche...

—¿Hace dos noches, dice usted? ¿Y por qué no vino antes? En estos casos la gente se moviliza pronto. Una desaparición...

—No somos familia, solo amigos, solo... No sabía si... Es todo tan complicado. Nadie sabía... —El dolor en su rostro no puede ser más evidente.

*Solo... Nunca una palabra le resultó a Tedesco tan elocuente. Solo lo eran todo el uno para el otro. Solo todo. La mirada de Cases se ha*

*desplazado hasta sus manos, que siguen en movimiento, temblorosas, desobedientes.*

*Solo...*

¡Maldita sea! Todo tan complicado, tan inhumano. Tedesco carraspea de nuevo, ha llegado la hora de las preguntas delicadas.

—¿Qué tipo de relación tenían ustedes? —pregunta el inspector por preguntar. Conoce la respuesta, pero debe preguntar, necesita escucharlo de sus labios. Es su obligación, una más.

—Somos..., éramos... No sé si está vivo o muerto. No sé cómo... Somos pareja —responde Manel Cases, optando por mostrarse esperanzado, y sus palabras se confunden en un sollozo—. Nos queríamos.

El hombre entiende que lo peor está por llegar. Resulta más que evidente. El empleo involuntario de un pasado verbal que resulta aterrador es substituido puntualmente por el tiempo presente que suena falso, ilusorio. Un engaño.

—Nadie lo sabía, Nadeem no quería que nadie lo supiera. Vivía en mi casa, pero si tenía que hacerlo explicaba que pagaba por la habitación y que era algo temporal, hasta que mejorara su situación. Nunca salíamos juntos a la calle, siempre estábamos solos. Decía que para mí había sido fácil, que este era otro mundo, que en su país, en Pakistán, los armarios tenían siete puertas y otros tantos candados. Muchas, muchas puertas.

Se interrumpe unos instantes. El policía advierte las lágrimas en el arranque de su voz.

—Nadie sale del armario en un país como el suyo. Nadeem no podía soportar la idea de... Era orgulloso a su manera, ya se lo he dicho, extrañamente orgulloso. Prefería buscar en un contenedor antes que... No quería que sus amigos hablaran de él, ni que supieran...

De nuevo una pausa breve, apenas unos instantes.

—Yo podía entender por qué lo hacía, por qué se negaba a admitir que... A mí me costó muchos años, pero sobre todo me dolía que rechazara mi dinero, solo era dinero. No tenía otro valor.

—Está bien, Manel, entiendo. Eran ustedes pareja, vivían juntos, se llevaban bien y usted ha estado buscándolo.

Manel Cases asiente.

—Nos llevábamos bien —repite casi sin querer, y eleva una mano hasta la comisura de su ojo derecho para arrastrar la única lágrima que hasta el momento se ha permitido—. Muy bien.

—Es cierto que encontramos un cadáver, señor Cases, y también que podría tratarse de su amigo Nadeem. ¿Sabe si tenía enemigos? ¿Alguien que pretendiera hacerle daño? ¿Sabe si andaba en asuntos sucios o si lo habían amenazado? ¿Sabe si debía dinero, si...?

Cases niega con la cabeza y a la primera lágrima siguen otras. Muchas. Un torrente. Es incapaz de hablar. Su negativa es vehemente. Nadeem no tenía enemigos, no debía dinero, nunca se habría involucrado en asuntos turbios. Por lo menos el desolado Manel Cases ignoraba algo así.

—Antes de que reconozca usted el cadáver puedo hacer traer sus cosas, están aquí. Quizás podamos ahorrarnos...

Cases asiente sacando del bolsillo del pantalón un pañuelo perfectamente plegado. Solloza visiblemente replegado sobre sí mismo, como si hubiera encogido.

Tedesco se alegra de abandonar el despacho unos momentos para pedirle a Diego Cuesta que traiga las pertenencias de Nadeem. Habría podido limitarse a asomarse al pasillo, pero le pesa tanta aflicción y tanta soledad anunciada. Necesita aire libre de dolor y el

hombre que solloza apoyado en su mesa, y que tanto recuerda al ínclito George Bush hijo, es todo dolor.

Tedesco aprovecha el trayecto para echarle un vistazo a la pantalla del móvil. No hay llamadas perdidas. Deduce que Marina sigue estable y que no ha empeorado. Cada uno puede interpretar las señales a conveniencia y, por una vez, el policía se decide por la esperanza.

Habla con Cuesta, que interrumpe su lección de «macroeconomía para principiantes», y se aleja pasillo adelante.

El inspector se entretiene unos instantes contemplando la sala de espera más cercana, suspira y regresa al despacho en el que Manel Cases trata de recuperar la compostura.

Siete puertas, siete candados, recuerda mientras se aproxima.

Se sienta frente a él con la seguridad de que Cuesta no tardará en llegar. No se equivoca. El agente aparece pocos segundos después con una enorme bolsa transparente sellada y marcada con una etiqueta. En ella, los efectos personales de Nadeem, que no son muchos ni valiosos.

Tedesco le indica que puede dejarlos sobre la mesa. Cases continúa sollozando con la cabeza baja y el cuerpo encogido. No ha levantado la mirada. El inspector comprueba que se ha aflojado la corbata. Casi como por obra y gracia de un milagro, el traje ha perdido todo su apresto y parece colgar de su delicado esqueleto.

—Si quiere usted...

Tedesco hace un gesto leve y Cuesta se retira. Reconocer las pertenencias de un fallecido no es un asunto fácil y nadie necesita más público del estrictamente necesario.

Cases levanta la cabeza.

—Podemos desprecintar y...

Manel Cases niega con un gesto de su mano, no es necesario. La vista se le ha quedado prendida en el contenido de la gran bolsa transparente. Mira detenidamente. El cuerpo entero del hombre parece temblar. El policía advierte que acaba de reconocer las deportivas de baratillo azules y blancas que coronan el conjunto, la camisola larga, la capelina... Todo.

El hombre sigue mirando sin separar la vista. Asiente repetidamente y se golpea una pierna con el puño varias veces. Se hace daño, pero no importa. Sigue golpeando y asintiendo ajeno a casi todo.

—Son las cosas de Nadeem. Son tuyas. Eran tuyas.

Tedesco piensa que a menudo el dolor se confunde con la rabia y ambos acaban siendo una y la misma cosa. Cases, derrumbado, intenta hablar, pero apenas consigue proferir un penoso balbuceo. El policía comprende que quiere saber cómo ha ido a parar a un camión de la basura el cuerpo de su amante. Si lo han agredido, si ha sufrido el ataque de algún...

—El cadáver estaba en un contenedor y al volcarlo en el camión para vaciarlo el empleado que manipulaba el mecanismo advirtió la caída de algo pesado, mucho más pesado de lo normal. Era el cuerpo de Nadeem. Apparentemente no presentaba signos de violencia. Ni golpes, ni heridas, ni señales de haberse defendido... Nada que nos permita pensar en una agresión de ningún tipo.

Cases escucha al inspector completamente inmóvil, lívido, petrificado. No volverá a ver a Nadeem.

—Podré informarle con más detalle cuando tengamos los resultados de la autopsia. Quizás esta tarde, o mañana. Si quiere apuntar aquí sus datos...

El policía le acerca un papel.

—Quizás quiera hacerse cargo del cuerpo...

Manel Cases asiente y obedece sin reparos.

—No sé qué es lo que hacen con... —balbucea.

—No puedo ayudarle, pero Rafiq sí podrá hacerlo. —El inspector le habla del joven del supermercado.

Controlando como puede el temblor de su mano, Cases apunta su DNI, su dirección y su teléfono. Cuando acaba, desconsolado, se pone en pie lentamente, como lo haría un anciano, y tiende la mano al policía. Se despide con un «Gracias» apenas susurrado y emprende la retirada con la poca dignidad que ha podido reunir. No es mucha.

No tiene sentido seguir preguntando. El policía guarda el papel en una carpeta. Durante unos instantes sigue pensando en el extraño caso de Nadeem y en su todavía más extraña muerte. Piensa en ello y, aunque no tiene ninguna pista, está cada vez más convencido de que se le escapa algo, algún detalle, una nimiedad que puede aportar algo de luz. Una inaprensible certeza.

## **IVÁN**

El inspector repasa sus notas, e intenta recordar cada palabra de la conversación mantenida y cada gesto de la posterior identificación de los objetos personales de Nadeem. Algo pasó en algún momento... Está seguro, convencido. Hay algo que se le escapa. Un detalle esquivo, huidizo, quizás solo una mueca, un silencio. Persigue lo inaprensible, como el mismísimo Colombo, pero a diferencia de lo que acostumbraba a explicar el perseverante teniente, no hay en su

vida una señora Tedesco de insólitas costumbres y curiosidad eternamente insatisfecha.

Seguirá dándole vueltas. No es la primera vez que una intuición, la momentánea percepción de algo que no consigue concretar, acaba llevándolo por el buen camino. Y tiene la certeza de que algo de lo que acaba de ver u oír, algo en algún momento... Un barrunto, en palabras de su abuela materna, Jacinta, una mujer siempre malhumorada a la que no aprendió a querer.

A duras penas un barrunto.

Ha visto salir a Manel Cases vestido como para un simposio y aplastado por el dolor. Ha dejado la comisaría sintiéndose derrotado y arrastrando los pies como un hombre súbitamente envejecido. Y, sin embargo, hay algo en lo que Tedesco ha visto, algo en lo que ha oído... Ni idea de qué, cuándo ni cómo, pero ahí está, algo ha ocurrido en el despacho policial en algún momento y no cesará hasta encontrarlo.

Y en esas y parecidas cavilaciones anda el cerebro del policía cuando Lidia Sampedro aparece en su puerta blandiendo una funda con un lápiz de memoria en su interior.

—Las tengo, inspector, las tengo. Dos cámaras: un cajero y una tienda de electrodomésticos. Por el momento en el que tuvo lugar la grabación parece que pudo ser él, el hombre que aparece en las imágenes. Es casi seguro.

Hay vehemencia en su voz y en sus ojos y una verdadera danza tribal en su cola de caballo. Iván aparece a su espalda segundos después. Nada en su aspecto delata impaciencia, ni tan siquiera interés. Él es así, lento en sus movimientos y extraordinariamente veloz en sus sinapsis.

Algo en algún momento...

La convicción de que algo en la visita de Cases puede constituir una pista sigue hincada en su cerebro. Tedesco la aparta, la conduce sin sobresaltos, pero sin contemplaciones, a un rincón de su mente para recuperarla más adelante, en algún momento más propicio.

—Tú misma, Lidia. —El policía le indica que acerque una silla y conecte el dispositivo al ordenador.

Siempre será más fácil y más rápido, piensa Mauricio Tedesco, que, a pesar del tiempo transcurrido y de su utilidad probada, continúa considerando los ordenadores no como artefactos hostiles, pero sí como artilugios profundamente misteriosos e indisciplinados.

Lidia acerca una silla y conecta el aparato que Tedesco enciende solo ocasionalmente. Para regocijo general de la comisaría, el inspector ha afirmado en alguna ocasión que el rumor que produce enmaraña el discurrir de sus pensamientos. Con un gesto le indica a Iván que coloque otra silla frente a la pantalla. El agente procede con la flema habitual.

Tedesco contempla su lentitud y se tensa, pero no abre la boca. ¿De qué serviría?

La grabación consta de dos intervalos de muy pocos segundos. Según el reloj digital que aparece en la pantalla, un hombre pasa primero ante el cajero automático y un momento después ante la tienda de electrodomésticos. Se aleja del lugar del accidente en dirección al mar.

Dada la iluminación nocturna que mantiene la franquicia de televisores, neveras y tostadoras de pan, las imágenes son algo mejores que las de la entidad bancaria. Pueden observar que se trata de un hombre aparentemente joven cuyos rasgos no pueden distinguirse puesto que camina con las manos en el rostro. Todos ellos piensan en el dolor derivado del golpe recibido tras colisionar con el taxi.

—Estatura media y complexión media, pelo oscuro, no muy mayor. Juraría que sangra y que por eso se lleva las manos a la cara. Vaqueros, sudadera oscura con letras más claras... No ha pensado en ocultarse, no se ha subido la capucha. Probablemente no pretendía causar un accidente, iba a toda pastilla y se saltó el semáforo.

Lidia se interrumpe para tomar aliento.

—Parece una de esas sudaderas que llevan inscrito el nombre de una universidad: Harvard, Boston, Philadelphia..., ya sabes. Probablemente es una imitación, algo barato, quizás del top manta.

—Yo también diría que sangra —añade Iván, deteniendo la filmación y señalando, en una de las manos del desconocido, la más cercana a la pantalla, un rastro oscuro.

Tedesco asiente.

*—Los airbags se abrieron, pero quizás un fragmento del cristal delantero, una esquirla... —continúa Iván, volviendo a reproducir las imágenes y apuntando con el índice a la pantalla—. Yo diría que sangra y que cojea.*

Efectivamente, contemplada con detenimiento la silueta del hombre, se escora hacia la derecha.

—Bien visto, Iván. Tienes razón, parece que cojea.

—Con un golpe así lo extraño es que todavía pudiera andar —añade Lidia.

Tampoco a la agente le falta razón.

**ROMEU**

Marina lo ha llamado y acaba de asegurarle que está algo mejor, cansada, dolorida, todavía un poco asustada, pero bien. Marta le ha traído un nuevo aparato y la policía le ha hecho llegar la tarjeta de su propio móvil.

—Nos vemos esta tarde, Marina.

—Ven si quieres, pero no es necesario que duermas aquí, papá. Estaré bien.

—Ya hablaremos. No te preocupes.

Mauricio Tedesco abre la puerta del París, pero no llega a entrar a pesar del intenso aroma a café que asciende desde las mesas ocupadas. Busca a Ignasi Romeu entre los clientes de la sobremesa y con un gesto le indica que le siga. Romeu apura el café, paga lo habitual y sale del local con la solemnidad que habría empleado para seguir los pasos de Eliot Ness en su lucha contra el crimen.

—Ven, vamos a casa, quiero enseñarte una cosa.

Romeu no hace preguntas, se limita a seguirle.

Cuando el policía introduce la llave en la cerradura y abre, advierte un cambio en el orden habitual de las cosas. Acostumbra a cerrar con doble vuelta y, sin embargo, solo ha necesitado un movimiento para abrir. Sisea indicándole a Romeu que no hable, que no haga ruido. Entra a tientas en el pasillo a oscuras y detecta un leve rebullir de vida en el interior de su piso presumiblemente vacío. Rumor de ropa y de pasos, la presencia indudable de alguien en alguna de las habitaciones, quizás incluso la sintonía de una emisora de radio. Por un momento recuerda a Fina, también ella acostumbraba a escuchar la radio. De nuevo el estómago brincando en su interior y la familiar sensación de espanto.

Camina despacio intentando no hacer el menor ruido. Está interiormente convencido de que ya no anda para ir persiguiendo intrusos. Espera que la suerte le acompañe. No va armado. Nunca va armado si puede evitarlo. A su espalda, Romeu le sigue. El policía jubilado echa en falta la pistola o, en su defecto, un bastón, una porra o incluso un plato de porcelana.

Tedesco, sigiloso, alcanza el salón y, a través de la puerta entreabierta, puede entrever en su habitación el agitarse de un brazo en el aire. Se aproxima con cautela, asoma la cabeza justo en el momento en el que una mujer se gira para abandonar el cuarto.

—¡Ahhh! —grita la mujer, y se abraza a sí misma en un movimiento veloz e inexplicable.

Es un grito estremecedor, de los que ponen los pelos de punta y avivan las ganas de salir corriendo. A punto está la mujer de desplomarse sobre la cama. Afortunadamente, lo ha reconocido casi de inmediato y, cerrando los ojos unos instantes, trata de recuperar la compostura.

Romeu se ha aproximado a Tedesco presto a ayudar en caso de necesidad. No la hay. Ninguna.

—¡Ángela! Lo siento, lo siento mucho. ¿Qué haces aquí? Tú...

—¡Ay! ¡Ay!

La mujer se ha sentado sobre la cama y respira con mucho esfuerzo.

—¿Qué voy a hacer? Pues lo de siempre —balbucea.

Inspiraciones lentas y profundas, expiraciones rápidas con la mano sobre el pecho. Como si el aire, en su escapada, pudiera llevarse muy lejos el sobresalto.

—Yo... He llamado esta mañana, comisario... Yo..., yo tenía que..., tenía que ir al médico por lo de la circulación, pero usted no estaba y... Entonces yo... He dejado el mensaje en el contestador. Pensé que podía pasarme por la tarde. Y como usted no me ha dicho lo contrario...

La mujer, menuda y algo entrada en años y en carnes, farfulla su explicación. Se ha arremangado para trabajar y tiene la mano derecha sobre el pecho como para retener un corazón en estampida. La otra cuelga junto a sus caderas sosteniendo un trapo. Nunca antes se ha fijado el policía en sus manos grandes y enrojecidas.

—He dejado el mensaje en el contestador —insiste, tratando de arrancar al policía del estado de estupefacción—. Yo... No he pensado que... Le explicaba que iba al médico... Por lo de la circulación, ya sabe. Y que vendría por la tarde. Y como usted no...

—Sí, claro. Disculpa, Ángela. Has hecho bien. No he pasado por casa. No sabía nada. Tampoco escucho nunca ese trasto. Si quieres, puedes irte. No te preocupes. Siento mucho que te hayas llevado un susto. No era mi intención.

—Un ratito más y me voy, comisario. Las cuatro cosas más grandes. Solo lo más grande.

Sin saber exactamente a qué se refiere, Tedesco asiente.

—Como quieras, pero si quieres irte... —repite el policía, indicándole a Romeu que entre en la habitación pequeña en la que Marina lo ayudó a instalar un ordenador asegurándole que acabaría por necesitarlo.

La mujer sigue sentada y ahora trata de abanicarse el escote con el trapo.

—¿Comisario? —inquire Romeu con una sonrisa irónica—. ¿Desde cuándo eres comisario? ¿No jodas que te han ascendido y no me has

dicho nada? ¡Qué cabrón!

—Me llama así desde hace años, desde lo de Fina. No hay manera de quitárselo de la cabeza. Hace tiempo que dejé de intentarlo. Qué más da. Para ella siempre he sido el comisario porque trabajo en una comisaría y nunca llevo uniforme —ataja Tedesco mientras pone en marcha el ordenador—. Siéntate y calla, Ignasi. Quiero que veas esto.

Tedesco le acerca una silla y, tras unas cuantas maniobras inútiles y un par de reniegos, consigue que las imágenes aparezcan en la pantalla. De nuevo puede observar al hombre que se lleva la mano a la cara quizás para retener la sangre y que pasa ante las dos cámaras sucesivas. El mismo hombre, instantes muy próximos. Siempre las manos en el rostro.

—¿Qué ves, Ignasi?

—¿Que qué veo? ¿Qué voy a ver? Pues lo mismo que tú —protesta Romeu, que no acaba de entender—. ¿No puedes explicarme algo más? ¿He de mirar algo en concreto?

—No, quiero que me digas qué es lo que ves. Antes de que te explique nada, por eso estás aquí. Yo ya sé lo que estoy viendo, ya sé lo que busco. Quiero saber qué es lo que ves tú.

—El que te entienda, que te compre, Mauricio. Veo a un hombre más bien joven por su forma de vestir, de cabello oscuro y estatura y peso medios, que se tapa la cara con la mano, puede que tenga sangre entre los dedos. Sí. Creo que hay algo oscuro...

—¿Qué más?

—Viste una sudadera, vaqueros y unas deportivas. Lleva un anillo. Y... Y poco más. Bueno, sí. Yo diría que es cojo.

Tedesco cierra los ojos y con el puño golpea la mesa desplazando ligeramente el teclado.

—El que te entienda, que te compre, Mauricio.

## **EL PIERNAS**

Tedesco permanece pensativo unos instantes, muy pocos, y acaba por retirar la silla bruscamente al tiempo que se golpea la frente con el canto de la mano. En la habitación contigua, Ángela se ha sobresaltado de nuevo.

—¿Todo bien?

—Todo bien, Ángela. No te preocupes.

Inmediatamente después, empuja las gafas puente arriba y sonríe abiertamente.

—Claro, Ignasi, claro. ¡Joder! ¿Lo ves? Es cuestión de perspectiva. La puta perspectiva de los cojones. Tú no sabías que este tipo acababa de estrellarse con el coche que conducía, no sabías nada, no pensaste en un golpe, en una herida... Por eso has mirado como tenías que mirar. Con la mirada limpia, sin contaminar. Has dicho que es cojo. No que en ese momento cojea. Que es cojo. Y tienes toda la razón, lo es. Es cojo de nacimiento. Nada que ver con el accidente.

—Pero yo... No sé qué es lo que...

Romeu también ha apartado su silla y contempla perplejo la reacción de su amigo, que se ha puesto en pie como si se dispusiera a salir zumbando. Como si acabaran de renovarle la sangre y le hubieran inyectado la de un corredor de maratones.

—Tú lo has dicho, Ignasi, es cojo. ¡Cojo! ¿Lo entiendes?

Romeu niega con un gesto.

—No fue el golpe. Es cojo. Es un ladrón de coches cojo. ¿Y cuántos ladrones de coches cojos conocemos? ¿Cuántos?

Ignasi Romeu hace lo que puede por seguir el orden del razonamiento del inspector Tedesco. Se lleva la mano al cabello, se lo retira de la frente y abre unos ojos grises como pequeños agujeros al cielo plumizo. Comprende.

—¿El Piernas?

Tedesco asiente sin reservas. Sonríe enseñando los dientes y con las manos apoyadas en las caderas y las gafas de nuevo transitando hacia la punta de su nariz, como un envejecido e hipermétrope superhéroe.

—A ver, Mauricio. Vuelve a poner esas imágenes. Necesito verlo — ordena esta vez Romeu.

De nuevo el hombre desconocido renquea frente al cajero con la cabeza baja y la mano cubriéndose una ceja. Algo después, Romeu contempla al mismo hombre en una aparición fugaz, puesto que intenta correr sin conseguirlo, frente a la tienda de electrodomésticos.

—¿El Piernas?

La pregunta es una pura formalidad, ambos han reconocido a un ladrón de coches habitual y cabecean al unísono como dos gatos dorados en un escaparate.

Feo como un pecado, con pocas ganas de trabajar y, dado su impedimento locomotor, poco apto para los tirones y para los asaltos a punta de navaja; la vida no se lo puso fácil. Tras varias intentonas

le quedó claro que la cojera entorpecía la huida y que el tirón no era lo suyo. Tampoco el uso de la fuerza ni el de la astucia; como timador, su primera y única experiencia fue un desastre.

El Piernas no tiene estudios, abandonó el instituto antes de cumplir los quince, pero durante un tiempo echó horas en un taller. Se ganaba la vida. Los motores no se le resisten, posee una habilidad natural. Tiene paciencia y buenas manos, pero, cuando a causa de las sucesivas crisis económicas la clientela empezó a aflojar, fue el primero en perder el empleo y con él los ingresos mensuales. Después vino lo de los robos de coches, se especializó en los coches caros. Carísimos.

Poco antes de retirarse, Ignasi Romeu había intentado relacionarlo con el tráfico de coches de lujo. Vehículos robados y enviados de inmediato a países de la Europa del Este por organizaciones complejas y bien articuladas. En poco más de veinticuatro horas consiguen que el automóvil parezca otro y sea de otro. Se cambian las placas, se borra el número de serie y se hacen algunos retoques vistosos que impidan la identificación. Más tarde el coche atraviesa una frontera tras otra y es vendido con grandes beneficios en Bulgaria, Rumanía o la República Checa. El propietario nunca más lo recupera. Nunca.

Del Piernas se tenían indicios, se le pudo acusar de algún robo y pagó con unos meses de cárcel, pero nunca consiguieron probar su implicación en la evasión de los vehículos sustraídos. No tenían nada. Afirmaba que tras llevarse el vehículo para dar una vuelta lo había abandonado en tal o cual sitio. Un solar, un descampado, un polígono industrial, el margen inhóspito de una carretera... Y probablemente no mentía. Formaba parte del plan. Añadía que lo había dejado con las llaves en la guantera. ¿Para qué las quería si el coche no era suyo? Tampoco pretendía perjudicar al propietario. Así las cosas, era difícil implicarlo en una trama mayor.

Tedesco lo había detenido en una ocasión en el domicilio materno por el mismo motivo: robo de vehículo de alta gama y abandono posterior. Recuerda exactamente el portal, el piso, el «salón», la compañía.

El Piernas no es hombre de largos paseos, la cojera lo mortifica. Por eso cuando se siente verdaderamente bien es al volante de un buen coche, un coche grande, caro, llamativo. Los expertos se refieren a ello como a un mecanismo psicológico de compensación. Quizás sea así.

*Cuando Tedesco dio con él, lo encontró esnifando coca sobre una mesita baja en compañía de una chica que acababa de cumplir los dieciocho años y sin más vestimenta que un tanga rojo. La chica, a la que pagaba por sus favores, dijo no conocer ni su nombre. Probablemente era cierto. Siempre lo había conocido como el Piernas.*

Ambos policías recuerdan sus penosas y balbuceantes explicaciones ofrecidas a trompicones en la sala de interrogatorios mientras, manteniendo la pierna derecha algo rígida bajo la mesa, se mordisqueaba la yema de los dedos. Sin embargo, a pesar de su aparente torpeza y de su falta de recursos de todo tipo, no consiguieron nunca un solo dato. Ni un nombre, ni una dirección, ni un local en el que encontrarse con un enlace... Nada. Aseguraba las veces que hiciera falta que actuaba solo y que se llevaba los coches por el mero placer de darse un garbeo.

Callado y torpe, el Piernas decía de sí mismo que era listo como un zorro. Nada más lejos. Simplemente hacía y decía lo que le habían aconsejado. Sabía obedecer órdenes. Desde luego, era mucho menos agradable a la vista que el animal en cuestión.

—El puto Piernas —repite Tedesco, que se lleva la mano al bolsillo de la americana, saca el móvil y contacta con la comisaría—. Clara, necesito un coche sin logotipar, algo discreto. Sí, sí. Y un conductor.

Estoy en casa, esperaré aquí. Sí, Diego Cuesta está bien. Bien. Y que venga Lidia si anda por ahí, puedo necesitarla. Sin uniforme, que vengan de civil.

Romeu entiende que la función ha terminado y que, como policía retirado, no queda nada por hacer. Hace ademán de marcharse.

—Si no quieres nada más... —aventura.

—¿Tienes algo que hacer esta tarde?

—Sí, estoy esperando una llamada de la Casa Blanca —responde Romeu con la amargura del que apenas cuenta ya para nada—. Algo urgente. Ya sabes. Una crisis internacional. Me necesitan. Un asunto delicado.

La simple mención de la residencia presidencial le trae a Tedesco la imagen de Manel Cases a la memoria y la maldita sensación de que algo no cuadra en sus palabras y de que, como policía bregado en mil declaraciones, debería haberse dado cuenta de ello.

Cabecea. Pensará en el asunto más tarde, cuando tenga al puto Piernas a buen recaudo. Tiene que seguir cavilando, darle más vueltas, agotar todas las posibilidades. Está completamente seguro de haber pasado algo por alto. Algo importante.

—Si quieres, puedes acompañarme, Ignasi. El Piernas no es un tipo peligroso, ya lo sabes. Si Ángela me prepara un bocadillo te explico de qué va todo. Te interesará.

Romeu no se lo hace repetir dos veces y vuelve a sentarse antes de que Tedesco cambie de opinión. Mientras tanto, el inspector se dirige a la cocina y le pide a su asistente un bocadillo de cualquier cosa. Y de labios de Tedesco «cualquier cosa» quiere decir exactamente eso.

Vuelve con dos latas de cerveza frías, unas patatas fritas en un gigantesco bol azul en el que habría podido servir media ternera y

una lata de aceitunas a la que se ha limitado a extraer el agua.

El expolicía se suma al aperitivo sin que se lo digan dos veces a pesar de haber tomado ya el café con el que acostumbra a rematar sus comidas. Tedesco engulle con voracidad. Lleva horas sin comer. Ángela entra con una tortilla entre dos rebanadas de pan de molde que ha colocado sobre un plato. Trae también una servilleta de papel y un par de vasos.

—En la nevera no había nada más. Era una tortilla o sardinas de lata. He pensado que...

—Es perfecto, Ángela. Perfecto —zanja Tedesco, que tampoco le hubiera hecho ascos a unas sardinas como guarnición.

Entre un crujir de patata y el siguiente, Tedesco le habla a Romeu del robo del Audi, de la brutal colisión, de Marina y de su posterior ingreso en el hospital, de la muerte del taxista...

Ignasi Romeu se limita a escuchar. Unos minutos más tarde suena el timbre. Del bocadillo no queda nada y ni una sola patata ha sobrevivido al envite. Lidia le comunica que el coche espera abajo, junto a su portal.

Ambos se ponen en pie sin dilación y lo hacen con un doloroso rumor de lumbares.

## **LIDIA**

Lidia espera en el portal. Viste tejanos apretados y un jersey negro y amplio que se abre al separar los brazos como lo harían las extremidades membranosas de un murciélago. Sin el uniforme parece todavía más delgada, casi incorpórea. No es la primera vez

que Tedesco observa que algunas mujeres parecen menguar en ausencia de los pantalones y la camisa que visten las agentes de la Policía Autonómica. Por encima de su nuca bailotea la cola que sujeta muy alta. De sus orejas penden unos pendientes grandes y plateados en forma de caracolas. Sus labios, más rosados de lo habitual, parecen húmedos y brillan. Es una mujer guapa. Verdaderamente guapa. En esa apreciación coincide totalmente con Cuesta.

Diego aguarda en el coche, al volante. Tamborilea sobre el cambio de marchas, es hombre de movimiento continuo. Chupa de cuero sobre camiseta negra. El segundo uniforme, el del poli disfrazado de paisano, piensa Tedesco. Nada peor para pasar desapercibido.

No dice nada. El tiempo enseña al que no sabe.

—A L'Hospitalet, por debajo de la Cruz Roja. Calle Ingeniero Moncunill, frente al instituto. No tengo el número, pero recuerdo el portal. Él es un amigo. —Y Tedesco señala a Romeu—. Nos acompaña.

No hay más presentaciones. Tampoco preguntas. Lidia saluda con una sonrisa y Cuesta insinúa un gesto de extrañeza que se desvanece de inmediato. Acaba de reconocer al inspector retirado.

Ignasi Romeu se sienta junto a Tedesco en el asiento trasero. No abre la boca. Recuerda bien a Cuesta, en alguna ocasión el agente había trabajado a sus órdenes, pero no saluda ni se identifica. Es una situación irregular y no pretende causar problemas. Se propone disfrutar del momento, no preguntar y no ser preguntado. A saber, a Salamanca.

—¿Alguno de vosotros ha traído el arma?

Ambos agentes asienten. Era de esperar, están de servicio.

—Mejor. Aunque el Piernas no es un tipo peligroso nunca se sabe lo que nos podemos encontrar.

En pocos minutos, Tedesco pone al corriente a los agentes.

—Lidia, habla con Iván y explícale el asunto. Que compruebe lo que tenemos del Piernas en los últimos meses. Cualquier cosa.

Tras pasar de una ciudad a otra sin que puedan advertir cambio alguno, atraviesan calles y más calles en las que en pocos años se abrieron decenas de locutorios que fueron transformados posteriormente en comercios de telefonía móvil y venta de fundas, alguna carnicería halal, tiendas de productos latinos, peluquerías chinas, diminutos locales de manicura...

Mauricio Tedesco recuerda algún despacho con grandes letras amarillas sobre fondos llamativos, azules o rojos intensos, en los que se afirmaba comprar oro al mejor precio. Una nueva y curiosa fiebre del oro aparecida en L'Hospitalet de Llobregat y alrededores. Siniestros lugares en los que los más puteados por las crisis sucesivas vendían medallas, prendedores y sortijas para llegar a fin de mes. Gente a la que la necesidad obligaba a recordar que no todo lo que tiene gran valor tiene parecido precio. El policía ha oído decir que los tasadores no hacen ascos a los dientes de oro, pero quizás no sea más que una leyenda urbana. Una de tantas. Así lo espera. Al parecer, los buscadores de oro casi han desaparecido de las calles, observa complacido.

*Cuesta aparca en zona de carga y descarga frente a un bazar custodiado por una mujer oriental muy bajita y con cara de luna llena que mece a un bebé apoyada en el quicio de la entrada. La segunda ciudad más poblada de Catalunya ha cambiado extraordinariamente en un suspiro. Pocos años, apenas un puñado, y ya parece otra. Otra ciudad, otras caras, otras lenguas. Nuevos comerciantes, vecinos de todas las latitudes y costumbres dignas de*

*aparecer en el National Geographic conviven, no siempre en armonía, persiana con persiana, puerta con puerta.*

El agente saca un identificativo de la guantera y lo pone sobre el salpicadero. A punto está Tedesco de decirle que no lo haga, pero lo piensa mejor. El identificativo reza Asistencia Sanitaria.

Sonríe.

*En la acera, apoyados en la pared del instituto que rodea el patio, un par de colchones viejos y con grandes manchas que pronto serán retirados y aprovechados por alguien en situación todavía más precaria que la de su anterior propietario. Uno de ellos, de lana apelmazada y sucia, enseña las tripas a través de un corte que lo atraviesa de un lado a otro. Nada es lo suficientemente viejo ni está lo suficientemente roto como para no merecer otra oportunidad. Nadeem lo sabía mejor que nadie. Malditas crisis, maldita precariedad y malditos explotadores, se repite Tedesco por enésima vez, y al hacerlo se siente algo más joven y colmado de rabia. La miseria nunca trajo nada bueno. Nunca. Recuerda las imágenes recientes de las revueltas violentas en las banlieues francesas a raíz de la muerte de un chico por el disparo de un policía. Miseria, precariedad, marginación, desigualdad, desesperanza... Nada bueno.*

La mujer china arruga el ceño, murmura algo que solo ella puede entender en muchos metros a la redonda y se oculta en el interior del local atestado de objetos de utilidad discutible.

Tedesco juraría que ha identificado a la Policía.

—Ignasi, quédate por aquí. Ya sabes que...

—Entiendo, no te preocupes. Os espero en la cafetería.

Romeu señala un local justo al lado del portal en el que supuestamente reside el Piernas. En L'Hospitalet no es difícil encontrar más de un bar o cafetería en un mismo tramo corto de

acera. Una densidad verdaderamente sorprendente, casi excesiva, a ojos de Tedesco, que frecuenta los bares más que su propia casa.

Cuesta llama por el interfono a un par de pisos de las plantas superiores.

—Correo comercial.

Uno de los que atienden su llamada, por la voz un joven que echaba la siesta, contesta:

—¡Mierda, tío! Vete a joder a tu puta madre. —Pero, a pesar de la reacción airada y no muy cortés, aprieta el botón de apertura.

Diego empuja. A nadie le extraña. No todas las conductas de la gente responden a la lógica.

—¡Que te den!

En los buzones apenas consiguen comprobar nada, de algunos de ellos penden las tapas a punto de desprenderse definitivamente y caer. Otros han perdido la placa con el nombre de su propietario. Es una forma como otra cualquiera de no recibir facturas ni la reclamación de los pagos de la hipoteca. El cartero, incapaz de introducir las cartas por la abertura correspondiente, se limita a apilarlas sobre la hilera de buzones esperando que los vecinos se molesten en seleccionar y recoger su correspondencia.

—Es el segundo segunda. Estuve aquí hace un par de meses. Creo que vive con su madre y que ella trabaja en lo que puede. Espero que esté solo. La madre es insufrible —afirma Cuesta.

Suben los dos pisos de una escalera estrecha y mal iluminada y Tedesco le indica a Lidia que llame al timbre. Su aspecto, casi frágil, no resulta intimidante. El inspector piensa que el Piernas podría reconocerlo y tanto él como el agente Cuesta se apartan para no entrar en el campo de visión de la mirilla. Se ocultan en el tramo de

escalera que separa el segundo del tercer piso, lejos de la puerta del segundo segunda, pero a pocos pasos por si las cosas se complican.

Agachado y oculto por la baranda, las lumbares del inspector protestan enérgicamente y a punto está de emitir un gemido. Ya no tiene edad para según qué cosas. Solo le falta reptar o intentar una pista americana, piensa, y agacha la cabeza al escuchar el ruido de la cerradura a pocos pasos.

La mujer que abre tiene unos cincuenta y muchos, cara de cansada y dientes en llamativo, y casi cruel, desorden. Recuerda mucho a su hijo. Tampoco a ella la acompañó la lotería genética. Se cubre con una bata acolchada de color malva tan raída que en algunos puntos se advierte la guata que escapa de su interior. Por un instante el policía piensa en el colchón desventrado y sucio arrimado a una pared. El rímel, ligeramente corrido, y el cabello, rubio y blanco en las raíces, aplastado en la parte posterior de su cabeza, indican que la mujer estaba durmiendo.

—¿Y a ti qué te pasa, rubia? —inquieta, enfocando a Lidia con evidente dificultad.

Lidia, que no es exactamente rubia, contesta sin titubear:

—Busco a su hijo, a Manuel.

—¿A mi hijo? ¿Tú? Ya me extraña.

—Es verdad, se lo aseguro, necesito hablar con él.

—Haces buena cara. No parece que te pinches ni que te metas coca. ¿Te debe dinero?, ¿te prostituyes?, ¿te ha hecho ese berzas alguna putada? Si es así, a mí no me vengas con...

—No es eso. Es un asunto... Un asunto más serio —responde Lidia algo desconcertada—. Necesito hablar con él.

—¿Más serio? ¿Cómo de serio? No me jodas que te lo estás tirando. ¿Te lo estás tirando? —quiere saber la mujer mientras se aparta el cabello de los ojos—. No me lo puedo creer.

Lidia niega con convicción y la cola de caballo barre el espacio frente a su nuca.

—¿No estarás embarazada?

—No es nada de eso —responde con cara de susto ante la mera posibilidad.

Diego Cuesta, agachado detrás de Tedesco, resopla y retiene como puede la carcajada que le pide imperiosamente el cuerpo.

—Sí, embarazada del perla de su hijo... —susurra Cuesta.

—No entiendo y no me importa, pero da lo mismo. Tú sabrás. Mi hijo no está, pero no andará lejos. ¿Conoces el barrio?

—Un poco.

—Pues búscalos, guapa.

—Gracias —se despide la agente.

—De nada. Y oye, rubia, ¿quién le digo que le anda buscando?

—La Vane, díglele que llame a la Vane, tiene mi móvil —responde Lidia con soltura, sacando el teléfono del bolsillo de su pantalón. Prefiere que la mujer ignore que la Policía anda tras los pasos de su hijo.

—Si tú lo dices...

La agente se retira y la mujer regresa a su duermevela. Cuando cierra la puerta, Tedesco y Cuesta siguen a Lidia escaleras abajo

hasta el portal. Tedesco, contrariado, resopla sonoramente. Ya en la calle, frente a la cafetería, suena el teléfono del inspector.

—¿Ignasi?

—Escucha, Mauricio. ¿Me oyes?

Como casi siempre, Mauricio Tedesco asiente con un cabeceo completamente inútil.

—Tú, Colombo, espabila, el Piernas está aquí, a mi lado. No te he llamado antes por si estorbaba, pero está aquí. —La voz de Romeu es apenas un susurro—. Sí, sí, lo que oyes, en la cafetería, en la barra, ya estaba cuando he llegado, está mirando la tele. No, no te preocupes, él no me oye.

—Llegamos enseguida.

—No te he llamado antes porque sé cómo van estas cosas y he pensado que igual no era buen momento. Diría que va colocado. Habla peor que antes, parece imposible, pero no se le entiende nada.

—¿Peor? No jodas. No se puede hablar peor. Gracias, Ignasi, no te muevas de ahí.

## **EL PIERNAS**

El policía da cuatro instrucciones a sus agentes y entra con Lidia en la cafetería. Cuesta se queda junto a la entrada y prende un pitillo. Detrás del mostrador, un joven asiático con patillas a lo bandolero andaluz, voz extraordinariamente cantarina y más que correcta dicción. El chico les pregunta qué desean mientras pasa por las

mesas un trapo no muy limpio y mira de reojo al madero, al que ha identificado al primer vistazo, que se lleva el cigarrillo a los labios. De haber sido religioso, Tedesco se habría hecho cruces. Como no lo es ni lo ha sido nunca se limita a dejarse sorprender por el mundo real y a sentirse cada vez más viejo. ¡Cuánto ha cambiado todo en tan poco tiempo!

En un rincón, entre la máquina de tabaco y la tragaperras, un bebé que quizás llegue a heredar el bar permanece atado a una sillita y agita manos y piernas en el aire. Ronronea como un gato.

Tedesco se sitúa en el extremo de la barra más próximo a la puerta y pide un café por las molestias. Lidia no quiere nada. En un rincón, un grupo de jóvenes, quizás alumnos del instituto cercano que han faltado a clase, arma bulla. Mucha bulla. Son tres chicos y una chica. Ella ríe exageradamente, como si le fuera la vida en ello, y echando la cabeza hacia atrás hace que su melena campaneé en el aire. Cada uno se adapta al medio como puede. Hay quien necesita llamar la atención. Cosas de adolescentes.

El ruido general es considerable.

Romeu ha mirado a los policías al entrar, pero no ha saludado, se ha limitado a entrecerrar los ojos y llevarse la taza a los labios. Tedesco ha devuelto la mirada.

El Piernas, completamente absorto en la pantalla del televisor en la que un puñado de coches de carreras completa vueltas y más vueltas a un circuito, les da la espalda.

—Un euro treinta —pronuncia el joven camarero de pupilas invisibles al depositar taza y plato sobre la barra. Y no lo hace mal. Nada mal. Todo se aprende, incluso a articular fonemas imposibles.

El inspector da un primer sorbo, quema, escalda. Emite algo que recuerda a un graznido. En la pantalla, los vehículos, que le parecen todos iguales, superan una curva tras otra. El Piernas sigue la

prueba aparentemente extasiado, como si en verdad gobernara el volante de uno de aquellos bólidos.

Con un gesto, el policía le indica a Lidia que ya han visto bastante, que puede aproximarse al sujeto. La agente se acerca.

—¿Manuel Pinto?

El Piernas asiente sin retirar la vista de la pantalla.

—Tiene usted que acompañarme.

El hombre se gira y la mira. No la reconoce, no la ha visto nunca. Sonríe y muestra los dientes que ya no tiene, miembros fantasma, dientes fantasma. A golpe de vista el policía advierte el labio superior manifiestamente inflamado y la dimensión excesiva de sus pabellones auditivos. Se mezclan en su mente la ira y la lástima en parecida proporción. Verdaderamente, la naturaleza ha sido cicatera con él.

—¿Tanto te gusto, rubia? —pregunta el Piernas con sarcasmo y una dosis nada desdeñable de candidez. Al policía le parece estar oyendo a la madre de Pinto—. Yo iría contigo al fin del mundo —añade a modo de piropo.

Tedesco experimenta lo que su abuela, una mujer de armas tomar, llamaba «repelús». Nada comparable con lo que siente Lidia, que se tensa visiblemente. El camarero, acodado en la barra junto a Romeu, observa la escena. Ninguno de los dos pierde ripio.

—No será necesario ir tan lejos. Tiene que acompañarme a comisaría —insiste la agente con convicción, esgrimiendo su placa y meneando airosamente la cola de caballo en el aire.

Perplejo y rígido como el palo de una escoba, el hombre la mira de nuevo. A pocos pasos distingue a Mauricio Tedesco de pie junto a la barra y a Ignasi Romeu, con el que también se ha cruzado en su

largo historial de ladrón de coches, algo más cerca. Los reconoce, no cabe duda. Se alarma. Cierra la boca unos instantes para volver a abrirla poco después:

—Pero... Yo... Yo no... No voy a... —balbucea, titubea y farfulla lo que puede—. No..., no..., yo no... —escupe al hablar, quizás por falta de pericia, pero en nada ayuda la ausencia de los incisivos superiores.

Agita los brazos en el aire y baja del taburete elevado con un traspíe. Lidia adelanta los brazos para sujetarlo, pero no es necesario, no llega a caer. El Piernas recompone como puede su verticalidad respecto al suelo. No solo parecen faltarle las palabras y sobrarle lengua en la boca, tampoco anda muy fino de coordinación visomotora. Tal y como sospecha Romeu, que ha podido observarlo durante unos minutos, el sujeto va colocado. Probablemente un par de porros, unas cuantas cervezas, algo de coca.... Quizás como la noche en la que estrelló contra el taxi el coche que acababa de robar y con el que podría haber puesto fin a la vida de Marina.

Si bien es torpe al hablar y desacompasado en el avance sobre dos pies, en estado de alerta, sin alcohol ni marihuana, el Piernas es un conductor experto, hábil, arriesgado.

Quiere escapar, correr, dejar atrás la amenaza evidente de una detención. Lo intenta. Balanceándose trágicamente como una barca en un mar embravecido, el Piernas echa a andar tan deprisa como puede. Deja atrás a Romeu, pasa junto a Lidia, que no se inmuta, supera a Tedesco y, al abalanzarse contra la puerta para salir, Diego Cuesta le barra el paso. No abre la boca. No es necesario. Una jugada ensayada. Un plis plas. Cuestión de segundos.

El agente lo agarra por el brazo y lo obliga a detenerse. Lo esposa en un abrir y cerrar de ojos ante un camarero chino estupefacto que se mesa las patillas y abre y cierra la boca, como un pez en un acuario, sin emitir sonido alguno.

El Piernas se debate y protesta durante unos segundos, pocos.

El bebé continúa ronroneando aparentemente fascinado por el sonido de la tragaperras. Tiene la cabeza inclinada hacia un lado, como si le pesara. Quizás esté a punto de dormir.

En la mesa ocupada por el puñado de adolescentes se ha hecho el silencio. Un silencio total, con peso específico y densidad molecular. Tres chicos y una chica contemplan la escena sin comentarios, risas desaforadas, empujones ni falsos insultos. Con los ojos bien abiertos, completamente inmóviles. La vida en estado puro resulta infinitamente más interesante que las aburridas historias que recogen los libros o las bravatas de los colegas con ganas de molar.

—¿Ha pagado la consumición?

El camarero asiente mientras retuerce el trapo húmedo, que deja caer unas gotas. No ha abandonado el estado de perplejidad.

Algo apretados, consiguen entrar policías y detenido en el coche policial. El Piernas continúa mascullando incoherencias.

—Las explicaciones, en comisaría —zanja Tedesco con acritud. El tipo que ha estado a punto de acabar con la vida de su hija y que provocó la muerte de un taxista no le inspira mucha simpatía.

La mujer oriental que custodia el bazar con el bebé cabezón todavía en brazos no deja de observar la escena desde su sitio junto al mostrador. Se diría que sonríe, aunque el policía no se atrevería a afirmarlo. Tiene el aire de ser una persona astuta. Muy astuta.

## **TEDESCO**

*Nada más llegar a comisaría, Tedesco informa cumplidamente al comisario Valero, al que muestra también las imágenes capturadas*

*por las cámaras. Valero recuerda perfectamente a Manuel Pinto, alias el Piernas, un viejo conocido de muchas de las comisarías de la ciudad. Acepta sin reservas las explicaciones de su inspector. Le aconseja que no pierda más tiempo y que pase el resto de la tarde y los días siguientes junto a Marina, que no lo piense dos veces, la comisaría seguirá sin él. El proceso contra el Piernas, también. Conociendo el caso, él mismo puede interrogar al detenido, propone el comisario.*

Tedesco niega, prefiere hacerlo personalmente, no acostumbra a dejar las cosas a medias. Cabecea y sale del despacho de su superior mascullando su agradecimiento.

—Como quiera, Tedesco. Pero piénselo bien.

Ya en su mesa, llama al inspector Ribalta de Sants-Montjuïc, que parece profundamente aliviado, puesto que carecen de nuevos indicios y en la comisaría los ánimos andan peor que mal. Demasiados casos sin cerrar. También Ribalta ha tenido tratos con el Piernas.

—Me has salvado el culo, Tedesco. Si no te importa, en el informe haré constar la colaboración entre ambas comisarías.

—Desde luego. Ningún problema.

A Tedesco no le importa en absoluto. No espera medallas.

Iván se sitúa al teclado y Tedesco dicta unas líneas. Muy pocas. En unos minutos el mosso, que tiene la confianza del inspector para completar informes a conveniencia, ha redactado el documento y se lo envía a Ribalta para que lo haga llegar al juez lo antes posible. Cadencioso en todos sus movimientos, rayando la parsimonia, Iván Cabrera se transforma frente a una pantalla. Sentado y con un teclado, así entiende él el oficio de policía.

Tras dejar al detenido durante un buen rato elucubrando a solas, llega el momento de cruzar unas palabras con el Piernas. Tedesco se hace acompañar por Cuesta y por Cabrera. La presencia de Diego, un agente corpulento, nunca está de más. Impone. No siempre abre la boca, basta con su metro noventa y sus casi cien kilos de peso gravitando en las proximidades. El inspector sabe que Iván Cabrera es bueno apreciando los detalles, en la distancia corta, por eso también requiere su presencia. Por eso y porque después no necesitará instrucciones para solventar el papeleo.

Un mosso acompaña a Manuel Pinto a la sala de interrogatorios. Tedesco y Cabrera se hacen esperar. Cabrera porque es lento atravesando la comisaría; Tedesco porque aprovecha para hacer una llamada y comprobar que Marina sigue bien. La impaciencia siempre, siempre, siempre juega en contra del detenido. Más larga la espera, más inquietud se apodera del sospechoso. Es de manual, como la recomendación de mantener la sangre fría y de no mezclar en las investigaciones en curso los asuntos personales. No siempre es posible.

*A Tedesco la sala se le antoja más desolada que nunca. Cuatro sillas de plástico y una mesa gris, casi blanca, anclada a un suelo de baldosas gris hormigón, todo ello sobre un fondo tristísimo de paredes maltratadas. A su lado cualquiera de las dependencias que muestran en televisión y en las que tienen lugar los interrogatorios durante las series policiales parecen palacios orientales. Tedesco piensa que bien habrían podido rodar en ella El expreso de medianoche y que habría dado todavía más grima. La penosa presencia del Piernas no ayuda en nada a mejorar la apariencia del conjunto.*

Manuel Pinto tiene la cabeza entre los brazos. Por un momento, Tedesco cree que duerme. No es así. Se yergue de inmediato cuando el policía retira la silla para sentarse frente a él. Tiene la boca innecesariamente abierta a causa del labio tumefacto y los ojos

algo turbios de sueño, de llanto, de alcohol, de porros... Es difícil saberlo y tampoco es que importe mucho.

Cuesta asume su papel y permanece de pie junto a la puerta con los pies ligeramente separados y los brazos cruzados sobre los riñones, como si custodiara la salida. Salta a la vista que no es necesario. Cabrera se sienta junto al inspector, pone en marcha la grabadora y contextualiza el interrogatorio.

—¿Me recuerdas?

El Piernas asiente.

—¿Sabes por qué estás aquí?

Niega el sospechoso sin convicción y sin cerrar la boca. ¿Qué otra cosa puede hacer? Tiene los ojos llorosos.

—¿Estás seguro? Yo sí lo sé. Te voy a dar una pista. ¿Qué hacías el martes a eso de las nueve de la noche? ¿La quiniela?

El aludido niega de nuevo. Tedesco, cuya rabia resulta inseparable de la compasión que le inspira el individuo que tiene delante, continúa. Su tono es algo más agrio de lo habitual.

—Te lo repito otra vez por si no lo has pillado. ¿Qué hacías el martes a eso de las nueve de la noche?

El inspector tiene los puños bajo el tablero de la mesa. Apretar los dedos contra las palmas hasta casi clavarse las uñas es una manera de impedir llevarlos al cuello del detenido que provocó un accidente mortal y ni tan siquiera se detuvo a auxiliar a los ocupantes del vehículo.

—¿Yo? —pregunta el Piernas, llevándose una mano a la escasa pelambrera en desorden. Una gota diminuta de saliva ha caído sobre sus manos esposadas. Iván hace una mueca de repugnancia.

—¿Ves a algún detenido más en esta sala? —pregunta el inspector al tiempo que se aleja unos centímetros de la mesa. Cabrera, a su lado, resopla y lo imita.

El detenido niega. El policía supura impaciencia. Decide permanecer en silencio. No hay mejor estrategia con individuos asustados, con pobres tipos sin recursos de ningún tipo como el que tiene delante. Manuel Pinto sigue negando e improvisa lo que puede. No es mucho.

—Estaba en casa. Sí, señor, en casa... Con mi madre. Toda la noche. No me moví de casa porque... No me moví. Llovía, llovía y no me moví.

Las palabras se escapan de su boca entre siseos. Pasado en parte el efecto de lo que ha ingerido, fumado o esnifado, Pinto ya no farfulla y, mal que bien, sus palabras resultan casi inteligibles.

—Ya. Por eso las cámaras te grabaron poco después de las nueve de la noche mientras te alejabas del cruce en el que un Audi acababa de chocar contra un taxi.

—Le juro que...

—No jures, Pinto. No jures, que te pierdes.

A Manuel Pinto, que apenas consigue hablar y que, desde luego, no sabe mentir, le tiemblan las manos y la mandíbula inferior. Lo que mejor hace es callar, pero resulta difícil ante la mirada airada de Tedesco y las pruebas que afirma tener en su poder. El aire saliendo entre los agujeros dejados por los dientes no resulta fácil de controlar. El siseo es tan evidente que el detenido hace todo lo que puede para evitarlo, pero no lo logra.

El inspector ha contado hasta cuatro dientes ausentes repartidos por toda la boca, dos de ellos frontales, los incisivos, y en la mandíbula superior, como les pasa algunas veces a los críos. Recuerda la

sangre que el Piernas intenta detener en la filmación. Probablemente perdió algunos dientes a raíz del choque. Basta con mirar el labio superior inflamado que parece no pertenecerle. En su cara, todo un poema trágico, se distinguen heridas antiguas y un corte también reciente en el labio inferior. Bien podría ser que... Decide arriesgar.

—No solo tenemos las imágenes, ¿sabes? Tenemos algo más, algo que te compromete. Nos bastará una prueba en el laboratorio para demostrar que conducías ese coche. Solo una prueba y no tendrás escapatoria —añade el policía. No va más allá, no se compromete. Es consciente de que se está marcando un farol, pero sabedor de que juega con ventaja. La ventaja que proporciona tener la sartén por el mango y un cerebro sin enmarañar.

A su lado, Cabrera frunce ligeramente el ceño. Ignora a qué se refiere.

El pobre infeliz apenas se da cuenta, pero se lleva la mano a la boca justo allí donde faltan algunos dientes en un acto reflejo.

Cabrera no necesita más. También él ha comprendido. Asiente.

Con los dedos en los labios, el Piernas balbucea. Nadie entiende nada de lo que dice. De hecho, es muy probable que ni él mismo sepa qué es lo que pretende afirmar. Aparta la mano de la boca al intuir que acaba de traicionarse y vuelve a intentarlo:

—Yo, no... Yo... No sé de qué... Yo...

El aire al pasar entre los dientes es un verdadero estorbo. Un suplicio. Otro más que se suma la cojera, a unas orejas mal fijadas a su cabeza y a un coeficiente intelectual tirando a bajo.

Cuesta, de pie a pocos pasos, sonrío. También él ha entendido la maniobra.

Tedesco se levanta.

—En el accidente murió el taxista y una mujer quedó gravemente herida. No sé si lo sabes, pero vas a necesitar un abogado. Y de los buenos. Y vas a tardar unos meses en volver a coger un volante. Espero que los que esperaban el coche no te dejen tirado. Los vas a necesitar.

Y, sin decir más, el inspector sale de la sala. Habrá tiempo, mucho tiempo. Por la mañana el sospechoso cantará sin mayor presión. El Piernas no parece rival para un investigador experto. Apenas tiene defensa si las pruebas son demoledoras.

Tedesco ha sembrado la duda y ha añadido alguna que otra certeza. La impaciencia juega siempre en contra del detenido; la imaginación, también. Cuando el policía abandona la sala de interrogatorios, el rostro de Manuel Pinto, nada agraciado en estado de relajación, demuestra a las claras que puede empeorar. Se contrae en una mueca y las lágrimas regresan a sus ojos.

Cuesta lo acompaña hasta la celda en la que permanecerá hasta que al día siguiente sea interrogado de nuevo. Tedesco observa cómo cojea sin reservas pasillo adelante mientras solloza.

—Lidia, me voy. Llama a Ribalta, que registren el coche otra vez, a fondo, que busquen un diente, sangre..., lo que encuentren. Iván te explicará por qué.

La agente asiente con un brinco de cola en el aire.

—¡Ah! Y que Ribalta me llame por la mañana. Quiero hablar con él.

**MARIO**

Al bajar del metro junto al Hospital Clínic, Tedesco advierte que ha anochecido y que caen las primeras gotas de lo que promete ser un buen aguacero. La ciudad ha pasado de la sequía prolongada a vivir bajo una lluvia pertinaz más propia de otras latitudes. Gotas enormes, pesadas, gotas que brillan a la luz de las farolas, que se precipitan con ruido sobre el asfalto y provocan una desbandada en las aceras. Grandes goterones que desde su cabeza descubierta discurren cuello abajo con estremecer de piel y huesos, que enturbian los cristales de sus gafas y que se deslizan apresuradas por la acusada pendiente de la nariz.

Sin paraguas, Tedesco aprieta el paso en dirección a la entrada del centro hospitalario. Cuando alcanza la habitación de Marina, no solo es un policía empapado, también un madero sudoroso, sofocado, completamente despeinado y con las gafas a punto de estamparse contra el suelo.

Marina ríe sin reservas al ver su estampa en el umbral y se lleva de inmediato la mano a las costillas inferiores, las que los expertos conocen como flotantes, las mismas que parecen haber dejado de flotar para clavarse en algún órgano vital y que le duelen terriblemente al menor movimiento. Las que exigen tiempo para recomponerse.

—¿Lo ves? Ese es mi padre —dice casi en un susurro por el dolor y el esfuerzo, con una mirada cómplice, en dirección a la puerta.

*Marina se dirige a una persona que Mauricio Tedesco no puede ver puesto que queda oculta por el saliente del lavabo y del armario empotrado. Quizás Marta Silva, piensa sin convicción, y se siente contrariado. Esperaba poder estar a solas con Marina, poder hablarle de Pinto, el Piernas, de su identificación, de su localización y de su captura. De sus, más que probables, relaciones indirectas con las mafias de la Europa del Este que roban coches carísimos, a menudo todoterrenos de gran potencia. Organizaciones que los sacan del país para venderlos a una cuarta parte de su precio.*

Su hija sabe escuchar, le interesan sus casos y a él le gusta revivirlos para su amada interlocutora. Son muchas las cosas que quiere decirle y muy pocas las ganas de compañía.

En la mesita, un discreto ramo de flores silvestres que no estaba allí cuando dejó la habitación por la mañana y una batería de cosas que, al parecer, Marina consigue ya manipular. A los pies de la cama, la mesa elevada con una bandeja de plástico y los restos de lo que parece una insípida cena de hospital.

El inspector avanza unos pasos al tiempo que suspira, remonta sus gafas por enésima vez en unos minutos y atusa su cabello en desorden. Arrellanado en la butaca cercana a la cama de Marina, un desconocido de mediana edad se ha puesto en pie de inmediato y adelanta su mano. Tedesco, rígido como una vara, corresponde con la suya.

—Es Mario, Mario Corpas, papá. Un amigo.

—Encantado —saluda el hombre, aproximándose con una sonrisa amable.

Tedesco habría querido preguntar quién es, a qué se dedica, dónde vive y con quién, qué relación tiene con Marina, qué expectativas... No lo hace. Corresponde con un gesto pretendidamente amable y permanece de pie unos instantes junto a la cabecera de la cama de hospital. Advierte que Víctor, el silencioso chico del accidente de moto, ha sido trasladado. La cama junto a la de Marina permanece vacía. Mejor así, piensa. Y, alejándose de Mario Corpas, se sienta en ella.

El desconocido, que ya no lo es tanto, comprende que debe despedirse y se apresura a hacerlo. Recoge una gabardina oscura y corta del brazo de la butaca, se enreda al cuello una bufanda gris, se inclina y besa a Marina en la frente. Tampoco él parece llevar consigo un paraguas.

—Te llamo mañana. Espero que consigas dormir —susurra, y en su voz Tedesco advierte una intimidad que le sorprende.

—Seguro que sí, Mario. No te preocupes, estaré bien. Seguro. Llámame por la mañana.

Puesto en pie, Corpas tiene buena planta. Estatura elevada, huesos largos, manos y pies grandes, algo encorvado en su infructuoso intento por aproximarse a los demás. Un rostro agradable de serenos ojos castaños, frente amplia y nariz grande y algo aguileña. Mala nariz para usar gafas, piensa Tedesco, que ha visto unas lentes, probablemente de las que se usan solo para leer, en el bolsillo superior de su camisa. Corpas tiene el cabello castaño y lacio que oculta por completo las orejas y parte de la nuca y presenta dos profundas entradas por encima de las sienes. Y, aunque no puede decirse que sea un hombre especialmente guapo, tampoco es que esté exento de atractivo.

—Un placer saludarle —añade antes de retirarse definitivamente. Y de nuevo le tiende la mano.

Tedesco constata que encaja bien, con convencimiento. El policía detesta a los que abandonan su mano en la tuya como si te la prestaran o como si desearan librarse de ella. Si además la mano es sudorosa, se le antoja estar encajando con un puñado de sardina fresca.

Mario Corpas desaparece.

## **MARINA**

El inspector abandona la cama vecina y se aproxima a la cabecera de Marina.

—¿Cómo estás? —pregunta el policía mientras se acomoda en la butaca de hospital.

—Me duele todo, pero estoy bien. Ya sabes, papá, cuestión de tiempo. Y de calmantes.

Tedesco asiente.

—Deberé tener paciencia, papá —añade Marina, intentando rectificar su postura en la cama elevada—. Mucha paciencia.

—¿Puedo preguntar...?

—¿Puedes no hacerlo?

El policía niega con una sonrisa.

—¿Quién es Mario Corpas?

—Es un amigo.

—Un amigo...

—Un amigo especial, como dicen en las películas. ¿Es eso lo que quieres saber? Tampoco sé qué debo decir...

En la voz de Marina, un asomo de irritación. Si algo no soporta es que nadie se meta en su vida. Acusa al policía de intentar sobreprotegerla y tiene por norma esquivar sus preguntas como esquivan en las películas los puñales o las flechas, con suma habilidad y un punto de mal humor.

—¿Estáis saliendo juntos? —inquire el policía, echándole valor y plenamente consciente de que Marina detesta los interrogatorios y explica solo lo que considera imprescindible. Se arriesga a que su hija se cierre en banda y no vuelva a abrir la boca.

—¿Saliendo juntos? No sé si yo lo diría de esa manera, pero... — repite Marina—. Sí, quizás, sí, pero no sé, papá. Nos estamos conociendo. Solo hace unas semanas que nos vemos. Mario...

Mauricio Tedesco retira una gota tardía que baja desde su cuero cabelludo y se pierde tras el lóbulo de su oreja, y espera. Que el silencio espolea las confidencias es un hecho probado, por eso se muerde la lengua como hiciera horas atrás con Manuel Pinto y aguarda con las manos sobre el regazo aparentemente sosegado. No lo está.

—Mario es viudo, papá. Su mujer murió hace un par de años. De leucemia. Una enfermedad larga, terrible... Todo es muy complicado, ¿sabes? Es todo muy reciente. No sé cómo acabará, por eso no te he hablado de él. No sé qué decirte. No sé si hay algo por decir.

El policía lo sabe quizás mejor que nadie. Los asuntos complicados son su oficio, todos ellos. La experiencia le ha enseñado a comprender mucho más allá de lo dicho, y así se lo indica a Marina con un gesto, pero no despega los labios. Todo el mundo, del primero al último, tiende a llenar los silencios.

Marina suspira.

—Está bien, papá. No sé si es el momento de explicártelo, pero... Tú lo has querido. Mario es profesor de instituto, es mayor que yo, ya lo has visto, casi diez años. Enseña inglés y nos conocimos en un cursillo de perfeccionamiento. ¿Qué más quieres saber?

—¿Te gusta? —pregunta el policía, considerando que es más fácil responder a una cuestión, aparentemente liviana, que pasar de inmediato a mayores honduras.

Marina asiente con un gesto al que acompaña un dolor intenso en el tórax que la obliga a respirar a intervalos. En el exterior, la lluvia, cada vez más intensa, suena como una mesnada avanzando a pie por un arenal.

—Sí, me gusta. Nadie me ha gustado tanto como Mario. Es un buen hombre, creo que puede caerte bien.

El policía deja en el aire el comentario de su hija.

—¿Papá?

—Pensaba.

Por una vez no es verdad. Miente. El policía se limita a escuchar el chaparrón que asola la ciudad. A sus oídos de hombre que adora la lluvia, su sonido, amortiguado por los cristales de la ventana, es música, verdadera y perfecta música.

*Nadie me ha gustado tanto como Mario.*

En labios de Marina son palabras mayores.

—Mario tiene una hija, una hija de cinco años, se llama Laura y todavía no la conozco. Como ves, papá, es complicado.

*Una niña de cinco años, repite Tedesco para sí. El policía permanece en silencio. No espera más confidencias. Tampoco sabe qué decir. Laura, bonito nombre, piensa.*

—Y no sé si quiero ser su madre —añade Marina en voz algo más baja—. No lo sé.

El silencio entre ambos dura unos minutos. Una eternidad comprimida. Se rompe cuando la enfermera entra para retirar la bandeja de la cena y asegurarse que la accidentada ingiere la medicación.

El policía, que habitualmente soporta los silencios sin dificultad, decide que ya han tenido bastante y que de nada servirá seguir distantes y con los labios sellados. Le habla a Marina de las imágenes del desconocido que cojea, de Pinto, de su madre

somnolienta, de Romeu, de Lidia la dicharachera agente de la cola de caballo y de Diego Cuesta, el agente que blindó la salida del bar y que bebe los vientos por ella. Le habla incluso del bebé que pasa el tiempo pendiente de la máquina tragaperras. Recuerda haber sentido lástima por él.

Por unos instantes, Marina parece olvidar que la vida es un asunto verdaderamente complicado.



**VIERNES**

## TEDESCO

Cuando Judit Vallés, la enfermera responsable del turno de mañana, empuja la puerta con el pie y entra en la habitación, Tedesco da un respingo en la butaca y se endereza. Ha permanecido insomne y con la mente a mil revoluciones durante muchas horas. Por el contrario, Judit parece descansada, vigorosa, se ha maquillado con destreza y no hay ni asomo de sueño en su rostro.

La medicación que mantiene el dolor a raya durante la noche ha dejado de hacer efecto de madrugada, y cada movimiento de Marina ha provocado un gemido. Cada cambio de postura, cada enderezar el cuello o alterar la posición de un brazo, le ha arrancado una queja de dolor. Desvelado por el padecimiento de su hija e irremediabilmente atento a cada uno de los ruidos habituales en el hospital, Tedesco ha pasado la noche entera en alerta constante. Solo ha conseguido dormir un rato y juraría que ya casi clareaba cuando por fin perdió de vista el reducido mundo circundante durante unos minutos. Muy pocos.

Le ha dado vueltas y más vueltas en la cabeza a la idea de pasar a ser abuelo por la vía rápida y no ha conseguido formarse una opinión. Son tantas las dificultades evidentes... Pero una niña, una niña de cinco años, siempre es una joya. No le cabe la menor duda. Mucho más que eso, un tesoro. No se parecerá a Marina, desde luego, pero qué importa, se repite una y mil veces. Se convence sin el menor esfuerzo de que se aprende pronto a querer a los niños. Si de algo sabe con certeza es que Fina, la madre de Marina, no habría apreciado en ello la menor dificultad. Siempre quiso tener más hijos. No los hubo. No llegaron. Fina habría querido nietos, pero no le alcanzaron los días. Así es esta vida: un asunto complicado.

Cada vez que piensa en su esposa el presente y el futuro en solitario se le antojan una penosa cuesta arriba.

Laura..., es un nombre bonito. Y el padre, Mario Corpas, parece a primera vista un buen hombre. Pero a un poli no le basta. Piensa Tedesco en la posibilidad de averiguar todo cuanto pueda. Investigar si tiene antecedentes, si ha sido detenido en alguna ocasión... Abandona la idea casi de inmediato. Marina no le perdonaría algo así. Y tendría razón. Cabeza de madero, pensamientos de madero, paranoias de madero.

—Buenos días. Traigo el desayuno... Y voy a echar una mirada a las constantes —saluda la enfermera, con una bandeja en las manos.

—Buenos días —corresponde el policía, esperando que, en verdad, el día sea bueno.

—Sigue lloviendo. En esta ciudad, o no llueve nunca o...

Judit Vallés no acaba la frase. No es necesario. Marina abre los ojos, trata de incorporarse e intenta sonreír sin acabar de conseguirlo. Tedesco se pone en pie y busca el mando para elevar la cabecera de la cama.

—Tendrá usted que salir un rato. Hoy Marina pasará por el baño y si se ve con fuerzas quizás pueda ducharse. Yo la ayudaré. No se preocupe —añade la enfermera mientras deja la bandeja del desayuno sobre la mesa y levanta la persiana.

—Pero... Puedo ayudar a levantarla, ella todavía no...

—Mi compañera está a punto de llegar. Encarni sabe lo que hace, tiene práctica. No se preocupe, las dos sabemos lo que hacemos. Su hija estará bien.

Tedesco insiste, pero no hay caso. Judit Vallés es inflexible, así lo proclaman sus ojos y lo asegura el rictus severo de sus labios.

Resignado, el policía se acerca a Marina. También él, como Mario Corpas, la besa en la frente. Se da cuenta demasiado tarde. Habría

deseado abrazarla, apretarla contra el pecho, consolarla, asegurarle que todo, todo, todo saldrá bien. No puede hacerlo, las razones son muchas y las malditas costillas flotantes, una de ellas. Y poderosa.

—Todo irá bien, Marina. Todo. No te preocupes. Irá bien. —Y sus palabras susurradas rebosan sobrentendidos—. Hagas lo que hagas estará bien —añade.

Es su forma de decirle que aceptará sin problemas al padre y a su hija si esa es su decisión.

Marina asiente.

—Gracias, papá. Lo sé.

Pero no es del todo cierto, en esta vida nadie puede estar seguro de nada. Tras lo ocurrido, ambos son plenamente conscientes de que así es. Nadie. El policía expresa un deseo, quiere con todo el alma que todo vaya bien.

Recupera la americana, se acerca al lavabo de la habitación, se lava la cara a zarpazos y, como los gatos, se atusa el pelo frente al espejo.

—Lláname si necesitas alguna cosa. Lo que sea.

Abandona el hospital sin más preámbulos y sin un maldito paraguas, con las gafas en caída libre y las tripas rugiendo en su interior como un coro de leones airados.

Comprueba que el móvil sigue en el bolsillo y que tiene batería. Quiere hablar con Ribalta, aunque quizás sea demasiado pronto. Le está dando vueltas a una idea. Durante la noche en blanco ha tenido mucho tiempo para pensar.

Esperará.

El policía lleva muchas horas sin comer y experimenta un ligero desfallecimiento al llegar a la calle. Se apoya en uno de los muros del hospital hasta que siente el aire húmedo y fresco en el rostro y cree que podrá caminar hasta la cafetería más próxima que vislumbra en la acera de enfrente. Ha oído asegurar a los que entienden de estas cosas que el viento aumenta la sensación de frío. Y así debe ser.

Tedesco entra en la cafetería con paso inseguro, un humillante retumbo en el estómago y temblando visiblemente.

Una caña, un bocadillo de jamón y dos cafés, uno detrás de otro, sin pausa ni demora, consiguen asentar su cuerpo y reafirmar sus más antiguas convicciones. Entre otras la de que todo resulta más fácil con el estómago en paz.

En el televisor, imágenes cruentas, y ya familiares, de una revuelta popular en el país vecino seguidas de las que ilustran el relevo formal al frente de un gobierno europeo. El ejecutivo entrante es mucho más conservador que el anterior. Una alarmante tendencia.

Contrariado por cuanto ve discurrir en la pantalla, el policía aparta la mirada de la pantalla y ojea un diario mientras finiquita el bocadillo. No encuentra buenas noticias, no las hay, todas son malas, algunas son peores. La inflación y los bajos salarios asfixian países enteros y sumen en la miseria a miles de familias. En muchos casos acaban también con las perspectivas de bienestar de los inmigrantes que, cada vez en mayor número, arriesgan la vida para alcanzar el Primer Mundo. En todas partes los levantamientos populares se saldan con víctimas y elevadísimos daños materiales, y los cambios al frente de muchos países no auguran nada bueno. Un panorama desolador.

El malestar planetario parece haberse enquistado. Nada de cuanto lee le permite albergar esperanzas de mejora. Nada.

Durante unos instantes el policía piensa en esa niña de cinco años a la que no conoce y que se llama Laura. La misma que vivirá en un

mundo francamente peor que el que conocieron sus padres. Ha empezado a pensar en sí mismo como en un posible abuelo de la niña. Con perplejidad, cae en la cuenta de que la idea ha ido adquiriendo forma en su mente en cuestión de minutos.

Cierra el diario con un suspiro y, antes de abandonar la cafetería, llama a Ribalta. No han encontrado el diente y el inspector de Sants-Montjuïc ha enviado a tres parejas de agentes a peinar con detenimiento las calles por las que el Piernas pasó en su huida. Dado que algunos jueces son reticentes a sustentar una acusación en las poco significativas imágenes captadas por una cámara en plena calle, una pieza dental sería una prueba irrefutable.

—El puto diente será un diente de oro puro —señala Ribalta con una carcajada—. No sé tú, pero si lo encontramos, yo me pongo una medalla. No sabes cuánto la necesito.

A ojos de Tedesco, que lo conoce desde su juventud, Ribalta es uno de los policías más felices de este extraño mundo. Ni los casos más terribles pueden con su ánimo. Inasequible al desaliento. Debe reconocer que en esta ocasión Ribalta tiene razón. Un diente de oro puro.

Se citan media hora más tarde en la comisaría de Les Corts para interrogar conjuntamente a Manuel Pinto. Si Tedesco no anda equivocado, el Piernas no tardará en desmoronarse, no parece un tipo capaz de aguantar la presión de un interrogatorio durante horas.

Si confiesa, de nada servirá el testimonio de su madre que, sin duda, corroborará lo dicho por Pinto, que ambos pasaron la noche en casa con la mirada en el televisor y escuchando bucólicamente la lluvia tras los cristales. Al inspector la experiencia le ha demostrado que incluso los individuos más canallas, los buenos para nada, los ladrones, los homicidas, los pederastas..., todos y cada uno de ellos

tienen una madre, una abuela, una hermana o una novia capaz de mentir para salvarles el pellejo.

## **RIBALTA**

Quim Ribalta fuma al resguardo de una marquesina a pocos metros de la comisaría. La lluvia es ahora apenas un calabobos racheado. Tedesco camina algo encogido, como una tortuga en estado de alerta. Habría dado cualquier cosa por una bufanda al cuello. Con las bufandas le ocurre algo parecido a lo que le pasa con los paraguas, tiene la certeza de haber tenido una bufanda en torno al cuello muchas horas antes, pero ni la menor idea de dónde y cuándo pudo perderla de vista.

Al verlo llegar, Ribalta se adelanta y lo recibe con un saludo y un apretón cordial. Es un hombre casi completamente calvo, no muy alto, algo entrado en carnes y completamente inmune a los cambios de temperatura. No se le conoce abrigo ni una triste americana. Siempre, en todo momento y lugar, anda en mangas de camisa.

—¿Al tajo?

El inspector Ribalta asiente, aplasta el cigarrillo contra la acera y sigue a Tedesco.

—Clara, que lleven a Pinto a la sala de interrogatorios y que se quede alguien con él. Y que le lleven agua. Un par de botellas. El inspector y yo tardaremos unos minutos.

—La vieja escuela... —apunta Ribalta con ironía.

—Algo así.

No necesitan más, saben parecidas cosas y las aplican de forma similar. Vieja escuela, no peor.

—Siéntate, haremos tiempo. ¿Sabemos algo del diente?

—Por el momento, no. He vuelto a enviar agentes sobre el terreno, pero no creo que... Han pasado muchas horas y casi no ha dejado de llover, sería más fácil lo de la aguja en el pajar.

—Ya, eso nos complica las cosas.

Tedesco pone en marcha el ordenador, observa durante unos instantes la pantalla y, sin más explicaciones, abandona el despacho. Ribalta aprovecha para repasar las notas sobre el caso. A su regreso, Mauricio Tedesco ojea la autopsia de Nadeem Saleem Rajput, que aguarda sobre su mesa.

Según afirma el forense que firma el informe, el fallecido no presenta lesiones previas, ni cardenales, ni verdugones ni heridas de ningún tipo a las que poder atribuir su muerte. Su sangre no contiene tóxicos, ni venenos letales ni sustancia alguna capaz de inducir un paro cardíaco. Sin embargo, el examen de sus órganos permite detectar una miocardiopatía hipertrófica que bien pudiera haber sido la causa del síncope cardíaco y que consiste básicamente en «un grosor anormal de las paredes del corazón. Dolencia probablemente hereditaria y en ocasiones asintomática hasta la parada cardiorrespiratoria. Una alteración de este tipo puede ocasionar la muerte si el individuo es sometido a estrés, miedo o esfuerzo intenso, alarma...».

Nadeem quizás murió de miedo. Quizás lo amenazaron, lo insultaron, alguien pudo sacar un arma y... Hurgar en la basura puede fatigar, pero no exactamente requerir un esfuerzo intenso.

Según se deduce del informe, antes de morir el fallecido no había experimentado violencia física directa, pero no es descartable otro tipo de ataque. Quizás eran varios. Pudieron rodearlo, increparlo,

sacar un palo, una navaja... Las posibilidades continúan siendo muchas. Demasiadas. Deberá insistir en la eventualidad de una agresión de carácter racista. No puede descartar algo así, no en un mundo plagado de cretinos.

—¿Estás completamente seguro de que es él? —lo interrumpe Ribalta, que tal y como andan las cosas en la comisaría de Sants-Montjuïc no quiere fiar nada al azar. Últimamente han cometido un par de torpezas y el intendente no soportará más errores. Ribalta no piensa pagar los platos rotos. Tedesco, con la mente en el interior de un contenedor de basura, tarda unos segundos en recordar a qué se refiere.

—Completamente. Vuelve a mirar las imágenes, Quim. Recuérдалas. Tú mismo. Juzga cuando lo veas.

Ribalta las recuerda, pero prefiere asegurarse y vuelve a observar al sujeto que pasa frente a las cámaras con la mano en el rostro y cojeando sensiblemente. Asiente.

—El Piernas. Vamos.

Tedesco se levanta y precede a su colega. Ribalta aprovecha para recordarle que además del accidente deben averiguar cómo y dónde contactaba con los encargados de borrar la identificación y sacar los coches del país.

—Tendríamos el expediente cubierto más de medio año —apunta Ribalta, que necesita hacer méritos con cierta urgencia.

Y, aunque a Tedesco el asunto de la salida fraudulenta de coches de lujo no le quita el sueño, el inspector asiente.

—Ya debe de estar a punto —aventura.

—A punto de caramelo —añade Ribalta, que remata sus palabras con una carcajada que puede oírse en toda la planta.

Y no se equivoca. Pinto está casi a punto de síncope.

## TEDESCO

Cuando los inspectores entran en la sala de interrogatorios, el Piernas parece haber envejecido un par de lustros y le tiemblan las manos por la tensión intensa y prolongada. En el silencio de la estancia, mientras esperan al defensor de oficio, el aire silba entre sus dientes. Es la viva imagen del miedo.

*Un pinturero abogado que habría podido pasar por el asistente personal de una estrella de cine, o por un personal shopper, espera en una sala contigua y entra poco después en compañía de Iván. Lleva una americana tan ceñida que parece a punto de partirse en dos, y tanto fijador en el pelo que habría podido apuñalar a alguien con cada mechón. La mirada de Ribalta no puede ser más elocuente.*

Los policías se sientan frente al detenido. El abogado, escorado en un lateral, repasa aplicadamente las diligencias del caso. Probablemente todavía no sabe de qué va el asunto. Ribalta le indica a Tedesco con una media sonrisa que, efectivamente, el triste sujeto cuya mano derecha permanece esposada a la mesa es el que aparece en las imágenes.

El abogado solicita que su defendido sea liberado de las esposas durante el interrogatorio. Pinto apoya como puede la petición:

—Síííí, síííí, por favor. Yo no... No voy a...

Tedesco accede y con un gesto le indica a Cabrera que proceda a retirarlas. Las preguntas, las mismas de la tarde anterior; las respuestas, variaciones sobre un mismo tema. La objeción del

abogado, la esperada. Y Diego Cuesta, en el umbral con las piernas abiertas y las manos en la espalda.

—Pero ya saben ustedes que unas imágenes de vídeo no siempre...  
—señala el joven picapleitos, desabotonándose la americana por imperativo fisiológico y librándose de unas gafas que solo parece necesitar en las distancias más cortas.

Tiene los ojos de un castaño claro salpicados de manchas. Unos ojos interesantes, piensa Tedesco, al que no siempre le gustan los interrogatorios porque se distrae con facilidad, se le va el santo al cielo. Honestamente espera acabar pronto, lo antes posible.

—A menudo los jueces no aceptan...

Los policías asienten al unísono. Saben, pero no se resignan. Ribalta sugiere que las imágenes podrían no ser la única prueba. El espanto se apodera de Pinto, que empieza a farfullar incoherencias. Continúa el interrogatorio y los policías incrementan la presión. Es cuestión de intimidar progresivamente al detenido. Desde las dos botellas de agua a su disposición que permiten al más lerdo prever un interrogatorio largo y duro, hasta las esposas en el inicio de la sesión y a la postura relajada de los policías en la sala, como si se dispusieran a pasar unas horas. Todo para acojonar sutilmente a Manuel Pinto. Un pobre desgraciado que, si todo funciona como debe, pasará una larga temporada en prisión por diferentes cargos.

Por voluntad expresa de Tedesco, ya que así se lo ordenó a Lidia a su llegada, acaba de entrar en acción la enojada madre del detenido. La mujer espera ya maldiciendo a gritos a su propio hijo. La misma mujer que sin duda es capaz de caminar sobre las brasas por ahorrarle al infeliz unos días de cautiverio.

A Tedesco no le cuesta lo más mínimo imaginarla justo en una sala de espera cercana, tal y como él ha ordenado. Lo suficientemente cerca para que sus gritos atravesasen la puerta y los tabiques, y lo bastante lejos como para no poder hablar con él ni comprobar que

Manuel no ha sufrido ningún daño. Con el cabello mal teñido, cara de acusada fatiga y el miedo atravesado en el pecho, la mujer hace lo que sabe. Y lo que sabe es gritar, protestar, maldecir, quejarse... El Piernas, que reconoce su voz de inmediato, altera el gesto y mira a Tedesco a la cara.

—Quiero verlo, soy su madre y quiero verlo —profiere la mujer a pocos metros—. Quiero ver qué es lo que le han hecho.

Pinto pregunta qué hace su madre en comisaría o algo parecido. No queda muy claro. La respuesta no tarda en llegar.

—Cuando acabes de declarar, tu madre tendrá que confirmar tus palabras. Por eso está aquí. Recuerda que según tú no os separasteis en toda la noche. Ella es tu coartada.

El Piernas escucha. Recuerda. No cierra la boca. El golpe recibido durante el choque y la inflamación posterior del labio superior se lo impiden, piensa Tedesco. Al policía le resulta penosa la apariencia del detenido, que no es nadie sin un volante entre las manos. El abogado no plantea objeción. Es nuevo. Tampoco conoce ni las dependencias de las que disponen ni los usos y costumbres de la comisaría de Les Corts.

—Y no me toque, capullo, que por menos hago que lo empapelen. Será hijo de puta... —continúa protestando la presunta testigo, asomada al pasillo. Por fortuna, ignora que su hijo se encuentra pocos metros más allá.

El capullo en cuestión tiene cuarenta y muchos, las manos como raquetas de tenis, mide un palmo largo más que la mujer y pesa treinta kilos más. El capullo en cuestión no acaba de entender por qué la madre del detenido espera allí, frente a las salas de interrogatorio, y no en un despacho en otra planta, como es lógico y normal. Son órdenes del inspector y es su deber acatarlas, pero entender, lo que se dice entender... Trata de impedir que la mujer se abalance sobre cada una de las puertas y las abra para dar con su

hijo. Por el momento las buenas palabras resultan completamente inútiles. El capullo no tiene más remedio que sujetarla por el brazo.

—Suélteme. Que me sueltes, cabrón. Sois todos unos hijos de puta. ¿Me oyes? Que me sueltes, mamón.

Y el mamón, que empieza a hartarse de tanto improprio, la retiene como puede.

Tedesco considera que Pinto ya ha tenido bastante. Sale de la sala y le indica al agente que puede llevarla a uno de los despachos. No soporta más gritos.

—Tú dirás.

Y Pinto dice lo de siempre, que pasó la noche en su casa, con su querida y discreta madre, mirando la televisión. Por puro regodeo, Ribalta quiere saber con qué programa se habían deleitado juntos. A Pinto las palabras se le quedan atrancadas entre los pocos dientes que conserva. Improvisa, dice lo que puede. Nadie da crédito. El abogado defensor, tampoco.

## **EL PIERNAS**

El inspector Ribalta no necesita más explicaciones cuando Lidia entra en la sala con una bolsita transparente y una sonrisa de oreja a oreja. Acto seguido, la agente se dirige a Tedesco, le habla al oído y se señala la boca de refilón. A buen entendedor...

Es imposible identificar el contenido de la bolsa, solo Lidia y Tedesco saben que está vacía, completamente vacía. Ribalta puede suponerlo. Perro viejo. Pero Pinto, íntimamente preparado para lo peor y certeramente inducido por el tamaño diminuto de la bolsa de

pruebas, no tarda en sospechar qué es lo que puede contener. Se pone en pie casi de un salto sobre sus descompensadas piernas con escándalo al caer la silla.

Su abogado, el joven de los ojos de serpiente que vuelve a calzar gafas, le indica que debe sentarse.

—Por favor, no empeore las cosas. —No son las mejores palabras en labios de un abogado defensor.

El detenido abre y cierra la boca descubriendo así las oquedades que, como los agujeros de una flauta en manos de un profano, dejan escapar un aire enmarañado de aullidos. Se sienta y golpea la mesa con los puños antes de esconder la cabeza entre los brazos. Junto a ellos, dos botellas de agua sin abrir. Así permanece durante unos minutos ante la estupefacción de su abogado.

Tedesco y Ribalta intercambian miradas.

El principio del fin.

En el exterior, los gritos de la madre del Piernas han dejado un vacío que es de agradecer. El joven abogado, desconcertado, intenta sin demasiado éxito entender a qué se debe la súbita conmoción en la desangelada sala de interrogatorios.

—¿Puede alguien explicarme qué coño está pasando?

El Piernas, lloroso y balbuceante, alza la cabeza y mira de refilón a su abogado como si le pidiera perdón por decepcionarlo. El defensor alza los hombros, no entiende nada. Pinto se dirige ahora a los inspectores y procede a reconocer los hechos entre sollozos ante un abogado perplejo y dos policías razonablemente satisfechos. De vez en cuando, la saliva escapa de su boca y salpica la mesa. Pinto se apresura a retirarla con la manga. No parece darse cuenta de que apenas importa. Le avergüenza.

Todo cuanto dice, inteligible o no, es grabado oportunamente. Desde la localización del coche robado a la apertura de la puerta, la puesta en marcha del vehículo sin las llaves, la trayectoria...

No se deja nada.

El abogado se limita a escuchar y a tomar alguna nota. No hay defensa posible, piensa, y considera que, a la vista del penoso defendido que le ha tocado en suerte, quizás pueda alegar algún grado de incapacidad.

Pinto llora y sigue hablando.

—No vi el puto semáforo. Les juro que no vi nada. Llovía mucho, no veía nada... Podía imaginar que estaba allí, pero no vi ni que se acababa la calle. Llovía a manta. A manta. No se veía nada. Si yo hubiera...

Baja la cabeza y sigue hablando.

—Yo no quería que pasara. Cuando quise frenar, ya estaba encima. Encima. No me maté de milagro, pero fue un accidente. Nadie es culpable de un accidente.

—Si ese alguien va colocado hasta las trancas, se salta un semáforo y provoca la muerte del conductor y lesiones graves a la pasajera... Y si además acaba de robar el vehículo...

Tedesco no continúa, sabe callar a tiempo. Es un artista manejando los silencios. La vieja escuela.

—¿Colocado? Un par de birras y una raya. Eso no es ir colocado. A mí eso no me afecta... No iba colocado. Se lo aseguro. Una raya no es...

Pinto escupe involuntariamente sobre la mesa. Lloro sin reparos. El abogado lo mira como si no pudiera creer lo que está oyendo.

Definitivamente: no hay defensa. El detenido advierte que acaba de caer en una trampa, pero nada tiene ya remedio. Todos en la sala de interrogatorios lo saben.

Tedesco acaba de conseguir lo que quería.

El abogado murmura irritado mientras se abotona y se desabotona la americana como si no supiera si marcharse o quedarse:

—Este tío es tonto.

Ribalta asiente sin pretenderlo y continúa preguntando. Con las entendederas escasas y las defensas por los suelos no habrá mejor momento.

## **VLADIMIR**

Pinto habla de Vladimir, un tipo ruso que contacta con él cada vez desde un número diferente. Le indica qué tipo de coche debe buscar y dónde debe entregarlo. Según Pinto, Vladimir dice que es ruso.

—Él me dijo que era ruso, pero acento... No sé, yo no... No me pareció que tuviese un acento raro... Además se explica bien, habla bien.

—No como otros —susurra Ribalta.

Tedesco inclina la cabeza. Hace lo posible por no sonreír.

—Hablabas como yo —añade Pinto entre siseos con la intención de recalcar que Vladimir no presenta problemas de expresión.

Los presentes, desde el primero al último, dudan de que alguien bajo la capa del cielo hable exactamente como Manuel Pinto. Parece

imposible a todas luces. Ribalta no puede abstenerse de comentar en voz baja para que no aparezca en la grabación:

—Pues ahora sí que la jodimos.

Si algo no se puede decir del detenido es que hable bien. Tedesco sofoca la risa y el abogado gira la cabeza para no ofender a su defendido.

—¿Te dijo de dónde era?

Pinto se encoge de hombros y mira sin entender.

—Pues... de Rusia.

—Ya.

Nadie se molesta en señalar que Rusia es el país más extenso del planeta y que ocupa más de una novena parte de las tierras emergidas. El interrogatorio prosigue sin nuevas matizaciones. No cabe esperarlas.

El Piernas afirma que solo se han visto una vez, cuando Vladimir se acercó a él en un bar y le dijo que le habían explicado que era un buen conductor, que era hábil y que los coches no tenían secretos para él. En adelante siempre lo ha llamado por teléfono, siempre desde un número diferente. No han vuelto a verse.

—Un prepago, seguro, será difícil... —comenta Ribalta con desánimo.

El asunto no pinta bien. Tedesco asiente. No hay quien localice un teléfono de tarjeta. Generalmente los usan y los tiran. No comprometen a nada. Para la Policía son una verdadera maldición.

—¿Y la entrega? Alguien recogerá el coche en algún sitio...

—Lo llevo de noche, siempre a las dos de la mañana. Lo llevo a una calle de un polígono en Cornellà. A esas horas, allí no hay nadie.

Está casi abandonado. Nadie, nadie. Ni un alma.

Se interrumpe el Piernas durante unos instantes.

—De día tampoco hay casi nadie. Casi todas las fábricas han cerrado. No queda nada. Yo llego, lo dejo donde me dicen y me voy.

—¿Vuelves andando de madrugada? —pregunta Ribalta con incredulidad.

Pinto se sorbe los mocos y el llanto y niega.

—No, me acompaña un colega en su coche y volvemos juntos. Le suelto cincuenta euros por el favor.

Ribalta asiente y continúa preguntando.

—El nombre de tu colega.

—Óscar, Óscar Navarro.

—¿Te acompañaba la noche del accidente?

—No, yo tenía que pasar a buscarlo. Él no anda en estos asuntos, tiene un curro en un taller, pero cincuenta euros son cincuenta euros.

Irrebatible.

—Dime la dirección exacta.

Pinto le indica el lugar.

—¿Cómo te pagan?

—En el banco. Les di mi número de cuenta y...

—¿Cuánto?

—Seiscientos euros.

—¿Por coche?

Pinto asiente.

—Necesitaremos tu número de cuenta —precisa Ribalta a sabiendas de que intentar rastrear un ingreso puede ser completamente inútil—. Ahora quiero todo lo que recuerdes de Vladimir, el ruso con el que hablaste. Todo.

La verdad es que o recuerda bien poco o, simplemente, no sabe explicarlo. Pura incapacidad. La descripción de Vladimir es vaga y puede pertenecer a unos cuantos cientos de miles rusos. Alto, grueso, pelo oscuro, cejas pobladas y patillas muy largas.

—Tenía una... No sé cómo se dice, una cabeza. Una...

—Una cabeza es una cabeza, aquí y en todas partes —apunta el abogado, que ya no disimula su impaciencia—. Y que yo sepa siempre se ha llamado cabeza.

Y, como tener una sola cabeza sobre los hombros parece lo más lógico del mundo, ni Tedesco ni Ribalta le llevan la contraria. Se limitan a esperar a que el detenido aporte más datos.

—No, no, no era... No me acuerdo cómo... Pero aquí, estoy seguro... Juro que la tenía aquí. —Pinto se señala ahora la primera falange del índice de la mano derecha.

Nadie entiende nada.

—¿Una cabeza en un dedo? —inquire Ribalta, al que la falta de datos identificativos de Vladimir ha ensombrecido el ánimo.

—Sí, aquí, aquí —insiste Pinto—. El hueso, solo el hueso.

—¿Una calavera? —pregunta Tedesco, empezando a vislumbrar que puede tratarse de un tatuaje.

Pinto asiente.

—¿Una calavera tatuada?

Asiente de nuevo señalando el lugar en el que Vladimir exhibe el tatuaje.

—¿Había letras? ¿Algún otro dibujo? ¿Recuerdas algo más?

El detenido duda y acaba negando sin convencimiento mientras se pasa la manga por la nariz y los ojos.

—No había nada más, pero era algo de muy mal rollo, se lo juro. De mal rollo.

—Una calavera tatuada en un dedo... —murmura Tedesco—. ¿Nada más? ¿Seguro? ¿Algún símbolo? ¿Letras? ¿Números?

Con un gesto brusco, Pinto interrumpe los pensamientos del policía, que, todo hay que decirlo, tampoco lo llevaban a ninguna parte.

—Sí, sí, sí que hay otra cosa. Creo que tenía un pico en la otra mano.

—¿Un pico de pájaro? —pregunta el abogado, súbitamente interesado por lo que parece casi un enigma por resolver y señalando su propia nariz ganchuda por si sirve de algo.

Pinto niega con vehemencia.

—No, hombre, no. Un pico.

Y con la mano hace ademán de empujar el émbolo de una jeringa.

—¿Una jeringuilla?

—Eso, una jeringuilla, con unas letras, pero no sé lo que decía, pensé que había sido un drogata, pero ahora no creo yo que se pinche... No tiene la pinta. Es fuerte, mucho más que yo. Un hombre fuerte. Yo de drogas he visto mogollón y todos están en los huesos, y ese tipo no era de esos que...

—¿Una jeringuilla con una inscripción en un dedo?

—No, no, en un dedo, no —se sonríe Pinto como si la escena tuviera alguna gracia. Quedan al descubierto los tristes vacíos dejados por sus dientes y su labio hinchado y enrojecido—. Aquí —se señala la muñeca por debajo de la palma de la mano—, la tenía aquí.

—Un lugar curioso —comenta Tedesco.

—Hay gente tan rara por el mundo... —añade Ribalta mientras toma las últimas notas.

Tedesco cabecea y da el interrogatorio por acabado. El abogado se levanta, les estrecha la mano y se va. No hay margen para una estrategia defensiva, pero sí que podrá alegar cierta incapacidad, el tío es un verdadero inútil. No comenta nada. Debe consultar. Ya resolverá. La poca experiencia acumulada y algún que otro comentario insidioso le indican que nadie espera milagros de los abogados de oficio.

Ribalta se pone en pie con las manos en los bolsillos y cara de andar pensando en mil cosas. ¿Vladimir?

Iván Cabrera, que no ha abierto la boca ni alterado su expresión en ningún momento, se levanta para retirarse.

—Tú, Pinto, te quedas aquí. Te traerán la declaración y la firmas. Después podrás ver a tu madre. Si es que, visto lo que hay, todavía quiere verte.

—¡Me cago en la puta lluvia! —solloza el Piernas, escondiendo la cabeza entre los brazos que descansan sobre la mesa.

El fin del fin.

## **IVÁN**

Tedesco alcanza su despacho seguido de cerca por Quim Ribalta. Se sientan uno a cada lado de la mesa con cara de circunspección, como si se dispusieran a interrogarse mutuamente. Iván ha desaparecido sin dar más explicaciones, nunca lo hace, no forma parte de sus patrones de conducta. Él es así. Economía de movimientos, de gestos, de palabras. El agente se ha conectado a su ordenador. Una idea le ronda la mente y necesita hacer algunas comprobaciones.

*No hay pistas que permitan identificar a los miembros de la organización, solo un nombre y una descripción francamente vaga. Los indicios son imprecisos, una calavera y una jeringuilla. Quizás se trate de un drogata macabro, de un asesino, de un mafioso de medio pelo o de un puto pirado con un business arriesgado pero provechoso. Probablemente los tatuajes no servirán de mucho.*

Mauricio Tedesco saca el móvil del bolsillo, últimamente lo hace muy a menudo, quiere comprobar que no hay llamadas del hospital. Como en tantas otras ocasiones, la falta de noticias serán buenas noticias. Y no las hay, pero sí una llamada no atendida de Ignasi Romeu. Tedesco ha faltado a su cita habitual y, aunque en las circunstancias que atraviesa el policía alterar la rutina resulta irremediable, Romeu no se resigna a permanecer en la inopia. Quiere saber, necesita seguir el caso. Uno no se jubila de ser madero, ha afirmado más de una vez. Nunca.

Iván Cabrera grita como dominado por una fuerza interior irreprimible, como lo haría de experimentar una satisfacción intensa.

—¡Sí, sí, sí!

Son muy raros, casi excepcionales, esos arranques en el agente más cerebral de toda la comisaría. Algunos lo llaman «el iluminado» porque de vez en cuando las ideas asaltan su mente como un fogonazo y deja de parecer él para ser otro, alguien con sangre en las venas. Unos pocos se refieren a Iván como a «la esfinge», otros como a «la momia», porque habitualmente es un hombre impasible, sin emociones a la vista y extraordinariamente lento. Los que lo conocen bien, entre ellos Lidia Sampedro, Clara Carmona o Diego Cuesta, reconocen su reacción, siempre significa un paso adelante en una investigación.

Iván aparta la silla y se pone en pie al tiempo que se dirige al despacho del inspector.

—Iván, ¿puedes explicarme de qué va? —Es la voz de Clara Carmona la que lo sigue pasillo adelante.

—Hemos sido unos idiotas. Unos verdaderos idiotas.

—Gracias, hombre. Me encanta que me llamen idiota. Lo estaba deseando.

Iván entra sin preámbulos en el despacho del inspector. No los necesita. Ribalta, perplejo, levanta la mirada.

—Tú dirás —lo invita Tedesco, que identifica la mirada casi audaz de Iván Cabrera.

Iván se explica en pocas y lentas palabras. En sus ojos, un leve brillo de complacencia. Tedesco felicita a su agente.

—¡Bravo, Iván! Bien hecho.

A su monólogo le siguen unos instantes de silencio. Un silencio que se quiebra cuando el inspector sale al pasillo a toda prisa y grita:

—Clara, comprueba que Pinto esté todavía en la sala de interrogatorios, que no le lleven todavía su declaración. Que no firme nada, no hemos acabado. Llama a su abogado y que vuelva inmediatamente. Iván, tú vienes también. ¡Ah! Clara, trae ese trasto. ¿Ha llegado Lidia?

Clara Carmona, que no se ha movido del pasillo, asiente. Lidia ha llegado y por «trasto» la agente entiende la tecnología que utilizan para registrar las declaraciones de los detenidos y cuyo funcionamiento el policía parece desconocer.

—Dile a Lidia que venga. Quiero que investigue un par de cosas. La espero aquí mismo.

Clara obedece y Tedesco, acercándose a la máquina, extrae un café solo cuyas únicas virtudes son un color marrón tirando a negro y una temperatura elevada. Por no tener, el inspector sospecha que no tiene ni cafeína. Por lo menos, él no la advierte en el brebaje que se lleva diariamente a los labios. Ribalta escoge un cacao extradulce. Quim Ribalta siempre añade mucho azúcar y Tedesco, que es de café amargo, nunca ha conseguido entenderlo.

—Suerte que no eres diabético.

—Algo bueno debía tener —responde, disolviendo el azúcar con ayuda de un palito transparente.

—Iván puede tener razón. Quizás nuestro ruso se hizo tatuar una jeringuilla y la palabra insulina. Es lo que acostumbran a hacer. Otros se cuelgan una chapa. Pero no es eso lo más importante, ¿sabes? Los hay a cientos y sería muy difícil dar con él.

Ribalta asiente mientras ingiere el cacao extradulce y extracaliente a sorbos muy pequeños con los labios fruncidos y los ojos clavados en

su inspirado colega.

—Pero ¿de qué nos sirve saber que es un ruso diabético?

—Probablemente de nada. Quizás solo es una buena deducción.

—No entiendo, Tedesco.

—Solo es una posibilidad, pero...

—Estoy en ascuas, Tedesco. No te cortes. Ilumíname.

—Todo a su tiempo, Quim. No me gusta explicar las cosas dos veces. Entenderás enseguida.

Pasillo adelante, Lidia camina a buen paso en dirección a los dos inspectores. La cola, alta y airosa, se balancea frente a su nuca. Maldito uniforme, piensa Tedesco por enésima vez.

—Hola, Lidia. Quiero que averigües qué significado pueden tener un par de tatuajes. Una calavera pequeña situada en un dedo, a esta altura, y una jeringuilla aquí. —Y se señala los lugares indicados por el Piernas—. Si necesitas contactar con algún tatuador, lo haces. Tú misma.

La agente asiente.

—Haré lo que pueda.

—En cuanto tengas algo, me lo traes. O me llamas. Como quieras.

El inspector arroja el vasito blanco a la papelera que hace días que nadie vacía. Los malditos ajustes de presupuesto llegan ya a todas partes, piensa. Y lo de menos es vaciar una papelera. Los coches policiales apenas se reparan, las instalaciones pecan de un mantenimiento escaso y la inflación genera un malestar creciente. Se diría que la situación empeora en la comisaría y en todas partes.

—Vamos —indica a Ribalta, al que devora la curiosidad y no ha podido evitar morder la varilla de remover el café hasta hacerla añicos.

Tedesco acaba de ver aparecer al abogado de Pinto, que no debía de haber llegado demasiado lejos. Quizás el tiempo justo de alcanzar la esquina. Poco más. Trae cara de muy pocos amigos, la americana abotonada, la respiración en suspenso y la cartera colgando de su mano.

—¿Qué tripa se les ha roto ahora? Pinto lo ha admitido todo. ¿Qué más quieren? ¿Que se haga el harakiri en sus narices?

Sin molestarse en dar nuevas explicaciones, Tedesco le señala la puerta. No soporta a los jóvenes engreídos que miran a los polis por encima del hombro. Le habría gustado decirle cuatro cosas al petimetre de cintura menguante y zapatos puntiagudos que se desabrocha la americana por si en algún momento necesita respirar. No lo hace. Calla. No necesita problemas.

Ribalta observa al majadero picapleitos como a un insecto molesto.

## **EL PIERNAS**

Precedidos por el inspector, que juega en campo propio, vuelven a entrar en la sala de interrogatorios. En ausencia de Cuesta, esta vez es Iván el que se queda en el umbral como si bloqueara la salida.

Pinto da un respingo. Tienen lo que querían y creía haberlos perdido de vista. Aguardaba un papel, una declaración, esperaba echar una firma y que lo dejaran en paz. Siempre piensa a corto plazo.

Ribalta, bregado en mil batallas, pone todo su aplomo al servicio de la causa aunque no tenga ni la menor idea de qué es lo que están haciendo allí ni qué se espera de él. Tuerce el morro, apura el cacao y el azúcar no disuelto y lo hace sonoramente. Mira al detenido con desconfianza y se arrellana en la silla sin abrir la boca como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. No puede fallar. Y no lo hace. Vieja escuela.

—Pero... Yo... ¿Qué quieren ahora? Les he dicho...

—Nos has dicho algunas cosas, Pinto, solo algunas cosas, pero quedan unas cuantas. Y esas son las que nos interesan y las que nos vas a explicar ahora —aventura Tedesco.

Pinto se encoge de hombros. Su abogado resopla manifiestamente contrariado.

—Si usted lo dice...

—Lo digo y lo sostengo. La noche del accidente Vladimir te llamó. Esperaba un coche, un Audi, y el coche no llegó.

Pintó asiente.

—¿Qué te dijo?

—Que me daba un par de días, que quería ese coche, que lo tenía comprometido. Lo había apalabrado con un colega.

Ribalta corrige.

—Quieres decir que lo había apalabrado, que tenía un comprador en alguna parte.

Pinto asiente bajando la vista.

—Es lo que he dicho. Y que si no lo conseguía...

—Que si no lo conseguías...

—Que podía ir saliendo del país porque me encontraría debajo de las piedras. Aunque ahora... —y al hablar se encoge de hombros—, creo que ya no tengo que preocuparme. No vendrá a buscarme aquí. Eso fijo.

Intenta ser irónico, pero los matices no son lo suyo.

—¿Sabía algo del accidente?

Pinto niega con la boca abierta y los ojos entornados, fatigados. Todo su cuerpo, encorvado, vencido, acusa la presión y las horas de mal dormir.

—Yo no le dije nada.

—¿Cómo te justificaste?

—Pues como pude. ¿Qué le voy a decir? Le dije que no era fácil encontrar un coche así, que la gente los guarda a cubierto, que muy pocos duermen en la calle. Que necesitaba más tiempo. No iba a decirle que lo había empotrado contra un taxi. Tampoco soy tonto.

Tedesco cierra los puños y contiene la respiración. Intenta sentir lástima, un asomo de empatía. Resulta difícil. Resopla. Ribalta sofoca una carcajada que deriva en carraspeo. El abogado no puede creer lo que está oyendo.

—Con perdón. Le dije que con la lluvia las cosas se me habían complicado y... No sé si le dije algo más. Le dije lo primero que se me ocurrió. Ese tío acojona.

Tedesco aguanta el silencio con la maestría que proporcionan los años. Aguanta el silencio y reprime la ira. Ha cerrado los puños y, casi sin advertirlo, los destensa. No siente el menor alivio. De buena gana le habría soltado un puñetazo.

—Me dolía la boca, me habían saltado los dientes, me dolía todo y me fui a casa, no podía volver a salir aquella noche. Mi madre no me habría dejado. Ustedes no la conocen. Además me duraba el susto, el golpe había sido... Ya saben que tuve un accidente —añade, agitando las manos esposadas de nuevo en el aire.

Los presentes constatan que es torpe incluso en su desmañada gestualidad. Será cabrón, piensa Tedesco. Los torpes a menudo tienen suerte. El taxista pierde la vida y Pinto un par de dientes. Eso es todo, un par de dientes y el labio inflamado como un neumático. El policía piensa en el taxista muerto casi en el acto y en su hija que tardará días en abandonar el hospital.

—Estaba asustado. Acojonado. No podía volver a salir. Y no tenía coche —continúa Pinto con las lágrimas a ras de ojos.

—¿No sospechó nada raro? ¿No te amenazó?

—Me dijo que un hombre solo tenía su palabra, y que yo le había dado la mía y tenía que cumplir. ¿Eso es una amenaza?

—Yo diría que sí —aporta Ribalta para no mantenerse al margen.

—Entonces... —lo anima Tedesco.

—Entonces, ¿qué? —pregunta Pinto con la candidez del que está poco acostumbrado a los sobrentendidos.

—El ruso quiso cerrar el asunto. Te dijo que las cosas no podían quedar así, que tenía comprador y que no estaba dispuesto a perderlo. Le prometiste localizar otro coche. La misma marca, el mismo modelo. ¿Me equivoco?

Niega el Piernas con la cabeza, con el cuerpo entero. El policía no se equivoca. Los rusos, y más si pertenecen a una organización, no dejan asuntos pendientes. Nunca. Un hombre como el Piernas es un activo en sus manos. Buen conductor, experto en abrir cualquier

coche, dócil, y tirando a estúpido y a fácil de acojonar. Vladimir, o como quiera que se llame el que actúa como enlace, no puede dejarlo escapar.

## **RIBALTA**

Ribalta comprende instantes antes de que el propósito de Tedesco quede al descubierto. Un rastro de luz aparece en sus ojos y se inclina hacia adelante aproximándose al detenido. El abogado está a punto de protestar por intimidación a su defendido, pero la verdad es que casi le da igual. Tal y como han ido las cosas, como mucho, y si acompaña la suerte y el talante del juez, podrá negociar una reducción de condena por merma de facultades y por colaborar en la investigación.

—¿Cuándo fijasteis la entrega?

—Tenía prisa, estaban esperando el coche. Quedamos hoy, bueno, mañana. Esta madrugada, que ya será mañana. Creo. En el mismo sitio a las dos de la madrugada. Como siempre, pero no habrá entrega. Alguna ventaja debe tener estar detenido.

—No te creas.

Ribalta sonríe, está ordenando el dispositivo en su cabeza.

Tedesco cabecea. No es un sí, tampoco lo contrario. También él piensa ya en la operación policial, en las órdenes, en los agentes..., piensa en el Audi de gama alta que necesitan conseguir en unas horas.

A su lado, Ribalta parece casi risueño. El asunto ha tomado una deriva interesante y, si no se equivoca, la operación puede suponer

la detención de algunos miembros de la organización, quizás la total desarticulación del grupo. Aunque por el momento es poco más que el cuento de la lechera.

¿Y por qué no?

Se retiran ambos seguidos de cerca por el abogado defensor de Pinto. Tiene tanta prisa por desaparecer que se diría que lo espera el Consejo de Seguridad de la ONU en pleno para decidir el futuro del planeta.

En mitad de un pasillo acuerdan que Pinto se beneficiará de un buen informe policial si colabora en la captura de Vladimir, el ruso, y de sus secuaces. El abogado está conforme, no conseguirá mejor trato ni dedicándole media vida. Acto seguido, desaparece.

Alcanzado de nuevo su despacho y como abatido de súbito por un rayo invisible, Tedesco aproxima la silla a su mesa y casi se desploma. Se siente tan cansado que apoya la cabeza en una de sus manos y se limita a escuchar.

Ribalta tomará el mando; de hecho, es su comisaría la encargada del asunto, fue la primera en enviar a sus agentes al lugar del accidente la noche de autos. Tedesco estará presente y también un par de agentes de Les Corts. Una operación conjunta comandada por el inspector Ribalta. Esas son sus palabras y así las acepta Tedesco, exhausto y completamente incapaz de asumir la autoridad.

Se le cierran los ojos y le pesa la cabeza como una piedra sillar. Necesita con urgencia llegar a casa, comer algo, cualquier cosa, y dormir unas horas.

Ribalta habla ya con su comisaría y da las primeras órdenes. Es tanto su entusiasmo que habla a voces.

—Confío en ti. Si no te importa... —No acaba la frase. No es necesario.

Ribalta asiente sin retirar el móvil de su oreja y sin dejar de gritar instrucciones.

## **TEDESCO**

Con la cabeza como un bombo y en el pensamiento más asuntos de los que puede abarcar, Tedesco se encamina hacia el metro. Apenas se da cuenta, pero, de pura fatiga, arrastra los pies como si acabaran de caerle encima veinte años. Aprovecha para llamar a Marina, que le asegura, con la voz levemente quebrada por el dolor, que está mucho mejor. Que le duele todo, pero que está mejor.

Tedesco quiere creerlo y, en voz baja, como dicen estas cosas los que no acostumbran a hacerlo, le susurra que la quiere.

Marina le envía un beso y añade:

—Esta noche no es necesario que te quedes, papá. Estoy mejor y Mario vendrá después de cenar. Me hará compañía un rato. Laura está con su abuela y quizás se quede conmigo.

El policía entiende. No hace preguntas. Pensaba disculparse por no poder hacerle compañía durante la noche. No lo hará. En su lugar asimila como puede la noticia y se despide de su hija. «Laura está con su abuela», acaba de decir Marina, como si de alguna manera formara ya parte de sus vidas.

Antes de cortar la comunicación, Marina susurra:

—Yo también te quiero, papá.

*¡Bendita Marina!*

Unos metros más adelante, y sin dejar de caminar, Mauricio Tedesco llama a Ignasi Romeu para ponerlo al día de lo acontecido. Se lo merece y no hay nadie en el mundo en el que confíe más que el inspector retirado. A su entender, Romeu tiene todo el sentido común que cabe en un cuerpo. Además de ser un buen amigo, quizás el único que merece tal nombre, Tedesco lo considera una especie de asesor externo y extraoficial.

Romeu responde al segundo tono, como si llevara tiempo esperando oír sonar el móvil. Tedesco le explica el curso del interrogatorio y algunos pormenores de la operación que ha dejado en manos de Ribalta. Le habla incluso del abogado petulante que contiene la respiración.

Romeu pregunta algún detalle y le aconseja que no baje la guardia, que no se exponga y que no exponga a sus agentes, que los rusos son tipos duros, muy duros.

—Son gente sin escrúpulos, Mauricio. Te lo aseguré, los he visto, los conozco. Matarían a su madre si se tercia. Y sin pestañear. Imagínate a un poli.

Tedesco se despide señalando que no tiene previsto morir de madrugada liquidado por un ruso descastado y sin acento. Le asegura que se dispone a comer algo en el París y que piensa descansar un buen rato. El cuerpo le está pidiendo a gritos unas horas de sueño.

Romeu le desea suerte y le repite por enésima vez que deje la acción para los más jóvenes.

—Espero que no haya problemas, creo que Ribalta sabe lo que hace. De hecho, es el responsable de la operación. Te llamo mañana y te explico, Ignasi.

—Por favor —implora el expolicía desde el sofá de su casa, en el que espera la llegada a la mesa de un plato insípido que conviene a una

hipertensión no diagnosticada y que su mujer pretende prevenir porque, según afirma varias veces al día, prevenir vale más, mucho más, que curar.

Cuando Tedesco llega a su casa, pasa por delante del París, mira hacia adentro, no está lleno; sin embargo, decide no entrar. Pesa más la fatiga acumulada. Comer algo puede esperar, descansar es una verdadera urgencia. Las piernas apenas le llevan y, como aseguraba su abuela muchos años atrás, no puede con su alma. Mauricio Tedesco siempre sospechó que el cansancio extremo que la afligía se debía en parte a la amargura acumulada y a una dificultad evidente para encarar la adversidad.

Tras programar el despertador para que suene cuatro horas más tarde, el policía silencia el móvil, se quita los zapatos y se tumba en la cama con un suspiro tan hondo que se sorprende a sí mismo. Muy pocas veces había tomado consciencia de un suspiro propio; de hecho, está convencido de que no suspira nunca. Se equivoca.

Se duerme casi de inmediato pensando en una calle desierta flanqueada por enormes edificios vacíos, abandonados.

## **LIDIA**

Afortunadamente, la cama junto a la de Marina sigue vacía. El policía se alegra al comprobar que estarán solos.

Marina se despierta y sonríe al verlo. Le explica que Marta Silva ha vuelto y la ha ayudado a ocultar parcialmente el rasurado y la herida de la cabeza cambiando el sentido de su peinado. Le asegura que Marta es una artista y, ciertamente, el policía se siente obligado a reconocer que su aspecto es algo mejor. También la ha maquillado

discretamente y sus ojos parecen más grandes y vivos. El policía la encuentra pálida, doliente, toda ojos, pero algo más recuperada.

Solo queda una cánula en su muñeca conectada a una bolsa de suero con la medicación y un gran cardenal que ocupa buena parte del dorso de su mano allí donde la aguja traspasa la piel. Marina ha adelgazado visiblemente en pocos días y parece que la piel ciña los huesos.

Hablan poco, ambos saben que las cosas importantes quedaron dichas la noche anterior. Marina le explica que Mario ha llamado a media mañana, que al final llegará antes de cenar y que le traerá un par de libros. Por su forma de hablar, por el tono que emplea y las palabras que escoge, el policía comprende que está considerando un futuro con él. Y con su hija. También que siente temor a equivocarse.

El inspector no pregunta y ella no dice más. Miran en la televisión una serie de policías que Tedesco piensa que ha sido escrita bajo los efectos de algún alucinógeno. Delirante. Un absurdo. Rien.

Abandona el hospital y la cabecera de Marina poco antes de que llegue Mario Corpas. Prefiere no coincidir con él. Si las cosas llegan más lejos, habrá tiempo. Mucho tiempo.

Las horas de sueño, sin ser suficientes, le bastarán, así lo espera, para poder permanecer despierto hasta la madrugada. El policía ha dejado de arrastrar los pies como un reo y el mundo ya no parece a punto de desplomarse sobre su espalda. Ha quedado con Diego Cuesta y Lidia Sampedro en la comisaría de Sants-Montjuïc. Ambos han aceptado participar en la operación. Lidia incluso le ha dado las gracias.

Chispea. Y, aunque la lluvia siempre le parece grata, las gotas diminutas que salpican sus párpados le resultan esa noche algo irritantes. O llueve, o no llueve, no está de humor para las medias tintas. De hecho, se siente tenso como sogá de ahorcado. Es una

operación arriesgada. Espera que Ribalta haya considerado todo lo que puede salir mal. Confía en él, pero sabe que a menudo los imprevistos dan al traste con el operativo policial mejor preparado.

Camino de la comisaría, el inspector atiende la llamada de Lidia. Entornando los ojos y con los cristales de las gafas por estorbo, Tedesco aprieta el móvil contra su oreja. Cree entender que, tras investigar vía internet y consultar directamente a un especialista, la agente ha podido confirmar que la calavera es de uso corriente en algunos grupos mafiosos para indicar el número de muertos que el personaje puede atribuirse. Una calavera, un muerto, dos calaveras, dos asesinatos, el brazo poblado de ellas... una verdadera matanza. Una masacre.

Añade Lidia que no es una norma general y que en ocasiones la calavera es empleada para señalar que, dentro de una organización, el sujeto no es un ladrón, ni un narco, ni un extorsionador, sino un asesino con todas las letras.

Ha aprovechado para confirmar que la jeringuilla tatuada es utilizada a veces por los diabéticos para informar de su condición si llegan a desvanecerse debido a la hipoglucemia. En esos casos la jeringuilla tiene inscrita la palabra insulina. No son muchos los que emplean un tatuaje, algunos se cuelgan una chapa del cuello o llevan una advertencia entre su documentación, pero algunas personas jóvenes utilizan ya esa opción.

—Entiendo.

Lidia añade:

—Pero también hay chicos y chicas, los góticos, los habrá visto... También se hacen tatuar cosas así. Calaveras, jeringuillas, cuervos, arañas, huesos...

Sin advertir que utiliza un teléfono móvil y que su interlocutora no puede verlo, Tedesco asiente con convencimiento. Vieja escuela. Los

ha visto. Los recuerda. Sigue asintiendo para nadie. Pálidos, vestidos de negro y con cara de no saber qué hacen en este mundo. La hija de una familia vecina, una chica tristísima, oscurece sus cejas, ya de por sí muy negras, y se pinta los labios y las uñas del mismo color, un negro absoluto, también es negra la sombra de ojos que convierte las cuencas en un túnel. Lleva pulseras con pinchos y la ropa oscura y desgarrada que permite entrever una piel casi blanca. En el cuello, la chica se ha hecho tatuar un par de colmillos y en lo más profundo del escote unas gotas rojas, como si de entre sus pechos manara la sangre. El policía juraría que la joven evita el sol por todos los medios y con resultados inmejorables.

La última vez que habló con su madre la mujer rompió a llorar en mitad del rellano, la chica se había hecho tatuar un línea de puntos en la cara interna de la muñeca bajo la inscripción «cortar por aquí».

—Para los góticos es una forma de señalar su condición, la tribu a la que pertenecen. La calavera es uno de los tatuajes más habituales.

—Bien, Lidia. Será suficiente. Te veo dentro de un rato en Sants-Montjuïc. Yo ya voy para allá.

## **RIBALTA**

Ribalta, en mangas de camisa y con los brazos en jarras, lo saluda a su llegada con la mejor de sus sonrisas. Parece alegre, pero sobre todo parece impaciente. Es un hombre de acción. Tedesco juraría que su colega genera adrenalina a discreción. Ribalta, con su calva casi total y sus kilos de más, necesita urgentemente practicar alguna detención, seguir una pista, tirar de un cabo, pisar la calle, gritar instrucciones, echar a correr... A diferencia de Tedesco, es de los que prefiere ganarse el sueldo arriesgando el físico.

Acompaña al inspector a su despacho y, entre sorbo y sorbo de cacao extradulce, le explica que tienen el coche, un Audi del modelo indicado por el ruso, y que vale una pasta larga. Que acaban de alquilarlo para la ocasión y que le están quitando los distintivos del alquiler. Que uno de sus hombres, de constitución y apariencia similar a la del amigo de Pinto y cubierto por la gorra cedida solo temporalmente por Óscar Navarro, seguirá de cerca a Pinto en el coche propiedad del amigo. El mismo vehículo que, casi por la fuerza, acaba de prestarles su colega a cambio de que le llenen el depósito.

Intentarán reproducir exactamente la maniobra habitual. No pueden ni deben descartar que Vladimir y sus secuaces controlen desde el principio el discurrir de los hechos.

—No sé cómo justificaré los cincuenta pavos que me ha pedido el maldito amigo de los cojones. Cincuenta pavos por dejarme un par de horas una gorra con más mierda que el palo de un gallinero y un Ibiza con más años que Matusalén... Pero ¿sabes qué? Si esto sale bien no me importará ponerlos de mi bolsillo. Habrá valido la pena.

Continúa explicando que ha previsto que el Piernas deje el Audi en el sitio acordado a la hora prevista y que suba inmediatamente al coche de su agente, el mismo mosso que se hará pasar por Óscar Navarro, para regresar cuanto antes a comisaría. Serán escoltados de cerca por un coche policial no logotipado estacionado ya en las proximidades.

Tedesco cabecea en señal de asentimiento. Todo parece haber sido pensado y planeado correctamente. Con probabilidad, él habría procedido de forma similar. Nada que añadir, nada que objetar. Aun así, intuye el riesgo. Nada es seguro. Imposible predecir cómo reaccionarán Vladimir y sus hombres. Quizás se líen a tiros. No puede descartarlo.

Ribalta continúa enardecido por la acción que se avecina. Él y sus agentes, un total de doce, y Tedesco en compañía de Lidia y de Cuesta, aguardarán en dos naves abandonadas que flanquean el sitio en el que se efectuará la entrega y en el interior de una furgoneta vieja que ya ha sido aparcada horas antes a pocos metros. Todo parece haber sido previsto.

—Uno de mis agentes de civil se acercará primero hasta el coche en el que llegue el ruso. No te preocupes, sabe lo que hace. Si es preciso nos cubrirá cuando nos acerquemos. Distráera la atención.

Tedesco lo interroga con la mirada.

—Lo hemos hecho otras veces. Funciona.

Y sigue explicando que los dueños de las naves no han tenido el menor problema en franquearlas para la Policía. Señala sobre un plano en la pantalla de su ordenador las naves situadas una a cada lado del lugar en el que se efectuará la recogida del coche por parte de Vladimir, el ruso diabético y potencialmente asesino. Casi frente a frente. Una situación inmejorable. Una encerrona.

—Vladimir, el zar de todas las mafias —añade Ribalta, apurando el cacao.

—¿A las naves se accede por una puerta metálica? —quiere saber Tedesco.

—Sí, como es lógico, pero ambas tienen también una puerta lateral para el personal. Las puertas metálicas se accionan desde el interior. Son lentas y hacen demasiado ruido. En principio abordaremos a los rusos saliendo por las laterales justo cuando uno de ellos se siente al volante del Audi, si es posible mientras busca la llave en la guantera y antes de que le dé al contacto. Las puertas laterales son mucho más discretas y nos conviene sorprenderlos. Seguro que van armados. Siempre van armados, ya sabes. Pinto sabe dónde debe aparcarlo, a unos diez metros de la furgoneta. Si no se equivoca...

Ribalta se interrumpe. Pinto es torpe, un detenido nervioso y torpe. Tedesco lo sabe. No pueden descartar un error.

—Vosotros y los dos agentes de la furgoneta iréis a por él, a por el que se disponga a conducir el coche robado, no creo que sea más de uno. Yo y el resto de mis hombres nos dirigiremos al primer coche. No olvides que uno de ellos ya estará cerca. Por otra parte, debes pensar que son calles anchas para que puedan entrar y salir camiones y furgonetas, aunque ya no sale ni entra casi nadie. De todas las naves, y son muchas, ya lo verás, no hay más que un puñado que conserven alguna actividad. Una pena. Debemos impedir que el ruso avance o retroceda. Saben lo que se hacen y hay espacio de sobras para maniobrar. Cuando salgáis de la furgoneta, el conductor la atravesará para que no puedan escapar.

Se interrumpe de nuevo y cambia el tono de sus palabras, que pasa a ser lúgubre, de callejón sin salida, de cueva sin respiradero.

—Para que te hagas una idea, aquello de noche es un puto desierto, y de día no es mucho mejor, no creas. Han ido todos a la puta calle, del primero al último, jefes, empleados... No se han salvado ni las ratas. Lo sé, tengo un cuñado que trabajaba allí, era fresador, ha sido de los últimos en saltar y se pasa el día en casa tocándose los cojones. A mi hermana la va a volver loca y él no está mucho mejor. Un drama, Tedesco. Un verdadero drama.

Ribalta toma aliento y continúa en parecidos términos. No hay otros. Ambos lo saben.

—Y los pocos que aguantan tienen un pie en el paro. ¡Polígono industrial! Un puto erial es lo que es. Un desierto.

Tedesco sabe de qué habla Ribalta. Aunque las zonas industriales próximas a las ciudades raramente tienen algún encanto, el cierre definitivo de muchas de ellas significa la degradación del espacio y la miseria para muchos. Para otros, cargados de años y de experiencia, la pérdida definitiva de la esperanza de seguir trabajando. Y, para

todos, un motivo más de preocupación. Las sucesivas crisis económicas están devorando el poco tejido industrial que el país conserva. Son tiempos de sálvese quien pueda.

Naves desiertas y asaltadas por los ladrones que arrancan cobre y plomo de cables y tuberías. Los mismos amigos de lo ajeno que, previamente, han apedreado las farolas de las calles para pasar inadvertidos. Cristales rotos, pilas de material inservible y abandonado a su suerte, documentos desechados, máquinas que probablemente no volverán a funcionar y ordenadores obsoletos o directamente inservibles. ¡Un puto erial postindustrial!

Peor. Mucho peor.

Ribalta no anda equivocado.

—Si todo sale como he previsto, en un par de horas estamos de vuelta.

Tedesco asiente. Un mosso del tamaño de una nevera industrial acompaña a Lidia y a Cuesta hasta el despacho de Ribalta. Ambos visten de calle.

—Dejo que los pongas al corriente, Tedesco. Tengo que supervisar un par de cosas, nos vemos dentro de un rato.

Ribalta arroja el vasito a la papelera y sale en mangas de camisa con la familiaridad del que atraviesa por enésima vez el pasillo de su casa.



**SÁBADO**

## TEDESCO

A Tedesco y a sus dos agentes la espera les parece eterna. Están en sus puestos desde mucho antes de la hora prevista en la que el Piernas debe bajar del Audi de alquiler para dejarlo a unos metros de la furgoneta abandonada. Quizás Vladimir haga vigilar la zona y es preferible no despertar sospechas. Esperan capturar a la organización entera y nada puede quedar en el aire ni a merced de la improvisación.

Funcionan las conexiones con el agente que lo seguirá en el coche de Óscar, su colega, el mismo que recogerá a Pinto tras la entrega y lo conducirá de nuevo a la comisaría. También con los hombres situados en la furgoneta y en la nave de enfrente. Mediante un pinganillo Tedesco recibe las indicaciones de Ribalta sin la menor dificultad. Todo parece dispuesto para atender cualquier eventualidad. Aguardan y ocupan el pensamiento como pueden.

Hace frío en la nave desierta, mucho más frío que en el exterior. Los grandes espacios vacíos acaban siendo, durante la noche, grandes acumuladores de frío. Para rematar la sensación, el aire circula libremente entre las ventanas desvencijadas. Recuerda haber leído en alguna parte la «teoría de los cristales rotos». Sería un buen lugar para constatar sus aseveraciones, piensa mientras Lidia se golpea los antebrazos con las palmas de las manos y salta sobre las puntas de los pies para entrar en calor.

Cuesta distrae el tiempo fumando con la mirada en las ventanas desguarnecidas que le permiten ver el cielo y distinguir en él alguna estrella. ¿A quién podría importarle el humo en una nave completamente vacía? Tedesco se arrima a la pared, se apoya en ella y cruza los brazos como para exponer la mínima superficie al frío ambiental. Lidia se sienta en unas escaleras que llevan a la zona

elevada de la nave, la de la administración, y se encoge sobre sí misma.

La destartalada nave alojaba meses atrás un taller de confección de prendas de piel. Ya no quedan máquinas ni herramientas de ningún tipo, probablemente han sido incautadas por los acreedores, pero todavía flota en el aire el olor a cuero teñido. Junto a las paredes, en sacos de plástico o esparcidos por el suelo, se acumulan los retales de colores. Los últimos desechos del patronaje, restos inservibles que ya nadie utilizará para nada. Con ellos no se forrarán más botones ni se coserán monederos o se solventarán los pequeños defectos de confección.

En un rincón, una manta ligera y sucia, un par de condones usados, varias botellas de cerveza vacías, algunas colillas y pringosos envases de comida preparada. Para rematar el conjunto, el penetrante olor a orines de los lugares en los que alguien se ha aliviado tras pasar la noche.

Siguiendo las explicaciones de Ribalta, Tedesco reproduce en su mente el orden previsto de las cosas. A diferencia del inspector de Sants-Montjuïc, Tedesco no disfruta con las misiones arriesgadas. Sufre lo indecible. Siempre extraordinariamente atento a posibles dificultades inesperadas y temeroso por la integridad de sus agentes. Sabe por la experiencia acumulada que las cosas no pueden preverse al cien por cien y que siempre existe un maldito margen para lo impensable. Una acción fortuita, una casualidad, un pequeño contratiempo puede hacer saltar por los aires una operación planificada hasta el último de los movimientos. Y de contratiempos inesperados la vida está plagada. Por ejemplo, a pesar de que todos ellos se han abrigado, como es lógico hacerlo en un mes de noviembre que se ha presentado lluvioso y frío —Tedesco lleva americana y un jersey no muy grueso, como siempre, y chaqueta de cuero ambos agentes—, nadie podía imaginar que en la nave vacía y expuesta por las ventanas rotas a los cuatro vientos el frío fuera mucho más intenso que en la calle. El inspector juraría que

Lidia tiembla y que acaba de sentarse en la escalera para que no resulte tan evidente.

También Tedesco siente frío. Mucho frío.

—Por lo menos ha dejado de llover.

Es la voz de Cuesta, que con gesto impaciente aplasta una colilla contra el suelo y se lleva las manos a los bolsillos del pantalón para calentarlas. Lidia, sentada en un escalón y encogida sobre sí misma, asiente.

Ribalta anuncia que el Piernas y el agente con la gorra calada de Óscar Navarro que lo sigue en el Seat Ibiza acaban de subir a sus vehículos y que es previsible que lleguen unos quince minutos más tarde seguidos por un coche policial sin identificaciones.

Lidia se pone en pie, Cuesta se acerca a la puerta lateral que han entornado, pero no cerrado para minimizar el ruido al salir, y mira hacia la calle. Es demasiado pronto. Lo saben, pero todo es preferible a la inactividad total, a la espera. En el aire, junto a ellos, sobre todos ellos, tensión acumulada, frío y una pertinaz corriente de aire de la que Tedesco espera lo peor. «No hay corriente buena», aseguraba con un rictus de prevención su sentenciosa abuela con una convicción que no dejaba margen a ningún tipo de duda.

## **EL PIERNAS**

Algo menos de quince minutos tarda el Piernas en aparcar frente a la nave, salir del coche a toda pastilla mirando en todas direcciones y meterse en el vehículo que lo sigue a pocos metros.

Extremadamente torpe, visiblemente alterado y con medio cerebro por amueblar, sale del Audi cojeando y llevándose con él la llave

electrónica. Por fortuna, el agente que se hace pasar por su amigo y cómplice en el asunto le indica que debe volver y dejarla en la guantera.

Así lo hace el Piernas, que no ve el momento de abandonar el lugar. Tiene tanto miedo que le cuesta respirar. Para ganar veracidad, y con toda la naturalidad del mundo, el agente añade:

—Tío, eres un puto inútil. —Sobra añadir que le sale del alma.

El Piernas cierra la puerta y se hunde en el asiento. No discute. Le sobra miedo y le faltan argumentos.

Se aleja el Ibiza del lugar de entrega tal y como han previsto. La primera fase ha concluido. Lidia reanuda los saltos silenciosos sobre las puntas de sus pies. Diego Cuesta parece cada vez más inquieto. Tedesco siente miedo. Siempre es así. Es miedo lo que se instala en su estómago y le produce una sensación tan cercana a la náusea. Otros, Ribalta entre ellos, encuentran estimulantes este tipo de situaciones, adoran la adrenalina. Tedesco, no. También en ese aspecto es un bicho raro. Un policía al que no le gusta la acción.

Nadie advierte que, unas calles más allá, antes de que el agente que conduce el Ibiza incorpore el vehículo a la circulación de la avenida cercana, un coche ha iniciado su seguimiento y se sitúa en paralelo.

Es un utilitario azul oscuro, un vehículo sin pretensiones en el que viajan dos hombres cuya situación en el interior, de haberla advertido a tiempo, habría extrañado al agente que quizás habría intentado distanciarse. El asiento del copiloto permanece extrañamente vacío. El pasajero, un tipo completamente calvo, corpulento y de ojos muy claros, viaja muy erguido justo detrás del conductor.

Pero no hay tiempo para nada. Todo pasa en un suspiro. Nadie, ni el policía al volante, se percata de que uno de los dos hombres, el calvo que viaja en el asiento trasero, baja la ventanilla, saca una

pistola pequeña, un arma corta, probablemente una Beretta 92, y apunta a la cabeza de Pinto. Está muy cerca. No puede fallar.

El Piernas, aliviado al dejar atrás el polígono, se ha enderezado en el asiento y enciende un pitillo.

Será el último.

## **RIBALTA**

El disparo impacta en la sien del detenido y lo propulsa en dirección al conductor, que durante unos instantes pierde el control del vehículo e invade el carril contiguo. Afortunadamente, de madrugada son muy pocos los vehículos que siguen en circulación. El agente agarra el volante con firmeza, endereza la trayectoria y aparta como puede a Pinto con el corazón a punto de atravesar la barrera de las costillas.

El conductor del coche desde el que han disparado ha acelerado cuanto da de sí el motor y ha abandonado ya la vía por una de las intersecciones. Apenas ha podido verlo. Solo su color oscuro. Una maniobra perfecta.

El mosso comprueba aterrado que Pinto ha recibido un balazo en la cabeza. Intenta sostener como puede el cuerpo, que se derrumba ahora sobre el salpicadero mientras estaciona en el margen. Trata de incorporarlo en el asiento. Acaba apoyándolo sobre el cristal lateral agujereado por la bala. Tiembla.

No puede volver atrás y acaba de perder de vista el coche desde el que han disparado. Su deber es llevar al herido a un hospital cuanto antes, no hay otra opción. Emprender una persecución en solitario con el corazón a mil no le parece una buena idea. No lo es. Ignora

que no hay absolutamente nada que hacer por el detenido. Ha muerto en el acto. Un disparo certero, fulminante. El coche policial que los seguía se sitúa ahora en paralelo. El copiloto baja la ventanilla. El agente, cuyas manos rojas de sangre se adhieren al volante, baja el cristal y grita:

—Le han disparado y han desaparecido. Un coche oscuro. No sé... Por poco no nos matamos —añade—. Voy a llevarlo a Bellvitge. Dad aviso.

Con la voz temblorosa, uno de los agentes del coche de seguimiento comunica lo sucedido a Ribalta mientras su compañero arranca y trata de seguir al vehículo que ha huido. Apenas ha estado unos segundos junto al coche en el que Pinto viajaba antes de que este invadiera un carril. Ninguno de los dos agentes que lo escoltaban a unos cincuenta metros de distancia ha visto nada. El sicario ha disparado desde el interior del vehículo con la ventanilla bajada.

—¡Me cago en la puta! ¡Cabrones! No perdonan un error. Esos hijos de puta no perdonan un error. Pinto falló una vez, solo una. Deberíamos haber pensado... Yo debería haber pensado que... Asesinos, unos putos asesinos es lo que son. ¡Me cago en todo! ¡Serán hijos de la gran puta! Al primero que se me ponga a tiro...

Sin dejar de proferir maldiciones, informa a Tedesco, que siente el horror subir implacable en dirección a la boca. También cae en la cuenta de que han subestimado a Vladimir y a su organización. Deberían haber previsto un castigo. Es bien sabido que, entre bandas organizadas, un fallo, cualquier fallo, se paga con la vida. Son mecanismos que se pretenden infalibles y como tales no admiten equivocaciones. Ni olvidan ni perdonan. Por un momento, el policía piensa en el número de calaveras que deben de adornar los brazos del asesino de Pinto. Legión.

El inspector, a su vez, informa a Cuesta y a Lidia, no puede dejar de hacerlo. Repite que deben extremar las precauciones. Mala gente.

Peligrosos, muy peligrosos. Asesinos a sueldo. Sin moral, sin escrúpulos. Ambos asienten, son conscientes, aseguran que ninguno de ellos correrá riesgos innecesarios.

—Tened mucho cuidado. No podemos cometer más errores.

Ambos se llevan las manos a los bolsillos en un automatismo. Necesitan comprobar la existencia y la proximidad de sus armas respectivas, las HK USP, las Heckler und Koch que proporciona a sus agentes la Policía Autonómica.

La calle permanece desierta durante algo más de media hora. Ribalta no se ha equivocado. Un puto y tristísimo erial postindustrial. Ni furgonetas ni camiones. Solo, a lo lejos, un hombre con el carrito metálico de un supermercado que deambula de una esquina a otra prueba las puertas de las naves, intenta arrancar los pomos inservibles y las placas que cuelgan de los laterales. Si le acompaña la suerte, quizás conseguirá entrar y arramblar con algún objeto de metal abandonado. Cualquier trasto de metal, una lámpara inservible, un bote de pintura, una plancha de chapa... Si es que queda alguno. Horas después, llevará lo que pueda a los chatarreros del Poblenou o a los de El Prat, que, con un poco de suerte, le darán cinco o seis euros por su carga. El inspector no puede evitar pensar en Nadeem.

El indigente es un hombre de mediana edad que se acerca al Audi abandonado por Pinto y que a Tedesco empieza a preocuparle. Se halla en zona peligrosa. En cuanto lleguen los rusos será un estorbo.

—Ribalta, Ribalta —susurra—. Ese tipo, el del carrito, no puede estar ahí. No sabemos cómo va a...

—Tranquilo, Tedesco. Es uno de mis hombres, va armado. Será el primero en acercarse, los inmovilizará durante un momento, lo que tardemos en llegar. Está todo previsto.

—Bien. —Y Tedesco cabecea, como casi siempre que intenta mostrar conformidad.

## **TEDESCO**

No es mala idea si todo sale bien. Pero... Conociendo los hechos, ¿cómo puede Ribalta afirmar que todo está previsto? Nunca, nunca, nunca está todo previsto. Acaban de comprobarlo. Al infeliz de Pinto le prometieron seguridad total y un trato de favor ante el tribunal si accedía a colaborar. No tendrá ni una cosa ni la otra. Solo promesas y una bala en la cabeza. Desde que vio la luz, el Piernas nunca tuvo suerte en la vida. Tampoco en su trato con la Policía.

El propio Tedesco ha forzado la situación. Estaba convencido de que todo saldría bien. Llegó a preocuparle que Pinto, al volante de un Audi, pudiera escapar, que lo intentara echando mano de sus facultades para conducir de forma temeraria al volante del Audi de alquiler. Por eso ordenó el seguimiento desde el principio del operativo. Trató de prever cualquier contingencia. Sin embargo, nadie pensó que Vladimir podía intentar...

¿Todo previsto? ¿Cuándo cojones está todo previsto?

Se siente un perfecto inútil, un bueno para nada culpable de negligencia. Tedesco no es un novato, sabe cómo las gastan. Conoce cómo funcionan, cuáles son sus reglas, qué pueden esperar. Y sin embargo...

El policía aguarda el curso de los acontecimientos con la mano derecha a la altura del estómago como un conquistador de pacotilla. De nuevo el síndrome del estómago contorsionista. Pocas veces en la vida se ha sentido tan mal.

## INDIGENTE

El mosso d'esquadra que empuja el carrito viste como para sentarse en las escaleras de un templo y alargar la mano. Se ha parado en la esquina y remueve con un palo los restos de una papelera desbordada. Parte de su contenido cae al suelo, a sus pies. Es un hombre paciente, sabe lo que hace y lo hace bien. El cabello aceitoso, el paso corto y el andar encorvado. Tedesco solo le encuentra un defecto a su apariencia, el agente se ha afeitado a primera hora de la mañana, la barba solo apunta.

Analiza con detenimiento bolsas de plástico, envases, papeles... Nadie habría sospechado que es un policía ejerciendo de pordiosero junto a una papelera repleta. Hace tiempo que nadie se ha molestado en vaciarla. Los recortes presupuestarios se aprecian en las grandes y en las pequeñas cosas, también en las papeleras rebosantes, cavila Tedesco por distraer el pensamiento. Recuerda a Nadeem. Malditas crisis, malditos ajustes y maldita puta miseria.

Tiene unas ganas infinitas de que la operación acabe de una vez. Siente el miedo en la mente y el relente en los huesos. Intenta disimular un estremecimiento.

Diego Cuesta y Lidia Sampedro se han situado ya junto a la puerta. Sus siluetas, aumentadas por los chalecos de protección, parecen pertenecer a otros, a personas más gruesas. Afortunadamente, hace horas que ha dejado de llover y la luz de la luna en cuarto creciente penetra por todos y cada uno de los resquicios. Han acabado por acostumbrarse a la semipenumbra de la nave y reconocen sin esfuerzo formas y volúmenes.

El agente, que viste como un pordiosero y parece un pordiosero, será el primero en avistar el coche. Ribalta espera el aviso, la

comunicación parece funcionar sin fallo alguno. Ninguno de ellos conoce ni la marca ni el modelo del vehículo, Pinto no lo ha visto nunca. Cualquier aviso puede ser una falsa alarma.

No lo es.

Con la cabeza baja y la vista en el interior de la papelera, el agente comunica que se acerca un coche gris oscuro, un coche grande cuya marca no puede distinguir. Poco después, mientras examina con interés los restos de un bocadillo mediado y parece a punto de llevárselo a la boca, confirma que los ocupantes son tres, todos ellos hombres.

El vehículo se acerca y estaciona detrás del Audi que Pinto ha aparcado frente a las naves desalojadas y a poca distancia de la furgoneta aparentemente abandonada en la que aguardan más policías. Tras él se aproximan el mosso y su carrito.

Tedesco observa que, según la descripción proporcionada por Pinto, es Vladimir el que viaja como copiloto. Probablemente es el jefe y no se moverá, no saldrá del vehículo. Para eso están sus hombres, para correr con las molestias. Y con los riesgos.

Acierta.

Sin mediar palabra, el hombre grueso y no muy alto que viaja en el asiento posterior sale del vehículo y se aproxima al Audi. El conductor baja la ventanilla y le grita algo que ninguno de los agentes, que aguardan en absoluto silencio, puede entender. El hombre contesta con un desaire, también ininteligible, y un gesto de desdén consistente en separar del resto el dedo corazón y apuntar al cielo.

Una peineta. Idioma universal.

Sigue a lo suyo y no presta mayor atención a su cómplice al volante, que sigue gritando con la intención evidente de provocar su cólera.

El hombre abre la puerta delantera del Audi último modelo alquilado por la Policía horas antes, entra y busca en la guantera la llave que ha de permitirle activar el motor.

El mosso y su carrito están ya junto al coche en el que aguarda Vladimir. El agente se acerca con el andar torpe de borracho a la ventanilla delantera en la actitud del que pide algo para llevarse a la boca, mejor algo en estado líquido. Tedesco cree escuchar una cantinela parecida a la de los mendigos que recorren diariamente los vagones de metro.

*Es muy triste tener que...*

Pero la mano que el falso mendigo introduce a través de la ventanilla no está vacía como lo está la de un indigente. Esa mano sujeta con firmeza una pistola que el conductor se encuentra de golpe y porrazo ante las narices. En el asiento contiguo, Vladimir se lleva la mano al bolsillo de la chaqueta en un gesto tan rápido que el agente apenas acierta a verlo.

—¡Quieto! —ordena el agente al conductor—. Quieto o te vuelo la cabeza.

Al mismo tiempo, un par de policías saltan de la furgoneta y apuntan al hombre que acababa de dar con la llave del Audi y se dispone a arrancarlo. Allí se dirigen, en un abrir y cerrar de ojos, Tedesco y sus agentes hasta rodear el vehículo. Diego Cuesta abre la puerta delantera y tira impetuosamente del hombre. Son tres los agentes que apuntan a su cabeza.

—Fuera, fuera inmediatamente —repite mientras tira de él.

El hombre, que acaba de golpearse la cabeza al tratar de salir del vehículo, obedece encogiéndose de hombros, como si no entendiera ni la situación ni las palabras que el agente profiere. Intenta mantener el equilibrio y no caer de bruces sobre el asfalto. Tedesco observa que también él se ha hecho tatuar una calavera en una

mano y una bala en la otra. Espera que no tenga ocasión de aumentar la ristra de cráneos.

## **VLADIMIR**

Ribalta y sus hombres han salido disparados en dirección al coche justo en el momento en el que Vladimir acaba de sacar el arma. Ribalta corre en mangas de camisa y sin chaleco antibalas. Tedesco lo advierte de reojo y maldice interiormente su temeridad. Lidia no puede creer lo que está viendo. El inspector de Sants-Montjuïc es el primero en abandonar la nave a la carrera y, a pesar de su corpulencia, el primero en alcanzar el vehículo cuando el disparo desbarata la noche.

Tedesco apunta ahora al hombre del Audi al que Cuesta esposa, pero tiene la mirada en el vehículo de Vladimir. Lidia lo registra a conciencia en busca de armas y encuentra una pistola Glock en el bolsillo derecho de su chaqueta.

—Bingo —exclama la agente sin que nadie alcance a oírlo y sin que el detenido, grueso, desconcertado y de origen ruso acierte a entender.

Cuando suena el disparo, Tedesco, sin dejar de apuntar, teme lo peor. Está en su naturaleza. Siempre teme lo peor.

Ribalta devuelve el tiro y alcanza a Vladimir en el hombro. El ruso profiere un grito agudo. Un arma, una pistola de cañón corto, cae sobre el cambio de marchas mientras un agente abre la puerta del copiloto, sorprende a Vladimir, que se ha llevado la mano a la clavícula, y tira de él obligándolo a salir del coche. A Vladimir le fallan las piernas y cae sobre el asfalto. Está casi paralizado por el

miedo. En pocos segundos tiene el pecho y las manos cubiertas de sangre. Mira y no puede creer. Grita.

Las heridas en el hombro siempre son dolorosas y sangran a discreción, resultan largas de curar, pero no mortales. Ribalta sabe lo que hace, lo quiere vivo, lo suficientemente vivo como para proporcionar nombres y datos incriminatorios. Vladimir, al que un mosso airado pone en pie a tirones, parece a punto de desmayarse.

El policía del carrito ha dado un paso atrás apartándose del coche. Casi un salto. Se lleva la mano al tórax y retira el chaleco unos centímetros. Comprueba que no hay sangre a la vista, pero el dolor es intenso. Y el espanto. El chaleco antibalas, de uso obligatorio en operaciones que entrañan riesgo y que Ribalta parece haber olvidado en alguna parte, ha impedido que la bala le atravesase el corazón. Vladimir también sabe lo que hace. Un disparo mortal. Al agente no le queda color en el rostro. Se aleja en cuanto puede con pasos inseguros. Otros controlan ahora la situación. Necesita serenarse, comprender que acaba de tener un golpe de suerte. Si el ruso, rápido en sus movimientos y sin escrúpulos de ningún tipo, hubiese apuntado a su cabeza, en estos momentos sería un puto cadáver con el cráneo destrozado. Poco más o menos como Manuel Pinto.

## **LIDIA**

Lidia lo conoce, años atrás siguió con él alguno de los cursos preparatorios antes de incorporarse a la comisaría. Simpatizaron. Pide permiso a Tedesco con la mirada para salir corriendo detrás del agente, que camina tambaleante y se aleja del vehículo. La situación está controlada y los detenidos esposados. Tedesco le indica que puede echar a correr. Lo hace.

El mosso acaba de sentarse en un bordillo y todavía conserva la mano en el pecho justo donde ha impactado la bala. Siente dolor y le cuesta respirar. Lidia recoge la pistola que el mosso ha dejado caer y lo ayuda a desprenderse del chaleco. Está lívido. Y callado. Le tiemblan las manos y el corazón ha enloquecido. Está demasiado asustado para reconocer a la agente de la cola de caballo cuyo rostro le resulta familiar. No recuerda su nombre.

Lidia comprueba que la bala no ha penetrado en su tórax y se sienta junto al mosso. Sujeta sus hombros rodeándolo con el brazo y le susurra palabras tranquilizadoras. Utiliza su nombre.

El mosso se recupera poco a poco, aunque tendrá que pasar por el hospital para verificar su estado. Quizás el impacto haya fisurado una costilla. El falso indigente recuerda a Lidia y trata de sonreír.

—Hay días que tengo mejor aspecto. —Y al hablar se lleva una mano a la altura del corazón. Lidia lo ayuda a levantarse.

Diego Cuesta, que trata de hacer que el ruso entre en un coche policial, no puede evitar mirar a la pareja. En su mirada Tedesco identifica un rescaldo de envidia.

Junto a ellos todo son voces, órdenes, ruido y coches de Policía que se acercan con los girofaros encendidos violentando la penumbra de la calle mal iluminada. A gritos, Ribalta orquesta el final de la operación. Todo acaba y lo hace ruidosamente. Siempre es así.

Lidia ayuda al mosso a entrar en uno de los coches.

Tedesco piensa en Pinto. Nunca tuvo la suerte de cara. De hecho, el inspector sabe que hay personas a las que persigue la desgracia desde la cuna, desde algunos meses antes quizás. Cojera, abandono paterno, quizás maltrato, nula autoestima...

Un policía viejo, un madero casi a punto de retirarse, sabe que son muchas las formas que adopta la mala fortuna.

Y no siempre resultan evidentes.

## **TEDESCO**

Por fortuna, Ribalta se ha hecho cargo del resto de la operación. No ha eludido su responsabilidad. Dará explicaciones, hablará con el juez, con los mandos superiores... Le ha asegurado mil veces que podían marcharse, que él se encargaría de todo. El inspector Tedesco, desfallecido, se ha desentendido y, casi con las primeras luces y en compañía de Lidia y de Diego Cuesta, abandona la comisaría de Sants-Montjuïc en un coche policial.

Llega a casa con el alba. Del cielo, que clarea y es del color del plomo fundido, caen unas gotas como puños. No consigue olvidar la desdichada muerte de Pinto ni el hecho de que hubieran debido prever que algo así podía pasar. Le pesa el error cometido como una losa sobre el ánimo. Por mucho que lo intente nunca olvidará que propuso utilizar a Manuel Pinto.

—Tal y como ha sucedido todo difícilmente habría podido evitarse —ha dicho Lidia en el coche policial que los llevaba hasta sus casas bajo un aguacero que se estrellaba ruidosamente contra la carrocería—. He hablado con el agente que conducía, lo conozco. Fue todo muy rápido. El inspector Ribalta había pensado en todo, había previsto un coche escolta de los Mossos que acababa de ponerse en marcha, pero no pudieron impedir... Tampoco pudieron seguirlos. Los perdieron la pista. Todo fue muy rápido, esperaban muy cerca. No hubo tiempo para nada. Y no se mataron los dos porque era de madrugada y apenas circulaba nadie.

Era lo que necesitaban oír y era cierto. Probablemente Lidia tenía razón en casi todo. Y sin embargo... Cuesta, a su lado, ha rematado sus palabras.

—Si hubiera seguido en libertad, a Pinto se lo hubieran pelado igual. Eso seguro. No sabían que estábamos allí. Su asesinato estaba previsto, lo habían preparado. Había cometido un error y no cometería ninguno más. Y en prisión tres cuartos de lo mismo, lo habrían matado al día siguiente. Tienen gente en todas partes.

*Si hubiera seguido en libertad... Probablemente Cuesta estaba en lo cierto. Pinto tenía los días contados tanto en libertad como en la cárcel.*

—Había cometido un error, no había cumplido. Estoy seguro de que no se fiaban de él. Estaba sentenciado.

No ha continuado.

Ambos tenían buena intención y sabían que no bastaba, que en asuntos así los buenos propósitos sirven de bien poco. La agente ha asentido en silencio mientras la lluvia martilleaba con cólera sobre el techo del vehículo. Durante el trayecto, el inspector tenía la sensación de hallarse en el interior de un tambor. Lidia no ha conseguido apartar de su mente la imagen del compañero aterrado al que un chaleco antibalas acababa de salvar la vida.

A Tedesco el ruido apenas le permitía pensar. Recordaba, a su pesar, cómo Ribalta y él le habían prometido a Pinto que le hablarían bien al juez, que recibiría un trato de favor si colaboraba con ellos, quizás una condena menor, algún privilegio carcelario... Y él no había desconfiado, convencido de que los polis eran unos hijos de puta pero no podían mentir. Todo había quedado en nada. El futuro, la propia vida. Todo.

Nada.

Cuando el policía se descalza al entrar en el piso vacío, busca de inmediato las pastillas que pueden ayudarlo a dormir unas horas. Las necesita. Consigue dar con ellas tras revolver un par de cajones

y formular unas cuantas maldiciones a medio camino entre la rabia y la amargura. Maldiciones de poli exhausto. Derrotado.

Los ojos cansados, las piernas rendidas y el ánimo del que no puede arrastrar el alma que dicen los que creen entender que es etérea, ingravida, leve. Con la palma de la mano se lleva algo de agua hasta la boca e ingiere una de las pastillas. Orina apoyándose con una mano en la pared y se estira en la cama sin desvestirse. Espera la llegada del sueño con los ojos cerrados y el pensamiento en apuros. Es tal el cansancio que solo alberga un deseo: dormir. Quizás sus deseos son dos: dormir y olvidar.

Así, completamente vestido, lo halla Ángela a media mañana. Trata de no hacer ruido y el policía no se despierta. Con lo poco que encuentra en la nevera le prepara algo de comer: una tortilla, un par de tomates abiertos y aliñados y las sardinas de lata sobre un par de tostadas, las últimas tostadas ya humedecidas que encuentra en un paquete. El policía es un buen hombre. A menudo Ángela se compadece de él. Demasiado solo, demasiado nostálgico.

Pasado el efecto de la pastilla cuyo nombre nunca supo, el policía retira como puede el sueño de sus ojos, se levanta y se abalanza sobre el plato que Ángela ha dispuesto en la mesa del comedor antes de irse. Son las dos del mediodía. Le da las gracias interiormente por el detalle. La aprecia.

El policía no tiene manías; por no tener, Mauricio Tedesco casi no tiene ni preferencias. Siempre ha sido hombre de buen conformar. Saciada el hambre, llama a Marina y a Romeu. A la primera le promete pasar por el hospital a media tarde.

—Estoy bien, papá. Te lo aseguro. Esta mañana me he levantado completamente sola, sin ayuda. Estoy mejor. Ha pasado el doctor, quizás el lunes, si todo va bien, podré irme a casa. Es una buena noticia. Necesito salir de aquí. No pienso en otra cosa.

Tedesco abandona la conversación algo más tranquilo. Reconfortado. Efectivamente, son buenas noticias, inmejorables. Valora la posibilidad de proponerle a Marina que pase unos días en su casa atendida por él y por Ángela. Le gustaría hacerlo, dedicarle horas, hacerle compañía, podría quizás utilizar algunos días de las vacaciones que le corresponden anualmente. Nunca tiene planes y acaba mortalmente aburrido cruzando historias con Romeu en la barra del París que no cierra nunca. Se ilusiona durante unos instantes.

Hablará con Marina.

## **ROMEU**

Busca en el móvil el teléfono de Ignasi Romeu y le propone tomar juntos un café en el París. Tendrá el tiempo justo para ducharse, vestirse y bajar a la cafetería. Media hora, quizás menos.

—Tengo muchas cosas que explicarte. Y no todas buenas.

—Me lo imagino, no pareces la alegría de la huerta. ¿Traigo Prozac?

—Hasta luego, Ignasi.

El policía retirado se apresura a aceptar al tiempo que coge del perchero paraguas, gabardina y bufanda y se despide de su mujer con un «Vuelvo dentro de un rato» que en sus labios puede significar la tarde entera. Ambos lo saben. Su mujer, Elvira, no replica. Una tarde entera sin tener a su marido resoplando de disgusto por la inactividad mientras sujeta el mando del televisor y cambia de canal al ritmo de la respiración, es una buena aproximación a la felicidad.

—¡Descafeinado, Ignasi, descafeinado! —eleva la esposa su consejo al vacío justo en el momento en el que Romeu cierra la puerta a sus espaldas y decide que no ha oído nada.

A Tedesco le gusta hablar de lo sucedido y relatarlo detenidamente para el amigo. Es como revisar los hechos bajo una luz nueva. Y no le importa hacerlo mientras en la televisión alertan sobre las amenazas que se derivan del cambio climático. En la pantalla, las imágenes de las últimas lluvias que han ocasionado en algunas provincias crecidas imprevistas, y han provocado la desaparición de los ocupantes de un vehículo y la inundación de garajes y locales comerciales. Las precipitaciones sumadas a la deforestación rampante y a meses de sequía pertinaz han arrastrado toneladas de barro sobre una urbanización. En pantalla, un gráfico muestra la evolución de la temperatura y la distribución de las precipitaciones a lo largo del año. Nada bueno. Tampoco son halagüeños los presagios a corto y medio plazo. Nadie se atreve a aventurar qué puede ocurrir a cien años vista.

Por otra parte, el presentador informa de que en Brasil han emprendido un nuevo lavado de cara en las favelas y de que en Barcelona y Madrid los manifestantes siguen protestando por una inversión insuficiente en sanidad y educación. Cuando unos minutos después Romeu entra y pide un café, algunos hombres jóvenes, en camiseta y pantalón corto, se afanan detrás de una pelota y en la barra el camarero lanza imprecaciones a un árbitro que acaba de sacar una tarjeta amarilla.

—¡Será cabrón!

Tedesco considera que tener como telón de fondo las efímeras pasiones del día a día no puede resultar más apropiado. Le gustan los bares y las cafeterías, pasa horas acodado en una barra o sentado a una mesa ojeando un diario. A su manera, el policía se siente acompañado, algo menos solo.

Le explica a Romeu cómo tuvo lugar el asesinato de Pinto, y cómo le dispararon casi a boca de cañón desde un coche situado a pocos palmos justo cuando había finalizado su colaboración y regresaba al calabozo de la comisaría. Le habla de un crimen que responde sin fisuras a la lógica cruel de las bandas organizadas y de su propia e insobornable mala conciencia.

—No sabes cómo me pesa haberle animado a...

Romeu asiente, ha pasado en alguna ocasión por una situación similar. Por otra parte, conoce a Pinto, sabe de él y de sus gestas al volante. También recuerda perfectamente que, en el fondo, era un pobre hombre, un joven cojo y nada agraciado, al que la vida no había tratado bien. De seguir vivo, su futuro en la prisión no pintaba mucho mejor. Por si eso fuera poco, es bien sabido que las organizaciones criminales tienen gente a sueldo en todas partes.

Le habla Tedesco de Vladimir, de sus tatuajes, de su castellano sin el menor acento y de que, efectivamente, es un asesino diabético. Del disparo que a punto estuvo de acabar con la vida del agente y de la temeridad de Ribalta, que salió a la calle corriendo y empuñando su pistola a pecho descubierto.

Poco después, el policía abona la cuenta y se despide de Romeu, que asegura no tener ninguna prisa y pide un segundo café corto. Aprovechando que la lluvia, aparcada desde hacía días sobre la ciudad, parece conceder una tregua, el inspector echa a andar en dirección al Hospital Clínic.

Le gusta la idea de atravesar a pie la ciudad empapada y casi vacía.

## **MARINA**

Que Marina está mucho mejor resulta una evidencia. Ha ganado algo de color en las mejillas, y el gesto de dolor que desde el accidente la acompañaba en todo momento casi se ha desvanecido. Sonríe abiertamente cuando el policía asoma la cabeza. Lo saluda jovial, parece contenta de verlo. Lo está.

Mauricio Tedesco avanza con la media sonrisa que le permiten las circunstancias. No se acostumbra a verla allí con una parte de la cabeza vendada, conectada a una botella de suero y casi inmovilizada. Marina deja el diario junto a sus piernas cuando el inspector se acerca. Se desenvuelve mejor y el gesto no se le rompe a la menor insinuación de movimiento.

—Mario ha pasado hace un rato, a mediodía —dice, señalando el periódico del día y una novela de tapas rojas sobre la mesita.

En la cama cercana, la misma que el día anterior estaba vacía, Tedesco advierte que un hombre mayor dormita dándoles la espalda.

—Su mujer acaba de irse —le explica Marina casi en un susurro—. Cuando ella está aquí, se convierte en un viejo insoportable, un tirano. Si vieras cómo la trata. Un par de veces he estado a punto de...

Tedesco le indica que guarde silencio, que preferiría que el hombre no se despertara. No necesita más problemas. De hecho, se siente incapaz de bregar con los que ya tiene. Se sienta en la butaca próxima a la cabecera de Marina y le acaricia levemente la mano.

—He tenido suerte, ¿verdad?

Tedesco asiente. También él, a su manera, puede considerarse un hombre afortunado.

—No dejo de pensar en el taxista. No lo conocía, apenas hablamos, sé cómo se llamaba, me lo han dicho, pero... No sé, papá. Él murió, y yo estoy aquí. Viajaba a un par de palmos, muy cerca. Él tenía

mujer, hijos... Yo... No sé. La vida es extraña. Tan extraña... Me explicó uno de los polis...

Tedesco carraspea y frunce el ceño.

—Corrijo, un agente, papá. Me explicó el agente que vino el primer día que si la papelera hubiera estado un metro más atrás, quizás habría muerto yo. O ninguno de nosotros. O ambos. Es todo tan extraño que si el ayuntamiento no hubiera colocado papeleras, quizás el taxista seguiría con vida. Estoy hablando de una maldita papelera, papá. ¡Una papelera!

Una papelera. Verdaderamente da qué pensar. Tedesco no abre la boca. También él le ha dado vueltas al asunto. Como es de esperar, no ha llegado a ninguna parte. No sabe qué decir, solo bendecir íntimamente al desconocido operario municipal al que no llegará a conocer y que colocó la papelera en ese lugar y no en otro y que, al hacerlo, salvó a Marina de una muerte terrible.

—Cuesta entender una cosa así. Él, sí; yo, no. Y nada parece tener sentido. Yo no se lo encuentro. Y, sin embargo, sé que me alegro, me alegro de seguir aquí.

Permanecen ambos en silencio durante mucho rato pensando cada uno en sus cosas que quizás sean las mismas o parecidas. Cosas mil veces pensadas, mil veces no entendidas. Aparcadas eternamente. Es un silencio largo, amable.

En la cama de al lado, el hombre se mueve, estira las piernas, alza un brazo que vuelve a bajar casi inmediatamente, tose un par de veces y emite un suspiro que recuerda lejanamente a un estertor.

El inspector desea ver a su hija fuera de allí. A kilómetros de distancia de cánulas, respiradores, agujas, tubos, cuñas... Rehúye los hospitales por principio. Hay quien no entiende que pueda gustarle su trabajo, el de policía. Tedesco no consigue comprender que

alguien pueda pasar tantas horas diarias entre lamentos, sangre, orines, cortes por cicatrizar y engañosas palabras de consuelo.

Se arma de valor.

—Marina, estaba pensando que si el lunes te dan el alta y puedes irte de aquí, podrías pasar unos días en casa, pocos, los que tú quieras. Los que necesites hasta que te recuperes. Yo podría... Yo tengo días de vacaciones y me...

Titubea. Marina no soporta la presión, a veces reacciona mal. Como si quisiera librarse de ella. Y de él.

—En casa no te faltaría nada, yo... Además, está Ángela, ya la conoces. Si tú quieres...

—De acuerdo, papá. Yo también lo había pensado. Me irá bien y tengo ganas de que me mimes unos días. No muchos, que luego te acostumbras.

—Perfecto.

Y lo es.

—El lunes estaré aquí cuando pase el doctor y nos vamos en cuanto te diga que puedes salir. Ni un minuto más.

Marina asiente. Sabe que el policía detesta los hospitales con toda el alma.

—Necesitaré algunas cosas, papá. Tengo cosas pendientes y espero poder, si no ponerme al día, sí dar explicaciones... Tendrás que pasar por mi piso.

—Haz una lista y me indicas dónde puedo encontrarlas. Sabes que hay cosas que no se me dan bien.

Una mujer mayor con cara de cansancio y los tobillos extraordinariamente deformados por la mala circulación entreabre la puerta y aparece en el umbral. Marina se lleva un dedo a los labios y dice:

—Duerme.

De inmediato, el hombre, que parecía dormitar, se gira para contradecirla.

—¿Luisa? ¿Luisa?

—Ya estoy aquí, Sebas —se apresura a contestar la mujer, que calza zapatillas de paño, probablemente el único calzado en el que consigue encajar los pies.

—¿Se puede saber qué coño has hecho?

Marina baja la mirada. La mujer, que no tiene el menor aspecto de haber participado en una orgía, avanza con esfuerzo y probablemente con dolor en dirección a la cama que ocupa el hombre. Camina con dificultad, como si cada paso fuera una condena, y masculla disculpas que nadie quiere oír. Sebas tampoco. Sigue protestando y quejándose por el abandono al que según él lo somete su esposa. Solo se escucha a sí mismo.

A Tedesco le parece oír que la llama «pendón». La mujer llega junto a la cama y se sienta en la butaca destinada a los acompañantes. Resignada, se dispone a aguantar lo que llegue.

El policía se pone en pie.

—Creo que es mejor que me vaya.

Marina ladea la cabeza y esconde la cara detrás del periódico. Susurra:

—Dichoso tú que puedes salir de aquí.

Tedesco le estampa un beso en la mejilla y sonríe. Ciertamente y, a su particular manera, experimenta algo cercano a la dicha. Tener a Marina cerca, hacer lo que no hizo cuando era una niña, basta para alegrarle los días.

—Estoy deseando que estés en casa.

—Solo unos días, papá, recuérdalo.

—Lo sé, Marina, no lo olvido. Solo unos días.

Bajando la voz, arriesga:

—Pero lo estoy deseando.

Y, antes de salir, añade en dirección a la pareja mal avenida:

—Señora, si necesita usted algo dígaselo a mi hija. Ella sabe dónde encontrarme. Soy policía.

## **TEDESCO**

Cuando Mauricio Tedesco abandona el hospital, ha dejado de llover. Del aguacero que ha contemplado a través de los cristales solo quedan las gotas que se desprenden de las hojas de los árboles. En la ciudad se ha levantado un viento que procede del mar y arrastra frío. Un viento desagradable que arrecia con la proximidad del anochecer y que despeja las aceras y obliga a los paseantes a caminar encogidos y ligeramente inclinados hacia adelante como si atravesaran el desierto durante una tormenta de arena.

Tedesco apenas repara en ello. Se sube las solapas de la americana, mete las manos en los bolsillos y, a buen paso, se dirige a la comisaría. Son tantas las cosas que pasan por su cabeza que se siente algo perdido. Necesita tiempo.

Parado ante un semáforo, esperando la aparición del hombrecillo verde junto a una mujer que le habla a su perro al que llama Rafael, Tedesco levanta la vista. Advierte cómo, sin que nadie a la vista pulse interruptor alguno, por obra y gracia de la tecnología se encienden justo en ese instante las farolas de la calle. Todas.

Sonríe.

La mujer echa a andar ante los coches que acaban de detenerse sin dejar de aleccionar a Rafael sobre la conveniencia de apresurarse. Tedesco no se mueve. Permanece en la acera contemplando cómo, a derecha e izquierda, se encienden las farolas con un parpadeo. Es su momento, ese santiamén casi mágico en el que en la ciudad se encienden las farolas. Años atrás, toda una vida, Fina se reía de él si mientras paseaban se hacía la luz. Sabía que al inspector ese instante se le antojaba fascinante. Magia blanca.

«Y la luz se hizo», decía, y le apretaba el brazo o le ofrecía una sonrisa. A veces incluso le estampaba un beso.

Echa tanto en falta ese conocimiento íntimo, esa preciosa complicidad, que los ojos se le llenan de lágrimas.

El policía no cruza. La mujer que tira del perro se aleja sin dejar de hablar con el animal. Ha bajado la voz y se diría que le hace confidencias. El perro no parece percatarse y tira enérgicamente de la correa. Quizás pretende escapar a su voz. No puede. Tampoco en el futuro. Rafael es un condenado a perpetuidad.

Tedesco permanece varado en la acera contemplando la luz blanca contra el cielo morado. Es esa la luz que Tedesco prefiere. No la anaranjada que el ayuntamiento impone en los últimos años porque

resulta más sostenible. Una luz macilenta que todo lo puebla de sombras en una fastidiosa y tristona penumbra. Completamente ensimismado habría podido permanecer allí, al pie del semáforo y frente a la circulación que no perdona, durante mucho rato. Abstraído en la contemplación del todo y de la nada. Todos sus pensamientos se han esfumado, también las preocupaciones y la maldita mala conciencia.

Un instante de calma. Un espejismo.

Podría haberse encontrado en un claustro benedictino, admirando un paisaje de cumbres nevadas o junto al mar en una playa desierta contemplando un atardecer multicolor. No es así. Se halla inmóvil junto a un semáforo en una calle transitada y ruidosa entorpeciendo el paso.

Y allí continúa, sumido en su espejismo de soledad y vacío, cuando escucha a su espalda lo que interpreta como un aleteo poderoso que le hace estremecer.

Flop, flop, flop.

Un gran pájaro parece batir sus alas sobre su cabeza al tiempo que algunas gotas salpican su coronilla. Se sobresalta.

Flop, flop, flop.

No llueve.

El escalofrío le recorre la espalda desde la rabadilla hasta la nuca. Se gira muy despacio súbitamente amedrentado por lo desconocido. Lo desconocido asusta, siempre ha sido así.

Flop, flop, flop.

Quizás una paloma desorientada o una gaviota que explora tierra adentro. Por el ruido debe de tratarse de un animal poderoso. Un

águila, un buitre, un cuervo, un halcón... Pasan algunos nombres por su mente. Tampoco conoce muchos más.

Flop, flop, flop.

También se pasean por su cabeza algunas imágenes de aves asesinas que remiten directamente a una película que años atrás consiguió intimidarlo.

Saca fuerzas de lo que es verdadero recelo y levanta la mirada con aprensión. Teme que una bestia alada acabe agarrada a su pelo o cebándose en sus ojos.

Flop, flop, flop.

No tarda en comprobar con alivio que el extraño aletear no procede de un ave. Es el ruido de un plástico transparente que cubre la ropa tendida en unos alambres frente a una ventana en el primer piso, justo por encima de su cabeza. Sujeto con unas pinzas, el plástico permanece en su lugar, pero es sacudido furiosamente por un viento despiadado que arranca las hojas de los árboles y alborota papeles sobre las aceras.

Flop, flop, flop.

También su madre y su abuela cubrían la ropa mojada con un plástico parecido muchos años antes de que las lavadoras centrifugaran como aceleradores de partículas y en muchas casas funcionaran las secadoras.

Es un plástico blancuzco casi completamente transparente que continúa haciendo flop, flop, flop y que aviva un recuerdo crucial, un detalle importante, algo que necesita recordar. Justo aquello que necesita recordar.

El policía permanece allí, sin moverse, durante unos minutos. El tiempo necesario para escarbar en la memoria, para establecer las

sinapsis precisas, las justas y necesarias entre miles y miles de ellas.

No es fácil.

Un hombre maduro, casi viejo, parado sobre una acera y mirando las farolas y la ropa tendida. Le importa bien poco lo que puedan pensar. De hecho, ni tan siquiera le pasa por la cabeza que pueda llamar la atención de los paseantes. Sabe que debe permanecer allí, junto a ese semáforo y a pocos metros del plástico cuyo ruido, a ráfagas, ha conseguido asustarlo. Sabe, con la imprecisión con que se saben esas cosas, que hay algo allí, oculto en esa luz que reflejan los cientos de gotas que con el viento salen despedidas en dirección a las cabezas.

Algo que el policía necesita entender.

Y no piensa moverse. No es Mauricio Tedesco de los que dejan las cosas a medias. Pasados unos segundos, recuerda. Y entiende, y a punto está de saltar sobre la acera. No lo hace. No pierde la compostura.

Se limita a apretar el paso.



**LUNES**

## MANEL

La lluvia ha abandonado la ciudad en unas horas y el viento ha dejado un cielo de un azul intenso como fondo de piscina. La humedad en el aire es casi nula y el policía ya ha podido comprobarlo en carne propia al empujar la puerta metálica del París para el primer café y recibir, de paso, una primera descarga de electricidad estática. No será la última. Es un acumulador andante y en días de ambiente seco acaba cerrando y abriendo puertas con pies y codos, pulsando botones de porteros automáticos con ayuda de un bolígrafo y analizando las fibras antes de encasquetarse una prenda. Más raro todavía a ojos de los demás.

¿Cómo puede no gustarle la lluvia?

El informe de Ribalta es exhaustivo. Incluye el resultado detallado de los interrogatorios y el de los registros en los domicilios de los detenidos. Armas, varios miles de euros y algunos gramos de droga. Aunque Vladimir y sus colaboradores han acabado por dar los nombres y las direcciones de los asesinos de Pinto, la Policía no ha podido detener ni al conductor ni a su acompañante. Probablemente, al no reunirse con ellos en el momento acordado, han deducido que algo iba verdaderamente mal y han decidido quitarse de en medio.

En un correo electrónico aparte, Ribalta asegura que acabará por dar con ellos aunque sea la última cosa que haga. Y aunque Tedesco sabe que no es sino una forma de hablar, le corresponde con un mensaje que reza:

«No te preocupes, Quim, será la última cosa que hagas si insistes en no utilizar el chaleco antibalas».

Entre la documentación acumulada encuentra el análisis de la bala que acabó con la vida de Pinto y que ha sido redactado por balística. Al parecer, los expertos han encontrado coincidencias con el proyectil utilizado en el homicidio de una mujer en una discoteca valenciana hace apenas dos semanas, y con el empleado en el asesinato de un empresario en una nave industrial en el Maresme. Tampoco aquellas investigaciones se saldaron positivamente, y los implicados continúan libres. Una pista más, quizás un fracaso más.

Mal asunto. Demasiadas horas transcurridas, indicios que se desvanecen, hilos imposibles de seguir. Poco, muy poco, pueden esperar del control en las fronteras. Raramente da resultado y, menos todavía, cuando detrás hay una organización capaz de proporcionar a sus hombres vehículos nuevos, pasaportes falsos, pisos en los que ocultarse... Mala cosa.

El policía tuerce el gesto justo en el momento en que Clara Carmona pide permiso para entrar.

—¿Inspector?

—Pasa, Clara, pasa.

—Acaba de llegar Manel Cases. Asegura que usted le está esperando. ¿Le hago pasar?

—Sí, pero dame unos minutos, Clara. Unos diez minutos. Además, creo que lo cité a las once. Que espere un poco y le haces pasar.

La agente ya se retira cuando Tedesco vuelve a reclamar su atención.

—Y vienes tú también, o Cuesta, o Lidia, o Iván, el que esté libre. No importa. Necesitaremos su declaración.

Clara se retira. No entiende muy bien por qué Tedesco siempre hace esperar unos minutos a sus visitantes. Es casi una rutina. Está

convencida de que el policía no necesita preparar las preguntas, siempre lo ha visto improvisar y jamás lleva consigo una nota. Si escribe alguna cosa, y pasa muy raramente, siempre tiene que ver con las respuestas del interrogado.

El hombre que se materializa en la puerta del despacho policial minutos después precedido por Clara es una réplica de George Bush Jr. en los peores momentos que uno pueda imaginar, mucho antes de su desintoxicación del alcohol y, desde luego, años antes de su triunfo electoral. Un hombre fatalmente consumido por la desolación.

Avejentado y vestido con descuido, Manel Cases parece otro. Presenta grandes y oscuras bolsas bajo los ojos, tiene los rasgos caídos, como exhaustos, camina encorvado y parece extraordinariamente abatido.

Tedesco reconoce en Cases las tristes señales de la viudez. Se diría que el traje le cuelga directamente de las clavículas y que la corbata es algo así como un trapo mal anudado al cuello.

—Síéntese, Cases, por favor. Quiero hacerle unas preguntas.

Obedece el recién llegado aparentemente indiferente, sumiso. Se sienta en el extremo de la silla que el policía le indica como habría podido hacerlo sobre un bordillo. Lidia, que acaba de entrar, arrima otra silla a un lateral de la mesa, se sienta y se dispone a grabar sus palabras.

Manel Cases observa la maniobra con recelo. Lidia saca también una libreta del bolsillo posterior del pantalón y baja la vista. Prefiere tener algo entre manos, acostumbrada al movimiento continuo no soporta la inmovilidad que requiere la escucha.

—¿Es necesario todo esto? Pensaba que quería usted explicarme...

—Nunca se sabe.

—Pero usted dijo que quería comentarme un par de cosas.

—Y así es. Por cierto, Cases, ¿cómo está? —pregunta el policía por preguntar y por desviar la atención del suspicaz interrogado. Que el empleado de banca no está bien es una evidencia incluso para el observador peor dotado.

—Voy tirando —es la respuesta de compromiso.

—Verá, quiero cerrar este caso. Comprenderá usted que la gente no se cae en los contenedores por accidente, no es una forma de suicidio y tampoco hemos encontrado indicios de un ataque de tipo xenófobo.

—Pero... Usted dijo que parecía... Que había algunos grupos que... — replica sin la menor convicción.

—Yo solo dije que una agresión de ese tipo era una posibilidad. Nada más. No hay testigos de que se produjera dicha agresión ni señales en el cadáver de nada parecido. No hemos podido confirmar nada.

—Entonces... No sé qué hago aquí. Si no saben ustedes nada...

Cases se remueve en la silla. Incómodo.

—Yo tampoco he dicho eso, señor Cases.

Lidia no pierde de vista al inspector. No es la primera vez que el veterano policía la sorprende sacando a la luz una evidencia o alcanzando una conclusión certera.

Tedesco deja que el silencio fermenta sobre la mesa que los separa mientras simula tomar notas en un papel. Notas que son los símbolos de las cartas de póquer: rombos, picas, corazones... Todos salpicados de gotas. Muchas gotas. Raramente anota nada. Siempre dibuja cosas sencillas, símbolos, ideogramas. Su escasa habilidad no le permite mucho más.

Cases cambia de postura, inquieto y visiblemente angustiado.

—Mire, he estado pensando en nuestra conversación del otro día. Creo que sabe usted mucho más de lo que me dijo. No solo lo creo, estoy convencido.

—Yo..., yo no... Respondí a sus preguntas. Dije todo lo que sabía. Yo no sé...

Las manos de Cases se revuelven en el regazo como culebras aterradas, la mirada baja, el habla a trompicones. Lidia intuye que el desenlace está próximo y abre y cierra la libretita al tiempo que se muerde el labio inferior en un gesto de impaciencia.

—Verá, Cases. No creo que usted tuviera la intención de matar a Nadeem. Estoy casi seguro. Como también lo estoy de que usted tuvo algo que ver.

—No puede usted...

—Se equivoca, sí puedo —afirma sin titubear y sin levantar la voz. Por el tono que emplea recuerda más a un médico de cabecera que al policía que se dispone a descubrir al responsable de un delito.

De nuevo, el silencio, y en la cara de Lidia, un inmenso interrogante y un velo de admiración. Ha asistido antes a encuentros parecidos, a conclusiones sorprendentes que solo el inspector ha sabido alcanzar.

—Cuando usted estuvo aquí el otro día, hice que trajeran las pertenencias de Nadeem, todo lo que llevaba encima aquella noche. Sus deportivas y su ropa plegada y ordenada. En la parte superior, quizás lo recuerde usted, una capelina azul claro de las que se usan durante las marchas para proteger a los que caminan.

Cases levanta la vista, pero no mira al policía, sino la pared a su espalda. Le tiembla visiblemente la mandíbula inferior mientras intenta retener una mano sujetándola con la otra.

—Usted reconoció sus cosas, afirmó que le pertenecían. ¿Lo recuerda?

Cases asiente.

—Son estas.

Tedesco se agacha y recoge algo que tiene junto a sus pies. Con un golpe de efecto sitúa sobre la mesa, entre ambos, el calzado y la ropa de Nadeem perfectamente apilada dentro de una bolsa transparente precintada por la Policía días atrás.

Cases fija la vista. Acaba de comprender lo que está a punto de pasar. El fin del fin. El policía puede verlo en sus ojos. Prosigue.

—Sin embargo, señor Cases, si las cosas pasaron tal y como usted las explicó, si usted no se movió de casa aquella noche y la pasó esperando el regreso de su amigo, no podía usted saber que Nadeem había dejado en la tienda de Rafiq el impermeable con la cremallera rota, el mismo que se puso antes de salir de casa y que le pertenecía. No podía usted saber que se había cubierto con una gran capa de plástico de un azul muy claro y casi transparente.

Entre ambos, un silencio como hierro fundido.

—Era completamente imposible que usted la reconociera —insiste.

Y, aunque es puro teatro, con una mano palmea la capa para enfatizar sus palabras. Es difícil no hacerlo incluso para un viejo y discreto policía como él.

—Por otra parte, debo decirle que no creo que quisiera usted asesinar a su amigo. Nadie empuja a otro al interior de un contenedor con la intención de matarlo. En circunstancias normales un individuo puede salir de un contenedor sin ayuda de nadie, incluso un hombre de complexión delicada como Nadeem. Pero las circunstancias de Nadeem no eran normales. Tal y como ha revelado

la autopsia, padecía una miocardiopatía hipertrófica, una alteración congénita. Es posible que él ni lo supiera. Y, desde luego, usted no tenía ni idea. Parece ser que no siempre se detectan los síntomas.

Las lágrimas de Manel Cases desbordan ya sus párpados y caen, como goterones, sobre sus manos ahora en reposo. Un movimiento de negación muy leve le confirma al policía lo que ya sospechaba. Ni existía intención alguna de matar ni el «culpable» conocía la dolencia de Nadeem.

—Yo no... No sabía que... —solloza el testigo.

—Según el informe del forense, una situación estresante, un miedo intenso, pudieron precipitar su muerte. Una muerte que yo llamaría involuntaria. ¿Me equivoco?

Cases apenas puede hablar. Lloro encogido sobre sí mismo. Un pobre hombre abatido por la fatalidad.

—Yo nunca... No quise hacerle daño. Si hubiera sabido... Tiene que creerme, yo nunca le habría hecho daño.

Son tantas las lágrimas del empleado de banca que Lidia le acerca una caja de pañuelos de papel que saca del cajón de una mesa cercana.

Tedesco le cree.

—Les aseguro que nunca pensé... Empujé a Nadeem para asustarlo, para que escarmentara. Quería que comprendiera que podía tener problemas. Hay gente por ahí que... Gente peligrosa. Ya sabe. Yo no quería que volviera a salir a buscar chatarra. Pasaba mucho miedo hasta que volvía. Solo quería que no volviera a...

Se interrumpe unos instantes. Está demasiado alterado, demasiado afligido para continuar. Arranca un puñado de pañuelos de papel y

se los lleva a la nariz y a los ojos. Arrastra las lágrimas, recompone levemente la postura y prosigue:

—No podía soportarlo. Yo quería que Nadeem aceptara mi dinero, llegaba para los dos, incluso para enviar a su casa. Quería que esperara. Algo acabaría por salir. Todo se arreglaría, yo había hablado con algún cliente... Él era un hombre trabajador. Esperaba que... No sabía lo de la cardiopatía. Les juro que no sabía nada.

Tedesco asiente y, con determinación, empuja las gafas nariz arriba.

—Le creo. Y creo que podemos hablar de muerte accidental, involuntaria. Sin embargo, tendrá usted que ir a juicio. Necesitará un abogado, alguien que se ocupe de su defensa.

Cases escucha. No pregunta nada. No parece preocuparle el futuro, como si los días por venir carecieran de interés.

—Nadeem era toda mi vida —susurra, ocultando la cabeza entre los brazos apoyados sobre la mesa.

Y Manel Cases, el hombre correcto, educado, el empleado de banca con el futuro asegurado, dice la verdad.

Toda la verdad. Y nada más que la verdad.



## INFORMACIÓN PARA CLUBS DE LECTURA

Querido lector, nos tomamos la libertad de tutearte porque tienes entre tus manos uno de nuestros libros y, por tanto, ahora tú también eres ya miembro de Alrevés.

Y, como tal, queremos comentarte que, pensando en el placer que supone la lectura compartida, hemos añadido una pestaña en nuestra web ([www.alreveseditorial.com](http://www.alreveseditorial.com)) donde encontrarás la ficha de lectura de este libro, por si sintieras el irrefrenable deseo de intercambiar tus impresiones sobre él en un club de lectura. Allí encontrarás también nuestros contactos para facilitar la participación de nuestros autores en las charlas, recibir información, organizar actividades, etc.

Te estaremos muy agradecidos si difundes esta iniciativa porque, como dijo un gran sabio a quien conocimos bien, leer nos salva del olvido.

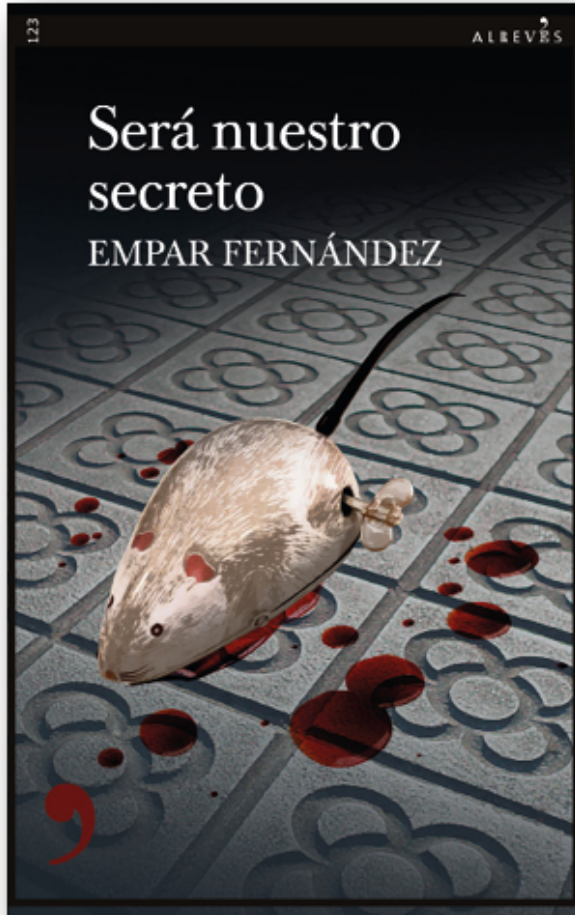
«Sobre este escritorio y sobre la mesilla de noche había siempre novelas baratas de misterio (...) Yo las devoraba por las noches, cuando los rostros de los muertos se me aparecían para ahuyentar el sueño y las preguntas se encadenaban unas con otras para tramar una red en la que me quedaba atrapado. Entonces, aquellas noveluchas me ayudaban a no pensar. Si algo echo de menos es precisamente eso: poder comprar cien páginas de olvido por solo un duro.»

ALEXIS RAVELO,

*Los días de mercurio*



Otros títulos de Empar Fernández



# El miedo en el cuerpo

EMPAR FERNÁNDEZ





# El instante en que se encienden las farolas

EMPAR FERNÁNDEZ



«Como la lluvia en Barcelona, el inspector Tedesco es una rareza: un investigador pausado, reflexivo, metódico, un personaje que nos acompañará incluso después de cerrar las últimas páginas de esta novela.»

— Rosa Ribas —

